

KASS MORGAN

¿SACRIFICARÍAS TU LIBERTAD PARA SOBREVIVIR?



LOS 100

DÍA 21

UNA
SERIE DE
Syfy

A mis padres y a mis abuelos, con amor y gratitud.

Capítulo 1

Wells

Nadie quería acercarse a la tumba. Aunque cuatro de sus compañeros yacían ya en el improvisado cementerio, los demás aún se sentían incómodos ante la idea de enterrar un cuerpo.

Nadie quería tampoco dar la espalda a los árboles. Desde el ataque, un chasquido de nada bastaba para que los supervivientes dieran un respingo, aterrados. De manera que las cerca de cien personas que se habían reunido para despedir a Asher se habían apiñado en semicírculo alrededor de la tumba y repartían las miradas inquietas entre el cadáver tendido en la tierra y las sombras que proyectaba el bosque.

El tranquilizador chisporroteo del fuego que solía acompañarlos brillaba por su ausencia. La noche anterior se les había terminado la leña y nadie se había atrevido a entrar en el bosque para traer troncos. A Wells no le habría importado hacerlo él mismo, pero había tenido que cavar la tumba. Tampoco se había ofrecido nadie a ayudarlo, salvo un arcadio alto y callado llamado Eric.

—¿Seguro que está muerto? —susurró Molly al mismo tiempo que se apartaba del profundo hoyo, como si temiera que se la tragara a ella también.

Solo tenía trece años, pero parecía más joven. O, al menos, lo parecía a su llegada. Wells recordaba haberla ayudado después del accidente, cuando las lágrimas y las cenizas aún surcaban sus carrillos regordetes. Ahora, mostraba una carita delgada, casi chupada, y lucía un corte en la frente que no tenía buen aspecto.

Casi sin querer, Wells echó una ojeada rápida al cuello de Asher, a la herida dentada que delataba el lugar exacto donde la flecha le había perforado

la garganta. Asher llevaba dos días muerto, desde que las misteriosas figuras se materializaran de repente en la cima del monte, contradiciendo así toda la información que había recibido el grupo de colonos, todo aquello que creían saber.

Los habían enviado a la Tierra en calidad de conejillos de Indias. En teoría, eran las primeras personas que pisaban el planeta desde hacía trescientos años. Por lo visto, los habían informado mal.

Algunos seres humanos jamás se marcharon.

Todo había sucedido en un abrir y cerrar de ojos. Wells no se había dado cuenta de que pasaba algo raro hasta el momento en que había visto a Asher tirado en el suelo, boqueando e intentando arrancarse la flecha que tenía clavada en la garganta. Fue entonces cuando Wells se dio media vuelta... y los vio. Recortados contra el sol del ocaso, los forasteros parecían oscuros e imponentes. Wells había parpadeado, casi convencido de que los vería desaparecer ante sus ojos. No concebía que fueran reales.

Sin embargo, las alucinaciones no disparan flechas.

Al ver que nadie acudía a su llamada de socorro, Wells había llevado a Asher al hospital de campaña, donde guardaban los medicamentos que habían rescatado del incendio. No sirvió de nada. Wells aún seguía buscando vendas como un poseso cuando Asher ya había expirado.

¿Cómo era posible que hubiera *gente* en la Tierra? No se lo podía creer. *Nadie* había sobrevivido al cataclismo. Aquella era una verdad incontestable, tan enraizada en la mente de Wells como el hecho de que el agua se congela a cero grados o que los planetas giran alrededor del sol. Y, pese a todo, los había visto con sus propios ojos. Seres humanos que no habían llegado del espacio con ellos. *Nativos*.

—Está muerto —le respondió Wells a Molly.

Al darse cuenta de que prácticamente todo el grupo estaba pendiente de sus movimientos, se puso en pie despacio. Hacía unas semanas, sus compañeros lo habrían mirado con menosprecio, cuando no con franco desdén. Nadie se tragaba que el hijo del canciller hubiera sido confinado. A Graham le había costado muy poco convencerlos de que Wells estaba allí para espiarlos por cuenta de su padre. Ahora, en cambio, todos los ojos estaban puestos en él como esperando instrucciones.

En el caos posterior al incendio, Wells había organizado equipos para revisar el material que aún se pudiera aprovechar y había dirigido los trabajos de construcción de estructuras permanentes. El interés que sentía por la arquitectura terrestre, que tantos disgustos le había costado a su pragmático padre allá en la colonia, le había ayudado a diseñar tres cabañas de madera que ahora se erguían en el centro del claro.

Wells miró el cielo del anochecer. Habría dado cualquier cosa por poder enseñarle las cabañas a su padre. No para demostrarle que se equivocaba con él. Después de que su padre hubiera recibido un disparo en la plataforma de despegue, cualquier resto de resentimiento que Wells aún pudiera albergar hacia él se había esfumado. Ahora, solo deseaba que su padre llegara a considerar la Tierra su hogar. En teoría, el resto de la Colonia debía reunirse con ellos en cuanto el planeta fuera declarado habitable, pero ya llevaban allí veintiún días y nadie había visto ni un mísero destello en el firmamento. ¿Qué significaba aquello para los cien? ¿De verdad los habitantes de la colonia tenían previsto desplazarse a la Tierra?

Cuando devolvió la vista al suelo, sus pensamientos retornaron a la tarea que tenía entre manos: despedirse de aquel chico que estaba a punto de reposar en un lugar mucho más oscuro.

A su lado, una chica se estremeció.

—¿Podemos acabar de una vez? —se quejó—. No quiero pasarme aquí toda la noche.

—Ese tono —la regañó una joven llamada Kendall, frunciendo los labios.

A su llegada, Wells la había tomado por una natural de Fénix, como él, pero al cabo de un tiempo se dio cuenta de que la chica, en realidad, solo impostaba la arrogancia y la languidez características de las chicas con las que Wells se había criado. Era una costumbre bastante extendida entre las jóvenes waldenitas y arcadias, aunque él nunca había conocido a nadie que empleara el ardid con tanta soltura como Kendall.

Wells miró a ambos lados, buscando a Graham, el único de los cien que procedía de Fénix, aparte de Clarke y él mismo. Por lo general, no le gustaba que Graham asumiera el liderazgo del grupo, pero el chico había sido buen amigo de Asher y a Wells le parecía adecuado que fuera él quien pronunciara unas palabras en su funeral. Sin embargo, su rostro era uno de los pocos que

echaba en falta entre la multitud... aparte del de Clarke. Después del incendio, Clarke había partido con Bellamy en busca de la hermana del chico, sin dejar nada tras de sí salvo el recuerdo de las cinco palabras envenenadas que le había espetado a Wells antes de partir: *Destruyes todo lo que tocas*.

Sonó un chasquido en el bosque que provocó exclamaciones ahogadas entre los presentes. Con una mano, Wells empujó a Molly a su espalda al mismo tiempo que agarraba la pala con la otra.

Instantes después, Graham entró en el claro, escoltado por dos arcadios —Azuma y Dmitri— y una waldenita llamada Lila. Los chicos acarreaban palos mientras que Lila llevaba unas cuantas ramas bajo el brazo.

—Ahora ya sabemos *dónde* estaban las otras hachas —comentó un waldenita llamado Antonio, mirando las herramientas que Azuma y Dmitri llevaban echadas al hombro—. Nos hacían falta, ¿sabéis?

Graham enarcó una ceja mientras examinaba la cabaña más reciente. Por fin le habían pillado el truco; el techo de aquella no tenía ni un agujero, lo que significaba que la noche sería mucho más cálida y menos húmeda. Sin embargo, ninguna de aquellas construcciones contaba con ventanas. Recortarlas requería demasiado trabajo y, puesto que carecían de plástico o de cristal, habrían sido poco más que meros huecos en las paredes.

—Esto es más importante, créeme —replicó Graham, mostrándole los palos que llevaba en los brazos.

—¿Leña? —preguntó Molly.

Se encogió cuando Graham le soltó un bufido.

—No, *lanzas*. Unas cuantas cabañas de madera no nos van a servir de nada si nos atacan. Tenemos que defendernos. La próxima vez que esos cabrones aparezcan, estaremos preparados.

Graham posó los ojos en Asher y una expresión poco habitual en él asomó a sus facciones. La pátina de ira que solía cubrirlas se agrietó y debajo apareció algo parecido a dolor genuino.

—¿Quieres quedarte con nosotros un momento? —preguntó Wells en tono cálido—. He pensado que estaría bien pronunciar unas palabras sobre Asher. Tú lo conocías bien, así que...

—Por lo visto, tú ya te has hecho cargo de todo —lo cortó Graham, mirando a Wells a los ojos para no posarlos en Asher—. Adelante, canciller.

El sol ya se había puesto cuando Wells y Eric dejaron caer las últimas paladas de tierra sobre la tumba recién cavada. Mientras tanto, Priya trenzaba flores alrededor de la lápida de madera. El resto del grupo se había dispersado, bien para no ver el entierro propiamente dicho, bien para agenciarse un sitio en las cabañas nuevas. Cada una de ellas podía albergar a unas veinte personas cómodamente, treinta si todas ellas estaban demasiado cansadas —o tenían demasiado frío— como para protestar si alguien dejaba caer la pierna sobre sus mantas chamuscadas o si les hundían el codo en la cara.

Wells lamentó, aunque no le sorprendió, que Lila se apropiase de una cabaña para el grupo de Graham sin importarle que los más jóvenes se quedaran a la intemperie, temblando de frío y mirando con aprensión las sombras que se iban adueñando del claro. Aunque habría voluntarios haciendo guardia toda la noche, ninguno de los que iban a dormir fuera disfrutaría de un sueño reparador.

—Eh —llamó Wells a Graham cuando este pasó por su lado cargado con una lanza a medio tallar—. Ya que Dmitri y tú vais a montar guardia en el segundo turno, ¿por qué no dormís al raso? Así me costará menos encontraros cuando acabe mi turno.

Antes de que Graham respondiera, Lila se acercó y enlazó su brazo con el de él.

—Me has prometido que te quedarías conmigo esta noche, ¿ya no te acuerdas? Me voy a morir de miedo si tengo que dormir sola —intervino con voz aguda y como asustada, muy distinta al tonillo burlón que la caracterizaba.

—Lo siento —le dijo Graham a Wells, encogiéndose de hombros. Una sonrisilla arrogante asomó a su voz—. No me gusta faltar a mi palabra —Graham le pasó la lanza a Wells, que la cazó al vuelo con una mano—. Haré el turno de mañana por la noche, si para entonces no estamos todos muertos.

Lila se estremeció con un ademán afectado.

—*Graham* —lo reprendió—. ¡No digas esas cosas!

—No te preocupes, que yo te protegeré —repuso Graham a la vez que la rodeaba con el brazo—. Y, si no, me aseguraré de que tu última noche en la Tierra sea la mejor de tu vida.

Lila soltó una risita tonta y Wells tuvo que esforzarse por no poner los ojos en blanco.

—¿Y por qué no dormís los dos fuera? —propuso Eric, emergiendo entre las sombras—. Por lo menos así los demás podremos pegar ojo.

Graham se atragantó.

—Venga, que he visto a Félix salir de tu saco de dormir esta mañana, Eric. Si hay algo que no soporto, es la hipocresía.

Una sonrisa bailó en las facciones de Eric.

—Sí, pero no nos has *oído*.

—Ya *vale* —dijo Lila, tirando de Graham para llevárselo de allí—. Vámonos antes de que Liza se canse de guardarnos la cama.

—¿Quieres que haga este turno contigo? —se ofreció Eric, mirando a Wells.

El hijo del canciller negó con un movimiento de la cabeza.

—No te preocupes. Priya ya está controlando el perímetro.

—¿Crees que volverán? —preguntó Eric en voz baja.

Wells miró por encima del hombro para asegurarse de que nadie estuviera escuchando a hurtadillas. Luego asintió.

—Eso ha sido algo más que una advertencia. Ha sido una demostración de fuerza. Sean quienes sean, quieren que sepamos que no les hace ninguna gracia que estemos aquí.

—Ya, está claro que no —replicó Eric. Luego echó un vistazo a la zona donde habían enterrado a Asher. Con un suspiro, le deseó a Wells buenas noches y se alejó hacia el grupo de sacos de dormir que Félix y unos cuantos más habían dispuesto, por costumbre, alrededor de la zona de la hoguera.

Wells se echó la lanza al hombro y buscó a Priya con la mirada. Solo había dado unos pasos cuando notó un fuerte golpe en el hombro. Un grito sonó en la oscuridad.

—¿Te he hecho daño? —preguntó Wells a la vez que tendía la mano.

—No, no, estoy bien —repuso una chica en tono tembloroso. Era Molly.

—¿Dónde vas a dormir esta noche? Te ayudaré a buscar cama.

—Al raso. Las cabañas ya están llenas —hablaba con un hilo de voz.

Wells tuvo ganas de agarrar a Graham y a Lila por el cuello y tirarlos al río.

—¿No tendrás frío? —preguntó—. Si quieres te voy a buscar una manta. Se la arrancaría a Graham, si hacía falta.

—No te preocupes. Hace buena noche, ¿no te parece?

Wells la miró con desconfianza. La temperatura había bajado varios grados desde la puesta de sol. Palpó la frente de Molly con el dorso de la mano. Le notó la piel caliente al tacto.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Un poco mareada, quizá —reconoció ella.

Wells apretó los labios. Habían perdido una buena cantidad de provisiones con el incendio, lo que significaba que las raciones habían menguado de forma importante.

—Toma —ordenó, sacándose del bolsillo un paquete de proteínas que no se había terminado—. Cómete esto.

Ella negó con un gesto.

—Tranquilo. No tengo hambre —afirmó con debilidad.

Después de hacerle prometer que si al día siguiente no se encontraba mejor se lo diría, Wells partió en busca de Priya. Habían rescatado casi todos los medicamentos, pero ¿de qué les servían si la única persona que sabía usarlos no estaba allí? Se preguntó cuánto se habrían alejado Clarke y Bellamy a esas alturas y si habrían encontrado algún rastro de Octavia. Un escalofrío de miedo se abrió paso entre su cansancio cuando pensó en los peligros que acechaban a Clarke en el bosque. Bellamy y ella se habían marchado antes del ataque. No tenían ni idea de que hubiera *gente* ahí fuera. Nativos que se comunicaban mediante flechas letales.

Suspiró y echó la cabeza hacia atrás para otear el cielo y elevar una plegaria silenciosa por la chica que, sin saberlo, le había llevado a poner en peligro incontables vidas. La chica que le había dicho que no quería volver a verlo.

Capítulo 2

Clarke

Llevaban dos días andando, deteniéndose apenas un par de horas de vez en cuando para descansar. Clarke tenía las piernas destrozadas, pero Bellamy no parecía dispuesto a parar. A Clarke no le importaba. De hecho, agradecía el dolor. Cuanto más pensaba en sus músculos, menos se acordaba de la aflicción que le oprimía el corazón y de la amiga a la que no había podido salvar.

Inspiró hondo. Aun con los ojos vendados se habría dado cuenta de que el sol se había puesto. El aire estaba impregnado del aroma de aquellas flores blancas que solo se abrían de noche, como si los árboles se vistieran de gala. A Clarke le habría gustado saber qué clase de ventaja evolutiva proporcionaban aquellas flores. ¿Atraerían quizá a algún tipo de insecto nocturno? Su perfume característico resultaba casi embriagador allá donde los árboles crecían muy juntos, pero Clarke prefería estos a las ordenadas hileras de manzanos que Bellamy y ella habían visto hacía unas horas. Sintió un hormigueo en la nuca al recordar los troncos alineados como centinelas en formación.

Bellamy caminaba unos metros por delante de ella. Guardaba silencio, igual que hacía cuando salía de caza. Ahora, sin embargo, no seguía a un conejo ni acechaba a un ciervo. Buscaba a su hermana.

Había transcurrido prácticamente un día entero desde que vieran huellas por última vez, y el significado de esa realidad impregnaba el silencio hasta tal punto que Clarke notaba un peso en el pecho.

Habían perdido el rastro de Octavia.

Bellamy hizo un descanso en la cima de una colina y Clarke se detuvo a

su lado. Estaban al borde de un barranco. Unos metros más allá, el terreno bajaba en picado hacia un reluciente lago en cuyo fondo brillaba una segunda luna, reflejada en la superficie vidriosa.

—Es precioso —dijo Bellamy sin mirarla, pero Clarke advirtió una nota de amargura en su voz, y se preguntó si estaría pensando lo mismo que ella.

Le posó una mano en el brazo. Él dio un respingo, pero no se apartó.

—Estoy segura de que Octavia ha pensado lo mismo. ¿Por qué no bajamos a ver si hay alguna señal de...? —Clarke se mordió la lengua. Octavia no se había perdido dando un paseo por el bosque. Ninguno de los dos lo había expresado en voz alta, pero la súbita desaparición de la niña y esas huellas, como de un cuerpo llevado a rastras...; la habían *secuestrado*.

¿Pero quién? Clarke volvió a pensar en los manzanos. Se estremeció.

Bellamy avanzó unos pasos.

—Por aquí el terreno no parece tan escarpado —dijo, y le tendió la mano a Clarke—. Vamos.

Descendieron por la ladera sin pronunciar palabra. Cuando Clarke resbaló con un pegote de barro, Bellamy la sujetó con más fuerza y la ayudó a recuperar el equilibrio. Sin embargo, en cuanto llegaron al pie del barranco, la soltó y trotó hacia el agua para buscar huellas en la orilla.

Clarke se quedó rezagada, mirando el lago. El asombro barrió de un plumazo el agotamiento que se había apoderado de sus músculos. La superficie era lisa como el cristal, y el reflejo de la luna le recordó a las piedras preciosas que muy de vez en cuando aparecían en el Intercambio, a buen recaudo en sus vitrinas.

Cuando Bellamy se dio media vuelta, parecía agotado, casi derrotado.

—Deberíamos descansar —admitió—. No tiene sentido andar pululando de acá para allá en plena noche ahora que hemos perdido el rastro.

Asintiendo, Clarke dejó caer su mochila en el suelo, levantó los brazos y se desperezó. Estaba cansada y sudorosa, y se moría por quitarse de encima la capa de hollín que llevaba impregnada a la piel desde el día del incendio.

Caminó despacio hacia el lago, se acuclilló al borde del agua y hundió los dedos en la superficie. Al principio de su llegada a la Tierra, se había asegurado de purificar el agua que usaban para beber o bañarse, por si estaba contaminada de bacterias radiactivas, pero se estaba quedando sin yodo y,

después de ver cómo el fuego le arrebatava a su mejor amiga mientras su exnovio le impedía ayudarla, un laguito de nada le parecía el menor de sus problemas.

Clarke suspiró con fuerza y, cerrando los ojos, soltó el aliento despacio, dejando que la tensión se fundiera con el aire nocturno.

Luego se levantó y se volvió a mirar a Bellamy. Inmóvil como una estatua, observaba la otra orilla del lago con una intensidad que la hizo estremecer. Sintió el impulso de alejarse para dejarlo a solas con sus pensamientos, pero luego tuvo una idea mejor. Sonrió traviesa.

Sin pronunciar palabra, se quitó la camiseta empapada de sudor, se descalzó en dos patadas y se bajó los pantalones sucios de hollín. Cuando dio media vuelta para encaminarse a la orilla, lamentó no poder atisbar la expresión de Bellamy cuando la viese sumergirse sin llevar nada encima salvo la ropa interior y el sujetador.

El agua estaba más fría de lo que Clarke esperaba. Notó un cosquilleo en la piel, aunque no estaba segura de si se debía al fresco de la noche o a la mirada de Bellamy.

Entró en el lago y gritó cuando se hundió hasta los hombros. El agua era un bien tan escaso en la Colonia que no podían permitirse los baños. Aquella era la primera vez que Clarke se sumergía por completo desde que había llegado a la Tierra. Despegó los pies del fondo de barro e intentó flotar. Sintió una extraña sensación de poder y vulnerabilidad a un tiempo. Durante un instante, dejó de pensar en el incendio que le había arrebatado a su mejor amiga. Olvidó que Bellamy y ella habían perdido el rastro de Octavia. Ni siquiera se planteó que su improvisado bañador transparentaría cuando saliera del agua.

—Me parece que la radiación te ha ablandado los sesos.

Clarke se dio media vuelta y vio a Bellamy, que la miraba con una mezcla de guasa y sorpresa. La sonrisilla socarrona que solía exhibir había regresado a sus labios.

Ella cerró los ojos, tomó aire y se hundió en el agua. Un momento después, volvió a emerger entre risas, con la cara chorreando.

—Es genial.

Bellamy dio un paso adelante.

—Por lo que veo, ese olfato científico tan agudo que tienes no advierte señales de peligro.

Clarke negó con un gesto de la cabeza.

—No sé —sacó una mano del agua y fingió examinarla—. Puede que ahora mismo me estén creciendo aletas.

Bellamy asintió con ademán solemne.

—Pues si te crecen aletas, prometo no darte de lado.

—Bueno, no seré la única mutante de por aquí, créeme.

Bellamy enarcó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

Clarke ahuecó las manos, las llenó de agua y salpicó a Bellamy entre risas.

—Ahora a ti también te crecerán.

—No deberías haber hecho eso —sentenció Bellamy en tono grave y amenazador y, durante un momento, Clarke pensó que la broma le había sentado mal. Sin embargo, el chico se agarró el borde de la camiseta y se la quitó de un tirón.

La luna brillaba tan grande y luminosa que era imposible no ver la sonrisilla de Bellamy cuando se desabrochó los pantalones y los echó a un lado como si no fueran los únicos que tenía en todo el planeta. Sus piernas largas y musculosas destacaban pálidas contra los calzoncillos grises. Clarke se sonrojó pero no apartó la mirada.

Bellamy se zambulló en el lago y recorrió la distancia que los separaba en dos brazadas. Siempre presumía de que había aprendido a nadar durante sus excursiones al río y, por una vez, no había exagerado.

Desapareció bajo el agua, solo el tiempo suficiente para que Clarke sintiera una punzada de inquietud. Al momento, notó las manos de Bellamy en las muñecas y gritó cuando él la obligó a dar media vuelta, temiendo que la salpicara a su vez como venganza. Él, en cambio, se limitó a mirarla un momento antes de levantar una mano para acariciarle el cuello con un dedo.

—Aún no tienes branquias —dijo con voz queda.

Alzando la vista hacia él, Clarke se estremeció. Con el pelo echado hacia atrás y gotitas de agua prendidas de la barba incipiente, a lo largo de la mandíbula, Bellamy la observaba. Sus ojos oscuros ardían con una intensidad

que no se parecía en nada a la expresión socarrona que solía exhibir. A Clarke le costaba creer que aquel fuera el mismo chico al que le había echado los brazos al cuello en el bosque como si tal cosa.

Algo cambió en la mirada de Bellamy, y ella cerró los ojos, anticipándose a un beso. En aquel momento, sin embargo, sonó un fuerte chasquido procedente de los árboles, y Bellamy se volvió a mirar.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Sin esperar respuesta, se encaminó a la orilla. Clarke quedó sola en el agua.

Observó cómo Bellamy aferraba el arco y desaparecía entre las sombras. Suspiró y luego se reprochó en silencio su propia estupidez. De haber estado buscando a un miembro de su familia, Clarke tampoco habría perdido el tiempo retozando en un lago. Echó la cabeza hacia atrás para mirar al cielo y dejó que el agua le resbalara por el rostro mientras pensaba en los dos cuerpos que vagaban a la deriva entre aquellas mismas estrellas. ¿Qué dirían sus padres si la vieran ahora, allí, en el planeta al que siempre habían soñado volver?

—¿Jugamos al juego del atlas? —preguntó Clarke, acurrucándose contra su padre para mirar la tableta que él sostenía en el regazo.

Mostraba una larga serie de complicadas ecuaciones que Clarke no sabía descifrar. De momento. Aprendería muy pronto, estaba segura. Solo tenía ocho años, pero ya estaba estudiando Álgebra. Cuando Cora y Glass se enteraron, pusieron los ojos en blanco y susurraron en un tono bastante alto que las mates no servían para nada. Clarke quiso explicarles que, de no ser por las Matemáticas, no habría médicos, ni ingenieros, lo cual significaba que todos morirían de enfermedades que en aquel momento eran curables... Eso si antes la colonia no estallaba en llamas. Sin hacerle ni caso, Cora y Glass se echaron a reír y se pasaron todo el día soltando risitas tontas cada vez que se cruzaban con Clarke.

—Enseguida —le dijo su padre. Frunciendo ligeramente el ceño, barrió la pantalla para reordenar las ecuaciones—. En cuanto acabe esto.

Clarke acercó la cara a la tableta.

—¿Quieres que te ayude? Si me lo explicas, seguro que puedo resolver las partes más complicadas.

Él se rio y le revolvió el pelo.

—Seguro que sí, pero solo con estar aquí ya me ayudas. Me recuerdas por qué esta investigación es tan importante.

El hombre sonrió, cerró el programa en el que estaba trabajando y abrió el atlas. El

holograma de un globo terráqueo apareció en lo alto, justo encima del sofá.

Clarke deslizó un dedo por el aire y el globo giró sobre sí mismo.

—¿Qué lugar es este? —preguntó, señalando el contorno de un país muy grande.

El padre entornó los ojos.

—A ver... Es Arabia Saudí.

Clarke lo tocó con el dedo. La zona se tiñó de azul y las palabras «Nueva Meca» aparecieron sobre el mapa del país.

—Ah, sí —se corrigió el padre—. Cambió de nombre varias veces antes del Cataclismo —hizo girar la esfera y señaló un país estrecho y alargado situado al otro lado del globo—. ¿Y sabes cuál es este?

—Chile —respondió Clarke con seguridad.

—¿En serio? ¿Como la guindilla? El sol debe de picar mucho allí.

Clarke puso los ojos en blanco.

—Papá, ¿tienes que hacer ese chiste cada vez que jugamos?

—Todas y cada una —el hombre sonrió y se subió a Clarke al regazo—. Al menos, hasta que de verdad estemos *en Chile*. Para entonces ya estará muy pasado de moda.

—*David* —lo regañó la madre de Clarke desde la cocina, donde abría paquetes de proteínas para mezclar la pasta con col del invernadero. No le gustaba que su marido hiciera chistes sobre la vuelta a la Tierra. Según las investigaciones que estaban llevando a cabo, pasarían otros cien años antes de que el planeta fuera habitable.

—¿Y la gente? —preguntó Clarke.

El padre ladeó la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Me gustaría ver dónde vivía la gente. ¿No hay viviendas en el mapa?

El hombre sonrió.

—Me temo que no tenemos mapas *tan* detallados, pero la gente vivía en todas partes —repasó con el dedo uno de los irregulares contornos—. Vivían junto al mar... En las montañas... En los desiertos... A orillas de los ríos.

—¿Y por qué no hicieron nada cuando supieron que se acercaba el Cataclismo?

La madre de Clarke se acercó para reunirse con ellos en el sofá.

—Todo sucedió muy deprisa —repuso cuando se sentó—. No había muchos lugares en la Tierra donde pudieran refugiarse de toda esa radiación. Creo que los chinos estaban construyendo un complejo por esta zona —amplió el mapa y señaló un punto situado a la derecha—. Y se hablaba de algo cerca del banco de semillas, por aquí.

Pasó el dedo por la parte superior del mapa.

—¿Y el Mount Weather? —preguntó el padre.

La madre de Clarke jugueteó con el globo terráqueo.

—Eso estaba en la zona de Virginia, ¿verdad?

—¿Qué es el Mount Weather? —preguntó Clarke a la vez que se acercaba a la esfera para ver mejor.

—Muchos años antes del Cataclismo, el gobierno de los Estados Unidos construyó un gran centro de operaciones en un búnker subterráneo por si se producía una guerra nuclear. La posibilidad parecía remota, pero tenían que hacer algo para proteger al presidente; algo

parecido al canciller —explicó la mujer—. Sin embargo, cuando cayeron las bombas, nadie consiguió llegar a tiempo, ni siquiera el presidente. Fue todo tan rápido...

Una pregunta incómoda se abrió paso entre el batiburrillo de pensamientos que se arremolinaban en la mente de Clarke.

—¿Y cuántas personas murieron? O sea, ¿miles?

Su padre suspiró.

—Más bien miles de millones.

—¿Miles de millones? —Clarke se levantó y pasó los dedos por la escotilla tachonada de estrellas—. ¿Creéis que todos están aquí arriba?

La madre de Clarke se acercó a ella y le posó una mano en el hombro.

—¿A qué te refieres? —le preguntó con dulzura.

—¿No dicen que el cielo está en el espacio?

La mujer le apretó el hombro con suavidad.

—Yo creo que el cielo está allá donde tú prefieras imaginarlo. Siempre he pensado que el mío estaría en la Tierra. En algún bosque frondoso.

Clarke buscó la mano de su madre.

—Pues yo quiero que el mío esté allí también.

—Y yo sé qué canción sonará cuando crucemos las nacaradas puertas blancas.

La madre se volvió a mirarlo.

—David, no vuelvas a poner esa canción. Ni en broma.

Demasiado tarde. La música ya surgía de los altavoces empotrados en las paredes. Clarke sonrió al oír los primeros compases de *Heaven is a Place on Earth*; el cielo es un lugar de la Tierra.

—En serio, no —le dijo la madre de Clarke a su esposo con una ceja enarcada.

El hombre se echó a reír y se acercó a ambas tendiéndoles las manos. En un abrir y cerrar de ojos, los tres daban vueltas y más vueltas por el salón, cantando la canción favorita de su padre.

—¡Clarke! —Bellamy apareció entre los árboles, sin aliento. La oscuridad era demasiado profunda como para distinguir su expresión, pero Clarke reparó en el tono apremiante de su voz—. ¡Ven a ver esto!

Clarke avanzó pesadamente por el agua. Alcanzó la orilla y, olvidando que apenas iba vestida, echó a correr sin hacer caso de las piedras que se le clavaban en los pies ni de la punzada del frío aire nocturno.

Bellamy estaba acucillado en el suelo, mirando algo que Clarke no alcanzaba a ver.

—¡Bellamy! —gritó—. ¿Va todo bien? ¿Qué ha sido ese ruido?

—Nada. Un pájaro, seguramente. Pero mira *esto*. Es una huella —señaló la tierra con una sonrisa cargada de esperanza en los labios—. Es de Octavia.

Estoy seguro. Hemos encontrado el rastro.

Una ola de alivio invadió a Clarke cuando se arrodilló para ver mejor. Por lo que parecía, había una segunda huella unos metros más allá, en un pegote de barro. Parecían bastante recientes, como si Octavia hubiera pasado por allí hacía solo unas horas. Antes de que pudiera decir nada, Bellamy se levantó, la atrajo hacia sí y la besó.

Seguía mojado y, cuando rodeó la cintura de Clarke con los brazos, las pieles húmedas de ambos se pegaron. Durante un instante, el mundo que los rodeaba desapareció. Solo existía Bellamy; el calor de su aliento, el sabor de sus labios. Él avanzó con su mano hacia la cadera de ella y Clarke, estremeciéndose, se dio cuenta de repente de que Bellamy y ella aún estaban en ropa interior, empapados.

Una brisa fresca agitó las copas de los árboles y bailó por la nuca de Clarke. Ella volvió a temblar, y Bellamy, despacio, separó sus labios de los de ella.

—Debes de estar helada —le dijo, frotándole la espalda al mismo tiempo. Ella ladeó la cabeza.

—Pues tú aún llevas menos ropa que yo.

Bellamy le acarició el brazo con un dedo y luego le dio un pellizco travieso a la tira del sujetador.

—Si te molesta, podemos arreglarlo.

Clarke sonrió.

—Será mejor que nos pongamos algo *más* de ropa encima antes de volver al bosque y seguir las huellas.

Aunque no creía que el rastro fuese a desaparecer de la noche a la mañana, sabía que Bellamy no querría esperar ni un minuto a ponerse en marcha ahora que lo había recuperado.

Él miró a Clarke.

—Gracias —dijo, y se inclinó para besarla una vez más antes de agarrarla de la mano para llevarla hacia la orilla.

Se vistieron rápidamente, recogieron las mochilas y se encaminaron a los bosques sumidos en sombras. No les costaba seguir el rastro, aunque Bellamy siempre era el primero en descubrir la siguiente huella, mucho antes de que Clarke viera nada. ¿Acaso sus cacerías le habían agudizado la vista? ¿O la

desesperación le otorgaba poderes mágicos?

—Olvídate de las branquias. Creo que has adquirido visión nocturna —gritó cuando Bellamy salió disparado en dirección a otra huella que ella había pasado por alto.

Clarke lo dijo en broma, claro, pero de repente frunció el ceño. Desde luego, los niveles de radiación en la Tierra no eran tan altos como se había temido, pero eso no implicaba que estuvieran a salvo. Un envenenamiento por radiación de bajo nivel podía tardar semanas en manifestarse, aunque las células ya estuvieran dañadas. Si estaba en lo cierto, eso explicaría por qué no habían llegado más naves. ¿Y si el Consejo no estaba esperando a determinar si la Tierra era segura? ¿Y si los cientos de datos biométricos que enviaban a diario ya habían demostrado que no lo era?

Con el corazón desbocado, Clarke echó un vistazo al monitor que llevaba prendido a la muñeca y contó los días que llevaban en la Tierra. ¿No empezaban a manifestarse los síntomas a las tres semanas de exposición? Miró aquella luna gibosa, completa en casi tres cuartos. Apenas era visible la terrible noche de su llegada, tras el accidente. ¿Llevaban allí tres semanas... veintiún días?

—Es que estoy acostumbrado a buscar cosas en la oscuridad —estaba diciendo Bellamy allí cerca, ajeno a los temores de Clarke—. Allá en la colonia, me colaba en los almacenes abandonados a ver qué encontraba. Casi nunca había electricidad.

Clarke se encogió de dolor cuando una rama le arañó la pierna.

—¿Y qué buscabas? —preguntó, tratando de ahuyentar sus preocupaciones.

Si alguien empezaba a presentar síntomas de envenenamiento por radiación, tenían medicamentos para paliarlos, aunque escasos.

—Piezas sueltas de maquinaria, telas, viejas reliquias de la Tierra... Cualquier cosa que pudiera llevar al Intercambio —hablaba con despreocupación, pero Clarke advirtió un deje de tensión en su voz—. Octavia no siempre comía como es debido en el centro de cuidados, así que me buscaba la vida para conseguir raciones extra.

La confesión arrancó a Clarke de sus propios pensamientos. Le rompía el corazón imaginar al chico que caminaba delante de ella, más joven y delgado,

rebuscando a solas en un almacén tenebroso.

—Bellamy —empezó a decir mientras buscaba las palabras adecuadas, pero se interrumpió al ver un centelleo entre la oscura maleza del bosque. No valía la pena pararse a mirar; seguro que se trataba de un efecto de la luna. Cuando el brillo se definió, decidió detenerse a pesar de todo.

—Bellamy, ven a ver esto —dijo mientras se encaminaba hacia el origen del destello.

Había un objeto en el suelo, tirado entre las raíces de un enorme árbol. Clarke se agachó para verlo de cerca y descubrió que era un artefacto de metal. Ahogando una exclamación, pasó el dedo por las piezas alargadas y retorcidas. ¿A qué clase de máquina debía de pertenecer? ¿Y cómo había ido a parar allí, al corazón del bosque?

—¿Clarke? —gritó Bellamy—. ¿Dónde te has metido?

—Estoy aquí —respondió ella—. Quiero que veas esto.

En silencio, él se materializó a su lado.

—¿Qué pasa? —resollaba con fuerza y parecía casi enojado—. No puedes alejarte así. No debemos separarnos.

—Mira —Clarke asió un trozo de metal y lo sostuvo a la luz de la luna—. ¿Cómo pudo sobrevivir esto al Cataclismo?

Bellamy cambió de postura para cargar el peso del cuerpo sobre la otra pierna.

—Ni idea —replicó—. ¿Podemos irnos ya? No quiero perder el rastro.

Clarke estaba a punto de devolver el artefacto al suelo cuando vio que el metal llevaba dos letras grabadas. Dos letras que había visto mil veces. *BG*. Billón Galáctico.

—Ay, Dios —musitó—. Procede de la colonia.

—¿Qué? —Bellamy se acuclilló a su lado—. Debe de ser un trozo de la cápsula, ¿no?

Clarke negó con un movimiento de la cabeza.

—No lo creo. Debemos de estar a seis kilómetros del campamento, como mínimo. Es imposible que sea un resto del accidente.

Al menos, no de nuestro accidente.

De repente, Clarke se sintió desorientada, como cuando se intenta distinguir un recuerdo de un sueño.

—Hay más piezas escampadas por ahí. A lo mejor son algo que...

Se interrumpió con un grito cuando un fuerte dolor le recorrió el brazo.

—¿Clarke? ¿Te pasa algo?

El brazo de Bellamy la rodeaba, pero Clarke no podía mirarlo a la cara. Tenía los ojos fijos en algo que se movía por el suelo. Algo largo, oscuro y delgado, que *serpenteaba*.

Intentó señalar el animal, pero descubrió que era incapaz de moverse.

—¡Clarke! ¿Qué te pasa? —exclamó él.

Cuando ella abrió la boca, ningún sonido surgió de sus labios. Le faltaba el aire. Le ardía el brazo.

—Oh, *mierda* —oyó decir a Bellamy.

Ya no lo veía. El mundo giraba a su alrededor. Las estrellas, el cielo, los árboles y las hojas daban vueltas y más vueltas en la oscuridad. El calambre que le había recorrido el brazo había desaparecido. Todo se estaba desvaneciendo. Cayó contra Bellamy y luego notó que la levantaban en vilo. Era ingrávida, igual que en el lago. Igual que los cuerpos de sus padres en el espacio.

—Clarke, quédate conmigo —gritaba Bellamy desde algún lugar muy lejano.

La oscuridad giraba en torno a ella, envolviendo de estrellas sus brazos y sus piernas.

Y luego se hizo el silencio.

Capítulo 3

Glass

Glass despegó la cabeza del pecho de Luke y procuró no asustarse al descubrir cuánto esfuerzo le requería. Él sonrió cuando la vio incorporarse todavía con las largas piernas tendidas en el sofá. Glass no estaba segura de si su somnolencia se debía a la escasez de oxígeno o a la falta de sueño. Llevaban casi toda la noche sin dormir. No sabían cuánto tiempo les quedaba, así que cada momento era precioso. Luke y ella habían pasado las últimas noches envueltos en los brazos del otro, susurrando pensamientos fugaces o sencillamente tendidos en silencio, memorizando mutuamente los latidos de sus corazones.

—Debería ir a buscar provisiones.

Luke lo dijo en tono desenfadado, pero ambos eran conscientes de la magnitud del comentario. Desde que cerraron el puente que unía ambas naves, el caos se había adueñado de Walden. Los desesperados intentos de los waldenitas por acaparar comida se habían tornado violentos. Pertrechados con una escasa provisión de proteínas envasadas, Glass y Luke se habían atrincherado en la diminuta vivienda del chico, donde hacían cuanto podían por ignorar los sonidos que resonaban en los pasillos: los gritos furiosos de los vecinos que peleaban por provisiones, los lamentos frenéticos de las madres que buscaban a sus hijos, los resuellos de los que intentaban respirar un aire cada vez más enrarecido.

—No te preocupes —dijo Glass—. Tenemos para unos cuantos días y luego...

Dejó la frase en suspenso y miró a otro lado.

—Se te da demasiado bien mantener la calma bajo presión. Da un poco

de miedo. Tendrías que haber sido guardia —Luke golpeó suavemente con el dedo el mentón de Glass—. Hablo en serio —prosiguió, respondiendo a la mirada escéptica de la chica—. Siempre he pensado que a las mujeres se les da mejor el trabajo de guardia que a los hombres. Es una pena que las chicas de Fénix nunca se lo planteen.

Glass sonrió para sí al imaginar la sorpresa que se habría llevado su mejor amigo si se hubiera presentado voluntaria a los entrenamientos para aspirantes a oficial. Aunque al principio habría alucinado, estaba segura de que la habría apoyado. Antes de conocer a Luke, Wells era la única persona que siempre la tomaba en serio, que estaba convencido de que no solo tenía talento para coquetear y arreglarse el pelo.

—Supongo que podría haberlo intentado, siempre y cuando no me hubieran obligado a pasear por el espacio.

Le entraban náuseas solo de imaginarse a sí misma caminando por la inmensidad.

Luke carraspeó.

—Ya sabes que *muy pocos* disfrutan del privilegio de caminar por el espacio —presumió en plan de broma.

Luke formaba parte del cuerpo de guardias de élite, un grupo de ingenieros responsables de llevar a cabo importantes —y peligrosas— reparaciones en la nave. Glass jamás podría olvidar el terror que había sentido hacía pocas semanas cuando había visto a Luke salir de la nave para reparar una esclusa estropeada. Durante quince angustiosos minutos, solo un fino cable había impedido que el chico se perdiese para siempre en la inmensidad del espacio. Un cable y las fervientes oraciones de Glass.

—Aunque reconozco que estarías muy mona con el uniforme.

—¿Quieres que me pruebe el tuyo, a ver qué tal? —preguntó Glass en tono provocativo.

Él sonrió.

—Después, quizá.

En cuanto acabó de pronunciar las palabras, su semblante se descompuso. Ambos sabían que no habría un «después».

Glass se puso de pie y se echó la larga melena hacia atrás.

—Venga —dijo, tomando a Luke de la mano—. Tengo una idea para la

cena.

—¿En serio? ¿Y qué vamos a comer? ¿Pasta de proteínas de anteayer o del día anterior?

—Hablo en serio. Quiero que esta noche sea especial. ¿Por qué no utilizamos platos?

Las reliquias fabricadas en la Tierra escaseaban en Walden, pero la familia de Luke había conservado dos hermosos platos que un antepasado suyo había llevado consigo a la nave.

Luke titubeó durante una fracción de segundo. Enseguida se levantó también.

—Me parece una idea genial. Voy a buscarlos.

Apretó la mano de Glass antes de desaparecer en el interior de su dormitorio, donde guardaba sus valiosas reliquias a buen recaudo.

Glass se encaminó al diminuto cuarto de baño y se miró en la luna del espejo rayado que pendía sobre el lavamanos. En el pasado, la falta de espacio para arreglarse la sacaba de sus casillas, pero ahora se alegró de no poder ver la mala pinta que tenía después de tres días sin cambiarse de ropa. Se peinó con los dedos y se lavó la cara con agua tibia.

No tenía la sensación de haber tardado mucho, pero cuando Glass volvió a la zona de la salita, encontró la vivienda transformada. Las titilantes luces que brillaban junto a la mesa no eran focos; eran velas.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó Glass maravillada mientras se acercaba despacio para mirarlas de cerca.

No quedaban muchas velas en la colonia, y mucho menos en Walden.

—Las guardaba para una ocasión especial —dijo Luke, saliendo de su cuarto.

Cuando los ojos de Glass se acostumbraron a la oscuridad, se quedó sin aliento. Luke se había puesto unos pantalones negros y lo que parecía una americana a juego. ¿De verdad era un traje? Casi nunca se veían en el Intercambio. Incluso a los hombres de Fénix les costaba encontrarlos.

Glass había visto a Luke muy circunspecto con su uniforme de vigilante. También lo había visto riendo tranquilamente vestido de civil, jugando a pilla-pilla con los niños de su pasillo. De traje, parecía tan seguro de sí mismo como el Luke soldado, pero su porte era distinto. Más relajado.

—Yo voy hecha un asco —se lamentó Glass a la vez que se ajustaba la manga de su desastrada camisa.

Luke ladeó la cabeza y la observó unos instantes.

—Estás perfecta.

Su voz contenía una nota de admiración, y Glass se alegró de que la titilante luz disimulase tanto su triste indumentaria como el rubor de su rostro.

Glass avanzó unos pasos y acarició el brazo de Luke con un dedo.

—¿De dónde lo has sacado?

—En realidad, era de Carter.

Al oír el nombre, ella apartó la mano bruscamente, como si la prenda estuviese al rojo vivo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Luke.

—Sí, claro —repuso Glass al momento—. Es que estoy sorprendida. Carter nunca me pareció de los que llevan traje.

Carter era un chico mayor que se había hecho cargo de Luke tras la muerte de su madre; por caridad, decía él, pero Glass siempre había sospechado que lo hacía por las raciones extra. Era un tipo perezoso, manipulador y peligroso que en cierta ocasión había intentado violarla mientras ella esperaba a su novio en la vivienda. Aunque Luke no solía pecar de ingenuo, ni por asomo, la admiración que sentía por Carter desde niño le había impedido ver sus defectos, y Glass nunca había tenido valor para contarle la verdad sobre el hombre al que consideraba una especie de mentor.

Luke se encogió de hombros.

—No lo era. Un mes se quedó sin puntos de racionamiento y se lo compré. La verdad es que fue un gesto muy generoso por su parte. Habría podido sacar mucho más en el Intercambio.

No, no habría podido, pensó Glass. Porque lo habrían arrestado por vender un traje robado. La idea le provocó una punzada de culpabilidad. Puede que Carter fuera un cerdo, pero ahora estaba muerto; ejecutado por un crimen que no había cometido.

Y Glass tenía la culpa.

El año anterior, Glass había descubierto aterrada que estaba embarazada, lo cual suponía una violación de las rígidas leyes de natalidad impuestas por

la colonia, una infracción cuyo castigo era el confinamiento si eras menor... y la muerte si eras mayor de dieciocho.

Desesperada por proteger a Luke, Glass había hecho lo posible por ocultar su embarazo. Sin embargo, cuando ya no pudo seguir escondiendo su estado, la arrestaron y la obligaron a confesar el nombre del padre. Glass sabía que, si decía la verdad, Luke, de diecinueve años, sería condenado a muerte. Así que, en un momento de pánico, dio el nombre del tipo que le ponía la carne de gallina, un hombre que habría sido arrestado antes o después en cualquier caso: Carter.

Luke no sabía lo que había hecho Glass. Nadie en todo Walden tenía la menor idea de por qué Carter había sido arrestado en mitad de la noche. Como mínimo, eso había creído Glass hasta hacía dos días, cuando la mejor amiga y exnovia de Luke, Camille, la había amenazado con revelar el secreto si no obedecía sus exigencias.

—¿Comemos? —preguntó Glass con debilidad, desesperada por cambiar de tema.

Luke colocó los dos platos sobre la mesa.

—La cena está servida.

La cantidad de pasta de proteínas era irrisoria, pero Glass advirtió que su ración era mucho mayor que la de Luke. En contrapartida, la escasez de las porciones permitía a Glass admirar las escenas pintadas en los platos: una representaba a una pareja delante de la torre Eiffel mientras que la otra mostraba a la misma pareja paseando un perro por el parque. Luke no conocía la historia de los objetos, pero a Glass le gustaba imaginar que una pareja de verdad había comprado los platos en su luna de miel y se los había llevado a la colonia como recuerdo.

—¿No es un poco raro vestirse de traje para comer pasta de proteínas? —preguntó Luke mientras se servía un bocado con ayuda de la cuchara.

—A mí no me lo parece. Wells pasó un tiempo obsesionado con un libro sobre un naufragio famoso. Por lo visto, todo el mundo se puso sus mejores galas y estuvo escuchando a la orquesta mientras el barco se hundía.

Glass se sentía orgullosa de conocer aquel dato sobre la historia terrestre pero, lejos de mostrarse impresionado, Luke frunció el ceño.

—Tendrías que haberte quedado en Fénix —dijo con voz queda—. Venir

aquí ha sido como embarcar en una nave que se hunde.

Aunque el Consejo había abandonado a Walden y Arcadia a su suerte mientras las reservas de oxígeno mermaban, en Fénix, la nave principal, aún quedaba aire. Glass había abandonado la seguridad de su nave natal para estar con Luke en Walden.

—¿Crees que Camille habrá conseguido cruzar? —preguntó Luke mientras abría un caminito entre la pasta con la cuchara.

Glass se contuvo para no fruncir el ceño también. Cuando había llegado a Walden, la exnovia de Luke, Camille, le había pedido a Glass que le mostrara el camino para embarcar de polizón en la nave principal. Y al ver que esta titubeaba, porque sabía que los vigilantes no dudarían en disparar a cualquier waldenita que quisiera colarse en Fénix ahora que habían cerrado el puente estelar, Camille le había susurrado la amenaza más terrorífica que Glass podía concebir: si no la ayudaba, le contaría a Luke lo de Carter. Ella no tenía ni idea de cómo su secreto había llegado a oídos de aquella chica, pero no se había molestado en averiguarlo. Sencillamente, se había apresurado a mostrarle a Camille el conducto de ventilación secreto que conectaba Walden con Fénix.

—Espero que sí —dijo Glass en respuesta a la pregunta de Luke. Desvió la vista para no mirarlo a los ojos.

—Tú todavía podrías hacer lo mismo —observó Luke con cautela. Le había suplicado a Glass que se marchara con Camille, pero ella se había negado—. Podrías colarte en el conducto de ventilación y...

Glass dejó caer la cuchara al plato.

—No —respondió, incapaz de controlar su tono brusco—. Ya lo hemos hablado.

Luke suspiró.

—Vale, pues tengo otra idea.

Tomó aire para hablar, pero reparó en la expresión de Glass y soltó una carcajada.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Que estás *enfurruñada*.

Glass se irguió en la silla.

—Ya, es que estoy enfadada. No sé qué tiene eso de divertido.

—Pues que estoy seguro de que de pequeña ponías esa misma cara cuando no te salías con la tuya.

—Venga, Luke. Estoy hablando en serio.

—Y yo también —replicó él antes de levantarse—. Ven aquí —dijo. La agarró de la mano para que se incorporase también—. ¿Por qué no cruzas y echas un vistazo? Si no hay guardias patrullando por Fénix, vuelves y me lo dices.

Glass guardó silencio mientras escudriñaba el semblante de Luke para asegurarse de que lo decía de corazón. De que no la estaba enredando para animarla a volver a Fénix y luego, cuando estuviera sana y salva, cerrar el conducto de ventilación para que no pudiera volver.

—¿Y luego tú vendrías conmigo?

Luke asintió.

—Si no hay guardias cerca de la salida, podríamos ir a tu casa sin que nos viesen. Y entonces...

Dejó la frase en suspenso.

Glass le tomó la otra mano y se la apretó. Ambos sabían que colarse en Fénix solo serviría para ganar algo de tiempo. La colonia se iba a pique, e incluso Fénix acabaría por quedarse sin oxígeno.

Al cabo de un momento, Luke rompió el silencio.

—A lo mejor están empezando a embarcar gente en las cápsulas.

—¿Tú crees? ¿Sin saber si es seguro o no?

Precisamente a Glass no debería extrañarle. La colonia había perdido el contacto con el centenar de adolescentes confinados que habían sido enviados a la Tierra para comprobar los niveles de radiactividad. Los noventa y nueve adolescentes, en realidad, porque en teoría Glass tenía que ser uno de ellos, pero había escapado de la nave y regresado a escondidas a la colonia. Se le encogió el corazón al pensar en Wells, que también formaba parte de la expedición. Él siempre había soñado con viajar a la Tierra. Glass recordaba que, en la época en la que estuvo obsesionado con la antigua Roma, siempre quería hacer de gladiador en el gimnasio de gravedad y fingía ser un gorila devorador de hombres cuando jugaban a los exploradores detrás del escritorio de su padre.

Esperaba que siguiera vivo, que no lo hubieran atacado gorilas

devoradores de hombres de verdad o, lo que sería aún peor, que la radiación no lo estuviera matando lentamente. Confiaba en que, al menos, hubieran logrado aterrizar.

—No tienen más remedio —insistió Luke. Sus ojos buscaron los de Glass—. Tendrías que haberte quedado en aquella nave cuando tuviste la oportunidad.

—Sí, claro, pero resulta que me habría dejado aquí algo que me importa bastante.

Luke pasó el dedo por el colgante que le había regalado a Glass para su cumpleaños.

—Por supuesto. No podías irte a la Tierra sin tus joyas.

Glass le dio un manotazo amistoso en el hombro.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Luke se rio.

—Me muero por ver cómo te enfurruñas en la Tierra.

—¿Es lo único que te mueres por ver?

—No —Luke le acarició la nuca al tiempo que acercaba sus labios a los de ella y la besaba con suavidad—. Me muero por hacer mucho más que eso.

Capítulo 4

Wells

Por la noche no había modo de calcular el paso del tiempo, de modo que Wells tenía que adivinar a ojo el momento del cambio de turno. Por el dolor que sentía en las articulaciones, debía de llevar unas cuatro horas patrullando por el claro. Sin embargo, cuando fue a buscar a Eric, encontró al arcadio sumido en un sueño tan apacible junto a Félix que le supo mal molestarlos.

Con un gemido silencioso, Wells estiró los brazos por encima de la cabeza y se cambió la lanza de mano. Aquella arma era un chiste. La flecha que había matado a Asher había acertado con precisión mortal. Si los terrícolas volvían y apuntaban a Wells, no tendría la menor posibilidad de salir con vida.

—¿Wells? —lo llamó una chica.

Se dio media vuelta y parpadeó para forzar la vista en la oscuridad.

—¿Priya? ¿Eres tú?

—No... —advirtió una nota de decepción en la voz—. Soy yo, Kendall.

—Perdona —dijo Wells—. ¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

—Oh, sí, todo va de maravilla —respondió ella en un tono repentinamente alegre. Demasiado para aquellas horas de la madrugada. Por suerte, la oscuridad era demasiado profunda como para que Kendall viera la expresión hastiada de Wells—. Pensaba que a lo mejor te vendría bien un poco de compañía.

Lo último que le apetecía a Wells en aquel momento era ponerse a charlar de banalidades.

—No te preocupes. Estaba a punto de despertar a Eric —mintió. Aun sin ver la cara de Kendall, la decepción de la chica se proyectó hasta él—. Pero

te agradezco la oferta. Será mejor que vuelvas a la cama antes de que te quiten el sitio.

Con un suspiro casi inaudible, Kendall se dio media vuelta y se encaminó a su cabaña de mala gana. Cuando oyó que la puerta se cerraba tras ella, Wells clavó la vista en el lindero del bosque. Estaba tan cansado que tendría que esforzarse mucho para evitar que los párpados se le cerrasen. Los ojos le pesaban horrores.

Al cabo de un rato —puede que fueran minutos, quizá una hora entera—, una figura apareció entre las sombras. Wells parpadeó, pensando que desaparecería, pero la silueta aumentó de tamaño. El chico se despabiló, empuñó la lanza y abrió la boca para gritar una advertencia. En aquel momento, la forma se definió y las palabras se extinguieron en sus labios.

Bellamy. Avanzaba a trompicones, cargando a duras penas una figura exangüe. Durante un instante muy breve, Wells creyó que se trataba de Octavia... pero, a pesar de la oscuridad, aquella maraña de pelo rojizo era inconfundible. La habría reconocido en cualquier parte.

Wells echó a correr y llegó junto a ellos justo cuando Bellamy caía de rodillas. Tenía la cara congestionada y resollaba con fuerza, pero sostuvo a Clarke el tiempo suficiente como para dejarla caer en los brazos tendidos de Wells.

—Clarke... Clarke... —jadeó Bellamy, agotado y sin aliento, mientras se apoyaba en la hierba para no desplomarse—. La ha mordido... una serpiente.

No tuvo que decir nada más. Estrechando a Clarke contra su pecho, Wells se encaminó al hospital de campaña. El exiguo espacio estaba atestado de gente durmiendo; media docena de personas se acurrucaban en los escasos catres y mantas que quedaban.

—Moveos —gritó Wells sin hacer caso de los murmullos indignados y las soñolientas protestas—. *Ahora.*

—¿Qué ha pasado? ¿Han vuelto?

—¿Son los terrícolas? —gimió alguien.

—¿Es *Clarke*? ¿Le pasa algo?

Sin responder, Wells tendió a Clarke en un uno de los camastros que habían quedado vacíos. Ahogó una exclamación cuando la cabeza de la chica cayó a un lado, exánime.

—¡Clarke! —la llamó, agarrándola por los hombros y sacudiéndola con suavidad—. ¡Clarke!

Se arrodilló a su lado y le acercó la cara a los labios. Clarke respiraba, pero a duras penas.

Bellamy entró como un vendaval.

—Sácalos de aquí —ordenó Wells, señalando a los chicos y chicas que miraban a Clarke confusos y adormilados.

Bellamy los empujó hacia la puerta.

—Todo el mundo afuera —dijo con la voz rota por el cansancio.

Cuando los últimos curiosos fueron expulsados sin contemplaciones, caminó dando traspiés hacia Wells, que rebuscaba entre los medicamentos con ademanes frenéticos.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Bellamy.

—Quédate con ella.

Wells arrojó vendas y frascos por encima del hombro, rezando por encontrar algún antídoto y ser capaz de reconocerlo. Se maldijo a sí mismo por no haber prestado más atención en clase de Biología. Luego se maldijo otra vez por no haber escuchado a Clarke cuando le contaba emocionada lo que hacía en sus prácticas de Medicina. Estaba demasiado ocupado admirando cómo se le iluminaban los ojos cuando hablaba de lo que estaba aprendiendo. Y ahora existía la posibilidad de que esos mismos ojos se cerrasen para siempre.

—Será mejor que te des prisa —oyó decir a Bellamy desde el camastro.

Wells se dio media vuelta y lo vio acuclillado junto a Clarke, retirándole el pelo del pálido rostro. La imagen reavivó la rabia que había embargado a Wells cuando había visto a Bellamy y Clarke besarse en el bosque.

—No la *toques* —se encogió al darse cuenta de que había hablado en un tono injustificadamente brusco—. Necesita... espacio para respirar.

Bellamy clavó unos ojos fieros en Wells.

—No seguirá respirando mucho más tiempo si no damos con la manera de ayudarla.

Wells volvió a concentrarse en el botiquín, haciendo esfuerzos por no perder la calma. Cuando posó la vista en un frasco de color naranja, sintió tal alivio que estuvo a punto de desplomarse.

Hacía unos años, un grupo de científicos había pronunciado una conferencia en el salón Edén. Estaban investigando un antídoto universal, un medicamento que proporcionase a la gente más posibilidades de sobrevivir cuando el regreso a la Tierra fuese por fin una realidad. Dejando aparte el hecho de que los seres humanos habrían perdido sus defensas naturales, era muy probable que las plantas y los animales hubiesen mutado, lo que invalidaría los viejos medicamentos. Wells tenía la sensación de que habían transcurrido siglos desde que presencié aquella conferencia, cuya celebración tuvo lugar antes de que conociese a Clarke, antes de que el vicescanciller obligara a sus padres a estudiar los efectos de la radiación en seres humanos. Wells solo había asistido porque, en calidad de hijo del canciller, estaba obligado. Ni por un momento se le había pasado por la cabeza que llegaría a pisar la Tierra, y mucho menos que tendría que usar aquel antídoto para salvarle la vida a la chica que amaba.

Wells apretó los dientes mientras extraía el líquido del vial y se disponía a inyectarlo en una de las azuladas venas del brazo de Clarke. Se quedó paralizado, escuchando la advertencia de su corazón desbocado. ¿Y si se había equivocado de medicamento? ¿Y si metía la pata y le inyectaba al torrente sanguíneo una burbuja de aire fatal?

—Déjame a mí —le espetó Bellamy—. Yo lo haré.

—No —replicó Wells con firmeza.

Aunque odiaba admitirlo, no podía soportar la idea de que fuera Bellamy quien salvase la vida de Clarke. Wells era el responsable de que la hubieran enviado a la Tierra, pero, si moría, no sería por su culpa.

Con un solo movimiento, hundió la jeringuilla en la piel de Clarke y apretó el émbolo sin apartar la vista del antídoto que se estaba alojando en el cuerpo de la chica.

—Clarke —susurró al terminar, agarrándole la mano—. ¿Me oyes? —Entrelazó sus dedos con los de ella y cerró los ojos—. *Por favor*, quédate conmigo.

Permaneció allí unos instantes, sosteniéndole la mano en silencio.

—Gracias a Dios —musitó Bellamy a su espalda.

Wells abrió los ojos y vio parpadear a Clarke. Volvió a respirar y se tambaleó, mareado de alivio.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, sin importarle que se le rompiera la voz.

Ella volvió a parpadear mientras lo miraba confusa. Wells se preparó para presenciar cómo el odio endurecía la expresión de Clarke al recordar todo lo sucedido. Sin embargo, la chica volvió a cerrar los ojos y sus labios esbozaron una pequeña sonrisa.

—He encontrado... —murmuró.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó Wells, y le apretó la mano.

—Yo no... —la voz de Clarke se apagó cuando el sueño la venció.

Wells se levantó, alcanzó una manta de otro camastro y la tendió con cuidado sobre la chica. Bellamy seguía plantado detrás de él, muy tieso, con los ojos clavados en la figura acurrucada de Clarke que, a pesar de su inmensa fortaleza, siempre parecía más joven —y más frágil, de algún modo — cuando dormía.

Wells carraspeó.

—Gracias —dijo, tendiéndole la mano a Bellamy—. Por traerla.

El otro asintió despacio, aún conmocionado.

—Estaba muy preocupado. Pensaba que...

Se pasó una mano por el pelo, se desplomó en el suelo y se quedó allí sentado, de espaldas al catre de Clarke.

A Wells le molestó el posesivo gesto del chico, pero comprendió que no podía reprocharle nada. Le agradecía a Bellamy que hubiera llevado a Clarke al campamento, pero le dolía imaginar lo que debían de haber hecho juntos durante los dos días pasados.

Suspirando, Wells se dejó caer al suelo también.

—Supongo que esto significa que no habéis encontrado a Octavia.

—No. Encontramos un rastro pero era... raro —Bellamy habló sin alzar la vista, en un tono apático—. No parecía que se hubiera marchado corriendo. Se diría que se la habían llevado *a rastras*.

—¿A rastras? —repitió Wells mientras encajaba las distintas piezas de información que tenía. Las conclusiones que sacó le parecieron aún más inquietantes que antes—. No me lo puedo creer. Se la han llevado.

—¿Se la han? —Bellamy alzó la vista al momento—. ¿Quiénes?

Wells le contó lo sucedido después de que Bellamy y Clarke abandonaran

el campamento: el ataque sorpresa, la muerte de Asher, el hecho indiscutible de que había más gente en la Tierra.

Cuando Bellamy habló por fin, lo hizo con los dientes apretados.

—¿Y crees que esas personas se llevaron a Octavia durante el incendio?

Wells asintió.

—¿Quiénes son? ¿Cómo sobrevivieron al Cataclismo? ¿Y qué diablos quieren esos... esos *terricolas* de mi hermana?

—No lo sé. Puede que solo estén defendiendo su territorio. Es posible que se la llevaran para advertirnos y, luego, al darse cuenta de que no pensábamos marcharnos, mataran a Asher para dejar aún más clara su postura.

Bellamy clavó la vista en él unos instantes.

—¿Entonces crees que volverán?

Wells abrió la boca, dispuesto a repetir la misma respuesta vaga que les había dado a los demás con el fin de que no cundiera el pánico. Sin embargo, mirando a Bellamy a los ojos, no tuvo corazón para ofrecerle aquel triste consuelo.

—Sí. Volverán.

Le contó a Bellamy que Graham estaba cada vez más obsesionado con la idea de formar un ejército, una maniobra que sin duda desembocaría en nuevas muertes.

—Ya veo que por aquí tampoco habéis estado dando un paseo por el parque precisamente —dijo Bellamy. Por encima del hombro, echó un vistazo a Clarke, que no había vuelto a moverse, aunque parecía tranquila y respiraba con regularidad—. Deberías descansar. Yo me quedaré con nuestra Bella Durmiente y te avisaré si hay algún cambio.

Por alguna razón, su tono de voz exasperó a Wells.

—Estoy bien —replicó este—. De todas formas, no me puedo acostar; estoy de guardia. Pero tú deberías irte a dormir. Pareces agotado.

Los dos chicos se desafiaron con la mirada hasta que Bellamy levantó los brazos y estiró las piernas con un gemido.

—Supongo que tenemos una larga noche por delante, pues.

Se quedaron sentados en silencio, evitando los ojos del otro y atendiendo a Clarke en las pocas ocasiones en que la chica cambiaba de postura o suspiraba en sueños. En el transcurso de la noche, unas cuantas personas

intentaron entrar en el hospital, pero Wells los ahuyentó. Era injusto obligar a la gente a dormir al raso habiendo espacio allí dentro, pero no quería que nada perturbase el descanso de Clarke. No en su estado, después de lo sucedido.

Wells no estaba seguro de cuánto tiempo había transcurrido, pero la luz se filtraba ya entre los troncos cuando un fuerte golpe lo arrancó del sopor en el que se había sumido. Un instante después, estaba de pie. Bellamy se volvió a mirar.

—¿Qué pasa? —preguntó, atontado.

Sin molestarse en contestar, Wells corrió al exterior.

En el claro reinaban la calma y el silencio. Las personas a las que había echado del hospital se habían reunido con los demás en la zona de la hoguera. Todo el mundo parecía dormido.

Wells se disponía a dar media vuelta cuando un movimiento junto al lindero del bosque le llamó la atención. Alguien salió corriendo de detrás de un árbol y se internó en el bosque; una figura pequeña y delgada, vestida de negro.

Sin pararse a pensar lo que hacía, Wells echó a correr junto al lindero, saltando sobre las raíces y las piedras que poblaban el terreno. Le cortó el paso al intruso y, con un grito, se abalanzó sobre él para derribarlo. Wells gruñó cuando una rodilla le golpeó en el vientre, pero eso no le impidió rodar para inmovilizar al desconocido sobre la tierra húmeda. Había atrapado a uno; a un terrícola. La sangre le corría tan deprisa por las venas que tardó unos instantes en poder ver claramente a la persona cuyas muñecas aferraba con fuerza, al propietario de los ojos verdes que lo miraban con furia.

Era una chica.

Capítulo 5

Bellamy

A Bellamy le traía sin cuidado que la terrícola fuera una chica. Era una espía. Una de las personas que habían liquidado a Asher y se habían llevado a su hermana.

El miedo brilló en los ojos de la intrusa y su larga melena negra le azotó la cara cuando, aún tendida, forcejeó para liberarse. Bellamy, arrodillado junto a Wells, se limitó a sujetarla con más fuerza. No la dejarían escapar; no antes de que les dijera dónde estaba Octavia.

Wells y él la obligaron a levantarse y la arrastraron hacia el campamento.

—¿Dónde diablos está? —gritó Bellamy. Se había acercado tanto a la intrusa que su aliento hizo que algunos mechones de su pelo revolotearan—. ¿Adónde habéis llevado a mi hermana?

Ella se encogió de dolor, pero no respondió.

Bellamy le retorció el brazo por detrás de la espalda, igual que les hacía a los chicos del centro de cuidados cuando los pillaba molestando a Octavia.

—¡Será mejor que me lo digas *ahora mismo* o lamentarás haber salido de dondequiera que vengas!

—*Bellamy* —intervino Wells con firmeza—. Tranquilízate. Aún no sabemos nada. Puede que no tenga nada que ver con...

—Y un cuerno que no —lo cortó Bellamy. Agarró a la chica del pelo y se lo estiró hacia atrás para obligarla a mirarlo a los ojos—. Habla ahora mismo o te juro que te arrepentirás.

—*Vale ya* —ordenó Wells—. Por lo que sabemos, ni siquiera habla nuestro idioma. Antes de hacer nada, tenemos que...

Wells fue interrumpido otra vez, en esta ocasión por un coro de gritos y

carreras. El resto del grupo, atraído por el escándalo, se acercaba ya para averiguar qué estaba sucediendo.

—Habéis capturado a uno —observó Graham, que se abría paso hacia la primera fila. Su voz delataba un amago de admiración.

—¿Es de la Tierra? —preguntó una chica de Walden, estupefacta.

—¿Sabe hablar? —Quiso saber otro.

—Seguro que es una mutante. No la toques o te contaminarás —opinó un chico arcadio, alargando el cuello para ver mejor.

A Bellamy le traía sin cuidado que la chica fuera radiactiva o que tuviera unas malditas *alas*. Solo le importaba averiguar adónde ella y sus amigos habían llevado a su hermana.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó otra joven mientras se pasaba una lanza de una mano a otra.

—Matarla —repuso Graham, como si fuera la única respuesta posible—. Y luego empalaremos su cabeza en una lanza para que sus compañeros sepan cómo nos las gastamos con aquellos que nos amenazan.

—Primero charlaremos un poco con ella —gruñó Bellamy.

Cuando Bellamy se acercó a la terrícola, ella entornó los ojos y levantó la rodilla para golpearlo, pero él la esquivó.

—Bellamy, *aparta* —ordenó Wells, forcejeando para sujetarla.

Graham bufó.

—¿Quieres divertirte un poco con ella primero? Nunca he entendido tus gustos en materia de chicas, pero supongo que todos tenemos necesidades.

Sin hacer caso de Graham, Wells se dio media vuelta para pedirle un trozo de cuerda a un waldenita.

—La ataremos y la dejaremos en el hospital hasta que hayamos decidido qué hacer con ella —informó.

Bellamy fulminó a Wells con la mirada. La rabia creció en su estómago hasta inundarle el pecho. Eso no bastaba. Cuanto más tiempo se quedasen allí, más lejos se llevarían a Octavia los amigos de la intrusa.

—Tiene que decirnos dónde está mi hermana —arguyó, desafiando a Wells a contradecirle.

¿Desde cuándo tomaba el hijo del canciller todas las decisiones? A Bellamy no le había importado que los demás aceptaran el liderazgo de

Wells. Mejor él que Graham. Sin embargo, eso no significaba que le correspondiera a Wells resolver lo que hacían con la terrícola; la única pista que tenían para encontrar a Octavia.

El arcadio acudió corriendo con la cuerda. Wells le ató a la terrícola las manos a la espalda y, luego, hábilmente, hizo lo mismo con los pies, de tal modo que solo pudiera caminar con pasitos cortos. Observando los diestros movimientos del hijo del canciller, Bellamy recordó que Wells no solo era un niño de papá. Antes de su arresto, lo habían entrenado para ser guardia. Para ser oficial, de hecho. Bellamy apretó los puños.

—Haced sitio —gritó Wells mientras escoltaba a su prisionera hacia la cabaña. La oscura melena de la intrusa le caía por la espalda y Bellamy tuvo oportunidad de verla bien por primera vez. Era muy joven, quizá de la edad de Octavia, con los ojos verdes y almendrados. Y el gorro negro de algún tipo de piel que le cubría la cabeza no era lo más raro de su aspecto.

Era su piel lo que llamaba la atención, comprendió Bellamy. La piel de los colonos mostraba tonos diversos, pero los cien se habían quemado durante su primera semana de estancia en la Tierra, antes de que Clarke les advirtiera de que limitaran la exposición al sol. La piel de la prisionera, en cambio, desprendía una especie de resplandor, e infinidad de pecas salpicaban sus altos pómulos. A diferencia de ellos, se había criado al aire libre.

La rabia que lo embargaba mudó en náusea cuando se preguntó cómo estaría tratando aquella gente a Octavia. ¿La habrían atado? ¿Encerrado en una cueva en alguna parte? La hermana de Bellamy odiaba los espacios cerrados. ¿Tendría miedo? En aquellos momentos, se habría cortado la mano derecha con un hacha si con ello hubiera podido ayudar a su hermana.

Bellamy siguió a Wells y a la terrícola a la cabaña que usaban de hospital, vacía salvo por Clarke, que seguía durmiendo allí dentro. Vio cómo Wells obligaba a la chica a sentarse en otro camastro, comprobaba que sus manos siguieran bien atadas, daba un paso atrás y la contemplaba con una expresión que debía de haber aprendido en el transcurso de su formación para convertirse en oficial.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Ella lo fulminó con la mirada e intentó levantarse, pero las manos atadas

la desequilibraron. A Wells no le costó nada volver a empujarla al camastro.

—¿Entiendes lo que te digo? —continuó.

Un pensamiento inquietante se abrió paso entre la furia que cegaba a Bellamy. ¿Y si ella *no* hablaba su idioma? Habían aterrizado en la antigua zona de Norteamérica, pero eso no significaba que los terrícolas hablaran la misma lengua que los nativos de hacía cien años.

Wells se agachó para colocarse a la misma altura que la intrusa.

—No teníamos ni idea de que aún viviera gente aquí. Si os hemos ofendido en algo, lo lamentamos, pero...

—¿Lo *lamentamos*? —escupió Bellamy—. Se han llevado a mi hermana y han matado a Asher. ¿A qué vienen tantos miramientos?

Wells le lanzó una mirada de advertencia y se volvió otra vez hacia la terrícola.

—Queremos saber adónde habéis llevado a nuestra amiga. Y te vas a quedar aquí hasta que nos des la información que necesitamos.

La chica miró a Wells, pero, lejos de responder, apretó los labios y le lanzó dagas con los ojos.

Wells se levantó, se frotó la cabeza con ademán frustrado y se dispuso a marcharse.

—¿Ya está? ¿*Eso* es lo que entiendes por un interrogatorio? —le espetó Bellamy, a caballo entre la furia y la perplejidad—. ¿No sabes lo que hacen tu padre y sus amigos del Consejo cuando quieren arrancarle información a alguien?

—Aquí no hacemos así las cosas —replicó Wells con una insufrible actitud de superioridad moral, como si los guardias de su padre no hubieran interrogado a la mitad del campamento en un momento u otro.

Se acercó al camastro de Clarke, le ajustó la manta y se encaminó hacia la puerta.

—¿La vas a *dejar* ahí? —le espetó Bellamy con incredulidad, mirando a Wells y a la prisionera alternativamente.

—Mantendremos vigilada la cabaña las veinticuatro horas del día. No te preocupes, no va a escapar.

Bellamy dio un paso adelante.

—Sí, puedes estar seguro de que no escapará, porque *yo* me voy a quedar

aquí con ella. Con las dos —con un gesto de la cabeza, señaló el cuerpo dormido de Clarke—. ¿Te parece buena idea dejarla aquí con una asesina?

Wells sostuvo la mirada de Bellamy.

—Está atada. No le hará daño a nadie.

El tono condescendiente de su voz hizo hervir la sangre de Bellamy.

—¡No sabemos *nada* de esa gente! —replicó—. No tenemos ni idea de la clase de mutaciones que han sufrido. ¿Recuerdas el ciervo de dos cabezas?

Wells negó con la cabeza.

—Es un ser humano, Bellamy, no una especie de monstruo.

Este resopló y se volvió a mirar a la chica. Ella los observaba fijamente, pasando la mirada de uno a otro.

—Bueno, de todas formas me sentiré más tranquilo si la mantengo vigilada personalmente —dijo Bellamy en tono más suave. Sabía que Wells no le dejaría quedarse si pensaba que iba a lastimar a la intrusa.

—Bien —Wells echó un último vistazo a Clarke antes de girarse hacia Bellamy—. Pero, por ahora, déjala en paz. Yo volveré enseguida.

Bellamy se dirigió al otro extremo de la cabaña y se sentó en el suelo, junto a Clarke. Tendida en su camastro, la terrícola se había colocado de cara a la pared, pero Bellamy supo por la tensión de sus hombros que estaba pendiente de él.

Genial, pensó. Si la terrícola no las tenía todas consigo, mejor. Cuanto más se asustase, más posibilidades había de que les dijera dónde habían escondido a Octavia. Bellamy estaba decidido a encontrar a su hermana, costara lo que costase. Se había pasado los últimos quince años jugándose la vida para mantenerla a salvo y no tenía la menor intención de dejar de hacerlo.

Bellamy adoraba el Día de la Conmemoración. No porque le divirtiese escuchar a los tutores del centro de cuidados largar su rollo sobre la suerte que tenían de que sus antepasados hubieran conseguido huir al espacio. Si el tatarabuelo de Bellamy hubiera sabido que sus descendientes iban a disfrutar del privilegio de limpiar retretes en un cacharro flotante lleno de aire reciclado, seguramente habría dicho algo muy parecido a: «¿Sabéis qué os digo? Que mejor me quedo aquí». No, Bellamy aguardaba con ilusión el Día de la Conmemoración porque las cubiertas del almacén se quedaban casi vacías, lo que convertía la fiesta en la ocasión ideal para rapiñar.

Se deslizó tras un generador anticuado que alguien había empujado contra una pared a toda prisa. A veces, los escondrijos como aquel ocultaban materiales valiosos durante décadas. El último Día de la Conmemoración había encontrado una navaja de verdad en el interior de un cajón de la cubierta C. Bellamy sonrió cuando sus dedos rozaron algo blando. Sacó un trozo de tela rosa. ¿Un chal? Lo sacudió, sin que le importara el polvo. Era una manta de viaje, con un ribete de un rosa más oscuro. Bellamy la plegó con cuidado y se la guardó en la chaqueta.

Mientras se dirigía al centro de cuidados, pensó en regalarle su hallazgo a Octavia. Hacía poco que la habían trasladado del pequeño cuarto donde dormían los niños de cinco y seis años a otro más grande para niñas mayores. Y si bien es verdad que a Octavia le gustaba que la considerasen una niña mayor, el dormitorio aún le daba miedo, y una manta bonita contribuiría enormemente a que se sintiese más a gusto en el nuevo espacio.

Sin embargo, al recolocarse la tela bajo el brazo y notar la suavidad de la lana contra la piel, comprendió que era demasiado valiosa para quedársela. Aunque la comida, en teoría, se distribuía equitativamente, los huérfanos habían desarrollado un complejo sistema de redistribución basado en sobornos e intimidación. De no ser por él, Octavia pasaría hambre a diario. A Bellamy se le daba bien la rapiña; o bien cambiaba lo que encontraba por raciones, o bien sobornaba al personal de cocina para que proporcionara a su hermana pequeña alguna ración de más. A lo largo de los últimos cinco años, se las había arreglado para que a Octavia nunca le faltase comida. Sus ojos jamás habían llegado a reflejar aquella expresión de hambre feroz que tanto abundaba en el centro de cuidados.

Se coló por una entrada de servicio en desuso y ocultó la manta en el lugar habitual, la horma de un conducto de ventilación muy pegada al suelo. Por la noche volvería a buscarla y la cambiaría en el mercado negro. Los pasillos oscuros y angostos estaban desiertos, lo que significaba que todo el mundo seguía en el concurrido salón celebrando el Día de la Conmemoración, que consistía en una gran comida de coco sobre la radiación y el Cataclismo.

Bellamy dobló una esquina. Para su sorpresa, oyó ruido en el dormitorio de las chicas, una risa aguda que no era lo bastante alta como para enmascarar el sonido de ¿un llanto? Aceleró el paso y entró sin llamar. La vasta habitación estaba casi vacía, pero vio a unas cuantas niñas mayores plantadas en corro, demasiado absortas en lo que sea que estuvieran haciendo como para advertir su llegada.

Una chica alta y rubia sostenía algo en alto entre risas, mientras que una mano más pequeña intentaba alcanzarlo sin éxito. Octavia. Pese a la escasa luz, Bellamy atisbó la cara surcada de lágrimas y sus ojos enormes entre los huecos que dejaban los cuerpos de sus acosadoras.

Le habían quitado la cinta roja, la que Octavia se ponía a diario para recogerse la melena oscura.

—Devolvédmela —suplicaba la niña con una voz temblorosa que encogió el corazón de Bellamy.

—¿Por qué? —se burló una de las mayores—. Cuando la llevas puesta pareces idiota. ¿Te gusta parecer idiota?

—Sí —terció otra niña—. Te estamos haciendo un favor. Ahora la gente no irá por ahí

preguntando: «¿Quién es esa niña tan rara que lleva una cinta muy fea?».

La chica que sostenía la diadema fingió que la examinaba.

—Ni siquiera es una cinta de verdad. Apuesto a que la has sacado de una bolsa de la basura o algo así.

Su amiga soltó una risita tonta.

—Seguro que por eso huele igual que la cubierta de reciclaje.

—Y tú olerás a cadáver podrido cuando por fin te encuentren —las interrumpió Bellamy, que se acercó como un vendaval y le arrancó a la niña rubia la cinta de las manos. Las apartó a empujones y se arrodilló junto a Octavia—. ¿Te encuentras bien?

Le enjugó las lágrimas.

Sorbiéndose, la niña asintió. Bellamy le tendió la cinta, que ella encerró en su pequeño puño como si fuera un insecto que pudiera escapar.

Bellamy se levantó y, posando una mano en el hombro de su hermana, se volvió hacia las mayores. Con voz estrangulada, las amenazó:

—Si me entero de que volvéis a molestarla, desearéis flotar en el espacio.

Dos niñas intercambiaron miradas nerviosas, pero la rubia enarcó una ceja y sonrió con descaro.

—Ni siquiera sé qué hace aquí. Solo sirve para malgastar oxígeno. No es más que una molestia, nacida por culpa de la estúpida zorra de tu madre. Y tu *hermana* —pronunció la palabra como si le diera asco— acabará como ella.

Los músculos de Bellamy reaccionaron antes que su cerebro. Sin pararse a pensar lo que estaba haciendo, agarró a la niña por el cuello y la estampó contra la pared.

—Si vuelves a hablar así de mi hermana, si te atreves a mirarla siquiera, te *mataré* —susurró.

Le apretó el cuello con más fuerza, presa de un repentino y terrorífico deseo de hacerla callar para siempre.

A lo lejos, Bellamy oyó gritar a alguien. Soltó a la niña y se tambaleó hacia atrás justo cuando unos brazos lo atrapaban para llevárselo de allí.

No era la primera vez que arrastraban a Bellamy al despacho de la directora, aunque nunca había gritado tantas palabrotas por el camino. El celador que lo había apresado lo empujó a una silla y le ordenó que aguardase allí.

—No te acerques a este —le dijo el hombre a la chica que esperaba al otro lado de la sala.

Bellamy frunció el ceño mientras el celador pasaba la mano por el escáner, esperaba a que la puerta se abriera y salía a toda prisa. Una parte de él quería largarse corriendo. ¿Tratar de estrangular a ese desecho espacial que había acosado a su hermana contaría como infracción? Acumulaba ya tantos partes que no pasaría mucho tiempo antes de que la directora escribiera el informe que provocaría su confinamiento. Por otra parte, apenas duraría unos cuantos días como fugitivo y, entonces, cuando lo capturasen, ¿quién cuidaría de Octavia? Mejor quedarse donde estaba y explicar lo sucedido.

Miró a la chica que aguardaba con él. Debía de tener su misma edad, pero nunca la había visto por el centro; sin duda acababa de llegar. Estaba sentada sobre sus propias piernas y jugueteaba nerviosa con los botones de su jersey. Era rubia, con un cabello

ondulado y brillante, y Bellamy sintió una inesperada punzada de compasión al imaginarla vistiéndose por última vez en su habitación y arreglándose el pelo con cuidado para su excursión a aquel agujero infecto.

—¿Qué has hecho? —preguntó la chica, interrumpiendo los pensamientos de Bellamy.

Su voz sonó algo afónica, como si llevara mucho tiempo sin hablar... o como si hubiera estado llorando. Bellamy se preguntó cómo habría acabado allí, si sus padres habrían muerto o si los habrían flotado quizá por haber cometido alguna infracción.

No había razón para mentir.

—He atacado a una chica —repuso él en el tono desenfadado y flemático que adoptaba siempre que le pedían cuentas por algún incidente. La otra parpadeó, asustada, y, de repente, Bellamy sintió el impulso de explicarse—. Se estaba metiendo con mi hermana.

Ella agrandó los ojos.

—¿Tu *hermana*?

A diferencia de la rubia, pronunció la palabra como si estuviera nombrando algo extraordinario y precioso. Desde luego, era nueva; todo el mundo en el centro de cuidados sabía que Octavia y él eran hermanos. Dadas las estrictas leyes de reproducción que imperaban en la nave, nadie tenía hermanos desde hacía, como mínimo, una generación.

—Bueno, en realidad solo somos medio hermanos, pero no tenemos más familia. Se llama Octavia —Bellamy sonrió, como hacía cada vez que pronunciaba aquel nombre—. ¿Acabas de llegar?

Ella asintió.

—Soy Lilly —se presentó.

—Qué nombre más bonito —el chico se sonrojó. Menuda chorrada acababa decir—. Yo soy Bellamy.

Quiso añadir algo más, demostrarle que no era un cretino integral, pero en aquel momento se abrió la puerta y entró la directora.

—Oh, no. Tú otra vez —dijo, mirando a Bellamy con desaprobación antes de fijarse en Lilly—. ¿Lilly Marsh? —preguntó con un tono de voz que nunca había empleado para dirigirse a él—. Me alegro de conocerte. Acompáñame a mi despacho y te contaré cómo funcionan las cosas por aquí —mientras Lilly se levantaba, la directora se volvió a mirar a Bellamy—. Te concedo un mes en período de prueba y, si te pasas de la raya un solo milímetro, serás expulsado. Para siempre.

El alivio y la confusión invadieron a Bellamy, pero no pensaba darle tiempo a la directora para que se arrepintiese de su decisión. Se puso en pie a toda prisa y se dirigió hacia la puerta. Mientras aguardaba la apertura automática, miró a Lilly por encima del hombro.

Sorprendido, descubrió que la chica le estaba sonriendo.

Capítulo 6

Clarke

Hagas lo que hagas, no entres en el laboratorio.

Los gritos de angustia le saturaron los oídos hasta que Clarke fue incapaz de distinguir qué ruidos procedían del otro lado de la puerta y cuáles de los oscuros recovecos de su propia mente.

Los experimentos requieren niveles de radiación peligrosos. No queremos que sufras ningún daño.

El laboratorio no se parecía en nada a lo que ella había imaginado. En lugar de mesas, había camas de hospital por todas partes. Y en cada cama yacía un niño.

Nuestro trabajo consiste en averiguar cuándo podrá la Tierra volver a albergar vida humana. Todo el mundo aguarda nuestras conclusiones.

Clarke echó un vistazo a la sala, buscando a su amiga Lilly con la mirada. Se sentía sola. Y estaba asustada. A su alrededor, todos estaban muriendo. Los cuerpecitos languidecían hasta convertirse en poco más que piel y huesos.

No queríamos que lo descubrieras así.

¿Dónde estaba Lilly? Clarke acudía a visitarla a menudo, cada vez que sus padres se ausentaban. Le llevaba regalos, libros que robaba de la biblioteca y golosinas que sustraía de la despensa del colegio. Cuando Lilly tenía un buen día, las risas de ambas ahogaban el pitido de las máquinas que controlaban sus constantes vitales.

No fue idea nuestra. El vicescanciller nos obligó a experimentar con esos niños. Nos habrían matado si nos hubiéramos negado.

Clarke fue avanzando de cama en cama, cada una de las cuales albergaba

a un niño enfermo. Pero ninguno era su mejor amiga.

Y entonces, de repente, lo recordó. Lilly estaba muerta. Porque Clarke la había matado.

A ti también te habrían asesinado.

Lilly le había suplicado que pusiera fin a su sufrimiento. Clarke no quería hacerlo, pero sabía que Lilly no tenía la más mínima posibilidad de mejorar. Así que acabó por acceder y le administró a su amiga la droga fatal que acabó con su dolor.

Lo siento, intentó decirle Clarke a su amiga. *Perdóname. Perdóname.*

—Tranquila, Clarke. *Chsst*, no pasa nada. Estoy aquí.

Clarke abrió los ojos rápidamente. Estaba tendida en una cama, con el brazo vendado. Pero... ¿cómo? ¿Qué había pasado?

Vio a Bellamy sentado a su lado con la cara sucia y demacrada. Pese a todo, sonreía como nunca le había visto sonreír, un gesto radiante, libre del menor asomo de burla. Había algo increíblemente íntimo en aquella expresión, como si la sonrisa dejara más a la vista que su baño en calzoncillos del día anterior.

—Gracias a Dios que te has recuperado. Te ha mordido una serpiente. ¿No te acuerdas? —le preguntó el chico.

Ella cerró los ojos mientras los retazos de recuerdos se abrían paso hacia su mente. El serpenteo en la tierra. El dolor insoportable. En aquel momento solo era consciente del calor de la mano de Bellamy en la suya.

—Te administramos el antídoto universal, pero no estaba seguro de que hubiéramos llegado a tiempo.

Clarke se sentó, despabilada de repente.

—¿*Cargaste* conmigo todo el camino hasta aquí? —Se sonrojó al pensar en la cantidad de tiempo que había pasado inconsciente en los brazos de Bellamy—. ¿Y supiste qué medicamento debías administrarme?

Bellamy echó un vistazo a la puerta.

—Eso se lo tienes que agradecer a Wells.

El nombre cayó como un mazo sobre el pecho de Clarke. Después de que Wells le impidiera entrar en una tienda de campaña en llamas para salvar a su

mejor amiga, había abandonado el campamento presa de la rabia y el dolor. Ahora, en cambio, al mirar a su alrededor, solo sintió tristeza. Thalia había muerto, pero no podía reprocharle a Wells su decisión. Le había salvado la vida... dos veces.

Al otro lado de la cabaña había una chica acurrucada en un camastro. Clarke se incorporó sobre los codos para verla mejor, pero Bellamy, al reparar en la dirección de su mirada, se sentó al borde de su cama como para taparle la vista.

—Ya —dijo, lanzando una ojeada por encima del hombro—. En cuanto a eso...

En un tono apático, le habló a Clarke del ataque que había acabado con la vida de Asher y de la chica que Wells había hecho prisionera.

—¿Qué? —Clarke se sentó muy recta—. ¿Me estás diciendo que esa chica ha nacido en la *Tierra*?

En su fuero interno, había estado esperando algo así desde que vio el cultivo de manzanos, pero despertarse a pocos metros de una terrícola era demasiado para asimilarlo de repente. Miles de preguntas estallaron a la vez en todas las regiones de su cerebro. ¿Cómo habían sobrevivido al Cataclismo? ¿Cuántos había? ¿Había zonas habitadas por todo el planeta, o solo allí cerca?

—No grites —le susurró Bellamy, que posó una mano en el hombro de Clarke y la empujó con suavidad hacia la almohada—. Creo que se ha dormido y quiero que siga así el máximo tiempo posible. Su presencia me produce escalofríos.

Clarke le apartó la mano y se levantó. La emoción y la sorpresa latían por sus venas con tanta fuerza que le temblaba todo el cuerpo.

—Es increíble. ¡Tengo que hablar con ella!

Antes de que pudiera dar un paso más, Bellamy la agarró por la muñeca.

—No es buena idea. Su gente se llevó a Octavia y mató a Asher. La pillamos espiándonos —hizo una mueca—. Seguramente estaba echando a suertes a quién se cargarían a continuación.

Clarke lo miró de hito en hito. ¿Por qué hacían conjeturas sobre las intenciones de la chica en lugar de *preguntárselo* directamente?

—¿Alguien ha intentado hablar con ella?

Hacerle preguntas no entrañaba ningún peligro, ya que tenía las manos y los tobillos atados. Clarke se puso de puntillas para verla mejor. La chica estaba tendida de lado, de espaldas a Bellamy y Clarke. No se había movido.

Bellamy tiró de Clarke para que volviera a la cama.

—Creo que habla nuestro idioma. No ha dicho nada, pero tengo la sensación de que entiende lo que decimos. En cuanto le saquemos alguna información que nos sea útil, partiré en busca de Octavia.

Hablaba con tranquilidad, pero no podía ocultar un deje de ansiedad cuando pronunciaba el nombre de su hermana. Durante un instante, los pensamientos de Clarke abandonaron a la terrícola que dormía allí al lado y volvieron al bosque, donde Bellamy y ella habían estado siguiendo las huellas de Octavia. Se sintió culpable al pensar que el chico había perdido el rastro de su hermana para llevarla a ella de vuelta al campamento.

—Bellamy —dijo despacio cuando una nueva idea fue cobrando forma en su mente—. Los restos del accidente. ¿Viste el logo? BG.

Todos los niños de la colonia sabían que BG, Billón Galáctico, era la compañía que había construido la nave que les había llevado al espacio.

—Ya lo sé —repuso él—. Pero puede que no signifique nada.

—Esos restos no eran de nuestra nave —exclamó. Estaba tan nerviosa que alzaba la voz—. Y eso significa que la colonia envió a otra expedición en el pasado. ¿Quizá una especie de *dron*? O puede que... —Clarke se mordió la lengua, ahora reticente a compartir la idea que empezaba a perfilarse en el fondo de su mente—. Es importante que averigüemos de qué se trata —concluyó sin concretar.

Bellamy le apretó la mano.

—En cuanto rescatemos a Octavia, iremos a echar un vistazo.

—Gracias —dijo ella con voz queda—. Por todo. Sé que has perdido mucho tiempo trayéndome aquí.

—Sí, bueno, habría sido una pena perder al único médico de la Tierra, aunque la arrestaran antes de que finalizara las prácticas. ¿Te importa volver a recordarme con qué parte del cuerpo debería tener más cuidado? —preguntó con una sonrisa—. ¿Qué se te da mejor? ¿Los codos o los tobillos?

Clarke se alegró de comprobar que Bellamy había recuperado el sentido del humor, pero eso no bastó para ahuyentar el sentimiento de culpa que le

oprimía el pecho. Bajando la voz, volvió a mirar a la chica dormida.

—Es que... si tienes que marcharte, deberías hacerlo. Me siento fatal al pensar que ya te he retrasado un día entero.

La sonrisa burlona del chico se suavizó.

—No te preocupes —con ademán distraído, se puso a jugar con un mechón del pelo de Clarke—. Creo que, por ahora, lo que más me conviene es averiguar qué sabe esa chica, antes de ponerme en camino otra vez.

Clarke asintió, aliviada de que Bellamy no le guardara rencor, y también de que no tuviera previsto marcharse de inmediato.

—Octavia es muy afortunada de tener un hermano como tú —dijo. Ladeó la cabeza y escudriñó a Bellamy con una sonrisa—. Sabes, ahora que lo pienso, recuerdo haber oído decir que había una pareja de *hermanos* en Walden.

Bellamy enarcó una ceja.

—¿Mi reputación me precede? No me sorprende. Es normal que las chicas hablen de un tipo tan *guapo* como yo.

Clarke se arrimó a él y le hundió el codo en las costillas. Él fingió dolor y luego se echó a reír.

—En serio —prosiguió Clarke—. Mi amiga Lilly os recordaba del centro de cuidados. Creo que sus palabras exactas fueron: «Hay una niña allí que tiene un hermano mayor. Es alucinante que tenga un hermano, pero el tío es tan increíblemente guapo que nadie lo puede mirar fijamente. Su cara te ciega, como cuando miras al sol».

En lugar de sonreír, Bellamy palideció.

—¿Lilly? No sería Lilly Marsh, ¿verdad?

A Clarke se le encogió el corazón al darse cuenta de que acababa de cometer un desliz. Claro que Bellamy y Lilly se conocían. No podía haber muchos niños en el centro de cuidados de Walden, desde luego que no. Lilly rara vez compartía recuerdos de su vida en Walden y Clarke no le había hecho preguntas al respecto. Su actitud no había sido fruto de una decisión consciente, pero ahora comprendía que había preferido pensar en Lilly como en alguien que carecía de pasado, que no tenía a nadie en el mundo.

—¿De qué conocías a Lilly?

Bellamy la miraba fijamente, buscando en sus ojos la información que

Clarke se esforzaba en ocultar.

—La conocí en el hospital, durante las prácticas —respondió ella, sin molestarse en contar la cantidad de mentiras que contenía aquella breve frase—. ¿Erais amigos?

Clarke rezó para que el chico se encogiera de hombros y le dijera que solo habían coincidido un tiempo en el centro de cuidados.

—Éramos... —Bellamy se interrumpió—. Éramos más que amigos. Lilly ha sido la única chica que de verdad me ha importado. Hasta que te conocí a ti.

Clarke lo miró, conmocionada. Bellamy y Lilly, su amiga y el conejillo de Indias de sus padres, habían sido...

—¿Te encuentras bien? —preguntó Bellamy—. ¿Te molesta que tuviera una novia cuando vivía en la nave?

—No, claro que no —repuso ella—. Estoy bien. Solo cansada.

Clarke se dio media vuelta en la cama para no tener que mirarlo a los ojos. Prefería que pensase que estaba celosa y dolida a dejarle entrever la verdad.

—Vale —consintió él, aunque no muy convencido—. Porque sucedió hace mucho tiempo.

Ella no se volvió a mirarlo. Puede que para Bellamy hubiese transcurrido mucho tiempo desde la muerte de Lilly, pero Clarke revivía a diario los últimos instantes de la chica. Aún veía la cara de Lilly cada vez que cerraba los ojos e intentaba dormir. Todavía oía en su mente los ecos de su voz.

La muerte de Lilly nunca abandonaba su pensamiento. Porque Clarke la había matado.

Capítulo 7

Glass

Los dos guardaban silencio cuando cerraron la puerta de la vivienda de Luke por última vez. Mientras recorrían el pasillo desierto, Glass le tomó la mano, sorprendida por la quietud. El caos que había reinado en la nave durante los últimos días se había extinguido, barrido por una ola de desesperación. Las tenues luces del techo parpadeaban con debilidad, como un niño agotado que intenta mantener los ojos abiertos.

Bajaron la escalera principal sin hacer ruido y por fin llegaron a los niveles inferiores de la nave, que albergaban los sistemas eléctricos y las tuberías. No pronunciaron ni una sola palabra hasta que Glass se detuvo delante de un conducto de ventilación. Alargó los brazos para retirar la rejilla.

—Por favor —dijo Luke—. Déjame a mí —extrajo la rejilla de la pared y la depositó en el suelo con exagerada delicadeza—. Y pensar que he malgastado horas y horas preguntándome qué clase de cita preferirías cuando podría haberte invitado a un romántico paseo a rastras por el conducto de ventilación.

—Todo ha sido gracias a tu influencia —bromeó Glass, haciendo esfuerzos por sonreír, aunque estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Qué? —Luke le revolvió el pelo—. ¿Tu afición por los barrios bajos? Glass se puso de puntillas y le dio un besito.

—Mi espíritu aventurero.

Luke la abrazó.

—Te quiero —le murmuró al oído.

La ayudó a trepar, esperó a que se introdujera por el conducto y volvió a colocar la rejilla en su lugar.

Glass aguardó un momento para secarse las lágrimas que le empañaban la vista.

—Yo también te quiero —susurró, aunque sabía que Luke no podía oírla. Luego apretó los dientes y empezó a arrastrarse por el estrecho pasadizo metálico.

Mientras avanzaba despacio, forzando la vista para ver en la penumbra, Glass trató de imaginar la cara que pondría su madre cuando abriese la puerta. ¿La invadiría el alivio? ¿O una parte de ella seguiría enfadada con Glass por haberse largado a Walden en aquellos momentos tan terribles? Se le encogió el corazón al pensar en el sufrimiento que le había causado a su madre a lo largo del año anterior. Si todo estaba a punto de terminar, quería tener la oportunidad de disculparse por última vez, de decirle lo mucho que la quería.

Glass se encogió de dolor cuando se golpeó el tobillo contra la pared de metal. Si dos años atrás alguien le hubiera dicho que algún día se arrastraría por un conducto de ventilación para pasar de Walden a Fénix, se habría reído en su cara. Las cosas eran distintas en aquel entonces; *ella* era distinta. Sonrió en la oscuridad. Puede que estuviese corriendo un riesgo mortal, pero por fin tenía una vida por la que valía la pena luchar.

—... cuando se produjo el Cataclismo, había ciento noventa y nueve naciones soberanas, aunque casi todas se habían unido a una de las cuatro grandes alianzas.

Glass bostezó sin molestarse apenas en taparse la boca. El tutor había atenuado las luces para que se vieran mejor los hologramas, así que había pocas probabilidades de que se diera cuenta de que Glass no prestaba atención.

—Durante las primeras seis semanas de la Tercera Guerra Mundial, fallecieron casi dos millones de personas...

—Cora —susurró Glass, echada sobre el pupitre—. *Cora*.

La chica levantó la cabeza y parpadeó, adormilada.

—¿Qué?

—... y durante los seis meses siguientes, más de cinco millones murieron de hambre.

—¿Te han llegado mis mensajes?

Cora se frotó los ojos y volvió a parpadear para activar su registro de córnea. Entornó los ojos mientras desplegaba su lista de mensajes no leídos, incluido uno de Glass en el que le preguntaba si quería acompañarla al Intercambio después de clase.

Unos segundos después, una luz destelló en la esquina superior derecha del campo de visión de Glass. Parpadeó cuando apareció un mensaje de Cora.

Claro, si nos damos prisa. He quedado con mi madre a las 3.

¿Por qué? Glass volvió a parpadear.

Turno en el invernadero J.

Glass sonrió. «Turno en el invernadero» era la clave que empleaba la familia de Cora para referirse a sus visitas clandestinas a los campos solares. Eran totalmente ilegales, pero los guardias hacían la vista gorda porque el padre de Cora era jefe de recursos y nadie se arriesgaba a hacerlo enfadar. A Glass no le importaba que la familia de Cora se quedase con lo mejor de la producción —su propia familia disfrutaba también de muchas ventajas— y Cora le regalaba bayas frescas de vez en cuando.

—¿Sí, Clarke?

El tutor señaló con un gesto a la chica de la primera fila que había levantado la mano. Glass y Cora pusieron los ojos en blanco. Clarke *siempre* tenía preguntas, y los tutores estaban tan encantados con su «curiosidad intelectual» que la dejaban enrollarse como una persiana aunque la clase, en teoría, ya hubiese terminado.

—¿Ya se había extinguido alguna especie? ¿O sucedió todo después del Cataclismo?

—Es una pregunta muy interesante, Clarke. A mediados del siglo XXI, una tercera parte, como mínimo, de...

—Ojalá se extinguiera *ella* —musitó Glass, sin molestarse en enviarle la frase a Cora.

Cora se rio. Luego suspiró y apoyó la cabeza en el pupitre.

—Despiértame cuando la clase haya terminado.

Glass gimió.

—Esa chica necesita una vida propia —susurró—. Si no se calla, la voy a flotar.

Cuando el tutor los liberó por fin, Glass se puso en pie a toda prisa y agarró a Cora de la mano.

—*Venga* —suplicó—. Tengo que encontrar botones para mi vestido.

—¿Vais al Intercambio? —preguntó Clarke, ilusionada, alzando la vista para mirarlas—. Os acompaño. Estoy buscando un cojín para una amiga.

Glass miró de arriba abajo el conjunto de pantalones y camisa que llevaba Clarke, tan feo que parecía sacado de un Intercambio arcadio.

—Quema los pantalones, mete las cenizas en la camisa y, *voilà*, tú tendrás el cojín para tu *amiga* y nosotras nos libraremos de ver esos andrajos.

Cora se echó a reír a carcajadas, pero Glass no se sintió tan eufórica como esperaba. Clarke puso los ojos como platos, presa del estupor y el malestar; luego apretó los labios y dio media vuelta para marcharse sin pronunciar palabra.

Que se fastidie, pensó Glass. *Eso le pasa por ser tan pelota e incordiar a todo el mundo.*

Como habían salido tarde, al final Cora no tuvo tiempo de acompañarla al Intercambio, así que Glass se marchó a casa. Odiaba ir sola de compras. No le gustaba cómo la miraban los guardias cuando el oficial al mando estaba distraído. Ni cómo la miraban los hombres cuando sus esposas estaban distraídas, dicho sea de paso.

De camino a casa, se puso a discurrir estrategias para arrancarle a su padre más puntos de racionamiento. La fiesta del Día de la Conmemoración estaba al caer y, por una vez, Glass estaba decidida a llevar un vestido más bonito que el de Cora.

Pasó la mano por el escáner para abrir la puerta y tiró la mochila al suelo.

—¿Mamá? —gritó—. Mamá, ¿sabes dónde está papá?

Su madre salió del dormitorio como si no supiera dónde estaba. Su tez asomaba pálida bajo el colorete y le brillaban los ojos de un modo extraño, aunque tal vez fuese un efecto de la luz.

—¿Qué pasa? —preguntó Glass, mirándola por encima del hombro. Habría preferido que su padre estuviera allí. Nunca sabía qué hacer cuando su madre andaba con la depre—. ¿Dónde está papá? ¿Sigue en el trabajo? Quería hablar con él de mi asignación.

—Tu padre se ha marchado.

—¿Se ha marchado? ¿Qué quieres de...?

—Nos ha dejado. Se ha ido a vivir con... —cerró los ojos un instante— esa *chica* del comité.

La mujer hablaba en un tono apático, como si hubiera guardado sus emociones a buen recaudo, con tanto cuidado como sus elegantes vestidos.

Glass se quedó de piedra.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tu asignación es el menor de nuestros problemas —repuso Sonja antes de desplomarse en el sofá y cerrar los ojos—. No tenemos nada.

Cuando Glass dobló por fin la esquina del conducto que desembocaba en Fénix, tenía calambres en los pies y las manos peladas. Rezó para que no hubiera guardias al otro lado, para poder dar media vuelta y llevar a Luke con ella. Con todo lo que estaba pasando, se las arreglarían para que el chico pasara desapercibido hasta que llegaran a la vivienda de su madre. Luego, buscarían la manera de colarse en una de las cápsulas...

La primera vez que consideró la idea de viajar a la Tierra —cuando la sacaron de la celda de confinamiento y le dijeron que ella y otros noventa y nueve chicos y chicas serían enviados a la superficie en una cápsula de pasajeros— la había embargado el terror. Ahora, sin embargo, una imagen muy distinta de la vida en el planeta empezaba a cobrar forma en su mente. Luke y ella paseando por los bosques, de la mano. Sentados en lo alto de una colina en perfecto silencio, contemplando un ocaso de verdad. A lo mejor aún quedaban algunas ciudades. ¿Y si podían viajar a París, como la pareja de los platos de Luke?

Estaba sonriendo cuando tendió los brazos para retirar la rejilla del extremo de Fénix, pero no pudo. Sus dedos arañaron los cantos en busca de un borde que asir y no encontró nada. Notaba las esquinas del conducto de

ventilación; estaban tapiadas con algo plano, que las sellaba por el otro lado.

Glass cambió de posición como pudo para apoyar los pies contra la salida del conducto de ventilación. Inspiró hondo y pateó la placa. Nada. Volvió a patearla y lloró de impotencia cuando la chapa tembló pero siguió en su sitio.

—¡No! —exclamó.

Se encogió al oír el eco de su propia voz en el tubo. Camille debía de haberlo bloqueado por el otro lado para impedir que nadie la siguiera. Era lógico; un polizón waldenita tenía muchas más posibilidades de pasar desapercibido que toda una legión. Al hacerlo, sin embargo, había sentenciado a Glass y Luke a una muerte segura.

Glass se abrazó las rodillas contra el pecho, procurando al mismo tiempo no imaginar la cara que pondría Luke cuando le dijera que les habían cerrado el paso. Recurriría a todo su autocontrol para adoptar una expresión valiente y estoica, pero no podría evitar que la desesperación asomara a sus ojos.

Ya nunca vería a su madre. Cuando el oxígeno se agotara también en Fénix, Sonja estaría sola, acurrucada en su minúscula vivienda mientras resollaba un último adiós a la hija que había desaparecido sin una palabra de despedida.

No obstante, cuando Glass se disponía a iniciar el largo camino de vuelta, una idea aleteó en su mente. Una idea tan insensata que tal vez podría funcionar.

Si no había modo de colarse en Fénix por dentro de la nave, tendría que intentarlo por fuera.

Capítulo 8

Wells

Después del desayuno, Molly no había mejorado nada. Le había subido la fiebre y no paraba de temblar.

Hacia el mediodía, Molly seguía acurrucada en la cabaña, ahora desierta, donde llevaba tendida desde el alba. Wells la observaba preocupado. El sudor perlaba su pálida frente y sus ojos habían adquirido un tono raro, amarillento.

Por primera vez, Wells había estado evitando a Clarke, pero ahora no tenía más remedio que acudir a ella. Se inclinó, levantó a la niña en brazos y salió al claro. La mayoría de la gente estaba demasiado distraída compartiendo cotilleos sobre la terrícola o entrenando con las nuevas armas de Graham al fondo del claro como para reparar en él, aunque unos cuantos lo miraron con curiosidad cuando Wells abrió la puerta del hospital y transportó a Molly al interior.

La terrícola seguía tendida de espaldas a la puerta, durmiendo o fingiendo dormir, pero Clarke se había sentado y miraba a la chica con tanta intensidad que al principio no reparó en la llegada de Wells.

Este pasó por encima de Bellamy, que al parecer se había dormido en el suelo, junto al camastro de Clarke, y luego depositó a Molly con cuidado en una cama vacía. Cuando volvió a incorporarse, Clarke había despegado la vista de la terrícola y miraba a Wells con unos ojos como platos.

—Eh —el chico dio unos pasos hacia ella—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor —repuso Clarke con voz ronca, y carraspeó—. Gracias... por darme el antídoto. Me has salvado la vida.

Parecía sincera. Wells no atisbó rastros de ira en su voz, ni ninguna señal de que siguiera enfadada con él por haberla retenido durante el incendio. Sin

embargo, aquel tono educado y distante le dolía aún más que su furia. Le hablaba como si fuera un extraño que le hubiera prestado un servicio por pura amabilidad. ¿Serían así las cosas a partir de ahora, se preguntó, o acaso su actitud indicaba que habían vuelto a empezar de cero?

Mientras Wells buscaba la respuesta más adecuada, la mirada de Clarke se desplazó hacia Molly. Su expresión ausente desapareció, remplazada por una mirada penetrante que Wells conocía bien.

—¿Qué le pasa a Molly? —preguntó en tono preocupado.

Encantado de cambiar de tema, Wells le contó que la niña había enfermado de repente. Clarke frunció el ceño e hizo ademán de levantarse de la cama.

—Espera —Wells corrió hacia ella. La agarró por el hombro sin pensar lo que hacía, pero la soltó enseguida—. Necesitas descansar. ¿No puedes echarle un vistazo desde aquí?

—Estoy bien —repuso Clarke, encogiéndose de hombros.

Apoyó los pies en el suelo y se levantó con inseguridad. Wells luchó contra el impulso de ofrecerle el brazo.

Clarke caminó despacio hacia Molly y, una vez junto a su cama, se arrodilló para verla mejor.

—Eh, Molly. Soy yo, Clarke. ¿Me oyes?

Molly respondió con un gemido e intentó zafarse de la manta con la que Wells la había tapado. Clarke frunció el ceño cuando le apretó la muñeca con los dedos para controlarle el pulso.

—¿Qué opinas? —preguntó Wells, dando un tímido paso hacia ellas.

—No estoy segura —Clarke palpó las glándulas del cuello de Molly y torció la cabeza para mirar a Wells—. Oye, ¿cuánto tiempo llevamos aquí? Con la picadura de la serpiente y todo lo demás, he perdido la noción del tiempo.

—Algo más de tres semanas —Wells guardó silencio un momento mientras calculaba mentalmente—. Creo que ayer hizo tres semanas.

—Veintiún días —musitó Clarke, más para sí misma que para él.

—¿Qué significa eso? ¿A qué te refieres?

Clarke desvió la vista, pero Wells atisbó un amago de miedo en sus ojos. Sabía lo que significaba aquella mirada ausente. Recordaba la expresión

angustiada de Clarke cuando por fin le había revelado los experimentos que estaban llevando a cabo sus padres.

—No creerás que la radiación tiene algo que ver, ¿verdad? —preguntó—. O sea... habríamos enfermado mucho antes, ¿no?

Clarke apretó los labios e hizo la mueca que hacía siempre cuando necesitaba tiempo para asimilar lo que su cerebro ya había procesado.

—Si la radiación estuviera en el aire, sí, no habríamos podido ni respirar. En cambio, si quedaran algunos restos en el agua, los síntomas empezarían a manifestarse ahora. Pero no creo que la enfermedad de Molly tenga nada que ver con eso —añadió rápidamente—. No *parece* envenenamiento por radiación —una sombra de tristeza cruzó su mirada, y Wells comprendió que estaba pensando en su amiga, la que había muerto—. Yo diría más bien que algo le ha provocado una mala reacción. ¿Queda algo de antídoto universal en el botiquín?

—¿Algo? —repitió Wells—. Solo había un vial.

Clarke lo miró de hito en hito.

—Por favor, dime que no me lo administraste todo. ¡Debía de contener una docena de dosis!

—¿Y cómo querías que lo supiera? —exclamó Wells, dejando que la indignación ahogara el sentimiento de culpa que empezaba a anudarse en su estómago.

—Entonces, ¿no queda nada? —Clarke se volvió hacia Molly y maldijo entre dientes—. Estamos apañados.

Antes de que Wells pudiera pedirle que se explicara mejor, la puerta se abrió y Eric entró a toda prisa, llevando a Félix de la mano.

—¿Clarke? Gracias a Dios que estás despierta. Necesitamos tu ayuda.

Sobresaltado de ver al imperturbable Eric tan agitado, Wells caminó hacia él y lo ayudó a tender a Félix en una de las camas vacías.

—Se ha desmayado cuando íbamos al arroyo —dijo Eric, pasando la mirada de Clarke a Félix con expresión ansiosa—. Y dice que no retiene la comida.

A esas alturas, Bellamy ya se había despertado. Poniéndose en pie despacio, se frotó los ojos y bostezó ostentosamente.

—¿Qué pasa? Clarke, ¿qué demonios haces levantada?

Ella no le hizo caso y avanzó tambaleándose para examinar a Félix. Tenía los ojos abiertos pero apenas podía enfocar a Clarke y parecía incapaz de responder a sus preguntas.

—¿Qué le pasa? —preguntó Eric, escudriñando el rostro de Clarke con una mirada tan intensa como la de los guardias del puente de mando que, allá en la nave, observaban los monitores en busca de asteroides o restos siderales.

—No estoy segura —masculló ella con un tono entre confuso e irritado. Clarke odiaba quedarse sin respuestas—. No creo que sea nada grave. Es posible que se haya deshidratado como consecuencia de una gripe estomacal. Lo hidrataremos y lo pondremos en observación. Bellamy, ¿nos puedes traer agua?

Bellamy dudó y miró a Wells, como si estuviera a punto de pasarle el encargo, pero por fin asintió y salió corriendo.

Wells se acuclilló junto a Clarke, lo bastante cerca como para hablarle en voz baja pero no tanto como para rozarla sin querer.

—Es muy raro, ¿no? Que Molly y Félix se hayan puesto enfermos casi al mismo tiempo.

—La verdad es que no. Habiendo cien personas en un espacio tan reducido, lo raro es que no se haya producido antes algún tipo de brote.

Wells echó un vistazo a Eric, que estaba distraído acariciando el pelo de Félix, y bajó la voz.

—Pero ¿y si no es la gripe? ¿Y si es la radia...?

—No es eso —lo interrumpió Clarke, apoyando el oído en el pecho de Félix para, mal que bien, auscultarle los pulmones sin ayuda de un estetoscopio.

—Pero supongamos que lo es. ¿Hay algo en el botiquín que los pueda ayudar?

—Mis padres estaban investigando una sustancia —repuso Clarke con voz queda—. Hay un frasco de píldoras que podrían retrasar los efectos de un envenenamiento por radiación.

—¿Y por qué no se las damos? Por seguridad.

—Ni en sueños.

El tono de Clarke no admitía réplica, pero Wells siguió insistiendo.

—¿Por qué?

Clarke giró la cabeza hacia Wells y le lanzó una mirada de impotencia mezclada con miedo.

—Porque si no fuera envenenamiento por radiación, las pastillas los matarían.

Capítulo 9

Clarke

—¿Seguro que no te importa que me vaya unas horas? —preguntó Bellamy mientras examinaba con el ceño fruncido el brazo de Clarke, que seguía hinchado—. Procuraré no ir muy lejos por si...

—*Seguro* —lo interrumpió ella—. Ve a cazar. Todo irá bien, te lo prometo.

Se estaban quedando sin comida, y la situación era tan urgente que Wells, cuando había pasado por allí por la tarde para saber cómo se encontraban Molly y Félix, se había tragado el orgullo y le había pedido a Bellamy que lo ayudara a reponer provisiones.

Bellamy señaló con un gesto de la cabeza a la chica que dormía al otro lado de la cabaña.

—Prométeme que no hablarás con ella —le pidió a Clarke—. No me hace ninguna gracia que os quedéis las dos solas.

—No estoy *sola* —replicó Clarke—. Molly y Félix también están aquí.

—Las personas inconscientes no cuentan. Tú mantén las distancias, ¿vale? Y procura descansar.

—Lo haré. Te lo prometo.

Clarke procuró que no le temblara la voz para que Bellamy no sospechara lo ansiosa que estaba por verlo partir. En cuanto él se hubo marchado, se puso de rodillas para observar a la terrícola.

Iba vestida de negro, pero Clarke no identificó los materiales con los que estaba confeccionada su ropa. Llevaba unos pantalones ajustados, de un tejido suave y ligeramente brillante —¿piel de animal, quizá?— mientras que la tela que le envolvía la parte superior del cuerpo parecía más blanda.

¿Cómo se llamaba aquel hilo que se fabricaba con pelo de animal? ¿Lana? El abultado chal que le rodeaba los hombros estaba hecho de pieles, sin duda. Clarke se moría por averiguar de qué clase de criatura procedía. Hasta el momento, los únicos mamíferos grandes que habían visto eran ciervos; las pieles del chal de aquella chica eran mucho más gruesas y oscuras.

En la otra punta de la cabaña, Félix gimió en sueños. Clarke acudió a su lado y le tocó la frente. Le estaba subiendo la fiebre. Se mordió el labio al recordar su conversación con Wells. No había mentido al decir que los síntomas de envenenamiento por radiación eran otros; después de las náuseas y la fiebre aparecían llagas, encías sangrantes y pérdida del cabello. Por eso le había resultado tan horrible presenciar la evolución de Lilly. Clarke sabía lo que le esperaba a su amiga antes de que se iniciara cada una de las dolorosas fases.

Mientras volvía a su propia camilla, Clarke pensó en las pastillas del botiquín. Si la enfermedad de Félix y Molly no se debía a la radiación, el medicamento los mataría. Sin embargo, si Clarke se equivocaba, los estaría sentenciando a una agonía larga y dolorosa. Las pastillas tenían que administrarse en las primeras fases del envenenamiento.

Se sentó y enterró la cabeza entre las manos, preguntándose por enésima vez por qué el Consejo no se habría molestado en hablar con ella antes de enviar a los cien a la Tierra. Sí, era una criminal convicta, pero también la única persona que conocía a fondo la investigación de sus padres.

—¿Y quién es Lilly? —le preguntó una voz desconocida desde el otro lado de la cabaña.

Clarke ahogó una exclamación y levantó la cabeza de sopetón para mirar a la terrícola, tan sorprendida que no atinó a responder. Así que, después de todo, *sí* hablaba su idioma. Ahora estaba sentada, de cara a Clarke. Llevaba la melena oscura enredada pero aún brillante, y su piel desprendía un brillo cálido que resaltaba hasta lo imposible el verde de sus ojos.

—¿Qué... qué...? —balbuceó Clarke. Enseguida inspiró hondo y se obligó a sí misma a recuperar algo parecido a la compostura—. ¿Qué quieres saber de Lilly?

La chica se encogió de hombros.

—No parabas de repetir ese nombre cuando estabas delirando —su

acento y cadencia sonaban distintos a los de la gente de la colonia; más musicales. Se emocionó al escuchar la voz, como la primera vez que oyó el latido de un corazón durante las prácticas de Medicina—. Y luego ese chico se comportó de una manera muy rara cuando la mencionaste —añadió la prisionera.

—Lilly era una amiga mía, allá en la nave —dijo Clarke despacio. ¿Conocían los terrícolas la existencia de la colonia? Un millón de preguntas luchaban por ganar terreno en la mente de Clarke, una más apremiante que todas las demás. Optó por ser precavida—. ¿Cuántos sois?

La chica meditó la respuesta un momento.

—Ahora mismo, trescientos cincuenta y cuatro. Puede que trescientos cincuenta y cinco, si el bebé de Delphine ya ha nacido. Sale de cuentas un día de estos.

Un bebé. ¿Nacería en un hospital? ¿Sería posible que algunas instalaciones previas al Cataclismo siguieran funcionando? ¿Habrían reconstruido los terrícolas las ciudades principales?

—¿Dónde vivís? —preguntó, muerta de curiosidad.

El rostro de la chica se endureció, y Clarke lamentó su falta de tacto. Estaba presa; no quería revelarle a Clarke dónde vivían su familia y amigos, claro que no.

—¿Cómo te llamas? —Rectificó.

—Sasha.

—Yo soy Clarke —respondió ella, aunque tenía el presentimiento de que la chica ya lo sabía. Sonrió y se levantó despacio—. Qué locura. No me puedo creer que esté hablando con un nativo de la *Tierra* —Clarke cruzó la cabaña y se sentó junto a Sasha—. ¿Sabías que vivía gente en el espacio? ¿Qué pensaste cuando nos viste?

Sasha se quedó mirando a Clarke unos instantes, como tratando de sopesar si hablaba en serio.

—Bueno, no me esperaba que fuerais tan jóvenes —respondió por fin—. Los últimos eran mucho mayores.

Aquellas palabras dejaron a Clarke estupefacta. ¿Los últimos? Imposible. Seguro que la había entendido mal.

—¿De qué hablas? —preguntó con voz ronca—. ¿Me estás diciendo que

conocéis a más gente de la *colonia*?

Sasha asintió, lo que provocó un revuelo en el corazón de Clarke.

—Llegó un primer grupo hará cosa de un año. Siempre hemos sabido que vivía gente en el espacio, pero conocerlos cara a cara fue impresionante de todas formas. Su nave aterrizó de mala manera, igual que la vuestra —se interrumpió, como si sopesase cuánta información debía compartir con Clarke—. La primera vez, no estábamos prevenidos e intentamos ayudarlos. Los llevamos a nuestro... los dejamos que vivieran con nosotros. Les ofrecimos alimento y cobijo, aunque sus antepasados nos abandonaron a nuestra suerte durante la época oscura. Mi pueblo estaba dispuesto a olvidar el pasado en nombre de la paz y la cordialidad.

Un deje de resentimiento se había filtrado en su voz, y Sasha alzó la barbilla una pizca, como si desafiara a Clarke a contradecirla.

Clarke luchó contra el impulso de defender a los colonos y también de hacer más preguntas. En aquellas circunstancias, la mejor estrategia para ganarse la confianza de la chica era sin duda el mutismo. Tal como Clarke había supuesto, tras un largo silencio, Sasha prosiguió:

—Fuimos unos estúpidos al confiar en ellos. Hubo... un incidente.

Adoptó una expresión apenada al recordarlo.

—¿Qué pasó? —preguntó Clarke con suavidad.

—Da igual —replicó Sasha—. Ahora ya se han ido.

Clarke se relajó mientras hacía esfuerzos por asimilar la asombrosa información.

¿De verdad la colonia había enviado una expedición a la Tierra hacía un año? Pensó en los restos que había encontrado, en el logotipo de la BG, y de repente la idea le pareció plausible. Ahora bien, ¿quiénes eran aquellos colonos mayores que habían tomado parte en la primera misión? ¿Y por qué la colonia había enviado a los cien, si otro grupo ya había llegado antes?

—¿Sabes... sabes algo de ellos? —preguntó Clarke, haciendo esfuerzos por hablar en un tono sereno—. ¿Eran voluntarios o los obligaron a venir?

—No tengo ni idea —respondió Sasha con indiferencia—. No pasábamos mucho tiempo charlando con ellos de temas personales, que digamos. No después de que... —se mordió la lengua.

Clarke frunció el ceño mientras su mente trabajaba a marchas forzadas

para completar la frase. No atinaba a imaginar qué habían hecho los colonos para ofender a los nativos hasta tal punto. Por desgracia, no parecía que Sasha se lo fuera a contar y no podía esperar a compartir las noticias con los demás.

—Vuelvo enseguida —dijo Clarke mientras se ponía en pie—. No te marches.

Sasha enarcó una ceja y estiró las piernas para mostrarle a Clarke que las tenía atadas.

Ella se ruborizó, avergonzada. Corrió hacia Sasha, se arrodilló y desató las cuerdas. Wells había hecho un nudo muy complicado —aprendido durante su formación para el grado de oficial, sin duda—, pero Clarke había extraído puntos suficientes como para desentrañar su secreto. Sasha se apartó la primera vez que la mano de Clarke la rozó, pero no protestó.

Ella deshizo la última vuelta y tiró la cuerda al suelo.

—Ven —dijo, tendiéndole la mano a Sasha—. Ven conmigo. En caso contrario, nunca me creerán.

Sasha miró la mano de Clarke con desconfianza. Un instante después, se levantó sin ayuda. Agitó un pie y luego el otro; cuando la sangre volvió a circular por sus extremidades, se encogió de dolor.

—Vamos —ordenó Clarke a la vez que agarraba a Sasha por el codo para guiarla al exterior.

Capítulo 10

Bellamy

Solo habían pasado unos minutos desde que regresara del bosque con varios conejos, que ya se estaban asando al fuego. Los apetitosos aromas habían atraído prácticamente a todos los integrantes del campamento, que ahora aguardaban en torno a la hoguera con una expresión de hambre atroz.

A Bellamy esas caras le recordaban a las de los niños pequeños del centro de cuidados, que lo rodeaban cada vez que volvía de una de sus incursiones con la esperanza de que les hubiera traído algo para comer. Por desgracia, nunca conseguía alimentarlos a todos, igual que ahora no iba a ser capaz de dar de comer a todos sus compañeros.

—¿Solo has traído dos? —preguntó Lila antes de intercambiar una mirada desdeñosa con su amiga Eliza, una chica de cabellera dorada que Bellamy consideraba una versión más callada y, de ser posible, aún más boba de Lila. Hacía una semana, ellas dos y unas cuantas chicas más se habían cortado las perneras de los pantalones grises para convertirlos en *shorts* de medidas diversas, sin hacer caso del consejo de Clarke, que les había advertido de que se arrepentirían cuando cambiara el tiempo.

Y ahora estaban arrepentidas. Ambas temblaban como pajaritos, aunque Lila hacía lo posible por ocultarlo. Eliza solo parecía deprimida.

—Qué bien cuentas, Lila —le espetó Bellamy despacio, como quien elogia a un niño pequeño—. Pronto llegarás hasta diez.

Lila entornó los ojos y se cruzó de brazos.

—Eres un capullo, Bellamy.

—¿Nunca has oído la frase que dice «no muerdas la mano que te da de comer»? —replicó él con una sonrisa—. O mejor te lo digo de otro modo.

Hay dos conejos, como bien has señalado, pero nosotros somos *más* —noventa y seis, para ser exactos, aunque a nadie le hacía falta que le recordasen que ya habían perdido a cuatro miembros del grupo—. Así que no hay para todos. Y tú acabas de simplificar la decisión. Muchas gracias —tendió la mano como para estrechar la de Lila—. Te agradezco la ayuda.

Ella se la apartó de un manotazo y se dio media vuelta para marcharse. Se alejó ofendida, estirándose el bajo irregular de los *shorts* mientras caminaba a grandes zancadas. *Típica waldbobita*, pensó Bellamy, usando el término que Octavia había acuñado para referirse a las chicas de Walden que se comportaban adrede como las mentecatas de Fénix. El recuerdo de Octavia, sin embargo, le borró la sonrisa de la cara y cedió el paso al dolor que intentaba encerrar en su pecho. Solo Dios sabía la clase de sufrimiento que estaría experimentando ahora mismo su hermana, mientras Lila y sus amigas se pavoneaban por el campamento con sus *minishorts*.

Dos chicos arcadios se habían ofrecido a asar los conejos; Eric y Priya los habían desollado. Bellamy estaba deseando volver al hospital de campaña para saber cómo se encontraba Clarke, pero sabía que, si se marchaba, no quedaría ni un pellizco de carne cuando volviera. Él no pensaba comer nada, pero quería asegurarse de que Clarke tomara unos cuantos bocados.

—No hay ni para empezar —le estaba diciendo Priya a Wells, que acababa de volver del arroyo—. ¿Cuántos paquetes de proteínas nos quedan?

Wells frunció el ceño y negó con la cabeza. Luego se inclinó para susurrarle algo a Priya. Intentaban ser discretos, pero un mínimo de veinte personas los observaban nerviosas.

Bellamy recordó los primeros días de su estancia en la Tierra, cuando el grupo rebosaba de una energía explosiva, casi peligrosa. Ahora, el cansancio y el hambre los habían vuelto más taciturnos. Incluso la charlatana Kendall, que tan bien imitaba el acento de Fénix, miraba en silencio a Wells y Priya, aunque la sonrisilla que bailaba en sus labios le daba una expresión más guasona que suspicaz.

Durante unos minutos, solo el chisporroteo de la hoguera y el golpe de las lanzas que rebotaban contra los árboles antes de caer al suelo rompió el silencio. La gente que Graham había reclutado para sus «fuerzas de paz» llevaba todo el día practicando, e incluso Bellamy tenía que reconocer que

habían mejorado mucho. Si se esmeraban tanto en cazar como en abatir terrícolas imaginarios, había bastantes probabilidades de que los colonos no murieran de hambre.

Kendall fue la primera en romper el silencio.

—Wells, ¿cuándo llegará la siguiente cápsula?

Bellamy bufó ante aquel descarado intento de trabar conversación con Wells. Unas cuantas chicas llevaban varios días prestando mucha atención al hijo del canciller.

—¿Y qué más da? —intervino Lila, que acababa de reunirse con el grupo. Se desperezó con ostentación—. No tengo ningunas ganas de ver guardias por aquí, comportándose como si el lugar les perteneciera.

Bellamy asintió en silencio, aunque jamás le daría a Lila la satisfacción de expresarlo en voz alta. De todos ellos, era él quien más tenía que perder. Si bien su disparatado plan de hacerse pasar por guardia le había servido para colarse en la nave de los cien, el canciller —el padre de Wells— había recibido un disparo en medio del caos, una bala que iba dirigida a Bellamy. Aunque a los demás se les perdonaran los delitos, Bellamy seguiría siendo considerado un criminal. Por lo que él sabía, los guardias tenían órdenes de dispararle a matar.

—Pero, a estas alturas, el Consejo ya debe de saber que la Tierra es segura —arguyó Kendall, señalando con un gesto el monitor de su muñeca.

Nadie sabía si los monitores seguían funcionando, si aún enviaban constantes vitales a la nave o si el sistema se había dañado de manera irremisible con el accidente.

—¿Segura? —repitió Lila con una risa amarga—. Ya te diré yo si es *segura*.

—Me refiero a los niveles de radiación —aclaró Kendall, lanzando al mismo tiempo una mirada a Wells con la esperanza de que le diera la razón.

Este, sin embargo, tenía la vista clavada en los árboles. Algo había captado su atención.

Bellamy se puso de pie, alcanzó el arco y trotó hacia Wells. Un grito triunfante resonó en el claro, y Bellamy respiró aliviado. No eran los terrícolas, sino Graham.

El recién llegado atravesó uno de los arbustos que crecían junto al lindero

del bosque portando una lanza en una mano y un bulto grande y oscuro en la otra. Un bulto grande, oscuro y *peludo*. El muy cabrón había cazado algo, comprendió Bellamy, sin saber si sentirse molesto o aliviado. Le vendría bien que alguien le ayudara a cazar, pero le habría gustado que ese alguien no fuese Graham.

—Mirad lo que tengo —se pavoneó este, dejando caer la pieza al suelo.

—Graham, aún está *vivo* —protestó Priya, y dio un paso adelante mientras los demás retrocedían, asustados y asqueados.

Tenía razón. El animal se estaba retorciendo. Era más grande que los conejos que había cazado Bellamy, pero menor que un ciervo. Tenía el morro alargado, las orejas redondeadas y una cola larga y tupida, a rayas. Bellamy se asomó para ver mejor y distinguió que el animal sangraba por el vientre, donde Graham lo había herido. Acabaría muriendo, pero sufriría una agonía larga y dolorosa. Wells se metió la mano en el bolsillo y sacó el cuchillo que siempre llevaba encima.

—Tienes que disparar al corazón —le explicó Bellamy a Graham—. Si lo haces así, la muerte será limpia y el animal no sufrirá. Si lo dejas malherido, degüéllalo.

Graham se encogió de hombros, como si Bellamy lo estuviera regañando por no haber cerrado bien la tienda de las provisiones.

—Es un *zorro* —dijo, y empujó el animal con el pie.

—En realidad, es un mapache —lo corrigió Bellamy.

O eso creía. Se parecía a los mapaches que había visto en fotografías, salvo por un detalle: algo sobresalía de la cabeza de aquel animal, algo *brillante*. Un halo de luz bailaba en la hierba oscura según el mapache se sacudía a un lado o a otro. Casi se diría que llevaba una linterna en la frente, como las que usaban los ingenieros para reparar la nave desde el exterior. Bellamy recordaba vagamente haber visto un vídeo de un pez con un apéndice parecido, que usaba para atraer a las presas del fondo del mar.

—Espera un momento. ¿Te has internado en el bosque tú solo? —preguntó Lila entre admirada y escandalizada—. ¿Y si los terrícolas siguen ahí?

—Espero que sigan ahí. Muy pronto desearán *haberse extinguido* durante el Cataclismo —Graham se rio al tiempo que arrojaba la lanza al aire para

volver a atraparla con una sola mano—. Nosotros *seremos* su catástrofe.

—No seas idiota —masculló Wells, cuya paciencia estaba al límite—. Podría haber cientos. *Miles*. Si nos declaran la guerra, no tendremos ninguna posibilidad.

Graham levantó la barbilla.

—Yo opino que eso dependerá de quién sea nuestro capitán, ¿no crees? —declaró en un tono súbitamente quedo. Wells y él se miraron un instante a los ojos, luego Graham se relajó y sonrió—. Venga, ¿quién va a desollar este bicho? Me muero de hambre.

—En primer lugar, espera a que haya *muerto* —dijo Bellamy.

Se volvió a mirar a Wells, que seguía inmóvil, con la navaja en la mano.

—Está muerto —intervino Kendall en tono alegre. Estaba acuclillada junto al mapache—. Le acabo de romper el cuello.

Bellamy creyó que bromeaba, pero enseguida se dio cuenta de que el animal no se movía y la extraña luz se había apagado. Se volvió a mirar a Kendall, sorprendido, pero antes de que pudiera preguntarle dónde había aprendido a hacer eso, un ruido de pasos desvió su atención hacia el centro del claro.

Clarke corría hacia ellos, arrastrando a la terrícola tras de sí.

—¡Chicos! —gritó sin aliento. Sus ojos brillaban con una luz que Bellamy solo había atisbado un par de veces con anterioridad, cuando algún descubrimiento relativo a la Tierra disparaba su entusiasmo científico—. ¡No os lo vais a creer!

Todo el mundo se levantó para apiñarse en torno a las recién llegadas.

—¿Qué pasa? —preguntó Bellamy.

Los ojos de Clarke se posaron en él un instante antes de volverse hacia la prisionera.

—Díselo —la animó—. Cuéntales lo que me has explicado.

Así pues, pensó Bellamy, la prisionera *entendía* su idioma.

Era la primera vez que buena parte del grupo veía a la chica desde la captura. Algunos la contemplaron fascinados, empujando a sus vecinos para verla mejor, mientras que otros retrocedieron nerviosos. Bellamy se dio cuenta de que Wells había regresado en silencio a la hoguera y observaba a Clarke y a la terrícola con interés.

La chica permanecía en silencio. Con los ojos muy abiertos, observaba asustada a la multitud.

—No pasa nada, Sasha —la tranquilizó Clarke.

¿Sasha? Bellamy se enfureció. ¿Clarke conocía su *nombre*? ¿Qué diablos había pasado mientras él estaba de caza?

Sasha carraspeó nerviosa y los susurros del grupo se acallaron.

—Yo... le he dicho a Clarke que no sois el primer grupo que aterriza en la Tierra procedente de la colonia.

Un silencio de estupefacción se apoderó del claro.

—Eso es imposible —dijo Wells, dando un paso adelante—. ¿Tú cómo lo sabes?

La expresión de Sasha se endureció, y levantó la barbilla para mirar a Wells a los ojos.

—Porque —dijo en tono tranquilo— los conocí.

En aquel momento, estalló el caos. Todo el mundo empezó a murmurar temores y teorías al mismo tiempo. Wells se llevó dos dedos a la boca y silbó con fuerza, un sonido que transportó a Bellamy a los terribles años en que su madre y él escondían a Octavia de los guardias. El silbido era la señal que usaban para avisarse del peligro inminente. Por fin, el grupo guardó silencio.

—¿Conociste a otras personas de la *colonia*? —especificó Wells, como si no se lo acabase de creer.

—Sí, las *conocí*. Las dejamos vivir con nosotros cuando su nave se estrelló —Sasha señaló con un gesto los restos achicharrados de la nave de los cien—. Vuestra gente aún no ha aprendido a aterrizar con delicadeza, ¿verdad?

Bellamy ya había oído bastante.

—¿Por qué no dejas la clase de Historia para más tarde y me dices dónde está mi hermana?

—No sé nada de tu hermana —replicó Sasha—. Lo siento.

—No somos idiotas, ¿sabes? —Bellamy advirtió que Clarke le lanzaba una mirada de advertencia, pero no hizo caso—. Matasteis a Asher y os llevasteis a mi hermana. Será mejor que empieces a cantar *ahora mismo*.

—Bellamy, deja que termine —ordenó Wells en un tono demasiado parecido al del canciller para el gusto de Bellamy. El joven oficial volvió a

mirar a Sasha—. Cuéntanos qué pasó —añadió con una voz más amable.

Sasha echó una ojeada a Clarke, que asintió para animarla.

—Vino otro grupo, hace algo más de un año. Perdieron casi todas sus provisiones cuando se estrellaron. Los acogimos.

—¿Cuántos eran? —preguntó Graham, que escudriñaba a Sasha con desconfianza.

—Diez. Aunque solo siete sobrevivieron al accidente.

—¿Y a cuántos les disparasteis en el cuello? —masculló Graham, aunque en voz lo bastante alta como para que todo el mundo lo oyera.

Sasha se sobresaltó, pero prosiguió.

—Al principio, todo fue bien. Era raro tenerlos entre nosotros, claro. Los demás nos conocíamos de toda la vida y era la primera vez que nos relacionábamos con forasteros. Pero hicimos todo lo posible para que se sintieran a gusto —su expresión se ensombreció y su voz adoptó un tono más frío—. Ellos no nos pagaron con la misma moneda, así que tuvieron que marcharse.

Tanta ambigüedad agotó la paciencia de Bellamy.

—¿De qué demonios hablas? —le espetó. Estaba harto de aquella chica y de sus respuestas vagas—. ¿Dónde están?

Ella inspiró profundamente.

—Muertos.

—¿Muertos? —repitió Wells, perdiendo por un momento la compostura. El gentío estalló en murmullos—. ¿Todos?

Sasha asintió.

Asesinos, pensó Bellamy. Los terrícolas eran unos psicópatas. Habían disparado a Asher a sangre fría. Se estremeció cuando el pensamiento que llevaba varios días tratando de reprimir asomó a su mente: ¿y si Octavia ya está *muerta*? Apretó los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas de las manos. Si no recuperaba a su hermana, todos y cada uno de los terrícolas se las pagarían. Con la vida.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que los *matasteis*? —preguntó Graham—. Y por si fuera poco, ¿decidisteis matar a Asher también?

—No, no fue eso lo que pasó. Nosotros...

Graham la interrumpió, volviéndose hacia Wells con una sonrisa

maliciosa.

—No es demasiado tarde para matarla, ¿sabes?

—¿Tú no escuchas *o qué?* —intervino Clarke, enfadada—. ¡Te está diciendo que no mataron a Asher!

—¿Y entonces quién lo hizo? —preguntó Bellamy. Tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no gritarle la pregunta a Clarke. ¿Por qué diablos se ponía de parte de la terrícola?

—Nunca pensamos que aterrizaría otro grupo. Pero llegasteis —Sasha miró a Clarke y a Wells alternativamente, como si fueran ellos los que hubieran tomado la decisión de acudir a aquel maldito planeta—. Empezamos a discutir y a pelearnos, y por fin un grupo se escindió. Fueron ellos los que mataron a vuestro amigo —apretó los labios—. Apuesto a que también tienen a tu hermana.

—¿Y dónde están? —Escupió Bellamy.

—Ojalá lo supiera. Desde que se marcharon, no han vuelto a dar señales de vida. Vosotros habéis sido los últimos en verlos. Pero los demás no somos así.

—¿Y por qué deberíamos creerte? —preguntó Graham con una mueca desdeñosa. Los demás asintieron a gritos—. Hay formas de averiguar si dice la verdad.

—Corta ya, Graham —le espetó Wells, y dio un paso adelante para interponerse entre Graham y la chica—. Clarke, llévate a Sasha al hospital y no la pierdas de vista hasta que hayamos decidido qué hacer.

—Yo sé lo que hay que hacer —intervino Bellamy, cuya sangre empezaba a hervir peligrosamente de rabia y frustración—. Sacar las armas y salir en busca de los cabrones que se llevaron a Octavia.

—¡No! —exclamó Sasha con voz temblorosa—. Os matarán. Somos muchos más que vosotros.

—Pues te llevaremos como rehén.

Graham apartó a Wells de un empujón y agarró a Sasha del brazo.

—¡Suéltala! —exclamó Clarke.

Sasha, sin embargo, no necesitaba ayuda. Con un rápido movimiento, le propinó a Graham un rodillazo en el estómago, se liberó y le retorció el brazo por detrás de la espalda.

—No me toques —susurró.

Soltó a Graham, que se tambaleó hacia delante. Luego la terrícola retrocedió unos pasos, también tambaleándose, como si la maniobra la hubiera dejado sin fuerzas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Clarke a Sasha. Al ver que le temblaban las rodillas, la agarró por el codo.

—Sí —repuso ella con debilidad.

—¿Cuánto tiempo llevas sin comer? —le preguntó Wells.

—Bastante.

Bellamy se crispó al ver que Wells miraba por encima del hombro en dirección a la hoguera, donde unos cuantos chicos y chicas habían empezado a devorar los conejos.

—Ni se te ocurra darle una parte de mis piezas —amenazó a Wells en tono gélido.

—Estoy de acuerdo —interrumpió Graham—. No vamos a *darle de comer* a esa zorra.

Buena parte del grupo asintió. Los demás ya se estaban peleando por la poca carne que quedaba en los conejos.

Antes de que nadie pudiera responder, un grito se alzó entre las sombras de la otra punta del campamento. Bellamy salió disparado hacia el sonido y una docena de sus compañeros echaron a correr tras él. Cuando se detuvo en seco, los que le seguían se estamparon contra su espalda.

Eliza entró en el claro tambaleándose y, al momento, se desmayó dando un gritito. La sangre manaba de la herida que tenía en el muslo, justo debajo del borde irregular de sus cortísimos pantalones.

—Mierda —masculló Graham. Plantado junto a Bellamy, observaba la escena, demasiado impresionado como para hacer nada más que mirar la flecha que sobresalía de la pierna de Eliza.

Mientras Clarke se acercaba corriendo, Bellamy se volvió a mirar a la terrícola. Azuma y Dmitri la sujetaban, el primero con ademán solemne, el segundo con una mirada salvaje. Con expresión horrorizada, Sasha miraba a la chica herida y las sombras del bosque alternativamente. Bellamy, sin embargo, no pensaba dejarse engañar por su actuación.

La próxima vez que se derramara sangre en el campamento, sería la de la

terrícola.

Capítulo 11

Wells

—¿Wells? —Alguien le daba golpecitos en el brazo—. Eh, ¿Wells?

Wells abrió los ojos de repente cuando los últimos retazos de un sueño se escurrieron de su mente. Estaba flotando en un canal de Venecia. No, espera, montaba un caballo a punto de entrar en batalla junto a Napoleón.

Vio a Kendall de pie junto a él, pero se levantó sin hacerle caso. La terrícola —Sasha— estaba donde la había dejado; no se había movido en toda la noche. Tampoco había muchas posibilidades de que se marchara teniendo los tobillos atados. Seguía sentada contra el tronco de un árbol, mirando al vacío con una expresión indescifrable, como si estuviera entrenada para no dejar que sus facciones traicionaran sus pensamientos.

Al final, a Wells no le había quedado más remedio que pasar la noche al raso con la prisionera. Las casi cien personas que habían corrido a buscar refugio en medio del caos del segundo ataque abarrotaban las tres cabañas. Apenas había sitio para sentarse dentro, y menos aún para dormir.

Wells y Bellamy habían llevado a la sollozante pero lúcida Eliza al hospital, seguidos de Clarke, que se había abierto paso a empujones para hacerle sitio a la nueva paciente. Por suerte, la herida no parecía grave y, aun rodeada de una docena de personas aterrorizadas, Clarke se las había arreglado para suturar y vendar la pierna de Eliza. Sin embargo, cuando Eric y Graham habían entrado arrastrando a Sasha entre los dos, la cabaña había estallado en gritos de furia.

—Yo digo que la matemos ahora —aulló Graham, y los gritos se transformaron en vítores.

—Ni soñarlo —gruñó Bellamy—. No hasta que sepamos dónde está mi

hermana.

Graham lo miró con expresión desdeñosa.

—Odio ser yo quien te lo diga, pero lo más probable es que, a estas alturas, ya hayan matado a Octavia. Lo único que podemos hacer es vengarla cortándole la cabeza a esta zorra y dejándola en el bosque para que la encuentren sus amigos.

No había la menor posibilidad de encontrar una solución pacífica, no mientras todo el mundo estuviera fuera de sí como consecuencia del miedo y de la adrenalina. Así que Wells se ofreció voluntario a pasar la noche al raso con la prisionera. De ese modo, la mantendría a salvo pero alejada del grupo hasta que hubieran decidido qué hacer.

Unas cuantas personas se habían opuesto al plan, arguyendo que Wells correría peligro a solas en el claro, pero cuando comprendieron que, de no hacerlo así, tendrían que compartir cabaña con Sasha, cerraron la boca.

Wells sabía que, después de lo que les había pasado a Asher y Eliza, debería estar asustado, pero mientras se acomodaba contra un árbol a pocos metros de la terrícola, la curiosidad pronto superó el terror. No se acababa de creer que estuviera mirando a una persona nacida en la Tierra, a alguien capaz de responder todas las preguntas que lo mantenían despierto hasta altas horas de la noche cuando era niño. ¿Qué sensación producía la nieve? ¿Alguna vez había visto un oso? ¿Seguía habiendo ciudades en pie? ¿Qué quedaba de Nueva York? ¿Y de Chicago? Sin embargo, debía de haberse dormido mientras formulaba mentalmente aquellos interrogantes, ya que los había convertido en el material de sus sueños.

—*Ejem*, ¿Wells? —insistió Kendall—. ¿Te encuentras bien?

Wells se volvió a mirarla y se frotó los ojos.

—Sí, genial. ¿Qué pasa?

—Les he dicho a los demás que te preguntaría por el desayuno. ¿Cuántas raciones tenemos para hoy?

Wells suspiró.

—Me temo que hoy no habrá desayuno.

Los conejos de Bellamy y el mapache de Graham se habían terminado hacía horas, y tenían que ser muy cuidadosos con las proteínas envasadas: no podían pasar de una ración por persona y día.

—Oh, qué pena —dijo Kendall—. Llevo levantada desde el alba, tallando el nombre de Asher en su lápida. Ha quedado muy bien. ¿Quieres verla?

—Más tarde, quizá —repuso Wells—. Y, esto..., gracias.

Cuando comprendió que Kendall no se marcharía por propia iniciativa, le pidió que hiciera circular la mala noticia sobre el desayuno. Ella parecía decepcionada de que Wells no quisiera admirar su obra de artesanía, pero se marchó con una sonrisa, contenta, al parecer, de poder prestar algún servicio al hijo del canciller.

Cuando Kendall se alejó hacia la cabaña para dar las malas noticias, Wells rebuscó en sus bolsillos un paquete de proteínas arrugado que contenía restos del día anterior. Echó un vistazo a Sasha. Estaba más pálida que cuando la habían capturado, aunque Wells no sabía si atribuirlo a la tensión o al hambre. A pesar de todo, no podían dejar que la terrícola muriera de inanición. No había hecho nada malo, y sería una crueldad tratarla como a una prisionera de guerra.

—Eh —dijo Wells con cautela, mostrándole el paquete de proteínas—. ¿Quieres un poco? Debes de estar hambrienta.

Sasha clavó la mirada en el paquete y luego alzó la vista hacia Wells.

—¿Qué es? —preguntó con voz ronca.

—Pasta de proteínas. ¿Nunca la habías visto? —Ella negó con la cabeza—. Pruébala —insistió—. Tiende la mano.

Estrujó la bolsa y depositó en la palma de Sasha los restos de la pasta. Sonrió cuando ella hundió el dedo en la masa y se la llevó a la boca, frunciendo la nariz.

—No sabe tan mal como parece —reconoció ella antes de volver a probarla. Se la zampó y se frotó las manos para limpiárselas—. Sé dónde podéis encontrar comida. Comida de verdad.

Wells la observó con suspicacia.

—¿En serio?

Sasha asintió.

—Si me dejas salir del campamento, te enseñaré dónde está.

Él meditó la propuesta. La estrategia exigía que la mantuvieran prisionera hasta que hubieran recuperado a Octavia. Aunque esa historia sobre unos terrícolas rebeldes fuera cierta, Sasha podía llegar a ser un elemento crucial a

la hora de negociar. No podía arriesgarse a caer en una trampa y perderla.

—¿Y qué te impedirá escapar? —preguntó Wells.

—Puedes volver a atarme las manos, si así te quedas más tranquilo —repuso ella—. Mira, solo quiero ayudar. Y comer —añadió. Su estómago gruñó hambriento como para corroborar sus palabras.

—Vale —asintió Wells despacio, buscando en su rostro alguna señal de falsedad—. Les pediré a unos cuantos que nos acompañen.

—¡No! —Sasha miró a Wells a los ojos—. Esto no va a ser un «sírvese usted mismo». Confío en que tú y solo tú tomarás lo que necesitéis, y únicamente esta vez. ¿Hay trato?

Wells dudó. Los otros se pondrían furiosos si descubrían que había dejado salir a Sasha del campamento, aunque fuera para facilitarles comida. Sin embargo, por otro lado, ser líder de vez en cuando exige hacer lo que sabes que es correcto, aunque ello te granjee antipatías. Era una lección que su padre le había grabado a fuego en la mente.

—¡Feliz cumpleaños! —canturreó la madre de Wells, que salía de la cocina cargada con algo que se parecía sospechosamente a un pastel.

—¿Cómo lo has hecho? —Se maravilló Wells mientras veía a su madre colocar la blanca golosina cubierta de glaseado sobre la mesa.

Incluso había añadido velas —doce— aunque apagadas. Las velas eran aún más escasas que el azúcar o la esencia de huevo. Si su madre las encendía, lo haría solo durante un breve instante.

—Magia —sonrió ella—. No te preocupes por eso. No he hecho nada ilegal. Tu padre no tendrá nada que reprocharme.

A diferencia de otros miembros del Consejo, el padre de Wells cumplía a rajatabla la Doctrina Gaia, las leyes que la colonia había promulgado cuando llegaron al espacio. Hacía solo unos minutos, cuando regresaba a casa después de las tutorías, Wells había visto al concejal Brisbane recorrer la cubierta A cargando con dos botellas de lo que, sin duda, era vino procedente del mercado negro.

Wells miró el pastel con ansia. Si sobraba un poco, a lo mejor le podría llevar un trozo a Glass.

—¿Seguro que no le importará?

No sabía qué desaprobaba más el canciller: el hecho de que hubiesen malgastado recursos en algo de tan escaso valor nutricional como un pastel o el hecho de que estuvieran celebrando un cumpleaños. Antiguamente, se concedía demasiada importancia al individuo como tal, cuando, en realidad, lo fundamental era la especie. Una nueva vida siempre era un motivo de celebración pero, en opinión del canciller, no había razón para

hacer que alguien se sintiera especial una vez al año.

—Claro que no —su madre se acomodó en una silla, junto a él—. Además, no tiene por qué ser un pastel de cumpleaños. Podría ser un pastel de «felicidades por ser el alumno con mejores calificaciones durante tres años consecutivos». O un pastel de «viva, por fin has limpiado tu habitación».

Wells sonrió.

—¿Papá llegará pronto?

Por lo general, el canciller trabajaba hasta muy tarde, tanto que Wells solía estar en la cama cuando llegaba a casa. El chico llevaba una semana sin verlo apenas y le emocionaba la idea de pasar la noche los tres juntos.

—Debería —la madre de Wells besó a su hijo en la frente—. Le he dicho que hoy celebraríamos una fiesta en honor de su extraordinario hijo.

Mientras servía la ensalada en cuencos, su madre le preguntó por las tutorías. Wells le contó una anécdota divertida sobre un chico de su clase que había preguntado cuántos dinosaurios habían muerto durante el Cataclismo.

—¿Por qué no empiezas a comer? —le sugirió su madre cuando el estómago de Wells gruñó con fuerza.

Al otro lado de las ventanas, las luces circadianas empezaban a atenuarse. La madre de Wells no dijo nada, pero sus sonrisas se volvieron algo más tensas, su risa algo más forzada. Por fin, tendió la mano para apretar los dedos de su hijo.

—Algo debe de haber retenido a tu padre. Vamos a zamparnos ese pastel, ¿te parece?

—Claro —dijo Wells, haciendo lo posible por hablar en tono alegre, aunque evitó los ojos de su madre.

El pastel era dulce y cremoso, pero Wells estaba tan concentrado en impedir que la decepción se reflejase en su rostro que apenas lo saboreó. Sabía que su padre no tenía la culpa. Como canciller, de él no solo dependían la seguridad y el bienestar de la colonia. También era el responsable del futuro de la raza humana. Tenía el deber de asegurarse de que la especie sobreviviera el tiempo suficiente como para volver a la Tierra. Aquello que lo había retenido en su despacho, fuera lo que fuese, tenía preferencia sobre el cumpleaños de su hijo.

Se sintió algo culpable cuando imaginó a su padre sentado a solas en su oficina, su expresión agotada mientras examinaba atentamente la última lista de problemas, incapaz de apreciar las preciosas reliquias que hacían de su despacho el lugar favorito de Wells de toda la nave. No se detendría a mirar el águila disecada, ni descansaría un momento para admirar el retrato de la mujer morena de sonrisa misteriosa. La única reliquia que llegaría a atisbar sería el soporte para pluma que llevaba inscrita una antigua frase: *Non nobis solum nati sumus*. «No nacemos para nosotros mismos», una cita de un escritor romano llamado Cicerón.

La puerta se abrió y el padre de Wells entró por fin. Aunque saltaba a la vista que estaba exhausto, caminaba con la espalda erguida y andares decididos. Miró a la madre de Wells, luego el pastel y por fin suspiró.

—Lo siento. La reunión del Consejo se ha alargado más de lo previsto. Me ha costado mucho convencer a Brisbane de que firmara el último paquete de medidas de seguridad

para Walden.

—No pasa nada —Wells se levantó tan deprisa que empujó la mesa y los platos tintinearón—. Te hemos guardado un trozo de pastel.

—Aún tengo trabajo que hacer —el canciller besó a su esposa en la frente y asintió en dirección a Wells—. Feliz cumpleaños.

—Gracias —repuso Wells mientras se preguntaba si era tristeza lo que veía en los ojos de su padre o solo fruto de su imaginación.

El canciller desapareció en el interior de su despacho antes de que la mente de Wells formulase alguna otra pregunta incómoda. Si Brisbane había retenido a su padre, ¿por qué había visto al miembro del Consejo hacía horas en la cubierta?

A Wells se le encogió el estómago cuando una idea perturbadora y desconocida lo asaltó.

Su padre estaba mintiendo.

—Vale —accedió Wells—. Pero si vamos a ir solos, tendré que llevarte atada para que no te marches corriendo en cuanto lleguemos al bosque.

—Bien.

Sasha se levantó y tendió las manos.

Wells se encogió al descubrir marcas en las muñecas de Sasha, allí donde la cuerda le había rozado la piel.

—Usaré esposas esta vez. No te harán tanto daño.

Fue a buscar las esposas a la zona de almacén y se llevó también unas cuantas vendas, que usó para proteger la muñeca de Sasha antes de ponerle una esposa. Titubeó un momento antes de colocar la segunda en su propia muñeca y guardarse la llave en las profundidades del bolsillo.

—¿Lista? —preguntó.

Ella asintió y, tras echar un vistazo al claro para asegurarse de que nadie los viera, Wells la guio hacia el lindero, acortando el paso cuando el mordisco del metal le indicó que corría demasiado.

Una vez en el bosque, caminar juntos resultó ser una maniobra complicada. Mientras que Wells reducía el ritmo cada dos por tres para evitar tropezar con raíces al aire y rocas cubiertas de musgo, Sasha aceleraba, saltando aquellos obstáculos como si nada. Wells era incapaz de dar un paso sin hacer ruido, pero Sasha avanzaba tan grácil y silenciosa como un ciervo. No había duda de que conocía bien el terreno. Wells se preguntó qué se sentiría al conocer una zona del bosque tan íntimamente como se conoce a

una persona, saltar un tronco caído con tanta naturalidad como se tomaría la mano de una chica.

Pronto, Sasha tomó una pendiente que Wells nunca había recorrido. Allí, los árboles eran más delgados y la hierba crecía más alta, casi hasta las rodillas. A la terrícola se le había deshecho la trenza, y la oscura melena le caía por la espalda como una cascada.

—¿Crees que estarán preocupados por ti? —le preguntó Wells.

Al principio, dudó de que ella le hubiera oído, porque no se dio la vuelta ni alteró el paso. Sin embargo, la cadena que los unía tembló levemente.

—Preocupados... y furiosos —asintió ella—. Nos habían ordenado que nos mantuviéramos alejados de vosotros, pero yo quería veros con mis propios ojos —Wells alargó el paso y, por primera vez, caminaron el uno junto al otro—. Llevo toda la vida preguntándome cómo sería la vida en el espacio, cómo seríais vosotros. No llegué a conocer a fondo a nadie del primer grupo. No creo que intercambiara más de tres palabras con ninguno de ellos. Así que, cuando supe que estabais aquí, no pude resistirme.

Wells se echó a reír. De repente, al notar que la cadena se tensaba, se encogió. Sasha se había detenido y lo fulminaba con la mirada.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—De nada. Es que me hace gracia pensar que te hayas pasado toda la vida haciéndote preguntas sobre nosotros mientras que yo llevo años preguntándome cómo sería la Tierra.

Sasha lo miró extrañada, pero echó a andar otra vez.

—¿En serio? ¿Y qué quieres saber?

Wells no se hizo de rogar.

—¿Cuántas personas sobrevivieron al Cataclismo? ¿Queda alguna ciudad? ¿Qué clase de animales hay? ¿Alguna vez has visto el mar? ¿Qué pasa cuando...? —Dejó la frase en suspenso al advertir que Sasha lo miraba muerta de risa—. ¿Qué?

—¿Qué tal si vamos por partes?

—Vale —accedió Wells con una sonrisa—. Allá va la primera, pues. ¿Quién sobrevivió? ¿Qué pasó tras el bombardeo?

—No estamos seguros —admitió Sasha—. Nuestros antepasados construyeron un refugio autoabastecido en las profundidades de la Tierra,

donde la caliza los protegía de la radiactividad. Solo hace cincuenta años que regresaron a la superficie. No hay más rastros de vida humana; por lo que sabemos, somos los únicos que sobrevivieron. Pero ¿quién sabe? Puede que haya más gente en alguna otra parte del mundo.

—¿Y dónde estamos exactamente? —Quiso saber Wells.

—¿Hablas en serio? —Frunció el ceño como si se preguntara si el chico le tomaba el pelo—. Estamos en América del Norte, en una zona que se llamaba Virginia. ¿De verdad no os dijeron adónde os enviaban? ¿Por qué tanto secreto?

Wells titubeó, dudando si revelarle detalles de la misión. Reconocer que todos los integrantes del grupo habían cometido algún crimen y que habían sido sentenciados a muerte en cuanto cumplieran dieciocho años no le parecía la mejor estrategia para ganarse su confianza.

—Los sistemas de navegación de la cápsula no eran demasiado sofisticados. No estaban muy seguros de dónde aterrizaríamos.

Sasha lo miró con escepticismo.

—Aterrizasteis a quince kilómetros de la otra nave. Seguro que os enviaron a esta zona por alguna razón. Os encargaron que nos buscarais, ¿a que sí?

La idea hizo estremecer a Wells. Ningún habitante de la colonia conocía la existencia del grupo de Sasha. ¿O sí?

—Si esto es Virginia, debemos de estar cerca de Washington, D.C., ¿verdad? —preguntó, ansioso por cambiar de tema—. ¿Ha sobrevivido algún edificio?

La mera idea de explorar los restos de la Casa Blanca o, aún mejor, de algún museo, le aceleró el corazón. En Washington había algunos muy famosos, recordó.

Se llevó una gran decepción cuando Sasha negó con un gesto de la cabeza.

—No, la ciudad fue arrasada. Solo quedan en pie unos cuantos edificios y todos están medio en ruinas. Eh, cuidado con eso —dijo ella, esquivando una rama.

Cruzaron un arroyo y se internaron en una floresta donde los árboles crecían tan juntos que las copas parecían haber tejido una bóveda en lo alto.

De repente, Wells se sintió un idiota por dejar que Sasha lo llevara a una zona que los cien nunca habían explorado. ¿Y si le estaba tendiendo una trampa?

Algo blando y pegajoso le rozó la nuca y Wells gritó asustado, apartándolo a manotazos. Hebras de un material parecido a gasa se quebraron entre sus dedos.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras se limpiaba los restos.

—Tranquilízate —dijo Sasha entre risas. Wells, al darse cuenta de que estaba quedando como un tonto, sonrió de mala gana—. Solo es una telaraña. ¿Lo ves?

La chica señaló hacia arriba y él se fijó en un árbol envuelto en hebras brillantes y delicadas que se extendían por la copa como una especie de red.

Sasha tiró de él para que siguiera andando, pero Wells no podía apartar la vista. La red lo fascinaba, con sus formas extrañas y hermosas formas geométricas contra la maraña de ramas y hojas.

—Pensaba que las arañas eran minúsculas.

—A veces, sí, pero las que viven en el bosque son más grandes —levantó el brazo—. Algunas tienen las patas así de largas.

Wells reprimió un escalofrío y aceleró el paso para caminar junto a Sasha. Siguieron recorriendo la arboleda en silencio, notando cómo las hojas del suelo absorbían sus pisadas. Por alguna razón, la quietud y las sombras incitaban a Wells a respetar la paz. En la nave sucedía lo mismo: la gente bajaba la voz cada vez que entraba en el salón Edén, un lugar de reunión de Fénix presidido por el que era, o eso creían todos, el único árbol que quedaba en el universo, un retoño que fue transportado a Fénix cuando la Tierra ardió. Y que siguió allí hasta que Wells le prendió fuego con la intención de que lo arrestaran para poder viajar a la Tierra con Clarke.

Después de otros diez minutos, el bosque volvió a despejarse y Sasha condujo al chico a una empinada cuesta. Cuando llegaron a lo alto de la colina, se detuvo y levantó la mano.

—Es allí —dijo señalando un grupo de árboles.

Al principio, Wells no advirtió nada de particular en ellos, pero cuando forzó la vista, reparó en que algo pesado colgaba de las ramas.

Sasha lo condujo al árbol más cercano. Las ramas se combaban bajo el peso de varias docenas de vainas verdes y alargadas. La chica se puso de

puntillas y levantó el brazo, pero sus dedos solo alcanzaron a rozar la vaina situada más cerca del suelo.

—Déjame a mí.

Wells alargó el brazo para alcanzar el fruto que Sasha había intentado agarrar. Lo arrancó y se lo tendió a la chica, maravillado ante aquella textura bulbosa.

Con movimientos expertos, ella procedió a retirar la capa exterior hasta dejar al descubierto semillas de un rosa brillante.

—¿Qué es eso? —preguntó Wells.

—¿No tenéis maíz en el espacio?

—Cultivamos algunas hortalizas en los campos solares, pero nada parecido a esto —guardó silencio un momento—. ¿El maíz no crece en el suelo?

Sasha se encogió de hombros.

—Puede que antes sí, pero ahora crece en los árboles. Cuidado con los azules. Pican —levantó la mano esposada—. Si me quitas esto, podemos trepar al árbol y recolectar todas las que queramos.

Wells lo consideró. Quería confiar en ella y, por alguna razón, tenía la sensación de que podía hacerlo, pero si la liberaba correría un riesgo monumental.

Por fin, se metió la mano en el bolsillo y sacó la llave.

—Vale, te soltaré, pero sabes que si te escapas te perseguiremos hasta dar contigo.

Sasha guardó silencio un momento y luego volvió a alzar la mano esposada. Sin decir nada, Wells metió la llave en el cierre y la hizo girar hasta que la esposa cedió. Ella abrió y cerró los dedos para desentumecerlos. Luego sacudió la mano y sonrió.

—Gracias.

Como un rayo, escaló el tronco y se encaramó a una rama. Parecía fácil de hacer viéndola a ella, pero cuando Wells intentó imitarla, descubrió que le costaba mucho encaramarse al tronco. La corteza era áspera, pero el musgo que la cubría tenía un tacto viscoso y necesitó unos cuantos intentos hasta encontrar un punto de apoyo sobre el que izarse.

Estaba sin aliento cuando por fin consiguió trepar a la tercera rama más

baja, allá donde crecían las mazorcas más gruesas. Sasha había trepado casi hasta el final de la rama y, sentada a horcajadas, usaba ambas manos para partir las vainas y tirarlas al suelo, que de repente parecía estar muy lejos.

Wells inspiró profundamente y se obligó a sí mismo a alzar los ojos. Avistó una imagen sobrecogedora. Había visto incontables fotos de pintorescos paisajes terrestres, pero ninguna captaba la belleza del campo que tenía delante. La campiña se extendía ante ellos creando un bello contraste con las borrosas siluetas moradas de las montañas que se erguían a lo lejos. Sintió un escalofrío cuando sus ojos se posaron en las serradas cimas blancas. *Nieve.*

—Tendré que enseñarle esto a mi padre cuando llegue —dijo Wells sin pararse a pensar.

Sasha se volvió a mirarlo de sopetón.

—¿Tu padre? ¿Va a venir *más* gente?

El tono acusador de la chica le hizo sentir culpable. ¿Por qué? Los colonos llevaban trescientos años intentando encontrar el modo de llevar a la raza humana de vuelta a casa. Tenían tanto derecho al planeta como los nativos.

—Pues claro —replicó—. Las naves no van a durar para siempre. Al final, todo el mundo tendrá que venir.

Y cuando digo «al final», me refiero a dentro de unas semanas, pensó Wells. *Todo gracias a mí.* Cuando Clarke fue arrestada, se volvió loco buscando la manera de asegurarse de que la enviaran a la Tierra en lugar de dejarla en la nave aguardando la ejecución. Sabía que el Consejo tenía pensado enviar a los adolescentes confinados al planeta, y también que la misión tendría lugar antes del décimo octavo cumpleaños de Clarke, así que hizo algo drástico y estúpido. Agrandó a propósito una grieta que ya existía en una esclusa de aire. Ahora, los colonos que quedaban en la nave tendrían que abandonarla y se verían obligados a acudir a la Tierra. Sentía náuseas al pensar lo que había hecho... pero había salvado la vida de Clarke.

—¿Y tu padre no quiso venir contigo?

A Wells se le encogió el corazón al recordar la última vez que había visto a su padre. Cuando la puerta de la nave se cerró, una mancha de sangre se extendía por su uniforme. Había pasado las últimas semanas intentando

convencerse de que la herida de bala era superficial, que su padre se recuperaría a tiempo para partir con la siguiente remesa de colonos. Sin embargo, no podía saber lo que había pasado en realidad, ni siquiera si su padre seguía vivo.

—Tiene muchas responsabilidades en la nave —optó por responder Wells—. Es el canciller.

Sasha abrió unos ojos como platos.

—Entonces, ¿es el responsable de todo el mundo? ¿Por eso tú eres el líder de tu grupo?

—Yo no soy el líder —protestó Wells.

—Pues todo el mundo te hace caso.

—Puede ser —Wells suspiró—. Siempre tengo la sensación de que no doy la talla, haga lo que haga.

Sasha asintió.

—Te entiendo. Mi padre... bueno, también es el líder de por aquí.

Wells la miró sorprendido.

—¿De verdad? ¿Tu padre es el canciller?

—No lo llamamos así, pero vendría a ser lo mismo.

—Entonces sabes lo que es...

Frunció el ceño, sin saber cómo continuar. Le costaba expresar en palabras sus sentimientos, esas mismas emociones que llevaba dieciséis años tratando de ahogar.

—¿Qué? ¿Saber que se espera de ti más que de los demás? ¿Que todo el mundo dé por supuesto que tienes todas las respuestas cuando, la mayor parte del tiempo, ni siquiera sabes qué preguntas deberías formular?

Wells sonrió.

—Sí. Algo así.

Sasha tiró otra mazorca de maíz al suelo y se mordió el labio.

—Me sabe mal por mi padre pero, si te soy sincera, yo también estoy harta. Consideran que todo lo que hago es una especie de alegato político.

—¿Y qué haces?

Sasha dejó escapar una risita traviesa.

—Cosas que no debería. Como venir aquí —miró a Wells a los ojos, y la expresión maliciosa desapareció de su rostro—. ¿Y qué me dices de ti? Tu

padre debe de confiar mucho en ti, si te ha enviado a la Tierra sin supervisión.

Wells titubeó. Consideró preferible no sacarla de su error. Sasha sería más precavida si pensaba que se enfrentaba a cien personas especialmente entrenadas, escogidas a dedo para la misión, y no a cien criminales sin valor enviados a una muerte casi segura.

Una ráfaga de viento azotó el árbol y revolvió el cabello negro de Sasha.

—Para nada —repuso Wells mientras se preguntaba por qué los ojos verdes de la chica lo ponían nervioso—. Si te dijera la verdad, no me creerías.

Sasha enarcó una ceja.

—Ponme a prueba.

—Me arrestaron hace unas semanas por prender fuego al único árbol de la colonia.

Ella lo miró fijamente durante unos instantes. Luego, ante el asombro de Wells, se echó a reír y pasó una pierna por encima de la rama.

—Será mejor que me dé prisa antes de que le tomes manía a este —Sasha se colgó de la rama y luego se soltó. Aterrizó en el suelo con suavidad—. Venga —gritó—. Ya tenemos suficiente maíz. ¿O acaso te da miedo saltar?

Wells negó con un movimiento de la cabeza. Daba igual que no tuviera ni la más remota idea de cómo bajar del árbol. Por primera vez desde que había aterrizado en la Tierra, se sentía capaz de todo.

Capítulo 12

Glass

—Ni lo sueñes —dijo Luke, rompiendo por fin el silencio que reinaba en el cuartito de reparaciones. Se encontraban en el puesto de los guardias, ahora abandonado, donde Luke y sus colegas ingenieros guardaban los trajes espaciales—. No solo es peligroso; es un suicidio. Si alguien sale al espacio, seré yo. Me han *entrenado* para hacerlo.

Glass posó una mano en el brazo de Luke y advirtió sorprendida que estaba temblando.

—No —replicó. Por primera vez desde que le había contado su plan, lo miraba a los ojos—. Sería una locura que te arriesgases a dar un paseo espacial solo para acabar muerto de un disparo al llegar a Fénix.

—No creo que haya muchos guardias esperándome en la esclusa. Dudo que consideren siquiera la idea de que haya alguien tan loco como para cruzar *por fuera* de la nave —arguyó Luke.

Dejando aparte que únicamente Luke y el resto de especialistas tenían permiso para salir al espacio, solo lo hacían cuando era absolutamente necesario y siempre con todo un equipo de apoyo que monitorizaba el oxígeno y la presión, controlaba la presencia de restos espaciales y actuaba al instante en caso de que el equipo fallase. Glass intentó no pensar en el hecho de que ella, cuando cruzase, carecería de todas esas cosas.

—Cuando abra la esclusa se dispararán todas las alarmas. Puede que me arresten, pero no me van a disparar de buenas a primeras —insistió.

—Glass —dijo Luke con voz ronca—. No puedo dejar que lo hagas.

—No lo hago solo por nosotros —alzó la vista para mirarlo, haciendo esfuerzos por conservar la calma—. Al cerrar el puente estelar, Fénix ha

condenado *a muerte* a Walden y Arcadia. No permitiré que sufra gente inocente, no si puedo hacer algo para evitarlo. Quiero abrir el puente estelar.

Luke suspiró y cerró los ojos.

—Vale —accedió—. Pongámonos manos a la obra.

Procedió a revisar metódicamente el equipo, explicándole al mismo tiempo cómo funcionaba cada cosa: los trajes presurizados, las abrazaderas, el cordón que la mantendría unida a la nave. Hablaba en un tono tranquilo y profesional, como si se hubiera convencido a sí mismo de que estaba instruyendo a un nuevo guardia y no al único ser querido que le quedaba en todo el universo.

Condujo a Glass a un ventanal situado junto a la esclusa y le señaló los asideros que se alineaban a lo largo del camino.

—La esclusa de Fénix se puede abrir desde fuera. Solo tienes que hacer girar la rueda y podrás entrar. Una vez estés dentro, me dirigiré al puente estelar y me reuniré allí contigo.

—No me dejes plantada —dijo Glass con una sombra de sonrisa.

Luke extrajo un mono térmico y se lo tendió a Glass.

—Lo siento —musitó—. Este es el más pequeño.

Estaba fabricado para alguien mucho más corpulento, pero se tendría que apañar con él.

Glass se quitó rápidamente la camiseta y se bajó los pantalones. El frío le puso la piel de gallina. Se estremeció. Mientras se enfundaba el mono térmico, alzó la vista hacia Luke, que la miraba con una intensidad desconocida en él. Se diría que intentaba memorizar su imagen, grabarse en la mente cada detalle de su cuerpo.

—Lo estás arrugando —observó Luke con la voz quebrada—. Si no lo llevas pegado a la piel, no te calentará. Mira.

Glass se quedó inmóvil mientras él pasaba las manos por la tela con el fin de alisar las arrugas. Con ademanes diestros, le planchó los hombros, la espalda, la curva de las caderas. Ella tembló. Cada vez que las manos de Luke se desplazaban, Glass experimentaba una mínima sensación de pérdida. ¿Y si la estaba tocando por última vez?

Por fin, Luke se apartó y fue a buscar el traje espacial. Comprobó las diversas piezas antes de tenderse.

Ninguno de los dos habló cuando Luke la ayudó a ponerse los pantalones del traje, que le ajustó con fuerza a la cintura. Le indicó que levantara los brazos y le pasó la parte superior por encima de la cabeza. Pálido, colocó las dos piezas en su lugar, que encajaron con un chasquido audible. Glass inspiró entrecortadamente.

—¿Estás bien? —preguntó Luke, tomándole la mano.

Ella asintió. Él abrió la boca para responder, pero cambió de idea y alcanzó los guantes para colocarlos, uno cada vez, en las manos de Glass.

Ya solo faltaba el casco.

—Debería haberme recogido el pelo —observó ella, alzando las manos enguantadas.

—Yo lo haré.

Luke buscó en el bolsillo de los pantalones de Glass una goma para el pelo. Luego se colocó a su espalda y la peinó con los dedos para hacerle una coleta. Con cuidado, le recogió unos cuantos mechones sueltos por detrás de las orejas y le ciñó la melena con la goma.

Luke se echó atrás, esbozando al mismo tiempo una sonrisa temblorosa.

—Supongo que es hora de irse —la abrazó y, aunque Glass no notó la presión a través del traje, sintió un calorcillo por dentro—. Lleva muchísimo cuidado, ¿vale? —dijo. Su voz sonaba apagada—. Si tienes algún problema, vuelve de inmediato. No corras ningún riesgo.

Glass asintió.

—Te quiero.

Era incapaz de calcular las veces que había pronunciado esas dos palabras, pero en aquella ocasión le sonaron distintas. Conténían el eco de cada «te quiero» pronunciado en el pasado, y la promesa de infinitos más.

Él agachó la cabeza para besarla. Durante un instante, Glass cerró los ojos y se concedió el lujo de imaginar que aquel era un beso igual a cualquier otro, que ella era una chica de diecisiete años normal y corriente besando al chico que amaba. Se arrimó a él, ansiosa... y el peso del abultado traje la devolvió a la realidad.

Luke se apartó para alcanzar el casco.

—Buena suerte —le deseó, y se agachó para besarle la frente. A continuación le deslizó el casco en la cabeza y lo encajó al traje.

Glass ahogó un grito cuando el mundo se tornó oscuro y asfixiante. Volvía a estar confinada. No veía nada, no podía respirar. En aquel momento, notó que Luke le apretaba la mano a través del guante y se relajó. Tomó una buena bocanada del oxígeno de las bombonas que fluía directamente a su nariz.

Tras varios días respirando un aire pobre en oxígeno, la invadió la euforia. De repente, se sentía alerta, capaz de cualquier cosa. Levantó los pulgares para indicarle a Luke que estaba lista y él se acercó al panel de control. Sonó un chasquido en el interior del casco y, de repente, la voz de Luke llegó a sus oídos.

—¿Qué tal ahí dentro, caminante espacial?

—Muy bien —respondió ella, sin estar segura de por dónde debía hablar—. ¿Me oyes?

—Alto y claro —repuso él—. La radio funciona. Vale, ¿te apetece dar un paseo?

Glass asintió, y Luke la guio hacia la esclusa. El traje era más ligero de lo que ella esperaba, pero el acto de caminar le requería una buena dosis de concentración, casi como si estuviera aprendiendo a andar y tuviera que familiarizarse con cada miembro antes de moverlo. Luke tecleó un código en el panel que había junto a la pesada puerta de metal y esta se desplazó a un lado. Al otro lado, la diminuta cámara de aire aguardaba a Glass. Más allá estaba la puerta que conducía al exterior, a un vacío de 180 grados bajo cero.

Luke le ató un cable a la parte delantera del traje y luego comprobó que estuviera bien asegurado. Le mostró a qué parte de la nave debía atarlo y cómo se extendía y se contraía en función de los movimientos.

—Vale —dijo. Su voz surgía de algún lugar situado detrás de la oreja izquierda de Glass—. Voy a volver a entrar y cerraré la primera puerta. A continuación te avisaré de que me dispongo a abrir la segunda. Tendrás diez segundos para cruzarla antes de que se cierre automáticamente. Agárrate al primer asidero y colúmplate hacia fuera.

—Está chupado.

Luke comprobó el equipo por última vez y le apretó la mano.

—Todo irá de maravilla —dio unos golpecitos en la parte delantera del casco—. Hasta ahora.

—Hasta ahora —repitió ella.

Luke cruzó la primera puerta y la dejó sola. Tan solo la separaban de la inmensidad una hoja metálica y un traje espacial de trescientos años de antigüedad.

—Vale —la voz de Luke volvió a sonar en el auricular—. Prepárate. Voy a abrir la segunda puerta.

Glass avanzó pesadamente. De repente, las piernas le pesaban muchísimo. Tras los ocho segundos más largos de toda su vida, llegó a la salida.

—Estoy lista.

—Muy bien. Ahora estoy introduciendo el código.

Se oyó un fuerte pitido y la puerta que Glass tenía delante se deslizó a un lado.

Durante un momento, no pudo hacer nada más que quedarse allí mirando. Era la primera vez que veía el espacio con tanta claridad. Por fin entendía a qué se refería Luke cuando hablaba de su belleza. La oscuridad estaba cargada de matices, como el terciopelo con el que su madre le confeccionó una falda en cierta ocasión, y las estrellas titilaban contra aquel telón, mucho más brillantes que cuando las veía por la ventana. Por una vez, la difusa forma gris de la Tierra tenía un aspecto más misterioso que aterrador. No se podía creer que Wells estuviera allí abajo, caminando, respirando... *si acaso sigue vivo*, añadió la parte más suspicaz de su yo interior.

—Adelante —le susurró Luke al oído.

Glass inspiró profundamente y alargó la mano hacia el primer asidero. Haciendo de tripas corazón, lo rodeó con los dedos y cruzó el umbral.

Y allí estaba ella, en el espacio, agarrada a un insignificante asidero mientras contemplaba el abrumador mar de estrellas y gas que aguardaba para tragársela entera. Tras ella, la puerta se cerró despacio.

Glass se columpió un instante, disfrutando la emoción de la ingravidez. En aquel momento, vio el camino a Fénix y la garganta se le secó de repente. Nunca parecía tan largo cuando corría a Walden a ver a Luke pero, desde aquella perspectiva, se veía interminable. Tendría que recorrer todo Walden antes de avistar siquiera el puente estelar.

Puedes hacerlo, se recordó, apretando los dientes. *Tienes que hacerlo.*

Poquito a poco. Desplazó la mano izquierda al siguiente asidero y se dio impulso con el cuerpo. En ausencia de gravedad, le requería un esfuerzo mínimo, pero el corazón le latía a un ritmo desenfrenado.

—¿Qué tal va todo ahí fuera? —le preguntó Luke.

—Es hermoso —repuso Glass con voz queda—. Ahora entiendo por qué siempre te presentas voluntario para los paseos espaciales.

—No tan hermoso como tú.

Glass se fue columpiando de asidero en asidero hasta alcanzar cierto ritmo.

—Eso se lo dirás a todas las que salen en misión de reconocimiento.

—Pues, la verdad, si no recuerdo mal, la última vez que usé esa frase fue contigo —bromeó Luke.

Glass sonrió. Antes, cuando se colaban en los campos solares y miraban las estrellas a través del ventanal, Luke siempre le decía que ella era más hermosa.

—Hum. Empiezas a repetirme, amiguito.

Se columpió hasta el siguiente agarradero y echó un vistazo hacia atrás. Ya no veía la esclusa.

—¿Me falta mucho? —preguntó.

—Estás llegando al puente estelar, así que, a partir de ahora, tendrás que tener cuidado de que nadie te vea. Hay una segunda hilera de asideros por debajo del puente. Úsalos, por seguridad.

—Entendido.

Siguió avanzando sin pausa mientras intentaba no pensar en lo que pasaría si el traje se estropeaba. De repente le pareció muy frágil; una protección sumamente endeble frente a la inmensidad del espacio.

Atisbó de reojo el puente estelar. Seguía clausurado mediante una pantalla hermética que dividía las secciones de Walden y Fénix. Las hordas de gente que se apiñaban contra la barrera del lado de Walden la golpeaban impotentes con la esperanza de echarla abajo. Cuando se acercó más, Glass vio la segunda serie de asideros que Luke le había mencionado, los que discurrían bajo el puente en vez de hacerlo por el costado. Había una buena distancia entre la última asa lateral y la primera de la serie inferior; demasiada para alcanzarla estirando el brazo.

Glass se detuvo. Si se daba impulso desde Walden con la fuerza suficiente, se desplazaría hacia el asidero. Y, aunque fallase, en el peor de los casos, se quedaría flotando unos segundos antes de que Luke recogiese el cable y la arrastrase de vuelta a la nave.

—Vale, tengo que saltar hasta el siguiente agarradero —dijo Glass.

Viró el cuerpo para apoyar ambos pies contra el lateral de la nave y estiró el brazo izquierdo para prepararse. Inspiró hondo, tensó los músculos y se dio impulso. Sonriendo, saboreó la breve sensación de estar surcando el espacio.

Sin embargo, había sobrestimado la fuerza que necesitaba, porque dejó el asa atrás. Estiró los dedos cuanto pudo, pero no tocó nada excepto espacio vacío.

—Luke, he fallado. ¿Puedes recoger el cable para arrastrarme a la nave? —había empezado a dar vueltas sobre sí misma y estaba perdiendo el sentido de la orientación—. ¿Luke?

La voz no respondió.

Glass solo oía el susurro de su propia respiración. Seguía girando, cada vez más lejos de la nave, mientras el cable se extendía rápidamente tras ella.

—¡Luke! —aulló, agitando los brazos—. ¡Luke! —volvió a gritar.

Empezó a jadear. Tenía la sensación de que no le llegaba oxígeno al casco. Había inspirado demasiado aire y debía aguardar a que el sistema de ventilación se reajustara. *No te pongas nerviosa*, se dijo, pero en aquel momento atisbó la colonia y ahogó un grito. Se había alejado demasiado; alcanzaba a ver Walden, Fénix y Arcadia, que iban encogiéndose por momentos ante sus ojos. El cable era demasiado largo. ¿No debería haber alcanzado ya su tope, a aquellas alturas? ¿Haberla impulsado de vuelta a la nave? Un segundo pensamiento la asaltó, afilado como un cuchillo. ¿Y si el cordón se había roto? Glass sabía lo suficiente sobre la inercia como para comprender que, a menos que chocara con algo que la impulsara en sentido contrario, seguiría dando vueltas y más vueltas en la misma dirección. Pasados diez minutos, el oxígeno se agotaría y moriría. Y entonces su cuerpo continuaría girando, por siempre jamás, cada vez más lejos.

Se le saltaron las lágrimas y se mordió el labio.

—¿Luke? —preguntó, procurando no malgastar aliento.

Le dolía la cabeza de tanto dar vueltas. Cada vez que la colonia aparecía

ante sus ojos, la veía más pequeña. Estaba acabada.

De repente, notó un violento tirón en la parte delantera del traje y el cordón se tensó.

—¿Glass? ¿Estás ahí? ¿Va todo bien?

—¡Luke! —Jamás en la vida se había alegrado tanto de oír su voz—. He intentado saltar pero no he podido agarrarme y entonces... ¿qué ha pasado?

El cable empezó a retroceder despacio, arrastrándola de vuelta a la nave.

—Hemos tenido una... visita inesperada en la sala de control; gente que andaba en busca de suministros. No te preocupes. Ya está arreglado.

—¿Qué quieres decir?

Luke suspiró.

—He tenido que dejarlos fuera de combate. Eran cuatro, Glass, y querían... —se hizo un silencio—. No eran amistosos. Tú corrías peligro y no tenía tiempo de explicarles de qué iba esto.

—Está bien, Luke —repuso ella.

En aquel momento, avistó el puente estelar y la serie de asideros. Dobló los dedos para prepararse. Esta vez no pensaba fallar.

—Casi he llegado —le dijo a Luke. El asa se acercaba rápidamente. Glass alargó el brazo, clavó los ojos en el agarradero y estiró los dedos—. ¡Lo tengo! —gritó cuando palpó el metal.

—¡Esa es mi chica! —Glass oyó la sonrisa en la voz de Luke.

Respiró aliviada y alargó la otra mano hacia el siguiente asidero. No tardó mucho en recorrer la parte inferior del puente estelar y llegar a la esclusa de Fénix.

Cuando por fin alcanzó la entrada, apoyó los pies contra el costado de la nave y empleó todas sus fuerzas para girar el pesado volante. La puerta se abrió con un agradable susurro.

—¡Ya estoy!

Se aferró al borde de la puerta y se dio impulso para introducir el cuerpo en una minúscula cámara, casi idéntica a la de Walden.

Luke lanzó un grito de alegría.

—Vale. Me pongo en camino. Nos vemos en el puente estelar.

—Allí estaré.

Glass esperó a que la puerta exterior volviera a cerrarse. A continuación

se desenganchó y se apresuró hacia la segunda puerta, que se abrió automáticamente. Sin perder un instante, se quitó el casco y procedió a retirarse el traje. Tardó más en quitárselo que Luke en ponérselo, pero lo consiguió.

No parecía que hubiera guardias por los pasillos. En realidad, no parecía que hubiera nadie en absoluto. La alegría de Glass mudó en preocupación cuando se preguntó qué estaría haciendo su madre. ¿Se encontraría sola, presa del pánico? ¿O acaso los habitantes de Fénix se dedicarían a fingir, como de costumbre, que no pasaba nada de nada, obviando el hecho de que dos terceras partes de la colonia habían sido condenadas a muerte? ¿Dónde *estaba* todo el mundo?

Solo había dos guardias en el puente estelar y ninguno de ambos prestaba atención a los controles. Se encontraban a más de medio camino del tramo de Fénix, con una mano sobre las armas que pendían de sus cintos, observando la pantalla que dividía el puente por la mitad. Había tanta gente apretujada contra la persiana transparente que parecía una pared de carne humana.

Hombres y mujeres aplastaban la cara contra la pantalla, gritando, sosteniendo niños de tez azulada para mostrárselos a los guardias. No se oía el menor sonido, pero la angustia que proyectaban retumbaba en la cabeza de Glass. Vio las palmas enrojecidas a fuerza de dar golpes, un anciano aplastado contra la barrera por la multitud creciente, una cara blanca como el papel que se deslizaba despacio hacia el suelo.

Glass no tenía elección. Debía ayudarlos a cruzar, aunque eso implicara reducir su propia provisión de oxígeno, la de su madre, la de Luke.

Se coló en la cabina de control desierta. El mecanismo parecía bastante sencillo. Nada de tecnologías sofisticadas. El puente solo podía estar abierto o cerrado. Inspiró profundamente y pulsó el interruptor principal.

Cuando empezó a sonar la alarma, ya era demasiado tarde. Los guardias se dieron la vuelta y miraron a Glass, sorprendidos y horrorizados, mientras la pantalla se deslizaba hacia el techo.

El anciano fue el primero en pasar por debajo, empujado por la frenética multitud. Luego, algunas de las mujeres más pequeñas cruzaron a rastras. Al cabo de pocos segundos, el panel había retrocedido por completo y el puente estelar se llenó de gente que gritaba, lloraba de alegría y alivio e inspiraba

grandes bocanadas de aire.

Glass se encaramó sobre la punta de los pies para buscar entre aquel mar de cuerpos el único que le importaba. Allí estaba, al otro lado. Cuando Luke se aproximó hacia ella con una sonrisa orgullosa en el rostro, Glass rezó, rogando haber hecho lo correcto.

Acababa de salvar cientos de vidas... y de acortar drásticamente otras tantas. Incluidas la suya y la de Luke.

Capítulo 13

Clarke

Hacia media mañana, la cabaña se había vaciado casi por completo. Después de pasar doce horas clavándose los codos en un espacio atestado que apestaba a miedo y sudor, todos habían concluido que los terrícolas ya no eran tan peligrosos.

Pese a todo, en el campamento reinaba un ambiente tenso. Un grupo bastante numeroso había empezado a construir una cuarta cabaña para poder descansar más cómodamente. Wells se había esfumado, así que Bellamy lo había remplazado. Clarke lo oía dar instrucciones relativas a cimientos y vigas a lo lejos.

Clarke sonrió, pero su sonrisa se esfumó cuando acudió a examinar a Molly y Félix. No estaban mejorando. Lo que era peor: otros dos —un arcadio y una waldenita— habían empezado a mostrar los mismos síntomas de fatiga, desorientación y náuseas.

En el interior de la cabaña que usaban como hospital, Priya ayudaba a Molly, que estaba medio inconsciente, a tomar unos sorbos de agua. Saludó a Clarke levantando la barbilla y, con cuidado, depositó la cabeza de Molly sobre la almohada. Luego se acercó a Clarke, todavía con la taza de hojalata en la mano.

—¿Qué te parece si usamos esta taza para los enfermos? —dijo con voz queda—. Por si es contagioso.

—Buena idea —asintió Clarke—. Pero ¿y tú? ¿No temes contagiarte?

Priya se encogió de hombros y luego se entremetió un oscuro mechón por detrás de la oreja.

—Si no cuidamos los unos de los otros, les damos la razón.

—¿A quiénes?

—A los que decidieron que debíamos morir cuando cumpliéramos dieciocho años. Me sacaron de la sala de ejecución, ¿sabes? El médico ya tenía toda la parafernalia preparada. Estaba a punto de ponerme la inyección cuando recibió un mensaje por el registro de córnea que le decía que habían decidido enviarme a la Tierra en lugar de matarme.

—¿Por qué te confinaron? —preguntó Clarke con suavidad. Algo le dijo que Priya no se tomaría a mal una pregunta que se consideraba tabú en el campamento.

Antes de que Priya pudiera responder, la puerta se abrió y Eric entró arrastrando los pies, con la preocupación y el cansancio grabados en el rostro.

—Creo que deberían tomar las pastillas —soltó a bocajarro. Clarke abrió la boca para preguntarle a qué se refería, pero Eric la interrumpió—. Sé lo de las pastillas para contrarrestar la radiactividad. Creo que deberíamos dárselas a los enfermos. Ya.

Clarke le lanzó lo que esperaba fuera una mirada tranquilizadora.

—No es envenenamiento por radiación —le aseguró, recurriendo a la poca paciencia que le quedaba después de aquella noche tan horrible—. Y esas pastillas los *matarían* si estuvieran enfermos de otra cosa.

—¿Y por qué estás tan segura? Ni siquiera acabaste las prácticas de Medicina. ¿Qué sabes tú de envenenamiento por radiación?

Clarke palideció, no porque se sintiera insultada —sabía que Eric solo estaba preocupado por Félix— sino por el secreto que se pudría en su interior, mucho más tóxico que cualquier herida. Solo dos personas en todo el planeta estaban al tanto de la razón por la que Clarke había sido confinada. Nadie más sabía nada de los experimentos que habían llevado a cabo sus padres ni del sufrimiento de los niños que utilizaban para sus pruebas.

Probó otra estrategia.

—Si los niveles de radiactividad fueran tan altos, todos los nativos habrían muerto.

—No si la evolución los hubiera hecho inmunes o algo así.

Clarke no supo qué responder a eso. Se moría de ganas de preguntar a Sasha por los otros colonos, los que habían llegado hacía un año. Una teoría cobraba forma en su mente desde que había tropezado con los restos del

accidente. Los trozos de metal eran la pieza que le faltaba al puzle, estaba segura. Solo tenía que conseguir más información.

—No te preocupes —tranquilizó a Eric, apoyándole una mano en el hombro—. Encontraremos una solución. Se van a curar. ¿Podéis Priya y tú cuidar de ellos un momento? Vuelvo enseguida.

Eric asintió y, con un suspiro, se sentó en el suelo junto al camastro de Félix. Priya lo observó un momento. Luego se sentó a su lado y le apretó el brazo.

—Ve, Clarke. Todo irá bien.

Cuando salió, Clarke entornó los ojos, deslumbrada por la luz del sol. El brazo apenas le dolía ya y tenía la mente despejada por primera vez en varios días. No obstante, aunque no se había sentido tan en forma como ahora en todo el tiempo transcurrido desde la mordedura de la serpiente, la ansiedad le retorció las entrañas en cuanto se puso a buscar a Sasha. ¿Habría escapado la chica mientras Wells la vigilaba? O, lo que sería peor, ¿se la habrían llevado Graham y sus secuaces a alguna parte?

Observó el claro, que bullía de actividad, casi toda en torno a la nueva cabaña. Un grupo de gente arrastraba enormes troncos de madera hacia la obra mientras otros tallaban muescas en palos más pequeños para poder encajarlos entre sí. Unos cuantos chicos mayores hacían rodar los troncos más grandes hacia las zanjas que habían excavado para los cimientos. Bellamy era uno de ellos.

Se había quitado la camiseta y tenía el pecho empapado de sudor. Incluso de lejos, Clarke advirtió cómo los músculos de su espalda se contraían cuando empujaba el tronco con todas sus fuerzas para colocarlo en su lugar.

Una chica alta se acercó a él, seguida por otras dos amigas que soltaban risitas tontas. El trío había llevado la moda de los pantalones cortos al extremo y ahora las tres se estiraban el bajo deshilachado de los *shorts*, que apenas les cubrían la parte alta de los muslos.

—Eh —dijo la cabecilla—. Necesitamos que un chico alto nos ayude a reparar el tejado de la cabaña norte. Ya se está derrumbando.

Bellamy ni la miró.

—Construid una escalera.

Clarke reprimió una risa cuando un amago de irritación asomó al

semblante de la chica antes de que recuperara la sonrisilla.

—Es que no sabemos... ¿Nos enseñas?

Bellamy miró por encima del hombro y llamó a alguien por señas.

—Eh, Antonio. ¿Puedes venir un momento?

Un chico bajo y fornido salpicado de acné y con una afable sonrisa en el rostro se acercó al trote.

—Estas señoritas necesitan ayuda con su cabaña. ¿Les echas una mano?

—Encantado —dijo Antonio. Abriendo unos ojos como platos, repartió miradas entre Bellamy y las chicas, que intentaban, algunas con más éxito y otras con menos, ocultar su decepción.

Clarke sonrió para sí, encantada en secreto de que Bellamy no le hubiera hecho ni caso a aquella chica tan guapa. Se lo tenía tan creído y era tan encantador cuando quería que costaba creer que solo hubiera tenido una novia en toda su vida.

Y aún era más increíble que aquella novia fuera la persona cuyo rostro Clarke veía cada noche antes de dormirse. Cuya voz aún oía cuando reinaba el silencio.

Sacudió la cabeza para desechar el pensamiento y caminó hacia Bellamy.

—Menudo caballero —se burló al ver que las chicas se alejaban de mala gana en compañía de un contentísimo Antonio.

—Pero bueno, mira quién está aquí —Bellamy la abrazó—. ¿Cómo te encuentras?

—Pues... lista para una ducha —Clarke, entre risas, apartó a Bellamy de un empujón—. Me has pegado todo tu sudor.

—Bueno, considéralo mi venganza por haber tenido que cargar contigo durante *seis kilómetros* cuando te desmayaste. No sabía que los seres humanos pudieran babear tanto sin morir deshidratados.

—Yo no te *babeé* —protestó Clarke.

—¿Cómo lo sabes? Estabas inconsciente. A menos que... —entornó los ojos y la miró con desconfianza—. A menos que fingieras la historia de la mordedura para no tener que volver andando. Habría sido muy astuto por tu parte.

Clarke se limitó a sonreír.

—¿Sabes dónde está Sasha? —preguntó.

La expresión de Bellamy se endureció.

—Me parece que Wells se la ha llevado a alguna parte. Hace horas que no veo a ninguno de los dos —negó con un gesto de la cabeza—. El muy idiota.

—Ah —respondió Clarke lacónica, haciendo esfuerzos por aparentar indiferencia.

¿Qué le importaba a ella que Wells se hubiera marchado con Sasha? Tenía tanto derecho a hablar con ella como Clarke. A pesar de todo, la idea de que estuvieran solos en el bosque la incomodaba, aunque no sabía por qué.

—Sí, ya lo sé —repuso Bellamy, que había tomado la sorpresa de Clarke por desaprobación—. No sé en qué demonios estaría pensando. No puedo obligarla a decirme dónde está Octavia, pero Wells se puede ir de excursión con ella. Natural.

—Oye, ¿me acompañas? Quiero echar un vistazo a los restos que encontramos en el bosque.

Bellamy frunció el ceño.

—No sé si es buena idea.

—Tendremos cuidado con los nativos. No nos pasará nada —insistió Clarke.

—Es que... No quiero alejarme mucho del campamento, por si Octavia vuelve. No me gustaría que llegara y no me encontrara aquí.

Clarke dijo que sí con la cabeza, sintiéndose culpable. Allí estaba ella, dándole vueltas a su absurda teoría, mientras Bellamy seguía sin saber dónde se habían llevado a su hermana o si seguía viva siquiera. Mientras sus compañeros languidecían en la cabaña del hospital cuando ella tenía pastillas que podían salvarles la vida.

—Tienes razón. Iré sola.

—¿Qué? —Bellamy negó con un movimiento de la cabeza—. Ni soñarlo. Antes me baño en las babas de Graham que dejarte ir sola al bosque.

—¿Dejarme? —repitió Clarke—. Perdona pero, que yo sepa, no tengo que pedir permiso a nadie.

—Ya sabes lo que quiero decir. Es que me preocupo por ti.

—No me pasará *nada*.

—Sí, ya sé que no te pasará nada, porque te acompaño.

—Vale —accedió Clarke, que no estaba tan enfadada como aparentaba.

Sabía que Bellamy no intentaba controlarla. Cuidaba de ella. Se ruborizó solo de pensarlo.

Se marcharon sin decirle a nadie adónde iban y, pocos minutos después, se habían internado en el silencio de los bosques. Caminaron sin hablar durante poco más de una hora.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —preguntó Clarke cuando pasaron junto a una roca cubierta de musgo muy parecida a otra que acababan de dejar atrás.

—Segurísimo. Allí estuve a punto de dejarte caer —dijo, e hizo un gesto vago hacia delante—. Allí me detuve para comprobar que no te estabas ahogando con tu propio vómito. Y, ah, mira, allí recuperaste un momento la consciencia y me dijiste que tenía una enorme...

Se interrumpió con un grito cuando Clarke le propinó un codazo en la barriga.

Bellamy se echó a reír pero, de repente, algo captó su atención a lo lejos y recuperó la seriedad.

—Creo que estamos cerca.

Clarke asintió y procedió a escudriñar la tierra en busca de algo metálico. Estaba decidida a averiguar a qué clase de artilugio pertenecían aquellos restos. ¿A una cápsula espacial? ¿A un refugio, construido por los primeros colonos?

Sin embargo, en lugar del brillo del metal, sus ojos atisbaron una serie de formas que hicieron que se le formara un nudo en la garganta.

Tres grandes piedras asomaban del suelo. Puede que en su día las hubieran plantado erguidas, pero ahora estaban torcidas, y una tercera se inclinaba peligrosamente a un lado, lejos de las demás. Todas eran aproximadamente del mismo tamaño, aunque sus formas variaban entre sí, y no cabía duda de que alguien las había puesto allí. Pese a la distancia que la separaba de las losas, Clarke distinguió toscas marcas en las piedras; letras grabadas a toda prisa con herramientas inadecuadas. O más bien, comprendió al descifrar las inscripciones, talladas por alguien que temblaba de miedo y de pena.

DESCANSA EN PAZ.

Clarke nunca había oído a nadie pronunciar aquellas palabras en voz alta,

pero las notaba en el pecho, como si llevara su recuerdo metido en los huesos. Alargó la mano hacia Bellamy, pero no encontró nada excepto vacío.

Lo buscó con la mirada y lo vio acucillado junto a una de las lápidas. Se acercó a él y le posó una mano en el hombro.

—Son tumbas —dijo él con voz queda, sin mirarla.

—Entonces es cierto que *hubo* otra misión. Sasha decía la verdad.

Bellamy asintió y, despacio, acarició la piedra con un dedo.

—Es agradable, ¿no?, tener un lugar donde visitar a las personas que has perdido. Ojalá hubiera algo así en la colonia, algo más personal que el Muro del Recuerdo.

—¿A quién te gustaría visitar? —preguntó Clarke con dulzura.

¿Sabría él que Lilly había muerto? ¿Cuándo la había visto por última vez?

—No sé... A amigos. Personas de las que nunca me pude despedir.

Suspirando, Bellamy se levantó y rodeó a Clarke con el brazo.

Ella se apoyó en el chico y enseguida devolvió la atención a las tumbas.

—¿Crees que murieron al aterrizar? ¿O más tarde, después de lo que sea que pasó con los nativos?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Ojalá hubiéramos llegado antes. A lo mejor habríamos podido ayudarlos.

Bellamy la estrechó con más fuerza.

—No se puede salvar a todo el mundo, Clarke —dijo en voz baja.

No sabes cuánta razón tienes, pensó ella.

Capítulo 14

Wells

—Cuidado —gritó Wells al advertir que uno de los chicos más jóvenes acercaba la mano al fuego—. Usa un palo.

—Vale —repuso el otro y, con cuidado, sacó una mazorca de maíz de las piedras al rojo que Wells había amontonado sobre las llamas, tal como Sasha le había enseñado.

El maíz les había salvado la vida, literalmente. Ahora, en vez de susurros furtivos y débiles quejas, el crepitar de las llamas y las animadas charlas llenaban el campamento. Sentado alrededor del fuego, el grupo al completo daba cuenta de aquella comida algo rara pero rica en cualquier caso.

Tras regresar con tanto maíz como habían podido transportar, Wells y Sasha se habían provisto de dos contenedores de agua vacíos y se habían dirigido al campo a por más. Cuando volvieron por segunda vez, sonriendo y agotados por el esfuerzo, Wells casi había olvidado que Sasha era una prisionera. Se sintió incomodísimo cuando, después de agradecerle su ayuda, tuvo que llevarla al hospital. Afortunadamente, Clarke no andaba por allí y los enfermos dormían, así que nadie le vio disculparse con Sasha cuando volvió a ponerle las esposas.

La pillaste espíándote, se recordó mientras observaba cómo un grupo de chicas desafiaba a unos waldenitas a una competición de lanzamiento de mazorcas. Wells se dispuso a protestar (Sasha les había advertido que no dejaran mazorcas tiradas por el claro si no querían atraer animales salvajes) pero se mordió la lengua. Le resultaría más fácil birlar algo de comida para la terrícola si no montaba una escena.

Con cuidado, Wells sacó unas cuantas mazorcas de las brasas y,

estirándose la camiseta frente al cuerpo, creó una especie de bolsa para poder transportarlas sin quemarse las manos. Luego se dirigió al hospital.

—Eh —susurró mientras se encaminaba con sigilo al camastro de Sasha—. Te he traído una.

Le tendió una mazorca, que ya se había enfriado lo suficiente como para agarrarla con la mano, y luego colocó las demás junto a Molly, Félix y Eliza para que pudieran comer algo cuando despertaran. Cada vez costaba más encontrar voluntarios para llevar agua y comida a los enfermos. Los rumores sobre la enfermedad se estaban propagando y casi nadie, aparte de Clarke, Wells, Bellamy, Priya y Eric, entraba nunca en la cabaña.

—Gracias —dijo Sasha.

Precavida, echó un vistazo a la puerta antes de dar un mordisquito al maíz.

—¿Qué tal está? —le preguntó Wells, sentándose al borde de la cama—. ¿Mejor que la pasta de proteínas?

Ella sonrió.

—Sí, ya lo creo. Aunque un poco soso. ¿Por qué no lo has sazonado con las hojas de pimiento, como te he dicho?

—He pensado que el maíz, por sí solo, ya levantaría suficientes sospechas. Si encima me ponía a presumir de mis truquitos de cocina me habría visto en un aprieto. No valía la pena.

Wells pensaba que Sasha se burlaría de sus aptitudes culinarias, pero en cambio el semblante de la chica se ensombreció.

—No confían en mí, ¿verdad? —Con un deje de pesar en la voz, cambió de postura en la cama—. ¿Qué puedo hacer para convencerlos a todos de que no tuve nada que ver con los ataques?

—Dale tiempo al tiempo —suspiró Wells, aunque ni siquiera él estaba seguro de creerla.

Sasha parecía amable y razonable, pero eso no significaba que su gente —su *padre*— fuera incapaz de recurrir a la violencia. Si algún enemigo hasta ahora desconocido amenazara de algún modo a la colonia, el padre de Wells ordenaría un ataque sin pensárselo dos veces.

La puerta se abrió y Kendall apareció en el umbral. Wells se levantó de un salto y la recién llegada los miró fijamente con una expresión hermética.

—Perdonad que os moleste —se disculpó, repartiendo miradas entre Wells y Sasha—. Solo quería dormir un rato. Ayer por la noche no pude pegar ojo, obviamente.

—No pasa nada —dijo Wells. Señaló con un gesto las camas vacías—. Hay sitio de sobra.

Por lo que parecía, a Kendall no le preocupaba contraer la misteriosa enfermedad.

—No, está bien. Miraré en las otras cabañas.

Lanzó una última mirada a Wells antes de dar media vuelta y volver al claro.

—¿Lo ves? Nadie quiere compartir habitación conmigo siquiera. Todos están convencidos de que soy una asesina.

Wells echó un vistazo a Eliza, cuya pierna vendada era en sí misma una señal de peligro contra los nativos. Por no hablar de las tumbas recién excavadas en el cementerio. Mientras Sasha no pudiera demostrar que de verdad había una banda de terrícolas rebeldes, gente que no tenía nada que ver con ella, sería imposible que los cien dejaran de considerarla una amenaza.

—¿Te apetece dar un paseo? —le dijo de repente—. Es una tontería quedarse aquí todo el día encerrado.

Sasha lo escudriñó con la mirada antes de levantar las manos.

—Vale. Pero sin esposas. Ya sabes que no iré a ninguna parte.

Wells la desató y, mientras Sasha se recolocaba su chal de pieles, él se acercó a echarle un vistazo a Molly.

—Eh —le susurró, y se arrodilló junto a su camastro—. ¿Cómo te encuentras?

Ella musitó algo, pero no abrió los ojos.

—¿Molly? —Con un suspiro, Wells le tapó los delgados hombros con la manta y luego le recogió un mechón húmedo de sudor detrás de la oreja—. Vuelvo enseguida —prometió en voz baja.

Wells se asomó al claro. Casi todo el campamento seguía alrededor del fuego o ultimando el tejado nuevo. Si se daban prisa, podrían marcharse sin que los vieran. Wells no se paró a pensar que, por segunda vez en veinticuatro horas, estaba actuando a espaldas del grupo. Se dio media vuelta

para hacerle señas a Sasha y luego salió disparado hacia el lindero del bosque.

Aquella vez, Sasha llevó a Wells en otra dirección, por una zona que él nunca había recorrido. A diferencia de Bellamy, no había pasado mucho tiempo en el bosque y solo estaba familiarizado con el camino que solían tomar cuando iban a recoger agua del arroyo.

—Cuidado —le gritó Sasha por encima del hombro—. El camino aquí es muy escarpado.

«Escarpado» apenas bastaba para describirlo. El terreno caía en picado, y Wells tuvo que bajar a rastras, de lado y agarrándose a los finos y flexibles troncos que crecían en la colina para no caer. La inclinación era tan abrupta que algunas raíces crecían al aire y no bajo tierra.

No parecía que a Sasha la incomodase la pendiente. Casi no redujo la marcha y ahora le llevaba a Wells varios metros de ventaja. Puso los brazos en cruz y extendió los dedos para mantener el equilibrio. A Wells le recordó a los pájaros que había visto planear sobre el claro.

Sonó un fuerte chasquido a sus espaldas. Sobresaltado, Wells se volvió a mirar. El movimiento le hizo perder el equilibrio y cayó resbalando por la hierba húmeda. Intentó clavar los dedos en la tierra para reducir la velocidad, pero siguió bajando, cada vez más deprisa, hasta que algo lo detuvo de un tirón. Sin aliento, alzó la vista y vio a Sasha, que, sonriendo, lo sujetaba por el cuello de la chaqueta.

—Tendrás que esperar unos meses para tirarte en trineo —bromeó mientras lo ayudaba a incorporarse.

—¿En trineo? —repitió Wells mientras se sacudía la tierra de los pantalones e intentaba no pensar en la penosa imagen que acababa de ofrecer—. ¿Quieres decir que veremos la nieve?

—Si sobrevives hasta entonces —repuso Sasha, y agarró a Wells por el codo cuando este volvió a resbalar.

—Si muero antes de ver la nieve, será porque tus amigos me han disparado una flecha por la espalda, no porque me caiga de culo.

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Esa gente no es mi *amiga*.

—Ya, pero ¿no podrías decirles que nos dejen en paz? Tú los conoces, ¿no? —replicó él, escudriñando el rostro de Sasha por si advertía en él algún

signo de que le estuviese ocultando algo.

—Las cosas no son tan sencillas —contestó ella, y tiró de Wells para azuzarlo a seguir bajando.

Él señaló la pendiente con un gesto.

—Pero a ti te gusta complicarte la vida.

Sasha puso los ojos en blanco.

—Confía en mí, chico espacial. El esfuerzo vale la pena.

Cuando estaban a punto de llegar al fondo del barranco, Wells se dio impulso para saltar los últimos metros, pero en lugar de aterrizar sobre la hierba notó que sus pies golpeaban algo duro. Las piernas recibieron todo el impacto aunque, por fortuna, esta vez no se cayó. Encogiéndose de dolor, bajó la mirada, y se quedó tan sorprendido que ya no pudo pensar en nada.

Allí no había hierba, ni tampoco tierra. Era una zona de roca. Se agachó y pasó los dedos por la rugosa superficie gris. No, no era roca; era una *carretera*. Wells retrocedió de un salto y miró a ambos lados, como si temiera oír el susurro de un motor a lo lejos.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó Sasha cuando llegó a su altura.

Wells sacudió la cabeza, sin saber qué responder. Cuando había encontrado a Clarke atrapada en la ruinas de la iglesia, tenía demasiado miedo como para concentrarse en nada que no fuera sacarla de allí. Ahora, en cambio, se agachó para observar el cemento, las grietas que lo recorrían, las plantas que crecían en las hendiduras.

Allá la colonia, la idea del Cataclismo no era más que una abstracción. Wells sabía cuántas personas habían muerto durante los bombardeos, cuántas toneladas métricas de toxinas habían sido liberadas en el aire... Ahora, sin embargo, no podía dejar de pensar en la gente que había circulado por aquella misma carretera, que había corrido, quizá que se había arrastrado por ella, desesperados por huir de las bombas. ¿Cuántas personas habrían muerto en aquel mismísimo lugar cuando la Tierra tembló y el cielo se llenó de humo?

—Está allí mismo —dijo Sasha, plantándole una mano en el hombro—. Sígueme.

—¿Qué es lo que está allí mismo? —preguntó Wells, mirando a ambos lados de la carretera.

En aquel lugar, el aire poseía una cualidad distinta, como si estuviera

cargado de recuerdos que hacían estremecer.

—Ya lo verás.

Caminaron en silencio durante unos minutos. Con cada paso, el corazón de Wells latía un poco más deprisa.

—Tienes que prometerme que no le hablarás a nadie de esto —pidió Sasha.

Había bajado la voz y miraba nerviosa por encima del hombro.

Wells dudó. Había aprendido, de la peor manera posible, lo que pasa cuando haces promesas que no puedes cumplir.

—Te lo prometo —accedió por fin.

Sasha le sostuvo la mirada un momento y luego asintió. Cuando tomaron una curva, Wells se dio cuenta de que tenía los nervios de punta, la carne de gallina, como si su cuerpo se preparase para lo que fuera que se disponían a ver.

Sin embargo, cuando la carretera volvió a extenderse en línea recta ante su ojos, no vio nada. Solo aquel asfalto sembrado de nervaduras verdes.

—Allí —dijo Sasha, señalando los árboles que bordeaban un lado de la carretera—. ¿Lo ves?

Wells se dispuso a sacudir la cabeza para indicar que no, pero se detuvo cuando atisbó un contorno geométrico entre la maraña de ramas.

Era una casa.

—Ay, Dios mío —susurró Wells, avanzando unos pasos—. Es imposible. ¡Pensaba que no quedaba nada!

—Poca cosa. Pero las montañas protegieron unos cuantos edificios de las explosiones. Mucha gente de por aquí sobrevivió a las bombas, aunque murieron más tarde de hambre o de envenenamiento por radiación.

Cuando se acercó, Wells advirtió que la casa era de piedra, un material que en teoría soportaba mejor el deterioro que la madera, aunque casi toda la parte derecha se había derrumbado.

Las ventanas carecían de cristales y gruesas ramas de plantas trepadoras cubrían buena parte de las paredes que quedaban en pie. Había algo casi voraz en el modo en que esas plantas envolvían los costados de la casa, se colaban por las ventanas huecas y subían por lo que en su día fuera una chimenea, como si la Tierra quisiera borrar cualquier vestigio de vida

humana.

—¿Podemos entrar? —preguntó Wells cuando se dio cuenta de que llevaba un rato allí embobado.

—No. Prefiero quedarme aquí todo el día viéndote boquear como un pez.

—No seas mala. Es lo más alucinante que he visto en mi vida.

Sasha abrió unos ojos como platos.

—Pero si vivías en el espacio... ¡Has visto *Marte*!

Wells sonrió.

—Hace falta un telescopio para ver Marte, y aun así no se ve nada más que un punto rojo. Venga. ¿Entramos o qué?

Caminaron en dirección contraria a los escombros, donde había una ventana a unos dos metros del suelo y un tentador alféizar justo debajo. Wells observó cómo Sasha se encaramaba a la repisa con facilidad, cruzaba la ventana y desaparecía en la oscuridad del otro lado.

—¿Vienes? —le gritó.

Él sonrió y trepó a la ventana. Aterrizó en el suelo de la casa con un golpe sordo que aniquiló cualquier otro pensamiento. Estaba en una casa, en un *hogar* de verdad, que había albergado personas antes del Cataclismo.

Giró la cabeza de lado a lado. Por lo que parecía, se encontraban en lo que debió de ser la cocina. Baldosas rotas, amarillas y blancas, cubrían el suelo, y armarios torcidos colgaban de la pared, sobre el fregadero más hondo que Wells había visto en su vida. La única iluminación de la estancia procedía de la ventana rota; filtrada por los árboles circundantes, la luz se colaba con un fulgor verdoso, como si estuviera mirando una fotografía antigua. Sin embargo, aquello era real, no había duda. Wells dio unos pasos hacia delante y, con timidez, pasó el dedo por la encimera, que estaba cubierta por un polvo de siglos. Levantó el brazo y, todavía con más cuidado, abrió un armario.

En el interior había platos y cuencos apilados. Aunque el montón se había vencido sobre un lado cuando el armario se descolgó, saltaba a la vista que los habían colocado con cuidado. Unos cuantos pertenecían al mismo juego, otros eran distintos entre sí. Wells alcanzó el plato que coronaba el montón. Mostraba un dibujo en la superficie que parecía hecho por un niño: cuatro monigotes con grandes caras sonrientes colocados en fila y con sus

imperfectas manos entrelazadas. Sobre sus cabezas se leía una inscripción, impresa con letras desiguales: QUIERO A MI FAMILIA. Wells devolvió el plato a su sitio y se dio media vuelta. En la silenciosa y polvorienta penumbra, Sasha lo miraba.

—Sucedió hace mucho tiempo —dijo la chica con voz queda.

Wells asintió. Su cerebro formuló las palabras «ya lo sé», pero se perdieron en alguna parte de camino a su boca. Notó que le ardían los ojos y apartó la vista rápidamente. Ocho mil millones. Ese era el número de personas que habían muerto durante la catástrofe. La cifra siempre le había parecido tan abstracta como cualquier otra, como la edad de la Tierra o el número de estrellas que pueblan la galaxia. Ahora, sin embargo, habría dado cualquier cosa por saber que las personas que solían cenar en aquella cocina, comer en esos platos, habían logrado escapar de un modo u otro del planeta en llamas.

—Wells, ven a ver esto.

Se dio media vuelta y vio a Sasha arrodillada junto a un montón de escombros, al otro lado de la habitación, allá donde la pared se había desplomado. Estaba apartando polvo y trocitos de yeso de algo que yacía en el suelo.

Wells se acercó y se acuclilló a su lado.

—¿Qué es? —preguntó cuando Sasha presionó algo que parecía un cierre—. Cuidado —advirtió, recordando la serpiente que había mordido a Clarke.

—Es una maleta —repuso Sasha con una mezcla de sorpresa y algo más; ¿recelo? ¿Miedo?

La maleta se abrió entre una nube de polvo y ambos se inclinaron hacia delante para ver mejor. Únicamente contenía unos cuantos objetos. Tres camisetas pequeñas, muy desvaídas, que Wells examinó una por una y luego volvió a dejar, con mucho cuidado, tal como las había encontrado. También había un libro. Casi todas las páginas se habían podrido, pero Wells pudo ver que trataba de un niño llamado Charlie. Dudó antes de volver a guardarlo en la maleta. Le habría encantado examinarlo a la luz del sol pero, por alguna razón, no le parecía bien sacar nada de la casa.

El otro objeto aún reconocible era un osito de peluche. El pelo debió de ser amarillo en su día, pero el polvo impedía saberlo con exactitud. Sasha lo

alzó y se lo quedó mirando un momento antes de apretarle el negro hocico con el dedo.

—Pobre oso —dijo con una sonrisa, aunque no pudo evitar que se le quebrara la voz.

—Es muy triste —añadió Wells, y acarició con un dedo una de las camisetas—. Si se hubieran marchado antes, a lo mejor habrían llegado a tiempo.

—¿Y adónde querías que fueran? —preguntó Sasha, lanzándole una mirada de curiosidad mientras retiraba el polvo de una pata del osito—. ¿Tienes idea de lo que costaba una plaza en las naves? La gente de por aquí no tenía tanto dinero.

—La cosa no funcionaba así —replicó Wells alzando la voz. Inspiró hondo para recuperar la compostura. Le parecía una falta de respeto gritar en un sitio como aquel—. La gente no tuvo que *pagar* para embarcar.

—¿Ah, no? ¿Y cómo se hizo la selección?

—Procedían de naciones neutrales —explicó Wells, que tenía la sensación de haber regresado a las clases de Primaria—. De aquellas que no fueron tan codiciosas o tan idiotas como para participar en una guerra nuclear.

Sasha lo miró con una expresión que nunca habían adoptado sus tutores, ni siquiera cuando se equivocaba. Jamás lo habían mirado con una mezcla de compasión y desdén. En todo caso, le recordaba a las expresiones que adoptaba su padre de vez en cuando.

—Y entonces ¿por qué todos los que embarcaron hablaban inglés? —preguntó ella con voz queda.

Wells no supo qué responder a eso. Se había pasado toda la vida imaginando qué sentiría al ver auténticas ruinas terrestres y, ahora que las tenía delante, pensar en todas las vidas que se habían extinguido durante la tragedia le impedía respirar.

—Deberíamos volver —dijo.

Se levantó y le tendió la mano a Sasha. Ella se quedó mirando la maleta un momento, se encajó el osito debajo del brazo y tomó la mano de Wells.

Capítulo 15

Bellamy

Había tardado un rato en convencer a Clarke de que regresaran al campamento. Ella había insistido en buscar más restos del accidente o algo que le proporcionara información sobre el primer grupo de colonos. Sin embargo, a medida que las sombras se alargaban, unos escalofríos que no se debían a la bajada de la temperatura erizaron la piel de Bellamy. Sería una idiotez quedarse más tiempo en el bosque sabiendo que los terrícolas los acechaban. En cuanto su pequeña espía le dijera dónde estaba Octavia, Bellamy iría tras ellos; al cuerno las lanzas y las flechas. Sin embargo, no quería enfrentarse a los nativos hasta estar preparado y, desde luego, no en compañía de Clarke.

Tras una hora de búsqueda infructuosa, la chica accedió por fin a marcharse.

—Un momento —dijo, y echó a correr hacia el borde del claro.

Se detuvo junto a un árbol salpicado de flores blancas. La planta ofrecía un aspecto frágil y, por alguna razón, parecía demasiado pequeña para todas aquellas flores. A Bellamy le recordó al aspecto que tenía Octavia cuando se vestía con toda la ropa de su madre, capas y más capas de tela, y desfilaba delante de Bellamy muy sonriente.

Observó cómo Clarke se ponía de puntillas, cortaba unas cuantas flores del árbol y se arrodillaba para depositarlas ante cada una de las lápidas. La chica se quedó allí un momento, con la cabeza gacha. Luego se acercó y tomó a Bellamy de la mano para alejarse de aquel cementerio solitario, olvidado del resto del mundo.

Mientras volvían al campamento, Clarke guardó un silencio poco habitual

en ella. Por fin, Bellamy no pudo soportarlo más y rompió el mutismo.

—¿Te pasa algo?

Tendió la mano para ayudar a Clarke a saltar un tronco caído, pero ella no se dio ni cuenta.

—No —respondió. Saltó el tronco y aterrizó al otro lado sin tropezar.

Bellamy no dijo nada. Sabía que no debía presionarla. Clarke no era de las que se andan con juegucitos. Ya hablaría cuando quisiera. A pesar de todo, volvió a mirarla de reojo y algo en su expresión le oprimió el corazón hasta tal punto que su decisión empezó a flaquear. No estaba seria exactamente, ni siquiera triste; más bien parecía sumida en sus pensamientos.

Se detuvo en seco y la abrazó. Ella dio un respingo, sin devolverle el abrazo.

Bellamy hizo amago de apartarse, pero luego se lo pensó mejor y la abrazó con más fuerza.

—Clarke, ¿qué te pasa?

Cuando ella habló, lo hizo en voz baja.

—No dejes de pensar en esas tumbas. Ojalá supiera quién descansa en ellas, cómo murieron...

Su voz se apagó, pero Bellamy sabía que estaba pensando en los colonos enfermos del campamento.

—Ya —asintió Bellamy—. Pero Clarke, fueran quienes fuesen esas personas, llevan muertas más de un año. No habrías podido ayudarlas —guardó silencio un instante—. Y piénsalo así: como mínimo, llegaron hasta aquí, hasta la Tierra, aunque fuera por poco tiempo. Esto debió de parecerles... no sé, puro jazz.

Sorprendido, advirtió que Clarke sonreía. Fue una sonrisa pequeña, pero suficiente para ahuyentar parte de las tinieblas que acechaban en sus ojos.

—¿Puro jazz? ¿Y eso qué significa? ¿Que estás tan contento que te pondrías a escuchar jazz?

—¿Que te *pondrías* a escuchar jazz? Querrás decir: «tan contento como cuando *escuchas* jazz». Tan contento que tu corazón late al ritmo de un *riff* de jazz.

—Ya, como si supieras lo que es el jazz —le espetó Clarke, sin dejar de sonreír—. Esa música desapareció hace siglos.

Bellamy se echó a reír.

—En Fénix, quizá. Una vez encontré un viejo reproductor de MP3 con unos cuantos temas de jazz grabados —se encogió de hombros—. Por lo menos, creo que era jazz.

La música sonaba tal y como Bellamy la había imaginado: alegre, libre, rebosante de sentimiento.

—¿Y cómo suena un *riff* de jazz?

—Es más bien una *sensación* —dijo Bellamy, tomando la mano de Clarke. Empezó a tamborilearle un ritmo en el brazo, arriba y abajo.

Ella se estremeció cuando los dedos bailaron por la parte interior de su codo.

—Ya. ¿O sea que te sientes como si un locatis te hiciera cosquillas en el brazo?

—En el brazo no. En todo el cuerpo. Lo notas en la garganta... —le puso los dedos en el cuello y le golpeteó la clavícula—. En los pies... —se arrodilló y toqueteó la caña de la bota de Clarke. Ella se echó a reír—. En el pecho...

Bellamy se levantó y le posó la mano encima del corazón, pero no la movió.

Clarke cerró los ojos y jadeó.

—Ya veo lo que quieres decir.

Bellamy contempló a Clarke durante un momento, anonadado por su belleza. Con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, la suave luz de la tarde bailando en su cabello rojizo como un halo, parecía un hada, como aquellas que le describía a Octavia cuando le contaba un cuento.

Agachó la cabeza y le rozó los labios con la boca. Ella le devolvió el beso, pero se apartó enseguida, frunciendo el ceño.

—¿No querías irte ya? —le preguntó—. Llevamos mucho rato fuera.

—El camino es largo. ¿Por qué no descansamos un rato?

Sin esperar respuesta, Bellamy la agarró por la espalda y la levantó en brazos, igual que la última vez, cuando ella se había desmayado. Ahora, sin embargo, Clarke tenía los ojos brillantes, fijos en él, y le rodeaba el cuello. Despacio, Bellamy se tendió con ella en el suelo, que estaba cubierto de musgo y hojas húmedas.

—¿Mejor? —susurró el chico.

Clarke respondió enredándole los dedos en el pelo antes de besarlo.

Bellamy cerró los ojos y la atrajo hacia sí, sin pensar en nada salvo en aquel instante, en el cuerpo de Clarke contra el suyo.

—¿Tienes frío? —le preguntó Clarke, y él se dio cuenta de que en algún momento ella le había quitado la camiseta.

—No —repuso él en voz baja. Era consciente de que hacía frío, pero no lo notaba. Se echó hacia atrás y la miró. El pelo de Clarke se derramaba sobre la hierba—. ¿Y tú?

Bellamy le pasó la mano por la curvada silueta y Clarke se crispó.

—Bellamy —susurró Clarke—. ¿Alguna vez has...?

No terminó la frase, pero no hacía falta. Bellamy tardó un poco en responder. Le besó la frente, luego la nariz y por fin aquellos labios sonrosados y delicados.

—Sí —reconoció. Supo, por el rubor delator de las mejillas de Clarke, que ella no, y se quedó algo sorprendido—. Pero solo con una chica —añadió—. Alguien que me importaba mucho.

Quiso seguir hablando, pero le falló la voz. Los recuerdos de Lilly siempre arrastraban consigo una marea de dolor. Y ahora mismo no quería pensar en nada que no fuera la preciosidad que yacía a su lado: una chica de la que jamás se separaría, ni en un millón de años, pasara lo que pasase.

—¿En serio? ¿Te los has llevado todos? —preguntó Bellamy, sorprendido y sinceramente impresionado.

Se habían reunido en la escalera de emergencia, detrás del centro de cuidados. En teoría, ya deberían estar durmiendo, pero nadie comprobaba si los mayores se habían acostado, así que Bellamy y Lilly se encontraban allí con frecuencia sin que nadie los molestase.

Lilly le mostró la bandeja de pasteles que había robado del centro de distribución. Los habían preparado para una fiesta de compromiso de Fénix, pero ahora el festín se lo iban a dar Bellamy y Lilly.

Él sonrió.

—Soy una pésima influencia, ¿eh?

—Por favor. No seas egocéntrico —Lilly se embutió en la boca una tartaleta de manzana. Alcanzó un pastel de vainilla (el favorito de Bellamy) y se lo tendió—. Yo ya era una caradura antes de conocerte.

Lilly enarcó una ceja con un gesto tan adorable que Bellamy sintió el súbito e irrefrenable impulso de besarla. Sin embargo, sabía lo que pasaría después. Había besado a otras chicas y el gesto solo había servido para ablandarles los sesos y convertirlas en una risita andante empeñada en ir de la mano a todas partes. Lilly era su mejor amiga. Besarla habría sido un gran error.

—Guarda este para Octavia —dijo Lilly, tendiéndole un pastel decorado con bayas de mirto.

Con cuidado, Bellamy dejó el pastel en el escalón y siguió devorando el suyo. Sabía por experiencia que era conveniente deshacerse cuanto antes de los bienes robados.

Lilly se rio, y él alzó la vista, sonriendo.

—¿Qué pasa? —preguntó, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Ni te atrevas a criticar mis modales en la mesa. Sobre todo porque no veo *ninguna* mesa por aquí.

—La verdad es que siento curiosidad —empezó a decir ella, fingiendo sinceridad—. ¿Cómo te las arreglas para ensuciarte tanto la cara cuando comes? —Él le dio un manotazo y Lilly volvió a reír—. Yo no sería capaz, por más que lo *intentase*.

—Desafío aceptado.

Bellamy alcanzó un pastel, le retiró el glaseado y le untó la pasta a Lilly por la barbilla y por la boca. Ella chilló y le propinó un empujón, pero no antes de que él le ensuciara también la punta de la nariz.

—¡Bellamy! —gritó ella—. ¿Sabes cuánto habríamos sacado por eso?

Él esbozó una sonrisita irónica. Era difícil tomarse en serio a alguien con la cara llena de glaseado.

—Oh, créeme, esta imagen no tiene precio.

La expresión de Lilly mudó en otra que él no supo descifrar.

—¿En serio? —preguntó ella en voz baja.

Bellamy cerró los ojos, preparado para acabar cubierto de glaseado... y notó que los labios de Lilly se posaban en los suyos. Durante un instante, se quedó de una pieza; luego participó en el gesto. Lilly besaba con suavidad y sabía a azúcar.

Cuando ella se apartó por fin, Bellamy la miró a los ojos, preguntándose qué acababa de pasar.

—Ay —dijo ella—. Se me ha olvidado una cosa.

—¿Qué?

Bellamy cambió de postura, incómodo. Ya sabía él que no era buena idea besar a su mejor amiga, que no debería haber...

—Esto —murmuró Lilly antes de atraerlo hacia sí para volver a besarlo.

Clarke se incorporó tan repentinamente que golpeó con la cabeza la barbilla de Bellamy.

—Ay —protestó él, y la agarró por los hombros—. Clarke, no pasa nada. No tenemos que hacer nada ahora mismo.

El chico le masajeó la espalda trazando grandes círculos. La piel de Clarke estaba fría al tacto a través de la delgada camiseta.

—No es eso —se apresuró a explicar Clarke—. Es que... tengo que contarte una cosa.

Bellamy le tomó la mano, entrelazándole los dedos.

—Puedes contarme lo que quieras —la tranquilizó.

Ella retiró la mano, dobló las rodillas y se las abrazó con fuerza.

—La verdad es que no sé por dónde empezar —dijo Clarke, hablando más consigo misma que con él. Tenía la vista fija ante sí, como si no quisiera, o no pudiera, mirarlo a los ojos—. Solo se lo he contado a otra persona antes que a ti, y te aseguro que fue una pésima idea.

Bellamy intuyó que se refería a Wells.

—Tranquila —le rodeó los hombros con el brazo—. Sea lo que sea, lo superaremos.

Ella se volvió a mirarlo por fin, con una expresión desolada en la cara.

—Yo no estaría tan segura.

Suspiró como si se rindiera y empezó a hablar con voz entrecortada.

Al principio, Bellamy pensó que toda aquella historia sobre los experimentos era una especie de broma. No se podía creer lo que Clarke le estaba contando, las investigaciones que habían llevado a cabo sus padres sobre los efectos de la radiactividad, que el vicescanciller los hubiera obligado a experimentar con niños no registrados. Sin embargo, le bastó mirar a Clarke a los ojos una sola vez para comprender que todo era espantosa, horriblemente real.

—Es *monstruoso* —la interrumpió Bellamy, rezando para que ella dijera algo mínimamente lógico, algo que aclarara por qué le estaba contando todo eso en aquel preciso instante. De repente, lo asaltó una idea que le heló la sangre—: *Octavia* no estaba registrada —añadió despacio—: ¿Era ella la siguiente de vuestra asquerosa lista?

Se estremeció horrorizado solo de imaginar a su hermana pequeña encerrada en un laboratorio secreto donde nadie la habría oído llorar, donde nadie habría podido rescatarla de un envenenamiento lento y mortal.

—No lo sé —reconoció Clarke—. No sé cómo escogían a los niños. Pero era terrible. Yo me quería morir.

—¿Y por qué no hiciste nada por impedirlo? ¿Por qué *asesinaban* tus padres a niños inocentes? ¿Cómo es posible que fueran tan malvados?

—No eran malvados. ¡No tenían elección!

A Clarke se le saltaban las lágrimas, pero a Bellamy no le importó.

—Pues claro que la tenían —le escupió—. Yo escogí hacer todo lo posible por proteger a Octavia. Pero tú escogiste mantenerte al margen y ver *morir* a un puñado de inocentes.

—No siempre me mantuve al margen —Clarke cerró los ojos—. Con Lilly, no.

Bellamy tardó un instante en comprender lo que Clarke estaba insinuando.

—¿Lilly? ¿De eso la conocías? ¿Lilly era uno de vuestros... sujetos?

Clarke asintió, rota por el dolor, y el chico levantó la voz, rabioso.

—No murió de una misteriosa enfermedad. Murió porque los asesinos de tus padres *experimentaron* con ella.

Lilly. La única persona de toda la nave que le había importado de verdad, además de Octavia. La única persona de la que había llegado a enamorarse.

Guardó silencio mientras asimilaba las palabras de Clarke.

—¿Qué significa que no siempre te mantuviste al margen? —Como ella no respondía, insistió—. ¿Quieres decir que la ayudaste a escapar? ¿Sigue viva?

—Era mi amiga, Bellamy —las lágrimas corrían por las mejillas de Clarke, pero Bellamy las ignoró—. Me enseñó a hablar con los chicos y me hizo prometerle que llevaría el pelo suelto una vez a la semana. Yo le llevaba libros y ella los leía en voz alta poniendo vocecitas hasta que enfermó. Entonces se los leía yo. Y luego, cuando me pidió que la ayudara, lo hice. *Tenía* que hacerlo. No me dio opción...

—¿Que la ayudaras cómo? —preguntó Bellamy en tono bajo y amenazador.

—Yo... Me suplicó que pusiera fin a su dolor. Me pidió... —Clarke se sorbió la nariz y se la secó con el dorso de la mano, incapaz de hablar—. Que la ayudara a morir.

—Mientes —la acusó Bellamy, asqueado. No sobre lo de matar a Lilly... Hacía una hora, habría jurado que Clarke era incapaz de hacer algo así, habría

defendido su honor a muerte. Ahora, sin embargo, tenía la sensación de que no la conocía en absoluto. A Lilly, en cambio, llegó a conocerla bien—. Ella nunca te habría pedido algo así —rugió mientras se ponía de pie—. Habría hecho lo posible por no ceder a vuestras torturas.

—Bellamy —empezó a decir Clarke con un hilo de voz—. Tú no entiendes...

El sollozo que le subía por la garganta le impidió seguir hablando.

—No te *atrevas* a decirme lo que entiendo —la cortó él—. No quiero volver a verte. Podrías ofrecer tus servicios a los nativos. Sería muy divertido, ¿no? Una nueva remesa de niños con los que experimentar.

Se dio media vuelta y se marchó hecho una furia. Clarke se quedó sola y temblorosa en el bosque.

Parpadeando para ahuyentar las lágrimas, Bellamy se alejó ciego de rabia entre los árboles. Nunca debería haber confiado en Clarke, jamás debería haber permitido que se acercase a él. Había aprendido hacía mucho tiempo que no podía confiar en nadie más que en sí mismo. Y la única persona que le importaba era Octavia.

Ya había perdido demasiado tiempo. Había llegado el momento de recuperar a su hermana.

Se había acabado eso de hacerse los simpáticos con la terrícola. A partir de ahora, la cosa iba en serio.

Capítulo 16

Wells

No sabía cómo entrar en el campamento sin que los vieran, aunque aquella vez, por lo menos, Sasha y él no llevaban comida; solo los recuerdos de la casa en ruinas adheridos al pensamiento como una fina capa de polvo.

Así que cuando Wells vio a Clarke salir por detrás de un gran árbol, respiró aliviado. Estaban lo bastante cerca del claro como para dejar a Sasha al cuidado de Clarke; podía fingir que había acompañado a la prisionera al servicio. Seguro que no le importaba prestarles la coartada. Ella, más que nadie, sabía que era una tontería dejar a Sasha atada en la cabaña todo el día.

Wells levantó la mano para saludarla, pero enseguida advirtió que algo iba mal. Clarke siempre se movía con decisión; tanto si se disponía a sacar un libro de la biblioteca, allá en la nave, como si se acercaba a una planta que le había llamado la atención. No era normal verla deambular por el bosque como un alma en pena.

—Clarke —la llamó Wells. Intercambió una mirada con Sasha, que prometió en silencio quedarse donde estaba. Él echó a correr. Cuando se acercó, advirtió que Clarke tenía los ojos enrojecidos. ¿Clarke, que durante el juicio de sus padres había guardado un silencio sepulcral, estaba llorando?

—¿Te encuentras bien?

—Sí —dijo ella, lacónica, y siguió mirando al frente para evitar los ojos de Wells.

Aun sin las lágrimas, él se habría dado cuenta de que mentía.

—Venga, Clarke —insistió Wells, y echó un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que Sasha no los oía—. Después de todo lo que hemos pasado... —«después de todo el daño que nos hemos hecho», habría

querido decirle, pero no lo hizo—. ¿Crees que no sé cuándo te pasa algo?

Ella asintió, sorbiéndose la nariz, pero no respondió. Wells frunció el ceño al caer en la cuenta de algo.

—¿Has discutido con Bellamy?

Esperaba que Clarke lo apartara a un lado pero, sorprendido, descubrió que alzaba la vista para mirarlo, con los ojos brillantes de lágrimas.

—Lo siento —suplicó Clarke—. Perdóname, Wells. Por haberte castigado durante todo este tiempo. Debería haberte perdonado —se le quebró la voz y desvió la vista.

—No pasa nada —titubeó Wells, rodeándola con el brazo. De algún modo, sabía que aquella disculpa guardaba más relación con Bellamy que con él—. ¿Cómo te puedo ayudar? —preguntó—. ¿Quieres que le dé una paliza?

—No —sollozó Clarke, pero como mínimo estaba sonriendo.

Antes de que Wells pudiera decir nada, Clarke abrió unos ojos como platos. Miraba a un punto situado más allá de Wells. Durante un momento, él pensó que había visto a Sasha, pero cuando se dio media vuelta para seguir la mirada de Clarke, su curiosidad se transformó en horror.

Algo pendía de la rama de un árbol alto y grueso. Giraba despacio y se balanceaba de un lado a otro cada vez que chocaba con el tronco.

Es una persona, pensó Wells antes de comprender que no era posible. Las cabezas no cuelgan en ese ángulo. Las caras no son de color azul.

Tras él, Clarke emitió un sonido que él no había oído nunca, a medio camino entre el gemido y el grito.

Wells avanzó unos pasos para dar tiempo a su cerebro a buscar otra explicación, pero no la había.

—No —dijo en voz alta, parpadeando una y otra vez para ahuyentar la imagen, como hacía siempre con los registros de córnea.

Por desgracia, la figura seguía ahí, girando sobre sí misma.

Era una chica bajita y, aunque tenía el rostro tan desfigurado que resultaba imposible reconocerla, Wells identificó el cabello negro y brillante. Las muñecas delicadas y las pequeñas manos, cuya fuerza siempre sorprendía a Wells.

—Priya —jadeó Clarke detrás de él.

Se acercó a Wells dando traspiés y lo agarró del brazo. Por primera vez desde que habían aterrizado en la Tierra, Clarke estaba demasiado horrorizada como para hacer nada que no fuera mirar.

La cuerda que rodeaba el cuello de Priya se le clavaba en la piel; una piel que, tan solo unas horas antes, era de un tono oscuro y dorado, y que ahora se había teñido de un azul moteado.

—Tenemos que bajarla —apuntó Wells, aun sabiendo que Clarke sería incapaz de ayudarlo.

El chico dio un tembloroso paso hacia delante y se dio cuenta de que Sasha ya estaba trepando al árbol.

—Pásame el cuchillo —le ordenó, y empezó a deslizarse por la rama—. Ahora —insistió al ver que Wells no se movía.

Rebuscando la navaja en su bolsillo, Wells avanzó hacia el árbol dando tumbos y le lanzó la herramienta a Sasha, que la atrapó al vuelo con una mano.

En silencio, Sasha cortó la cuerda de la que pendía Priya y dejó caer el cuerpo con cuidado.

—¿Creéis... que lo ha hecho ella misma? —preguntó Wells.

Desvió la vista cuando Clarke palpó el amoratado cuello para buscar un pulso que, todos lo sabían, no iba a encontrar. La callada, servicial, imperturbable Priya. ¿Por qué iba a hacer algo así? ¿Echaba de menos su casa hasta extremos insoportables? ¿O tenía la sensación de que los cien estaban condenados? El sentimiento de culpa empezó a abrirse paso entre el horror de Wells. Tal vez si la hubiera ayudado a sentirse a salvo...

—No —replicó Sasha con voz temblorosa.

Había bajado del árbol y ahora permanecía inmóvil a pocos metros de Wells.

—Aún no estoy segura —intervino Clarke sin apartar los ojos de Priya—. Tendré que examinar más a fondo las marcas de su cuello, la posición de la cuerda...

Su voz se apagó. Wells sabía que no se sentía cómoda en el papel de forense.

—No se ha suicidado —declaró Sasha, con más firmeza esta vez.

—¿Y cómo lo sabes? —le preguntó Clarke, que por fin había despegado

la vista de Priya para mirar a Sasha.

Wells no estaba seguro de si Clarke había alzado la voz porque le disgustaba que se pusieran en entredicho sus conocimientos o porque le molestaba que una extraña presenciase su dolor.

—Los pies —repuso Sasha con voz queda, y los señaló.

Hasta aquel momento, Wells no se había dado cuenta de que Priya iba descalza. Dio un paso adelante y entornó los ojos para averiguar a qué se refería Sasha. Vio unas marcas en las plantas que, al principio, tomó por suciedad. Sin embargo, según se fue acercando, advirtió que eran cortes... en forma de letras.

—Oh, Dios mío —jadeó Clarke.

Priya llevaba un mensaje marcado en la carne. Una palabra tallada en cada pie.

Largaos.

Intrusos.

No tuvo que preocuparse por llevar a Sasha a la cabaña. En cuanto los pasos y los gritos ahogados delataron la presencia de los demás, que habían acudido a investigar los chillidos de Clarke, Wells envió a Sasha de vuelta al bosque con instrucciones de que se colara en el claro cuando la costa estuviera despejada. En cuanto corriera el rumor de la muerte de Priya, reinaría tal conmoción en el campamento que nadie repararía en la ausencia de la terrícola.

Unos diez minutos después, Eric y una chica arcadia transportaban el cadáver de Priya colina abajo, mientras Antonio escoltaba a una Clarke alelada y temblorosa. Wells habría querido ocuparse de ella en persona —sobre todo teniendo en cuenta que ya estaba alterada antes del horrible descubrimiento por la discusión con Bellamy— pero alguien debía inspeccionar la escena del crimen, pues sin duda lo era, antes de la puesta de sol.

Se quedó mirando a los demás, que caminaban arrastrando los pies a la zaga del cuerpo. Cuando la improvisada procesión desapareció entre los árboles, procedió a revisar el terreno con el fin de averiguar si habían atacado

a Priya en el bosque o la habían arrastrado hasta allí desde algún otro lugar. Wells procuró no pensar en el miedo que debía de haber pasado la pobre ni en lo que debían de haberle hecho los terrícolas para impedir que gritara. Procuró no pensar en si habría notado el filo del cuchillo en la planta de los pies o si habrían esperado a que hubiera muerto para cortarle la carne.

Escaló el árbol para examinar los trozos de cuerda deshilachada. Descubrió que se trataba de uno de los finos cordeles de nailon que los colonos usaban para asegurar los contenedores de la nave. Eso significaba que los nativos habían estado en el *campamento*.

Mientras ideas sombrías burlaban su deseo de no pensar, a lo lejos resonó un chillido. Se le encogió el corazón.

Sasha.

Con un movimiento rápido, se dejó caer de la rama y echó a correr.

Sonó un segundo grito, algo más agudo esta vez. Wells apuró la marcha, maldiciendo cada vez que resbalaba con el barro o tropezaba con una piedra. Cruzó el sendero que las frecuentes visitas al arroyo habían creado en el terreno y siguió el sonido bosque adentro.

Cuando cruzó una maraña de arbustos y vio a Bellamy junto a Sasha, su primera reacción fue de alivio. Bellamy también había oído los gritos y había acudido corriendo a socorrerla. Segundos después, sin embargo, dos detalles de la escena que tenía delante cobraron sentido: el miedo que reflejaba el rostro de Sasha y el brillo metálico contra su garganta.

Bellamy tenía agarrada a Sasha por detrás y le rodeaba el cuello con el brazo, presionando al mismo tiempo algo agudo y plateado contra su piel.

—Dime dónde retienen tus amigos a mi hermana —decía con expresión salvaje—. ¿Dónde vive tu gente? ¿Qué están haciendo con ella?

Sasha jadeó y susurró algo que Wells no pudo oír. Gritando, este último se abalanzó sobre ellos para derribar a Bellamy.

—¿Te has vuelto loco? —gritó Wells. De una patada, le arrancó a Bellamy el trozo de metal (un resto retorcido de la nave) de la mano. Se volvió a mirar a Sasha, que se abrazaba el cuerpo, temblando—. ¿Te encuentras bien? —preguntó, ahora en tono más amable.

Sasha asintió, pero cuando se tocó el cuello, los dedos se le mancharon de sangre.

—Déjame ver.

Wells le apartó el cabello para examinar la herida. Tenía un pinchazo en la base de la garganta, pero solo era un arañazo. No corría peligro. Wells no quería ni pensar en lo que habría pasado si hubiera tardado unos segundos más en llegar.

—¿Qué diablos? —Escupió en dirección a Bellamy, que se ponía de pie con inseguridad.

Cuando Bellamy vio la sangre en el cuello de Sasha, palideció ligeramente, pero habló de todos modos en tono indignado.

—Estaba haciendo lo que hay que hacer: recuperar a Octavia. Está claro que, hoy por hoy, soy el único que sigue preocupado por lo que le pueda pasar —Wells echó una ojeada a Sasha—. No pensaba hacerle daño. Solo quería demostrarle que esto no es ningún juego. Estamos hablando de *la vida* de mi hermana.

—Tranquilízate, Bellamy —ordenó Wells, colocándose delante de Sasha con ademán protector.

Bellamy hizo una mueca.

—¿Va en serio? ¿Tú de qué lado estás, Wells? Cada día que pasa, las probabilidades de encontrar a Octavia con vida disminuyen. ¿Qué crees que está haciendo, tomar el té con los terrícolas? Por lo que sabemos, podrían estar *torturándola*.

El dolor que delataba su voz desató algo en el pecho de Wells. Sabía cómo se sentía Bellamy, la insoportable angustia y la absoluta desesperación que lo embargaban... porque era el mismo sentimiento exacto que se había apoderado de él cuando se había enterado, allá en la colonia, de que Clarke iba a ser ejecutada.

—Ya lo sé —dijo Wells, haciendo esfuerzos por no alzar la voz—. Pero nada de lastimar a nadie, ¿vale? No es nuestro estilo.

—*Por favor* —rezongó Bellamy—. Si de verdad hubiera *querido* hacerle daño, ahora mismo habría un charco de sangre terrícola en el suelo.

—¡Ya basta! —chilló Wells con voz ronca—. Me llevo a Sasha al campamento. Te sugiero que te quedes aquí hasta que seas capaz de mantener una conversación civilizada.

Wells agarró a Sasha por la muñeca y enfiló hacia el claro.

—Traidor —oyó mascullar a Bellamy.

Trató de ignorar el comentario, pero se preguntó, sin poder evitarlo, si Bellamy tendría razón. ¿Se estaba comportando como un tonto al confiar en Sasha? Echó un vistazo al rostro de la chica, que miraba al frente con expresión indescifrable. La imagen del cuerpo colgado de Priya cruzó por el pensamiento de Wells. *Han estado en el campamento*. Habían usado la cuerda de los cien para matarla.

—Siento mucho lo que acaba de pasar —se disculpó Wells con voz queda—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, perfectamente.

Sin embargo, aún le temblaba la voz, y Wells notó que se estremecía. Sasha retorció el antebrazo para zafarse del apretón de Wells y deslizó la mano en la del chico sin dejar de mirar al frente y sin revelar nada.

Wells guardó silencio mientras caminaban de vuelta al campamento, agarrados de la mano.

Capítulo 17

Glass

—No mires —ordenó Luke mientras arrastraba a Glass lejos del cuerpo que yacía en el suelo.

Ella apartó los ojos antes de distinguir si se trataba de un guardia o de un civil. Ni siquiera sabía si era hombre o mujer.

¿Y qué esperaba? Glass no estaba segura. ¿De verdad había pensado que el puente se abriría y todos los waldenitas y arcadios entrarían en Fénix en ordenadas filas, saludando con educación a las personas que los habían condenado a una muerte segura?

No, ya sabía que la cosa no sería tan sencilla ni tan organizada. Sin embargo, no estaba preparada para el escándalo que había estallado en el puente estelar cuando la barrera se alzó: un coro ensordecedor de llantos, gritos, vítores y chillidos.

Tampoco se esperaba oír una voz masculina vociferando por los altavoces. Durante los últimos diecisiete años, el sistema de megafonía solo había servido para emitir anuncios intrascendentes y pregrabados, siempre leídos por la misma mujer con una voz tirando a robótica. «Por favor, recuerden la necesidad de respetar las restricciones relativas al toque de queda» y «Cualquier signo de enfermedad debe ser comunicado al monitor de salud».

En cambio, cuando la primera oleada de gente se abalanzó al puente estelar, una voz muy distinta se impuso al estrépito.

—Todos los residentes de Walden y Arcadia deben volver a sus propios módulos de inmediato. No repetiremos el aviso. Dispararemos a los intrusos.

Oír una voz masculina hablando por los altavoces resultaba casi tan

desconcertante como ver el puente estelar cerrado, casi como si la nave estuviera poseída. A pesar de todo, ni siquiera eso le había parecido tan inquietante como avistar a una docena de guardias camino del puente, empuñando sus armas.

Ni por esas creyó Glass que de verdad dispararían contra la multitud. Se equivocaba.

Los guardias abrieron fuego contra la primera oleada de waldenitas que cruzó el puente, pero los disparos no bastaron para disuadir a la muchedumbre, que se abalanzó contra los vigilantes para someterlos y quitarles las armas. Al cabo de pocos minutos, los waldenitas habían tomado Fénix. Al principio parecían aliviados de poder respirar a sus anchas y aspiraban grandes bocanadas de aquel aire rico en oxígeno, pero pronto empezaron a desplegarse y, con cualquier cosa que pudieran usar como arma, procedieron a reventar las puertas que encontraban a su paso para robar a los habitantes de la nave principal. La violencia aumentó rápidamente y la situación se volvió incontrolable.

Luke arrastró a Glass a un lado cuando dos hombres pasaron corriendo, cada cual cargado con un enorme contenedor de pasta de proteínas. A continuación dobló la esquina otra pareja de waldenitas; estos no llevaban provisiones sino que arrastraban a un guardia inconsciente.

Horrorizada, Glass se tapó la boca al ver cómo la cabeza del joven guardia golpeaba el suelo a un lado y al otro. El hombre tenía un tremendo cardenal en la mejilla y la sangre que le manaba del hombro dejaba un reguero a su paso. Notó que Luke se crispaba y lo agarró del brazo para contenerlo.

—No —susurró—. Deja que se vayan.

Luke observó cómo los waldenitas doblaban un recodo con el guardia a rastras. El eco de sus risas resonó a lo lejos.

—Podría haberlos tumbado a los dos —masculló.

En otras circunstancias, la indignación de Luke habría hecho sonreír a Glass, pero en aquel momento solo sirvió para asustarla aún más. Su única preocupación era encontrar a su madre y llegar a la plataforma de despegue. Rogó en silencio que su madre estuviera sana y salva en casa, que hubiera sido lo bastante prudente como para no internarse en el caos.

Glass quería muchísimo a su madre, pero a la pobre se le daba fatal gestionar crisis. Con el paso de los años, Glass había acabado por aceptar que, sencillamente, su madre era incapaz de afrontar determinados conflictos.

Así que Glass había aprendido a luchar por las dos.

Se sintió muy rara volviendo sola del Intercambio, sin llevar a Cora o a Huxley a su lado, charlando de las compras que habían hecho o urdiendo maneras de evitar que sus padres descubrieran los muchos puntos que habían gastado. La ausencia de sus amigas aumentaba aún más la sensación de vacío que Glass notaba en el bolsillo. Hacía solo unos minutos, contenía el último collar de su madre.

La madre de Huxley había aparecido por el puesto de joyas justo cuando Glass empezaba a regatear con la vendedora sobre el valor del collar.

—Es un collar precioso, querida —murmuró la mujer.

Le lanzó una mirada compasiva antes de susurrarle algo a una amiga que Glass no reconoció. La chica se sonrojó, pero siguió discutiendo con la vendedora. Qué remedio. Su madre y ella necesitaban los puntos de racionamiento.

Mientras iba de un lado a otro por el Intercambio, Glass notó que todas las miradas estaban pendientes de ella. El escándalo que rodeaba a su familia había sido recibido en Fénix con divertida estupefacción. Las aventuras extramatrimoniales estaban a la orden del día, pero la gente rara vez se mudaba, dada la escasez de vivienda. Y el reglamento impedía que dos personas ocuparan un espacio previsto para tres, así que Glass y Sonja habían tenido que trasladarse a una unidad menor situada en una de las cubiertas menos elegantes. Ahora, sin los aparentemente infinitos puntos de racionamiento de su padre, habían tenido que vender casi todas sus posesiones en el Intercambio solo para poder sobrevivir a base de agua y pasta de proteínas.

Glass dobló por su pasillo y suspiró aliviada al descubrir que estaba desierto. La ventaja de vivir en una zona tan cutre era que nunca se cruzaba con conocidos por los corredores. O, más bien, con antiguos conocidos. Hacía semanas desde la última vez que Cora la había saludado con algo que no fuera un leve asentimiento de cabeza, e incluso agarraba a Huxley del codo cuando esta sonreía a Glass. Wells era el único de sus amigos que se comportaba como si nada hubiera cambiado. Por desgracia, acababa de empezar la formación para aspirantes a oficiales y andaba tan ocupado que apenas tenía tiempo para visitar a su madre en el hospital y aún menos para quedar con Glass.

Colocó la mano contra el sensor de la puerta, entró y arrugó la nariz. Su antiguo apartamento siempre olía a una mezcla de carísima fruta de invernadero y perfume materno; Glass aún no se había acostumbrado al tufo rancio que emanaba de aquella pequeña unidad.

La vivienda estaba a oscuras. Eso significaba que Sonja había salido. Las luces se encendían solas cuando los sensores detectaban movimiento. Sin embargo, cuando Glass se internó en la estancia, no se encendieron. Qué raro. Agitó la mano arriba y abajo, pero nada cambió. Gimió. Tendrían que solicitar una reparación, lo que implicaba siglos de espera.

Antes, su padre se limitaba a enviarle un mensaje a su amiga Jessamyn —la jefa de la unidad de reparaciones— y la avería se solucionaba al instante pero, por aquel entonces, ni muerta pensaba pedirle Glass un favor a su padre.

—¿Glass? ¿Eres tú?

Sonja se levantó del sofá, una silueta amorfa contra la penumbra. Echó a andar hacia su hija, pero soltó un grito cuando chocó con algo que repiqueteó contra el suelo.

—¿Por qué estás a oscuras? —preguntó Glass—. ¿Has avisado a los de mantenimiento? —Sonja no respondió—. Yo lo haré —añadió, enfadada.

—No, no lo hagas. No servirá de nada.

Sonja parecía agotada.

—¿De qué hablas? —le espetó Glass.

Sabía que debería tener más paciencia con su madre, pero últimamente la sacaba de sus casillas.

—El sensor no se ha estropeado. Hemos superado la cuota de electricidad y no tengo puntos para pagarla.

—¿Qué? —Se horrorizó Glass—. Es absurdo. No nos pueden hacer eso.

—Claro que pueden. Tendremos que esperar a que...

—No vamos a esperar nada —replicó Glass, indignada.

Se dio media vuelta y salió hecha una furia de la vivienda a oscuras.

El despacho del padre de Cora se encontraba al final de un largo pasillo en el que trabajaban casi todos los jefes de departamento. No reinaba una intensa actividad en la zona (por lo que Glass sabía, la mayoría de los jefes de departamento, designados a dedo por el Consejo, pasaba poco tiempo en sus despachos) pero de todos modos se le encogió el estómago ante la idea de cruzarse con un amigo de su padre.

Encontró al ayudante del señor Drake, un joven que Glass no conocía, sentado a un escritorio, manipulando cifras en un holograma. El hombre alzó la vista y enarcó una ceja.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Tengo que hablar con el señor Drake.

—Me temo que el jefe de recursos está ocupado en este momento. ¿Por qué no le dejas un mensaje y yo le diré...?

—No se moleste. Yo se lo diré.

Glass obsequió al chico con una sonrisa condescendiente y se coló ante sus narices en el despacho del jefe.

El padre de Cora alzó la vista cuando Glass entró. Durante un segundo, se limitó a mirarla con sorpresa, pero enseguida esbozó una sonrisa tan radiante como falsa.

—¡Glass! ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Qué puedo hacer por ti, cariño?

—Puede conectarme la luz —replicó ella—. Estoy segura de que solo ha sido un error, por supuesto. Usted jamás habría sido tan desalmado como para dejarnos a mi madre y a mí a oscuras durante todo un mes.

El señor Drake frunció el ceño y repiqueteó con los dedos en la superficie del escritorio. Luego abrió un archivo en la pantalla.

—Bueno, habéis superado la cuota, de manera que, a menos que tengáis puntos para transferir a vuestra cuenta, me temo que no podré hacer nada.

—Ambos sabemos que eso es mentira. Es usted el jefe de recursos; puede hacer lo que le dé la gana.

El hombre la miró con expresión calculadora.

—Debo tener en cuenta el bienestar de toda la colonia. Si alguien supera la cuota que le corresponde, es problema suyo. Sería una irresponsabilidad por mi parte hacer excepciones.

Glass ladeó la cabeza.

—Ya, pero sobornar a los guardias para entrar en el invernadero y vender fruta en el mercado negro no cuenta como excepción, ¿me equivoco? —dijo con aire candoroso.

El señor Drake se puso como un tomate.

—No sé de qué estás hablando.

—Ah, pues perdone. Seguro que entendí mal a Cora. Le pediré a mi amigo Wells que me lo explique. Él sabe mucho más que yo de esas cosas, siendo como es el hijo del canciller.

El hombre guardó silencio un instante. Luego carraspeó.

—Supongo que podré hacer una excepción, pero solo por esta vez. Ahora será mejor que te vayas. Tengo una reunión.

Glass lo obsequió con una sonrisa cínica.

—Muchísimas gracias por su ayuda —le espetó, y salió del despacho como una exhalación. Solo se detuvo para saludar al furioso ayudante con un movimiento de cabeza.

Cuando llegó a casa, las luces estaban encendidas.

—¿Esto es obra tuya? —preguntó Sonja sorprendida, señalando las lámparas con un gesto.

—Me he limitado a aclarar un pequeño malentendido —repuso Glass antes de dirigirse a la cocina para preparar la cena con lo poco que tenían.

—Gracias, Glass. Estoy muy orgullosa de ti.

Un escalofrío de satisfacción recorrió a Glass, pero cuando se dio media vuelta para sonreír a Sonja, descubrió que su madre ya se había metido en su cuarto.

La sonrisa de Glass se esfumó mientras contemplaba el vacío que Sonja había ocupado hacía un momento. Llevaba toda la vida pensando que nunca sería tan hermosa como su madre, que jamás tendría su encanto. Ahora comprendía que tal vez triunfase en aquello en lo que su madre había fracasado. Conseguiría lo que quisiera —lo que necesitase— aunque sus largas pestañas ya no convencieran a nadie, cuando su cuerpo ya no fuera joven y hermoso.

Sería algo más que una cara bonita. Sería fuerte.

Cuando doblaron un recodo para tomar el pasillo de Glass, lo encontraron inquietantemente tranquilo. Glass no supo si considerarlo buena o mala señal. Con el corazón desbocado, caminó hasta su puerta y presionó el escáner con el pulgar. Mientras lo hacía, Luke le posó una mano en el hombro como para

darle ánimos. Antes de que la máquina llegara siquiera a leer su huella, la puerta se abrió hacia fuera.

—¡Oh, Dios mío, Glass! —Los brazos de Sonja la rodearon al instante—. ¿Cómo te las has arreglado para volver? Han cerrado el puente estelar...

Su voz se apagó cuando vio a Luke.

Glass se preparó para que el alivio de su madre mudara en desdén al descubrir quién la acompañaba: el chico que había arruinado la vida de su hija. En cambio, presenció sorprendida cómo Sonja daba un paso adelante y estrechaba la mano de Luke.

—Gracias por traerla a casa.

Él asintió, sin saber qué responder a eso, pero como de costumbre su talante educado y su autocontrol se impusieron.

—En realidad, ha sido Glass quien me ha traído. Tiene usted una hija muy valiente, señora Sorenson.

La madre sonrió y, soltando la mano de Luke, rodeó a Glass con el brazo.

—Ya lo sé.

Los hizo pasar al interior de la diminuta aunque imaculada vivienda. Glass echó un vistazo a su alrededor, pero no vio maletas por ninguna parte ni tampoco señales de una partida inminente. Preguntó lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Cómo van las cosas por aquí? ¿Saben cuánto tiempo va a durar el oxígeno? ¿Han programado ya la evacuación?

Sonja negó con un movimiento de la cabeza.

—Nadie lo sabe. El canciller no ha salido del coma, así que Rhodes sigue al mando.

Glass sintió una punzada de pena por Wells. Su padre llevaba en coma tres semanas; después de tanto tiempo, parecía improbable que el canciller llegara a recuperarse. Desde luego, no a tiempo para embarcar en las naves.

—Bueno, ¿y qué le han dicho a la gente? —preguntó la chica, que ahora miraba a su madre con curiosidad.

La noche antes de que Glass huyera a Walden, había visto a Rhodes y a su madre juntos... en actitud demasiado acaramelada como para tomarlos por una pareja de buenos amigos. Sonja, sin embargo, se limitó a sacudir la cabeza.

—Nada. No hay noticias ni instrucciones —suspiró y su rostro se ensombreció—. Pero la gente habla, ya lo creo que sí. Cuando cerraron el puente, todos comprendimos que... bueno... que la situación no iba a mejorar.

—¿Y qué pasa con las cápsulas de pasajeros? —Quiso saber Glass—. ¿Nadie ha dicho nada al respecto?

—Oficialmente, no. La entrada a la plataforma de despegue sigue cerrada, por lo que yo sé. Pero la gente ya se está desplazando hacia allí, por si las moscas.

No tuvo que decir nada más. La colonia contaba con cápsulas suficientes para la población *original*. Después de tres siglos en el espacio, la cifra se había cuadruplicado. Ni siquiera los estrictos controles de población promulgados hacía un siglo habían frenado el crecimiento.

Los niños nacidos en Fénix siempre bromeaban con el escaso número de cápsulas. Cuando alguien respondía una tontería en las tutorías o metía la pata en las pistas de gravedad, uno u otro de sus amigos se apresuraba a decir algo parecido a: «Luego no esperes que te guarde sitio en la cápsula espacial». Nadie se tomaba a mal esas bromas, porque en teoría los seres humanos iban a permanecer aún un siglo en la colonia, como mínimo. Y cuando por fin volvieran a la Tierra, habría tiempo de sobra para que las cápsulas fueran y vinieran las veces que hiciera falta. Nadie se había planteado nunca qué pasaría en caso de ser necesaria una evacuación a gran escala. La perspectiva resultaba demasiado deprimente.

—En ese caso, deberíamos irnos —señaló Glass con firmeza—. No tiene sentido esperar aquí a que ordenen el desalojo. Para entonces, será demasiado tarde. Las naves estarán llenas.

—Haré una maleta con mis cosas —asintió Sonja, revisando la estancia con la mirada mientras hacía inventario de sus posesiones.

—No hay tiempo —intervino Luke. Tomó a la madre de Glass por el brazo y la guio hacia la puerta—. Ni por todo el oro del mundo valdría la pena arriesgarse a perder la nave a la Tierra.

Sonja asintió, con un destello de miedo en los ojos, y siguió a Luke al exterior.

Cuanto más se acercaban a la plataforma de despegue, más concurridos

estaban los pasillos. Había gente por todas partes, algunos cargados con bolsas y niños, otros sin nada más que un hatillo de ropa a la espalda.

Luke agarró a Glass con una mano y a Sonja con la otra y las guio entre el gentío camino de la escalera. Glass procuró no mirar a los ojos a las personas con las que se cruzaba. No quería recordar sus caras cuando pensara en los muertos.

Capítulo 18

Clarke

—No es grave —le dijo Clarke a Sasha cuando acabó de limpiarle la herida del cuello y se dio media vuelta para rebuscar entre la decreciente provisión de gasas.

Metió la mano en la caja y luego vaciló, dudando de si utilizar los apósitos que quedaban. Por una parte, la herida de Sasha no era profunda y se curaría sola. Por otra, se sentía mejor cuando hacía algo, *lo que fuera*.

—Te pondrás bien —le aseguró, pensando que ojalá pudiera decirle lo mismo a la chica que yacía al otro lado de la cabaña, cuya carita desfigurada habían cubierto con una manta.

Clarke había pedido que la dejaran examinarla una última vez antes de enterrarla, por si encontraba alguna pista importante que Wells y ella hubieran pasado por alto en aquellos primeros momentos de horror y estupor.

Wells le hizo un gesto desde la puerta, donde se había quedado montando guardia, y Clarke lo siguió al exterior.

—Bellamy se ha vuelto loco —le susurró a Clarke, y le contó lo que había hecho el chico, cómo había intentado obligar a Sasha a proporcionarle una información que ella no tenía—. Deberías hablar con él.

Clarke frunció el ceño. En su fuero interno, estaba convencida de ser la culpable de la actitud de Bellamy; la historia de Lilly lo había desquiciado. Sin embargo, ni por un momento se planteó explicarle a Wells la discusión que habían mantenido en el bosque.

—No querrá escucharme —arguyó, echando una ojeada al claro. Se sintió aliviada y decepcionada a un tiempo al no ver a Bellamy por ninguna parte.

—Iré a buscarlo —se ofreció Wells en tono fatigado—. ¿Te quedas aquí y

vigilas a Sasha? Si Bellamy vuelve y descubre que se ha ido, nos matará a todos.

Se encogió al darse cuenta de lo desafortunado del comentario. Cerró los ojos y se frotó las sienes.

Clarke tendió la mano automáticamente, acostumbrada como estaba a revolverle el pelo cada vez que Wells, abrumado por el estrés, adoptaba gestos calcados a los de su padre. Se detuvo justo a tiempo y le posó la mano en el hombro.

—Sabes que nada de esto es culpa tuya, ¿verdad?

—Sí, ya lo sé —arrepentido de haber replicado en tono brusco, Wells suspiró y sacudió la cabeza—. Lo siento. O sea, gracias.

Clarke asintió y luego miró por encima del hombro hacia la cabaña que usaban como hospital.

—¿Seguro que se tiene que quedar allí dentro? Me parece una crueldad obligarla a estar tan cerca del... —se mordió la lengua para no decir «cadáver»—. De Priya.

Wells adoptó una expresión consternada y clavó los ojos en la otra punta del claro, donde Graham, con cara de estar planeando un motín, hablaba con sus amigos. Estaban demasiado lejos para oír lo que decían, pero las miradas del grupo se repartían entre la tumba que estaba cavando Eric y la cabaña que se erguía detrás de Wells y Clarke.

—Será mejor mantenerla alejada de los demás por ahora. Si le pasa algo, los terrícolas se pondrán furiosos. No podemos arriesgarnos. Mira lo que nos han hecho ya, y sin motivo.

Hablaba en tono tranquilo y razonable, el mismo que empleaba cuando distribuía los turnos para recoger agua o leña, pero Clarke notó algo raro en su expresión y se preguntó si Wells no tendría otras razones para mantener a salvo a Sasha.

—Vale —accedió de todas formas.

Cuando Wells se marchó, respiró hondo y volvió a entrar en la cabaña. Sentada en un camastro, con las piernas cruzadas, Sasha se pasaba un dedo por las gasas del cuello.

—Procura no tocarlo —le recomendó Clarke antes de sentarse al borde de su propia cama—. La gasa es estéril, pero tus manos no.

Sasha dejó caer la mano en el regazo y echó una ojeada a Priya.

—Lo siento —dijo con dulzura—. No me puedo creer lo que le han hecho.

—Gracias —repuso Clarke en tono tenso, sin saber qué más decir. Al mirar a Sasha, advirtió por su expresión que de verdad lo lamentaba y se ablandó—. Yo siento que tengas que estar aquí con ella. Se la llevarán enseguida.

—No pasa nada. No hay prisa. Es importante pasar tiempo con los muertos. Nosotros siempre esperamos tres puestas de sol antes de enterrar a nadie.

Clarke la miró extrañada.

—¿Quieres decir que los dejáis a la vista?

Sasha asintió.

—El duelo es distinto para cada persona. Hay que dar tiempo para que cada cual se despidan a su manera —se interrumpió y miró a Clarke con expresión pensativa—. Supongo que en la colonia las cosas son distintas. La muerte no es tan frecuente allí, ¿verdad? ¿Tenéis medicamentos para todo?

Su tono de voz delataba una mezcla de curiosidad y anhelo. Clarke se preguntó qué clase de recursos tendrían los terrícolas y cuántas personas habrían muerto por falta de ellos.

—Para muchas cosas, pero no para todo. Un amigo mío perdió a su madre hace unos años. Fue terrible. La mujer pasó meses en el hospital pero, al final, no se pudo hacer nada por ella.

Sasha dobló las rodillas y se quitó las botas de piel. Debajo llevaba unos calcetines largos hasta las rodillas.

—Hablas de la madre de Wells, ¿verdad? —preguntó con voz queda.

Clarke la miró de hito en hito.

—¿Te lo ha contado? —le preguntó.

Sasha miró a otro lado y se puso a jugar con el dobladillo de su raído jersey negro.

—No. Es que se nota que ha sufrido mucho. Se le ve en los ojos.

—Ya, bueno, él también ha provocado mucho sufrimiento —replicó Clarke, incapaz de evitar el deje áspero de su voz.

Sasha levantó la cabeza y observó a Clarke con más curiosidad que

malestar.

—¿Y quién no? ¿Sabes? Es raro. Cuando pensaba en los niños de la colonia, me imaginaba que no tendrían ninguna preocupación en el mundo. Al fin y al cabo, ¿qué podríais temer? Teníais criados robot, medicamentos que os permitían vivir hasta los ciento cincuenta años y os pasabais todo el día rodeados de estrellas.

—¿Criados robot? —Clarke frunció el ceño—. ¿Quién te ha dicho eso?

—Son historias que se cuentan por ahí. Ya sabíamos que muchas cosas no eran ciertas, pero nos divertía imaginarlo —se calló, como avergonzada, y luego empezó a calzarse las botas otra vez—. Ven, quiero enseñarte una cosa.

Clarke se levantó despacio.

—No sé si es buena idea. Le he dicho a Wells que nos quedaríamos aquí.

—¿Él manda?

Sasha no lo había preguntado con segundas, pero la pregunta sublevó a Clarke de todos modos. Sí, Wells se había esforzado mucho en impedir que reinara el caos en el campamento, pero eso no significaba que todo el mundo tuviera que obedecerle.

—No me manda a mí —declaró Clarke—. ¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa —al ver que Clarke dudaba, Sasha suspiró—. ¿Todavía no confías en mí?

Clarke meditó la respuesta.

—Supongo que confío en ti tanto como en cualquier otro. Al fin y al cabo, tú no estás en la Tierra porque cometieras ningún crimen.

Sasha la miró como si se sintiera confusa, pero antes de que pudiera preguntar nada, Clarke se dio media vuelta para echar una ojeada a sus pacientes. Molly y Félix no mostraban cambios, pero notó algo raro en los labios de los waldenitas. Como si los tuvieran manchados. ¿De sangre? Clarke ahogó una exclamación al recordar los últimos días de Lilly, cuando le sangraban tanto las encías que apenas podía hablar. Sin embargo, cuando Clarke alcanzó un paño para secar la boca de las chicas, retiró las manchas con facilidad, casi como si fueran...

—¿Estás lista? —le preguntó Sasha.

Suspirando, Clarke se volvió a mirarla y asintió. Con suerte, Sasha le enseñaría algunas de las plantas medicinales que usaban en la Tierra. Dada la

situación, estaba dispuesta a probar cualquier cosa.

Abrió la puerta y salió al claro.

—Va todo bien —les gritó al chico y la chica que Wells había dejado de guardia, proyectando tanta autoridad como fue capaz—. Solo llevo a la prisionera al baño.

La chica las miró con desconfianza, pero el chico asintió.

—No pasa nada —le dijo este a su compañera, que no parecía muy convencida.

Clarke lo entendía perfectamente. Seguían sin tener pruebas de que la historia de Sasha sobre un grupo de terrícolas rebeldes fuera cierta. Cuando atravesaron el lindero del bosque, se le erizó el vello de la nuca. ¿Hacía bien internándose en la fronda a solas con Sasha? Una idea escalofriante le cruzó el pensamiento. ¿Y si había sido *Sasha* la que había matado a todos los colonos?

Caminaron en silencio. Cuando Sasha se detuvo a examinar una planta que crecía a lo largo de un tronco caído, Clarke no hacía más que pensar en lo lejos que estaban del campamento y preguntarse si la oirían en caso de que gritase. No dejaba de ver el rostro azulado y abotargado de Priya, las terribles palabras que llevaba grabadas en los pies.

Alzó la vista y se encontró con la mirada de Sasha, que la observaba como esperando algo.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Solo que deberíais arrancar esta madreSelva. Está cerquísima del campamento.

Clarke echó un vistazo al tronco y miró de pasada las bayas de un rojo brillante.

—¿Son buenas? —preguntó.

De repente, no podía recordar cuándo había comido por última vez.

—¡No! Son *venenosas* —exclamó Sasha, y se abalanzó hacia Clarke para impedir que las tocara, aunque esta ni siquiera había hecho ademán de acercarse.

Una idea asaltó la mente de Clarke y, de alguna manera, se alojó en su pecho.

—¿Qué síntomas provoca?

Sasha negó con un movimiento de la cabeza.

—No estoy segura. No sé de nadie que se haya envenenado. Incluso los niños saben que no deben tocarlas.

Clarke repasó la lista de los síntomas que mostraban los enfermos: náuseas, fiebre, fatiga.

—Oh, Dios mío —musitó al recordar la mancha roja en la boca de Molly—. Es eso —dijo Clarke, y se volvió hacia Sasha—. Por eso están enfermando. Deben de haber comido bayas.

Sasha agrandó los ojos, pero luego esbozó una sonrisa.

—Pues tranquila, porque se van a curar. Te dicen que no las toques, pero a menos que te comas un arbusto entero, no es mortal.

El alivio invadió a Clarke.

—¿Hay algún antídoto?

—No, que yo sepa —repuso Sasha en tono pensativo—, pero cuando tenía siete años, un amigo mío se comió unas cuantas por presumir. Tendrías que haber visto la cara que se les quedó a sus padres cuando lo descubrieron. Casi les da algo. Pasó una semana entera en cama. Pero al final se recuperó totalmente; o sea, que siguió haciendo una trastada detrás de otra. En cualquier caso, solo tienes que esperar a que expulsen el veneno.

Clarke sonrió y, sin pararse a pensar lo que hacía, abrazó a Sasha.

—¿Y adónde me llevas? —le preguntó.

De repente, se alegraba de estar en el bosque. Tenía la sensación de que llevaba siglos sin ir a ninguna parte que no fuera el hospital del campamento.

—Sigue andando. Ya casi hemos llegado.

Se pusieron en marcha otra vez y, al cabo de unos diez minutos, Sasha se detuvo, miró por encima del hombro para asegurarse de que no rondara nadie por allí aparte de Clarke y retiró unas matas. Al otro lado había una especie de túnel que se internaba en la montaña.

—Por aquí —indicó Sasha—. Vamos. No hay ningún peligro.

Una vez más, Clarke notó un escalofrío en la nuca al pensar en lo mucho que se habían alejado del campamento. Por otro lado, la cara alegre e impaciente de Sasha ahuyentaba sus temores. Eran *ellos* los que habían capturado a esa pobre chica, la habían atado, la habían dejado sin comer y la habían separado de su familia. Si Sasha confiaba en Clarke, ella debía pagarle

con la misma moneda.

Vio que la terrícola se agachaba y desaparecía en el interior de la cueva. Clarke inspiró hondo y la siguió.

Notó una opresión en el pecho cuando la oscuridad la envolvió. Puso los brazos en cruz para calcular el tamaño de la caverna. Por suerte, sus ojos se adaptaron enseguida a la penumbra y descubrió que estaba en una cueva casi tan grande como el dormitorio que tenía en la colonia. Había aire de sobra y espacio suficiente para ponerse de pie.

Vio un montón de objetos esparcidos por el suelo. Clarke reconoció algunos, como asientos rotos de la nave de transporte y una tableta anticuada, de las que les daban a los niños en la colonia para jugar en casa, pero fue incapaz de identificar muchas otras cosas, trozos de metal parecidos a los que Clarke había encontrado en el bosque, pero no idénticos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Clarke mientras se arrodillaba para examinar una garrafa de agua agrietada.

—Lo encontré entre los restos de la primera nave —confesó Sasha en voz baja—. Los colonos lo dejaron casi todo, pero yo no pude abandonarlo en el bosque. Me había pasado toda la vida imaginando cómo sería la vida en la colonia, y cuando tuve todo esto a mi alcance, cosas que de verdad procedían del espacio... quise saber más —se agachó y alcanzó la tableta con una sonrisa triste—. Supongo que no usáis esto para dar instrucciones a los robots.

Clarke estuvo a punto de bromear diciendo que si tuviera un robot le pediría que le preparara un banquete cuando un destello de plata pulida captó su atención.

Sasha siguió su mirada.

—Ese es mi objeto favorito —dijo, y lo recogió—. Creo que es...

—Un reloj —concluyó Clarke en tono apagado.

Sasha la miró extrañada y se lo tendió.

—¿Te pasa algo?

Clarke no respondió; no pudo hacerlo. Pasó un dedo por la esfera y, luego, temblando, por la pulsera.

—¿Clarke? —la llamó Sasha, pero la voz sonaba muy lejana—. ¿Qué pasa?

Ella le dio la vuelta al reloj, despacio, aunque sabía perfectamente lo que iba a encontrar. Allí estaban. Tres letras grabadas en el metal.

D.B.G.

Era el reloj de su padre, el que su familia había heredado de generación en generación desde que un antepasado de Clarke, David Bailey Griffin, lo llevara a Fénix justo antes del Éxodo.

Clarke parpadeó varias veces. Aquello no podía ser real. Debía de estar sufriendo alucinaciones. Era imposible que aquel reloj hubiera ido a parar a la Tierra. Su padre lo llevaba puesto la última vez que lo vio, instantes antes de morir. Antes de que le administraran una inyección letal y lo flotaran al espacio.

Pasó el dedo por la correa otra vez y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Como si acabara de estrecharle la mano a un fantasma.

Al final, le dieron permiso para despedirse de su padre. Como Clarke estaba acusada pero aún no sentenciada, el canciller ordenó a los guardias que la sacaran de la celda y la escoltaran hasta el centro médico.

Por desgracia, al canciller le costó un poco tomar la decisión y Clarke no pudo ver a su madre. Supo que la mujer había muerto antes de que se lo dijeran los guardias; lo leyó en sus caras. No acababa de tener claro si la imposibilidad de despedirse de su madre había sido una suerte o una desgracia; la madre de Clarke habría llorado a mares, la habría abrazado con fuerza, y eso solo habría servido para empeorar las cosas. Clarke estaba segura de que su padre no se derrumbaría delante de ella.

Los guardias la condujeron a una zona del centro médico que Clarke no conocía. Los estudiantes de Medicina no participaban en las ejecuciones.

Su padre estaba sentado en una silla de lo que, a primera vista, parecía una consulta normal y corriente, si no fuera porque carecía de armarios para medicamentos, de vendas, de escáner... de todo lo necesario para salvar vidas. Solo contenía instrumentos para ponerles fin.

—Clarke —la saludó su padre, sonriendo con los labios pero no con los ojos—. Todo irá bien.

Aunque le temblaba la voz, no dejó de sonreír ni un momento.

Ella se zafó de los guardias y corrió hacia él. Se había prometido a sí misma que no lloraría, pero fue incapaz de mantener la promesa. En cuanto notó el abrazo de su padre, una cascada de sollozos se apoderó de su cuerpo. Las lágrimas le corrían por las mejillas y se estrellaban en el hombro de su padre.

—Necesito que seas valiente —le dijo él, ahora con la voz quebrada—. No te pasará nada, solo tienes que ser fuerte. No falta mucho para tu cumpleaños; revisarán tu juicio y te

perdonarán. Tienen que *hacerlo* —bajó la voz para susurrarle—: Sé que todo irá bien, pequeña.

—Papá —sollozó Clarke—. Perdóname. Perdóname, por favor. Yo no quería...

—Es la hora —anunció un guardia con brusquedad.

—¡No! —Clarke clavó las uñas en el hombro de su padre, incapaz de separarse de él—.

¡Papá, no, no les dejes, no!

Él la besó en la coronilla.

—Esto no es un adiós, cariño mío. Mamá y yo te esperaremos en el cielo.

¿En el *cielo*?, pensó Clarke, confundida. Sin saber por qué, le vino a la cabeza la letra de una vieja canción. *Heaven is a Place on Earth*. El cielo es un lugar de la Tierra. ¿Cómo era posible que estuviera pensando semejante tontería en un momento como aquel?

Él le tomó las manos y las estrechó entre las suyas. Seguía llevando el reloj; aún no se lo habían confiscado. ¿Debía pedírselo? Era su última oportunidad de quedarse con un recuerdo suyo. Sin embargo, la idea de ver a su padre quitándose el reloj con manos temblorosas, de contemplar su muñeca desnuda, sujeta a la mesa con correas, la superaba.

Un guardia la agarró del brazo.

—Vamos.

Clarke chilló como si la mano del guardia estuviera al rojo vivo.

—No —gritó, forcejeando para escapar—. ¡Suéltame!

A su padre se le saltaron las lágrimas.

—Te quiero, Clarke.

Clarke hincó los talones en el suelo, pero no le sirvió de nada. Se la llevaron a rastras.

—Te quiero, papá —dijo entre sollozos—. Te quiero.

Clarke sostuvo el reloj con tanta fuerza que se le durmió la mano. Tenía la vista clavada en el minuterio, que por supuesto no se movió; el reloj llevaba años parado. Cuando Clarke, en su día, le había preguntado a su padre por qué lo llevaba si ya no funcionaba, él respondió: «Su misión ya no es dar la hora, sino recordarnos el pasado, todo aquello que es importante para nosotros. Puede que ya no funcione, pero lleva consigo los recuerdos de cada vida que presencié. Late con el eco de un millón de corazones».

Ahora llevaba consigo los recuerdos de su padre.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Sasha al tiempo que apoyaba una mano en el hombro de Clarke.

Ella dio un respingo y se volvió a mirarla.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó.

Estaba tan absorta en sus recuerdos que el sonido de su propia voz en el vacío de la cueva la sobresaltó.

—De los bosques —dijo Sasha—. Igual que todo lo demás. Un colono debió de perderlo en el accidente. Se lo habría devuelto pero, cuando lo encontré, ya se habían ido.

¿Sería posible? ¿Acaso, en lugar de ejecutar a su padre, lo habrían *enviado a la Tierra*? ¿Y a su madre también? Clarke sabía que era una locura, pero ¿cómo si no había ido a parar aquel reloj a la Tierra? Legalmente, deberían habérselo entregado a Clarke tras la muerte de su padre, pero como ella misma estaba confinada, tendrían que haberlo archivado junto con otros objetos históricos para que pasase a formar parte de la colección de la nave. Y, sin embargo, no estaba allí arriba, en la colonia, guardado a buen recaudo en una caja polvorienta. Estaba en la Tierra.

Recordó las palabras de despedida de su padre, eso de que la esperarían en el cielo. Nunca había entendido por qué le dijo aquello; él no creía en esas cosas. ¿Se trataba acaso de un *mensaje*? A lo mejor quería que recordase la letra de la canción y que atase cabos, puesto que no podía hablarle claro delante de los guardias.

Clarke tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no contarle la historia a Sasha. Se moría de ganas de revelarle su teoría, de que alguien le confirmase que no se había vuelto loca. Si sus deducciones eran ciertas, Sasha había conocido a sus padres.

No obstante, mientras la terrícola la miraba con una mezcla de tristeza y confusión, Clarke se limitó a balbucear:

—Este reloj... se parece mucho al de mi padre.

La esperanza que crecía en su interior empezaba a llenar las grietas de su corazón roto, y no quería que nada se la arrebatase. Aún no. No hasta que supiera de buena tinta qué había sido de los colonos.

Cuanto más lo pensaba, más plausible le parecía la teoría. Era posible que sus padres hubieran formado parte de la primera expedición. Los habían condenado a muerte, pero cabía la posibilidad de que el padre de Wells se hubiera compadecido de ellos. No podía perdonarles la vida públicamente, pero ¿y si los hubiera incluido en secreto en la primera misión a la Tierra? Al fin y al cabo, ¿quién más apto que dos personas que llevaban toda la vida estudiando el planeta?

—Sasha —dijo Clarke, haciendo grandes esfuerzos para que no le

temblara la voz—. Tengo que ver a tu padre. Necesito hacerle algunas preguntas sobre la primera expedición.

Sasha la miró a los ojos con expresión indescifrable. Por fin, accedió.

—Pero no te puedo llevar a nuestra casa. Tendrás que esperar en el bosque mientras voy a buscarlo. Jamás me perdonarían que te llevara allí.

—Me parece bien —repuso Clarke—. Lo entiendo.

—¿Quieres ponerte en marcha ahora mismo?

Clarke asintió con un movimiento de la cabeza. Le dolía tanto el pecho de pura ansiedad que no estaba segura de poder respirar mucho más tiempo y, desde luego, no podía hablar.

—Muy bien. Vamos.

Clarke salió de la cueva detrás de Sasha. En cuanto sus ojos se adaptaron a la luz del sol, se pusieron en marcha. Sasha procedió a explicarle la ruta que iban a tomar, pero Clarke no le prestaba atención. No paraba de acariciar el frío metal del reloj mientras su cabeza daba vueltas y más vueltas a lo que acababa de pasar. Estaba tan distraída que, cuando Sasha se detuvo en seco, se estampó contra ella.

—¿Qué pasa? ¿Ya hemos llegado?

Sasha dio media vuelta. Llevándose un dedo a los labios, le pidió a Clarke que guardara silencio. Demasiado tarde. Un segundo después, cinco figuras aparecieron corriendo entre los árboles como una exhalación. Wells, Graham y tres de los secuaces de este último. Habían salido a buscar leña para fabricar más lanzas, y sus palos largos y afilados ofrecían un aspecto mucho más amenazador en el bosque que en el claro.

—¿Qué diablos...? —gritó Graham mientras uno de sus compinches agarraba a Sasha del brazo. Fulminó a Clarke con la mirada—. ¿La estabas ayudando a *escapar*?

—Graham —vociferó Wells, corriendo hacia ellos—. Vale ya.

Graham se abalanzó sobre Clarke y le retorció el brazo para inmovilizarla. Dos de sus amigos se desplegaron tras ellos para rodearla. El corazón de Clarke estaba a punto de estallar.

—Esta vez sí que la has cagado, doctora. Te vienes con nosotros —gruñó Graham.

Clarke observó a los chicos mientras sopesaba sus posibilidades. No

podía luchar con ellos y le estaban cerrando el paso.

—Oídmeme —empezó a decir mientras intentaba discurrir alguna excusa que explicara la presencia de Sasha en mitad del bosque; pero antes de que terminara la frase, Graham se dobló sobre sí mismo y le soltó el brazo.

Durante un instante, Clarke no supo qué había pasado. Luego vio que Sasha forcejeaba con el chico que la sujetaba y comprendió que la terrícola había pateado a Graham para que Clarke pudiera escapar. Las miradas de ambas se encontraron y Sasha vocalizó en silencio:

—Ve.

Clarke se lo agradeció con un mínimo gesto y echó a correr, dejando atrás a los demás.

Capítulo 19

Bellamy

Una vez más, se disponía a partir. Era su tercer intento, pero las dos veces anteriores algo se lo había impedido. Primero, Octavia había desaparecido durante el incendio. Luego, a Clarke la había mordido una serpiente.

Aquella vez, sin embargo, no tenía intención de volver. No pensaba seguir soportando al retorcido de Wells ni a la traidora de Clarke. Mientras se metía en el bolsillo unos cuantos envases de proteínas, una nueva oleada de rabia lo invadió al pensar en lo mucho que había sacrificado por llevar a Clarke sana y salva al campamento. Había perdido el rastro de Octavia, había malgastado *días* enteros esperando a que la terrícola se decidiera a hablar. Debería haber dejado a Clarke tirada en el bosque, con los miembros hinchados y las vías respiratorias obturadas, para que nunca volviera a ir por ahí soltando patrañas. Había torturado a Lilly y, para colmo, había sido tan perversa como para hacerse la inocente diciendo que Lilly se lo había *pedido*.

No necesitaba gran cosa. Tenía una manta. Su arco. Unas cuantas pastillas para purificar el agua. Octavia y él se las apañarían para encontrar lo demás. Antes de que Wells derribara a Bellamy, la terrícola había susurrado: «Cuatro kilómetros al noroeste. A medio camino de la cima».

Bellamy no sabía qué encontraría allí; tal vez Sasha le hubiera insinuado que los otros terrícolas vivían en las montañas o que habían avistado a los rebeldes por aquella zona. Puede que fuera una trampa. En aquel momento, sin embargo, no tenía nada más y no quería perder tiempo.

Bellamy se marchó sin despedirse de nadie. Que pensarán que había salido a cazar. Wells había desaparecido y no veía a Clarke por ninguna parte, gracias a Dios. Jamás volvería a mirarla a la cara. Se atragantaba solo

de pensar que había estado a punto de *acostarse* con la chica que había asesinado a Lilly.

Cuanto más se alejaba del campamento, menos le costaba respirar. El aire allí tenía una cualidad distinta al que soplaba en el claro. Quizá porque los árboles pertenecían a otra especie, o por la composición del suelo, pero había algo más: como si la fragancia de las hojas, la tierra y la lluvia llevara siglos macerándose sin que la contaminase la presencia humana. Todo parecía más limpio, más puro en ese lugar donde nadie había hablado nunca, donde nadie había llorado.

El sol empezó a bajar y Bellamy comprendió que no llegaría a las montañas antes del anochecer por más prisa que se diese. Sería mejor buscar un lugar donde acampar y reanudar el camino por la mañana. Habría sido insensato —y peligroso— explorar por la noche un terreno desconocido, sobre todo cuando se internase en el territorio de los terrícolas.

A lo lejos, oyó el murmullo suave de un arroyo. Bellamy siguió el sonido y llegó a orillas de una pequeña corriente. Era tan estrecha que las copas de los árboles se entrecruzaban en algunas zonas creando una bóveda de hojas verdes y amarillas.

Bellamy sacó su cantimplora, se arrodilló y la hundió en el arroyo. Se estremeció ligeramente cuando el agua le mojó la piel. Si ya empezaba a acusar el frío, ¿qué pasaría cuando llegara el invierno? No habían visto ropa de abrigo entre el equipo. O bien se había quemado durante el accidente o bien, lo que era más probable, el Consejo no esperaba que sobrevivieran tanto tiempo como para necesitarla.

Bellamy se sentó en la orilla, preguntándose si valía la pena emplear una pastilla purificadora, cuando un movimiento rápido lo sobresaltó. Se volvió a mirar y vio un animal pequeño y rojizo, de pelo largo. Junto al arroyo, acercaba el morro al agua para beber. Al notar la presencia de Bellamy, se volvió a mirarlo.

Mechones de pelaje blanco le rodeaban los grandes ojos oscuros, y agitaba las enormes orejas casi imperceptiblemente, como si estuviera atento al menor movimiento del chico. Tenía gotas de agua prendidas a los bigotes y, a pesar de su expresión intensa, recordaba más a un niño con la cara manchada de pasta de proteínas que a un depredador. Bellamy sonrió. Había

visto distintas especies de animales en los bosques, pero ninguna parecía tan amigable. Sin pensárselo dos veces, tendió la mano.

—Ven aquí —lo tentó.

El animalillo agitó el hocico negro que remataba su morro rojizo y las gotas de agua se desprendieron de sus bigotes. Bellamy esperaba que se diera media vuelta para salir corriendo pero, sorprendido, descubrió que el animal se acercaba con precaución, moviendo de lado a lado aquella cola peluda.

—Ven —volvió a decir Bellamy—. Tranquilo, no te haré daño.

Estaba casi seguro de que era un zorro. No recordaba haber leído nada de que los zorros fueran amigables, pero también era verdad que Bellamy debía de ser la primera persona que aquel zorro viera en su vida.

El animal volvió a olfatear el aire, trotó hacia delante y le acercó la cabeza a la mano con timidez. Bellamy sonrió cuando el hocico húmedo y los bigotes mojados le rozaron la piel.

—¿Bellamy?

Se giró en redondo al oír su nombre, tan deprisa que el zorro se asustó y echó a correr. Clarke estaba de pie a pocos metros de allí con una mochila a la espalda y una expresión de sorpresa en la cara.

—Oh —se lamentó, siguiendo al zorro con la mirada—. No quería asustarlo.

—¿Me estás *siguiendo*? —le espetó Bellamy, poniéndose de pie. No se podía creer que Clarke estuviera allí. Y él que creía que ya se podía olvidar del campamento... Que se había largado para siempre...—. Da igual. Ni siquiera quiero saberlo.

—No te estaba siguiendo —protestó ella en voz baja, y dio un paso adelante—. Voy en busca de los terrícolas.

Bellamy la miró de hito en hito, momentáneamente petrificado.

—¿Por qué? —preguntó por fin.

Ella guardó silencio. Hubo un momento en que Bellamy creyó haber podido leerle el pensamiento, ver más allá de la máscara que Clarke se ponía para protegerse. En aquel momento, sin embargo, comprendía que todo habían sido imaginaciones suyas. Se había dejado llevar por la necesidad de tener a alguien en la Tierra en quien confiar, a alguien, después de Lilly, a quien amar, pero en realidad no sabía nada en absoluto de ella. No la conocía

lo más mínimo.

—Yo... creo que mis padres formaban parte del primer grupo de colonos. Quiero averiguar qué les pasó.

Bellamy la miró sorprendido. No se esperaba esa respuesta, para nada. A pesar de todo, reprimió la curiosidad. Ni muerto dejaría que Clarke volviera a arrastrarlo a sus desvaríos.

—Sasha me ha explicado cómo llegar a su poblado. Dice que está a menos de un día andando desde aquí.

—Ya, pues será mejor que te pongas en marcha —le espetó Bellamy.

Se incorporó y empezó a recoger leña. Sin dirigirle la palabra a Clarke, dispuso las ramas en un montón, sacó cerillas de la mochila y encendió una pequeña hoguera. Que se largara ella.

Cuando alzó la vista por fin, descubrió que Clarke seguía plantada en el mismo sitio. Con el reflejo del fuego en los ojos, parecía más joven, casi inocente. Una chispa de afecto brotó por debajo de la ira; no hacia la chica que tenía delante sino hacia la que había fingido ser. ¿Estaría aquella Clarke allí dentro, en alguna parte? ¿La Clarke que lo miraba con expresión solemne y, de repente, sin venir a cuento, se echaba a reír? ¿La que allí en la Tierra veía milagros por todas partes y que lo besaba como si él fuera el mayor milagro de todos?

—Das miedo ahí tan quieta. O vienes o te largas —rezongó.

Clarke se acercó al fuego, soltó la mochila y, despacio, se sentó en el suelo. Cuando un viento frío azotó los árboles, se recogió las rodillas contra el pecho y se estremeció. Hacía solo unos días, Bellamy la habría rodeado con los brazos. Ahora, en cambio, los dejó colgando como dos pesos muertos a los costados. No estaba seguro de si le apetecía que Clarke se quedase, pero tampoco le pidió que se marchara.

Pasaron una hora mirando las inquietas llamas en silencio, escuchando el chisporroteo de las ramas al arder y el viento que susurraba en lo alto.

Capítulo 20

Glass

Fue mucho peor que cualquier pesadilla. Ni en sus momentos más oscuros había imaginado Glass que acabaría abriéndose paso a empujones entre sus vecinos —las personas con las que se había criado— para conseguir un sitio en la nave antes que ellos. Pasó junto a una de sus antiguas tutoras, que arrastraba una gran maleta por el pasillo atestado.

—¡Déjela! —le gritó Glass mientras la adelantaba a toda prisa, pero sus palabras se perdieron en el caos de gritos, pasos y sollozos.

Algo más adelante, el padre de Cora se había quedado plantado en mitad del pasillo, mirando desesperado a un lado y a otro para localizar a su mujer y su hija entre la marea de gente. Gritaba sus nombres y parpadeaba rápidamente como si intentara enviarles mensajes a través de la córnea. En vano. Habían apagado la red y los correos de la gente no llegaban a ninguna parte.

Pasadas las escaleras, en el pasillo que conducía a la plataforma de despegue, la afluencia era tal que apenas podían moverse. Luke, haciendo cuanto podía por abrirse paso entre la gente que avanzaba más cerca de la pared, arrastraba a Glass y a Sonja tras de sí. Glass contrajo el rostro cuando chocó contra un hombre que sostenía algo en los brazos. Como lo sujetaba con tanto cuidado, la chica supuso que se trataba de un niño, pero al pasar corriendo junto a él comprendió que era un violín. Se preguntó si de verdad sería músico o solo un amante de la música que había sacado la reliquia de la cámara de conservación; la única cosa que, por lo visto, no podía dejar atrás.

Entre la multitud, Glass vio muchas caras que no procedían de Fénix aunque, a aquellas alturas, la procedencia de cada cual no tenía ninguna

importancia. Ya nadie era de Fénix, de Walden o de Arcadia. Solo eran personas desesperadas, aterrorizadas, que harían cuanto pudiesen por largarse de la nave maldita.

Hasta hacía poco, la idea de que la colonia pudiera irse a pique preocupaba tan poco a Glass como la perspectiva de que el sol se extinguiese; acabaría por suceder, pero en un futuro muy lejano. Recordó que, cuando tenía siete años, su grupo de estudios y ella habían estudiado en las tutorías los mecanismos internos de la nave. Un miembro del cuerpo de ingenieros los había llevado a la sala de motores y les había mostrado con orgullo el complejo sistema de ventilación y las distintas esclusas de aire. Las máquinas y los generadores parecían tan sólidos, brillantes e indestructibles como si fueran a durar para siempre. ¿Qué había pasado desde entonces?

Al otro lado del pasillo sonó un grito que provocó una corriente de aplausos por el corredor.

—Alguien debe de haber abierto la puerta que conduce a la plataforma de despegue —observó Luke en voz baja.

—¿Crees que ha sido el vicedecano? —preguntó Glass a viva voz.

Ya no estaba claro quién se encontraba al mando o de quién recibían órdenes los guardias que quedaban. Los pocos que aún iban de uniforme habían abandonado sus puestos para unirse al mar de cuerpos que se abría paso hacia las cápsulas espaciales. El terror se palpaba en el ambiente.

La multitud los empujó hacia delante y Sonja gritó. Se había torcido el tobillo.

—Oh, no —se lamentó cuando intentó dar un paso. El pánico y el dolor inundaban sus ojos.

—Luke —Glass le tiró de la manga para captar su atención—. Mi madre se ha hecho daño.

—No pasa nada —masculló Sonja—. Seguid andando. Ya os alcanzaré.

—No —replicó Glass, presa de una escalofriante sensación de *déjà vu*.

Cuando tenía nueve o diez años, en Fénix se había llevado a cabo un simulacro de evacuación. Todo estaba preparado de antemano. Cuando sonó la alarma, los niños tuvieron que salir en fila de las clases y caminar de dos en dos hacia la plataforma de despegue. Casi todos los alumnos estaban eufóricos ante la perspectiva de perderse una clase, pero a Glass le pareció

una experiencia aterradora. ¿De verdad sería capaz el Consejo de enviar niños a la Tierra sin sus padres? ¿Cómo se sentiría si tuviera que marcharse sin despedirse siquiera? Se le saltaban las lágrimas solo de pensarlo, aunque nadie excepto Wells se dio cuenta, por suerte. Su amigo la agarró de la mano, sin hacer caso de las burlas y las risitas, y no la soltó hasta que el ejercicio hubo terminado.

Luke las arrastró a un lado del pasillo y se agachó para mirar a la madre de Glass a los ojos.

—Todo irá bien —la tranquilizó—. Enséñeme dónde le duele.

Ella señaló una zona del tobillo. Luke frunció el ceño y se volvió a mirar a Glass.

—Tendré que llevarla a cuestras —dijo.

—Ay, Dios mío —murmuró ella, con el corazón en un puño. Ya estaban muy atrás en la cola; no podían retrasarse más.

—¿Luke? —gritó una voz allí cerca.

Glass se dio media vuelta y vio a Camille, que los observaba. Tenía las mejillas enrojecidas, como si hubiera llegado corriendo, y llevaba una coleta medio deshecha, el pelo mojado de sudor.

—¡Estás aquí! ¡Lo has conseguido! —Sin hacer caso de Glass, Camille abrazó a Luke y lo agarró del brazo—. Las naves se están llenando. ¡Tenemos que darnos prisa! ¡Ven conmigo!

Las facciones tensas de Luke se relajaron un poco cuando, aliviado, sonrió a su exnovia y amiga de infancia. Conocía a Camille desde hacía tanto tiempo como Glass a Wells.

—Camille —dijo—. Gracias a Dios que estás sana y salva. Cuando Glass me contó lo que habías hecho yo... —no terminó la frase—. Da igual. Ahora no hay tiempo. Ve yendo —le ordenó, señalando al frente con la barbilla—. Nos reuniremos contigo enseguida.

Camille pasó la vista de Luke a Sonja y luego a Glass. Su cara se ensombreció.

—Tienes que darte prisa —apremió directamente a Luke—. No lo conseguirás si cargas con ellas.

—No las voy a dejar —respondió Luke en un tono que no admitía réplica. Camille se volvió a mirar a Glass, pero antes de que pudiera decir nada,

un mastodonte que se abría paso por el pasillo le propinó un empujón. Luke agarró a Camille por el brazo para impedir que cayera y ella posó la mano sobre la del chico para recuperar el equilibrio.

—¿Lo dices en serio? Luke, esa chica no se merece que te sacrifiques por ella.

Aunque reinaba el caos, Glass distinguió perfectamente el veneno que destilaba la voz de Camille.

Luke sacudió la cabeza como para impedir que esas palabras le rozasen siquiera y, aunque miraba a Camille con expresión de impaciencia, una corriente de miedo invadió a Glass. Camille estaba decidida a que Luke se marchara con ella... y era capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

—No la conoces. No sabes lo que hizo —insistió Camille.

Glass le lanzó una mirada de advertencia. No se atrevería a contarle su secreto, ¿verdad? No allí y entonces, no después de que Glass la hubiera ayudado a llegar a Fénix. Habían hecho un trato. La expresión de Camille, sin embargo, era indescifrable; su mirada, oscura e implacable.

—No sé a qué te refieres, pero la quiero. Y no iré a ninguna parte sin ella —Luke tomó la mano de Glass y la asió con firmeza antes de echar a andar —. Mira, siento mucho que estés disgustada, pero nunca quise hacerte daño. Ahora, perdona, pero este no es el momento ni el lugar para...

Camille le cortó el paso, lanzando una risa amarga.

—¿Crees que te digo esto porque me *dejaste* por ella? —Se hizo un brevísimo silencio, y a Glass se le paró el corazón—. ¿Por qué no le preguntas qué le pasó a Carter en realidad? ¿De qué lo acusaron tan de repente?

Luke la miró fijamente.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Lo arrestaron por haber violado las leyes de natalidad. *Por lo visto*, una chica de Fénix lo señaló como padre de su hijo no registrado.

Una mujer con un bebé en brazos se quedó mirando un momento a Camille, pero enseguida apartó la vista y siguió andando.

—No —susurró Luke.

Apretó la mano de Glass con más fuerza. Junto al grupo, la gente gritaba

y corría camino de las naves, pero Glass no podía mover ni un dedo.

—Ni siquiera comprobaron el ADN, por lo que me han dicho. No dudaron de la palabra de esa putita. Supongo que intentaba mantener a salvo al verdadero padre, pero, en serio, ¿qué clase de persona hace algo así?

Luke se volvió a mirar a Glass con los ojos abiertos de par en par, anegados de dolor y espanto.

—Dime que no es verdad —más que una pregunta, fue una súplica—. Glass. No puede ser.

Glass no respondió. No hacía falta. Luke podía leer la verdad en su cara.

—Oh, Dios mío —susurró el chico, apartándose de ella. Cerró los ojos y contrajo el rostro—. Tú no... ¿Les dijiste que el padre era *Carter*?

Cuando Luke volvió a abrir los ojos, su mirada desprendía unas llamas capaces de abrasar a Glass.

—Luke... Yo... —intentó excusarse ella, pero las palabras murieron en sus labios.

—Hiciste que mataran a mi mejor amigo —Luke hablaba con un tono apagado, como si la llamarada de emoción se hubiera extinguido—. ¡Murió por tu culpa!

—¿Qué querías que hiciera? ¡Lo hice para *salvarte*!

Glass aún no había acabado de pronunciar las palabras cuando comprendió que acababa de meter la pata hasta el fondo.

—Antes muerto —sentenció él en voz baja—. Antes muerto que ver cómo ejecutan a un inocente por mi culpa.

—Luke —sollozó Glass, tendiendo la mano hacia él.

Él ya se dirigía hacia la plataforma y los dedos de Glass se cerraron en el vacío.

Capítulo 21

Wells

—Lo siento mucho.

Wells liberó a Sasha con un suspiro.

No se había llevado una gran sorpresa cuando se topó con Sasha y Clarke en los bosques. Seguro que las chicas se dirigían al poblado de los nativos. Ni siquiera podía enfadarse con Clarke; al fin y al cabo, solo estaba haciendo lo que él mismo debería haber hecho. Recurriendo a toda su fuerza de voluntad, Wells se volvió a mirar a Graham con expresión condescendiente y le ordenó que volviera al campamento.

—Yo me ocupo de esto. ¿Por qué no te das un chapuzón? Eso debe de doler horrores —añadió con una mirada elocuente a la entepierna de Graham. Sasha le había pateado las partes con fuerza.

Uno de los chicos soltó una risita. Los demás se miraron inseguros, pero echaron a andar hacia el arroyo. Sin decir nada más, Wells escoltó a Sasha de vuelta al campamento. Esperó a que los demás estuvieran lejos para disculparse.

—Lamento todo esto, de verdad —prosiguió. No era suficiente, pero necesitaba decírselo de todas formas—. Tendríamos que haberte liberado hace tiempo.

Tomar prisionera a Sasha tuvo sentido cuando lo hicieron, pero en aquel momento Wells no podía mirar las marcas de sus muñecas sin sentir asco y arrepentimiento. Si una nave aterrizase allí mismo y su padre saliese de ella, ¿qué pensaría? ¿Qué le diría a Wells cuando descubriese que, en resumidas cuentas, había secuestrado a la primera terrícola que pasaba por allí? ¿Consideraría a su hijo un héroe o un imbécil? ¿Un cobarde o un criminal?

—No te preocupes —lo tranquilizó Sasha, y luego ladeó la cabeza, como si intentara ver a Wells desde otro ángulo—. Aunque, durante un momento, me ha parecido que de verdad estabas furioso —ahuecó la voz para imitar el tono de Wells—: «Yo me ocupo de esto».

—¿Y por qué iba a estar furioso? —preguntó él.

Sasha lo escudriñó con la mirada. El cielo del ocaso se había teñido de un naranja intenso y la luz que se filtraba entre las hojas arrancaba destellos a sus ojos verdes.

—Porque en teoría soy tu prisionera.

Wells desvió la vista, avergonzado.

—Perdona por haber participado en eso. Todos estábamos asustados después de lo de Asher y Octavia, y no sabía qué otra cosa hacer.

—Lo entiendo —asintió ella con voz queda.

Se habían detenido y, aunque empezaba a oscurecer, Wells no tenía prisa por llegar al campamento.

—¿Te apetece descansar un rato? —le preguntó, señalando un tronco cubierto de musgo que yacía allí adelante.

—Claro.

Se sentaron y, durante unos instantes, ninguno dijo nada. Wells, con la mirada perdida al frente, observaba cómo los árboles se iban tornando borrosos hasta fundirse con las sombras. Luego echó un vistazo a Sasha y descubrió que ella lo contemplaba con una expresión que llevaba mucho tiempo sin ver. Desde los días en que Clarke y él se sentaban en el observatorio para contarse las pequeñas cosas que, a lo largo del día, se habían ido guardando, conscientes de que el otro era la única persona de todo el universo con la que querían compartirlas.

—Tú no tienes la culpa —señaló Sasha, rompiendo el silencio—. Solo has hecho lo que te parecía mejor para mantener a tu gente a salvo. Tomar esa clase de decisiones no es fácil. Yo lo sé muy bien. Y también sé distinguir cuándo actúas como un líder y cuándo te comportas como un chico normal y corriente.

—Qué raro que digas eso —observó él, sorprendido.

—¿Que diga qué?

—Que soy distinto como líder y como persona.

—No he dicho «persona»; he dicho «chico» —lo corrigió ella. Wells distinguió la sonrisa en su voz.

En lo alto, las flores de uno de aquellos extraños árboles nocturnos desprendían un brillo rosado, como si los pétalos llevaran prendidos trozos de ocaso.

—Bueno, me he ascendido de categoría.

—Es verdad, las personas están por encima de los chicos, no cabe duda —Wells se volvió a mirarla y la vio asentir con falsa solemnidad—. Aunque no estoy segura de que los unos y los otros pertenezcan a la misma especie.

Él alargó la mano y le estiró un mechón de la sedosa cabellera negra que le caía por los hombros.

—Ni siquiera sé si tú y yo pertenecemos a la *misma* especie.

Sasha sonrió y lo empujó con el hombro en plan de broma. Luego se deslizó por el tronco para acercarse más a él.

—¿Pero por qué dices que es raro?

Wells casi había olvidado el inicio de la conversación, absorto como estaba en su imagen, en sus ojos brillantes a la luz del anochecer.

—Ah, porque yo siempre pensaba eso mismo de mi padre. Por una parte estaba el canciller y por otra mi padre. A veces tenía la sensación de que eran dos personas completamente distintas.

—Ya sé lo que quieres decir —repuso Sasha con voz queda—. Tu padre se sentirá muy orgulloso de ti cuando llegue a la Tierra.

Si llega, pensó Wells. Guardó silencio cuando un dolor que le era muy familiar se alojó en su pecho.

—¡Mira! —Sasha señaló al cielo, donde una intrépida estrella, la primera de la noche, asomaba entre la creciente oscuridad—. Pide un deseo.

—¿Un deseo? —repitió Wells, por si no había oído bien.

Sasha volvió a señalar el firmamento.

—Cuando aparece la primera estrella, hay que pedir un deseo.

Wells se volvió a mirarla para comprobar si le estaba tomando el pelo, pero la expresión de Sasha era sincera. Debía de ser una costumbre terrestre, comprendió. Si las estrellas concedieran deseos a las personas que vivían en el espacio, la vida de Wells habría sido muy distinta. Su madre seguiría viva. Su padre no habría recibido un disparo.

No tenía nada que perder, así que cerró los ojos. Al principio, deseó que su padre bajara a la Tierra, pero enseguida comprendió lo que el canciller pensaría de aquello. *Non nobis solum nati sumus*. Entonces pensó: *Deseo que Bellamy encuentre a Octavia y que todos vivamos en paz con los terrícolas*.

Se volvió hacia Sasha, que lo observaba con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿No quieres saber lo que he pedido? —le preguntó Wells en tono de guasa, pero ella sacudió la cabeza con fuerza.

—No, no —protestó—. Los deseos no se dicen en voz alta. Hay que guardarlos en secreto.

Wells sabía mucho de secretos; al fin y al cabo, había tenido el mejor maestro.

Wells no había olvidado la mentira de su padre. Se había pasado toda la semana siguiente a su cumpleaños prestando mucha atención a todo lo que el canciller hacía o decía con la esperanza de descubrir alguna pista de por qué había mentido alegando que se había perdido la cena por culpa de una reunión del Consejo. No pudo averiguar nada. El padre de Wells se marchaba cada mañana exactamente a la misma hora, antes de que las luces circadianas del pasillo empezaran a despuntar, y volvía justo a tiempo para plantarle un beso a su madre en la mejilla antes de que ella se fuera a dormir —últimamente estaba agotada— y preguntarle a Wells si había hecho los deberes. Su madre bromeaba diciendo que «¿Cómo te ha ido el examen de cálculo?» era la forma que tenía el canciller de expresar «Te quiero y me siento muy orgulloso de ti». Wells sabía que su padre trabajaba hasta muy tarde porque a menudo se escapaba corriendo a su despacho para espiar por detrás de la puerta. En cada ocasión, su corazón desbocado se apaciguaba en cuanto oía a los miembros del Consejo conversar en tono fatigado o el suave repiqueteo de la taza de su padre contra el escritorio, señal de que había tomado otro sorbo de té.

Entonces, ¿por qué tenía la sensación de que el canciller ocultaba algo, algo importante?

Hacia el día de la Fiesta de la Unidad, Wells apenas podía mirar a su padre sin notar una punzada de inquietud. Wells odiaba esa fiesta porque lo obligaban a pasarse toda la mañana plantado entre sus padres, haciendo lo posible por disimular el aburrimiento mientras los niños de Walden y Arcadia desfilaban ante ellos.

Desde que le alcanzaba el recuerdo, el Día de la Unidad Wells siempre se había entretenido mirando de reojo las ramas del Árbol del Edén. Si lo hacía desde el ángulo adecuado, podía imaginarse a sí mismo convertido en un explorador en mitad de un bosque. A veces, luchaba con un tigre hambriento. Otras, construía un barco para navegar por las salvajes aguas de un río.

Aquel año, sin embargo, no podía apartar los ojos de su padre. El canciller, que solía

contemplar el acto con una sonrisa insulsa en la cara, estaba pendiente de uno de los huérfanos waldenitas. Esa actitud le parecía tan impropia de su padre que Wells no se pudo contener.

—Vale, ¿me vas a decir qué pasa? —le susurró al canciller.

—¿De qué estás hablando?

Su padre le lanzó una mirada dura y fugaz antes de devolver la atención a los niños del centro de cuidados, que recitaban un poema aprendido para la ocasión.

Wells notó que la rabia le hervía en el pecho.

—Sé que estás ocultando algo —susurró, enfadado.

Aquella vez, el canciller se volvió a mirarlo.

—No tengo ni la menor idea de lo que significa eso —respondió, pronunciando las palabras muy despacio—. Ahora cállate y pórtate bien antes de que nos pongas a tu madre y a mí en evidencia.

Lo dijo en un tono normal —brusco, cortante— pero Wells notó algo distinto en él, algo en sus ojos que nunca había visto.

Miedo.

—En cambio, *sí* me puedes decir si tu deseo se ha hecho realidad —susurró Sasha.

La tenía tan cerca que Wells notó su aliento en la mejilla.

—¿Qué? —preguntó, sobresaltado.

—Tu deseo. ¿Se ha hecho realidad?

—Ah —dudó Wells, ahora confundido—. ¿Tiene que ser algo instantáneo? Porque el mío requiere un tiempo.

—Ya veo.

La voz de Sasha contenía un deje de decepción que lo confundió aún más.

—¿Y tú qué has pedido?

Sasha se inclinó hacia él y lo besó.

Wells vaciló un momento mientras un millón de pensamientos se arremolinaban en su mente, pero entonces Sasha le rodeó la cintura con los brazos y toda su actividad mental se extinguió. La atrajo hacia sí y se dejó llevar por el beso. Por fin, ella se separó y le acercó los labios al oído.

—Mi deseo era *este* —susurró, y Wells notó el cosquilleo de su aliento.

Le retiró a Sasha un mechón de la cara.

—Me alegro de que se haya hecho realidad.

Tenía la sensación de que podría quedarse en los bosques con Sasha para siempre. Nada le habría gustado más que pasar la noche contemplando la

aparición de las estrellas, usando cada destello de plata como excusa para besarla.

Sin embargo, sabía que no se lo podía permitir. *No nacemos para nosotros mismos*. Wells no podía abandonar a los demás después de un día tan horrible. Tenía que volver y ayudar a enterrar a Priya, consolar a los que no pudieran conciliar el sueño. Tranquilizar a aquellos cuya pena y miedo pudieran mudar en deseo de venganza.

—Tienes que irte —manifestó Wells, muerto de pena.

—¿Irme?

—Sí —asintió, aquella vez con más firmeza—. Irte a casa, tal como Clarke y tú habíais planeado. No es seguro que estés aquí. Ya has visto cómo se ha puesto Bellamy, y sé muy bien cómo se las gasta Graham —le tomó la mano en la oscuridad—. ¿Podrás llegar sana y salva, aunque vayas sola?

—A casa —musitó ella en tono soñador. Sasha sonrió, una sonrisa lenta y triste—. No me pasará nada. Gracias.

Se inclinó hacia él y volvió a besarlo con infinita suavidad antes de desaparecer en la oscuridad.

De no haber sido por el cosquilleo que notaba en los labios, Wells habría jurado que Sasha nunca había estado allí.

Capítulo 22

Bellamy

Pese al chisporroteo de las llamas, el silencio resultaba insoportable.

Quería preguntarle por qué lo había hecho. Por qué había mentido sobre Lilly. Sin embargo, cada vez que intentaba expresar sus pensamientos con palabras, estas morían en sus labios.

Al final, Bellamy alcanzó el arco y unas cuantas flechas y partió en busca de alguna pieza para cenar. Cuando volvió por fin con un conejo al hombro, Clarke había extendido los sacos de dormir. Con una extraña mezcla de alivio y decepción, advirtió que los había colocado muy separados entre sí.

La noche ya había caído sobre los árboles, y la pequeña hoguera brillaba alegre. Sentada en el suelo, Clarke jugueteaba con el reloj que llevaba en la mano. Bellamy se preguntó de dónde lo habría sacado y si tendría algo que ver con lo que le había dicho antes, eso de que sus padres habían formado parte de la primera expedición a la Tierra. La luz de las llamas que bailaba en su cara iluminó durante un momento la lágrima que le caía por la mejilla. Cuando habló, sin embargo, la voz de Clarke era firme.

—Gracias —dijo, señalando el conejo con la barbilla, y se enjugó el ojo con el dorso de la mano.

Bellamy asintió, pero siguió callado mientras despellejaba el conejo e iba ensartando trozos de carne en un palo afilado.

—¿Quieres que lo haga yo? —preguntó Clarke, que lo miraba trabajar acuclillado junto al fuego.

Bellamy puso una mueca cuando una nube de ceniza voló hasta su cara.

—Está todo controlado.

—Y yo que creía que solo eras una cara bonita.

—¿Qué?

Bellamy se giró bruscamente hacia Clarke, sin hacer caso del chisporroteo de la carne, que empezaba a chamuscarse.

—Perdona —se apresuró a decir Clarke—. Solo era una broma. Todo el mundo sabe que, si estamos vivos, es gracias a ti.

—No, no es eso —Bellamy se giró para rescatar el conejo antes de que se achicharrara. *Y yo que pensaba que solo eras una cara bonita*—. Es que... me has recordado a alguien.

Lo dijo en voz tan baja que el crepitar del fuego debió de ahogar sus palabras, pero le dio igual. Solo quería recordar en paz.

—Venga —jadeó Bellamy. Arrastró a Lilly a la vuelta de una esquina y se detuvo para que ambos recuperaran el aliento—. ¿Estás bien?

Ella asintió, demasiado sofocado por la carrera como para responder.

—Tenemos... que... continuar —resolló Bellamy sin aliento.

Había sido un idiota por colarse en Fénix con Lilly, pero sería aún más idiota si no la sacaba de allí.

Sería un asesino.

Tendría que haberse parado a pensar. Haber sido más práctico. Por desgracia, la cara de ilusión que ponía Lilly cada vez que hablaba de los libros le había ablandado los sesos. Desde que había visto la biblioteca de Fénix, durante una tutoría de Primaria, se moría por volver.

Dieron un respingo cuando oyeron los pisotones de unos pies que se acercaban. ¿Cómo demonios se le había ocurrido meterla en Fénix?

—Suelta el libro y corre —ordenó Bellamy mientras la arrastraba por el pasillo—. Solo les importa eso. Seguro que si lo recuperan nos dejarán en paz.

Lilly abrazó el pesado volumen contra el pecho. Estaba encuadernado en tela verde, un color que creaba un vivo contraste con su pelo rojo caoba.

—Ni soñarlo —replicó ella—. Llevo años buscándolo. Tengo que saber qué pasa al final con el niño que la llama «pelo panocha».

—Si ese niño sabe lo que le conviene, se buscará una rubia. Las pelirrojas solo traen problemas —Bellamy sonrió y tendió las manos—. Dámelo. Pesa casi tanto como tú... pelo panocha.

Ella lo empujó en plan de broma.

—Ya era hora. No te he traído por tu cara bonita, ¿sabes?

Él se rio, pero antes de que pudiera responder sonó un grito al otro lado de la esquina.

—¡Han ido por allí!

Bellamy y Lilly echaron a correr.

—¡Allí están, un poco más adelante!

—Ay, Dios mío —jadeó Lilly—. Nos van a pillar.

—No, no lo harán —Bellamy le asió la mano con firmeza y aceleró la marcha, arrastrándola tras de sí.

Doblaron otro recodo y se metieron raudos en el hueco de una escalera. Bellamy dejó caer el libro y rodeó con los brazos a la temblorosa Lilly para pegarla lo más posible a la pared. Rezaba a quienquiera que lo estuviese oyendo para que los guardias no los buscaran en el escondrijo. Lilly cerró los ojos cuando los pasos sonaron más cerca y los gritos de los guardias más impacientes.

Poco después, los sonidos se perdieron a lo lejos. Los guardias habían pasado de largo.

Bellamy permaneció en silencio durante otro minuto para asegurarse y luego dejó escapar un gran suspiro.

—Salvados —murmuró, acariciando las rojizas ondas de Lilly—. Estamos salvados.

—No quiero que me confinen —dijo ella con voz ronca, sin dejar de temblar.

—No lo harán —Bellamy la abrazó con más fuerza—. No lo permitiré.

—Prefiero morir a estar prisionera.

—No digas eso —la regañó Bellamy con una sonrisa—. No dejaré que te pase nada, te lo prometo.

Lilly se volvió a mirarlo con los ojos inundados de lágrimas y asintió. Él agachó la cabeza para besarle la piel encendida de la frente y volvió a decirlo.

—Te lo prometo.

Se giró hacia Clarke. Estaba sentada con las rodillas recogidas ante sí, jugueteando con el reloj.

—Se lo prometiste, ¿verdad? —preguntó Bellamy.

Clarke levantó la vista de golpe, sobresaltada. De repente, se hizo la luz en sus ojos y asintió despacio.

—Te obligó a prometerle que... pondrías fin a su sufrimiento.

—Sí —Clarke respiró hondo y prosiguió—. Lilly ya no podía aguantar más. Sufría muchísimo, pero más que el dolor la destrozaba haber perdido el control de su propia vida. No quería vivir prisionera en el laboratorio.

La voz de Clarke vibraba con la misma tristeza que oprimía el corazón de Bellamy.

Clarke no había mentido, comprendió él. La Lilly que conocía era fuerte, sí... pero suplicar clemencia a Clarke también había sido, a su manera, un gesto de valor. La Lilly que él conocía habría preferido morir que convertirse en un conejillo de Indias enfermo e impotente.

Y Bellamy no se había parado a considerar lo horrible que debió de ser

para Clarke que una amiga le pidiera algo así. Jamás perdonaría al vicescanciller ni a ninguno de los responsables de los espeluznantes experimentos que le habían arrebatado la vida a Lilly, pero Clarke no tenía la culpa de nada. Quería a Lilly tanto como él. La quería hasta el punto de cumplir la promesa más dolorosa y terrible que se puede hacer.

Bellamy caminó hacia Clarke y se sentó a su lado.

—Siento todo lo que te he dicho —se disculpó, mirando al fuego.

Clarke negó con un gesto de la cabeza.

—No lo sientas —repuso—. Me lo merecía casi todo.

—No. No te lo merecías —suspiró cuando Clarke le tomó la mano, entrelazándole los dedos—. Y yo no merezco que me perdones.

—Bellamy —dijo ella, y el tono de su voz lo obligó a levantar la vista—. Todos hemos hecho cosas de las que no estamos orgullosos...

Frunciendo el ceño, Clarke dejó la frase en suspenso, y Bellamy se preguntó si lo habría dicho pensando en Wells.

—Ya lo sé, pero...

—Ahora necesito que te calles —le ordenó ella, y lo besó.

Bellamy cerró los ojos. Dejó que sus labios expresaran todo aquello que, por incapacidad o tozudez, se sentía incapaz de decir.

Le mordió con suavidad el labio inferior. *Lo siento.*

Deslizó la boca por su mentón. *Me he portado como un idiota.*

La besó en el hueco de la clavícula. *Te deseo.*

La respiración de Clarke se estaba tornando agitada, y cada vez que los labios de él cambiaban de lugar, se estremecía.

Bellamy le acercó los labios al oído. *Te quiero.*

No bastaba. Tenía que pronunciarlo en voz alta. Quería oírse a sí mismo diciéndolo. Bellamy se echó hacia atrás y tomó la cara de Clarke con las dos manos.

—Te quiero —le susurró mirándola a los ojos, que brillaban con el reflejo del fuego y algo más.

—Yo también te quiero.

Bellamy volvió a besarla, ahora con más ímpetu, y fue repitiendo su declaración cada vez que le posaba los labios en la piel. El fuego aún crepitaba a sus espaldas cuando, sosteniendo la cabeza de Clarke, la empujó

despacio al suelo.

Capítulo 23

Clarke

Con la cabeza apoyada en el pecho de Bellamy, Clarke se preguntaba cómo podía sentirse tan a gusto tendida en el suelo en plena noche. Normalmente habría estado temblando debajo de una mantita fina, pero el calor que se había adueñado de su cuerpo cuando Bellamy la había abrazado no se había disipado.

El chico tenía los ojos cerrados, pero de vez en cuando la abrazaba con más fuerza, le besaba la mejilla o le pasaba los dedos por el pelo. El fuego se había apagado y la única luz procedía de las escasas estrellas que asomaban entre la bóveda de hojas.

Clarke cambió de postura y apoyó la espalda contra el pecho de Bellamy. Él reaccionó estrechándola y atrayéndola hacia sí, pero más por reflejo que movido por un gesto consciente. Por su respiración rítmica y regular, Clarke comprendió que dormía.

Una lucecilla titiló entre la oscuridad. ¿Acaso el fuego no se había apagado del todo? Sin embargo, aquella luz parecía brillar a cientos de metros de distancia, cerca del peñasco que sobresalía de la colina.

Con el corazón desbocado, Clarke giró sobre sí misma para colocarse de cara a Bellamy.

—Eh —le susurró al oído—. Despierta —como él no reaccionaba, le sacudió el hombro con suavidad—. Bellamy —la cabeza del chico cayó a un lado y sonó un fuerte ronquido—. ¡Bellamy!

Clarke se sentó para zafarse de los brazos que la ceñían.

Él abrió los ojos, sobresaltado.

—¿Qué? —preguntó, parpadeando—. ¿Qué pasa? —Al ver la expresión

de Clarke, la inquietud barrió su sopor. Se sentó—. ¿Te encuentras bien?

Clarke señaló la luz.

—¿Qué puede ser?

Bellamy entornó los ojos en la oscuridad.

—No tengo ni idea —alcanzó el arco, que había dejado al alcance de la mano antes de irse a dormir, y se levantó—. Pero vamos a averiguarlo.

Clarke le agarró la mano.

—Espera, deberíamos pensar un plan.

Bellamy sonrió.

—¿Un plan? El plan consiste en averiguar qué es.

Sortearon los árboles camino de la luz, que brillaba con más fuerza según se aproximaban. *Es eléctrica*, comprendió Clarke; proyectaba un halo circular que bañaba los árboles y las rocas circundantes de cálida luz amarilla.

—Clarke —dijo Bellamy en tono tenso. Se detuvo—. No estoy seguro de que esto sea buena idea. Deberíamos volver. O al menos esperar hasta mañana.

—Ni soñarlo.

Ahora que estaban tan cerca, Clarke no se marcharía sin desentrañar el misterio. Apretó la mano de Bellamy con más fuerza y avanzó un paso.

La fuente de luz estaba caliente al tacto y sin duda era de metal. Clarke se puso de puntillas para tocarla, y se dio cuenta de que estaba viendo una bombilla incrustada en una especie de caja protegida por barrotes, como si la luz fuera algo vivo que pudiera escapar.

—¿Qué demonios? —susurró Bellamy al oído de Clarke—. No puede llevar encendida desde el Éxodo, ¿verdad?

Clarke negó con un movimiento de la cabeza.

—Para nada. Se habría fundido hace muchísimo tiempo.

Retrocedió un paso y ahogó una exclamación.

—¿Qué? —preguntó Bellamy, asustado—. ¿Qué pasa?

El peñasco consistía en algo más que en un grupo de rocas. Había peldaños excavados en la tierra que se internaban en la montaña. Clarke no dudó ni un momento. Avanzó hacia ellos.

La luz amarillenta bastó para revelar la palidez de Bellamy.

—Ni hablar, Clarke. No irás a ninguna parte mientras no sepamos de qué

va todo esto.

Clarke se inclinó para ver mejor una zona oscura del escalón que al principio había tomado por una sombra. Descubrió una placa de metal con una inscripción, aunque vieja y desvaída. Entornó los ojos.

—Mount Weather —leyó en voz alta.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Bellamy.

La asaltó un recuerdo y se levantó de un salto.

—¡Sé dónde estamos! —exclamó—. ¡Me hablaron de este sitio!

—¿Quién? —Bellamy se estaba impacientando—. ¿Quién te habló de este sitio, Clarke?

—Mis padres —repuso ella en voz baja.

Bellamy la miró de hito en hito mientras Clarke le contaba lo que sabía de Mount Weather, el refugio que, en teoría, debía albergar al gobierno de los Estados Unidos en caso de crisis.

—Pero mis padres me dijeron que nadie llegó a tiempo.

—Bueno, pues puede que sí —observó Bellamy—. ¿Podrían haber sobrevivido al cataclismo? ¿En un refugio subterráneo?

Clarke asintió.

—Y tengo la sensación de que nunca se marcharon. Me parece que es aquí donde viven los terrícolas.

Bellamy miró las estrellas y luego a Clarke otra vez.

—Bueno, ¿y a qué estás esperando? —le preguntó al ver que ella no se movía—. Vamos a charlar con los terrícolas.

Clarke le tomó la mano y, juntos, se internaron en la oscuridad de la escalera.

Capítulo 24

Wells

Wells se acomodó contra el tronco del árbol y se encogió de dolor cuando sus cansados músculos protestaron. El alba ya despuntaba, pero no había podido pegar ojo. Al final, había renunciado y se había ofrecido voluntario para vigilar, algo que el arcadio de ojos adormilados que estaba de guardia le había agradecido infinitamente.

Su mirada vagó hasta el cementerio, donde un nuevo montículo de tierra sobresalía de la hierba como una cicatriz. Wells se había pasado casi toda la noche junto a la tumba de Priya, que había cubierto de flores, aunque no con tanto arte como Molly. Al menos, pensó aliviado, a Molly le había bajado la fiebre. Antes de marcharse, Clarke le había pedido a Sasha que contase lo que habían descubierto sobre la madreselva, y el único momento alegre de todo el día de Wells había sido su visita al hospital para decirles a todos que se recuperarían en cuanto expulsaran las toxinas del organismo.

Echó otro vistazo a la tosca lápida, que solo llevaba inscrito el nombre de Priya. Ni siquiera conocía su apellido, ni por qué había sido confinada, o si alguna vez había estado enamorada. ¿Llegarían a enterarse sus padres algún día de que había muerto? Si las pulseras seguían funcionando, puede que ya los hubieran informado. Si no, Wells tendría que esperar a que aterrizase la nave de la Tierra. Se imaginó a una mujer muy parecida a Priya saliendo de la nave y buscando con sus grandes ojos castaños a la hija que le había sido arrebatada. Mientras los otros padres abrazaban a sus hijos, Wells tendría que acompañar a la madre de Priya al cementerio.

Oyó el chasquido de una ramita que se rompía y se despabiló. Observó el bosque, atento a la menor señal de movimiento, pero solo vio una ardilla. Si

bien jamás lo reconocería, Wells tenía la esperanza de que fuera Sasha.

Sabía que se estaba comportando como un idiota. Sasha no iba a reaparecer por arte de magia solo porque Wells se hubiera obsesionado con ella. Y no dudaba de que había hecho lo correcto al dejarla volver a casa, pero ojalá le hubiera preguntado dónde vivía su pueblo o si regresaría algún día. ¿Y si nunca volvía a verla?

Otra idea le agujoneaba el pensamiento, pesada y molesta. ¿Y si Sasha no pensaba nada de lo que había dicho? ¿Y si el beso formaba parte de su plan para escapar?

En el claro se elevaron unos gritos que lo arrancaron de su sopor. No sonaban a las típicas exclamaciones de primera hora de la mañana, tipo «aparta las manos de mi desayuno» o «te toca a ti ir a por agua y como no vayas te mato». Wells se levantó para encaminarse al campamento. Tenía el presentimiento de que conocía el motivo del revuelo.

Un grupo se había apiñado alrededor de la cabaña que usaban de hospital. Cuando Wells se acercó, más de veinte caras se volvieron a mirarlo. Casi todas mostraban una expresión confundida, pero unas cuantas le lanzaron cuchillos con los ojos.

—Se ha *ido* —escupió Graham, avanzando hacia Wells como un vendaval.

Durante un breve instante, Wells consideró la idea de hacerse el tonto fingiendo que Sasha había conseguido escapar. Por otro lado, sabía muy bien lo que su padre habría pensado de eso. Un verdadero líder asume sus errores; no va por ahí echando la culpa a los demás. Y Wells ni siquiera pensaba que liberar a Sasha hubiera sido un error.

—Dijiste que la traerías al campamento y la dejaste marchar.

Graham miró al resto del grupo para asegurarse de que la acusación había calado en su público.

—¿En qué estabas pensando, Wells? —le preguntó Antonio, que lo miraba horrorizado—. Era nuestra única moneda de cambio. Ya han matado a Asher y Priya. ¿Qué les impedirá ahora liquidarnos a los demás?

—¡Ni siquiera sabemos dónde vive la gente de Sasha, y mucho menos si sabían que la habíamos capturado! Además, no fueron ellos los que mataron a Asher y Priya —protestó Wells—. Fueron los rebeldes. Los violentos.

—Eso te dijo *ella* —intervino una chica. Wells se dio la vuelta y vio a Kendall, que asistía a la escena con una mezcla de lástima y desolación en los ojos—. Pero no hay pruebas que lo demuestren, ¿verdad?

Saltaba a la vista, por la expresión de su rostro, que estaba segura de que la terrícola había engañado a Wells.

—¡Reconócelo! —gruñó Graham—. La dejaste marchar, ¿verdad?

—Sí —asintió Wells con tranquilidad—. Lo hice. Era lo correcto. No sabía nada de Octavia y no conseguíamos nada reteniéndola aquí. No podemos ir por ahí haciendo presos sin motivo.

—¿Hablas en serio? —Antonio miraba a Wells con incredulidad. Su semblante, casi siempre alegre, se contrajo de rabia cuando señaló la multitud con un gesto dramático—. Tu *padre* nos encerró a todos sin motivo.

—¿Y qué? —le espetó Wells con impotencia. Alzó la voz—. ¿Vamos a seguir cometiendo los mismos errores? Tenemos la oportunidad de hacer las cosas de otra manera. *Mejor*.

Graham bufó.

—Corta el rollo, Wells. Todos sabemos lo que quieres hacer tú, y para eso necesitas a la putita terrícola mutante.

La furia que Wells había intentado dominar estalló en su interior y se abalanzó como un loco contra Graham, decidido a golpearlo, pero antes de que pudiera borrarle la sonrisilla de la cara al muy cerdo, Eric y otro arcadio lo inmovilizaron.

—¡Quieto, Wells! —gritó Eric.

—¿Lo veis? —Graham pasó la vista por el grupo, encantado—. ¿Os dais cuenta? Me parece que ha dejado muy claro de parte de quién está.

No le dolió tanto la acusación como las expresiones de sus compañeros. Casi todos miraban a Wells con cara de odio, como si *dieran crédito* a las palabras de Graham y estuvieran furiosos con él.

A Kendall le temblaba el labio. Eric estaba rojo de rabia. Antonio lo fulminaba con la mirada. Wells buscó a Clarke con los ojos antes de recordar que se había marchado. Sea como fuere, había hecho lo correcto. ¿Por qué los demás no se daban cuenta?

Ya, pero ¿y si te has equivocado?, objetó una vocecilla en su cabeza. Al fin y al cabo, Wells sabía que incluso los grandes líderes cometen errores.

Cuando el coronel se alejó de la unidad de Wells, el chico respiró aliviado y se desabrochó el botón superior de la guerrera. Había tardado muy poco en darse cuenta de que los uniformes que tanto admiraba en la infancia eran absurdos en la práctica. El hecho de que los soldados de la Tierra los llevaran en su día no justificaba que ahora hicieran lo mismo en el espacio.

—Eh, mirad. Jaha se ha rebelado —se burló un cadete—. ¿No sabes lo que les pasa a los oficiales que se saltan el código de vestimenta?

Wells no le hizo caso. Si bien los otros cadetes se sentían eufóricos tras los entrenamientos en Walden, Wells siempre acababa destrozado. No por el factor físico; le gustaba correr en la pista de gravedad y luchar durante los ejercicios de combate cuerpo a cuerpo. Era todo lo demás lo que le asqueaba: llevar a cabo falsas redadas en las unidades residenciales, detener a vendedores al azar en el Intercambio para interrogarlos. ¿Por qué daban por supuesto que todos los que vivían en aquella nave eran criminales?

—¡Firmes! —vociferó el coronel a lo lejos.

Automáticamente, Wells irguió los hombros, levantó la barbilla y se puso en posición de firmes mientras los cadetes formaban una fila recta a lo largo del pasillo.

—Descanse, coronel —oyó decir al canciller—. No he venido a inspeccionar a los cadetes —Wells miraba al frente, pero notaba el peso de los ojos paternos fijos en él—. Y es una suerte, a juzgar por el aspecto que tienen algunos.

Wells apretó los dientes; sabía muy bien a quién se refería su padre.

—Señor —el coronel bajó la voz—. ¿Quién está hoy a cargo de su seguridad?

—No estoy aquí en visita oficial, así que he venido solo.

Wells lo miró de reojo y comprobó que, en efecto, nadie acompañaba al canciller, algo muy poco frecuente entre los oficiales de alto rango que acudían a Walden. Los otros miembros del Consejo se negaban a cruzar el puente estelar si no iban escoltados por dos guardias como mínimo.

—¿Puedo ofrecerle al menos la protección de unos cuantos cadetes? —propuso el coronel—. Esta mañana se ha producido otro incidente en Arcadia y creo que sería...

—Gracias, pero no hace falta —respondió el padre de Wells en un tono que no admitía réplica—. Buenas tardes, coronel.

—Buenas tardes, señor.

Cuando los pasos del canciller se perdieron a lo lejos, el coronel los despachó con la orden de que regresaran a Fénix a paso ligero. Los cadetes partieron a un trote vivo. Wells se quedó atrás fingiendo que se ataba un cordón de la bota. Cuando todo el mundo hubo salido, se quitó el uniforme y enfiló por el pasillo que había tomado su padre.

El canciller ocultaba algo y Wells estaba decidido a averiguar qué era. Aquel mismo día.

Redujo el paso cuando vio a su padre doblar un recodo a lo lejos. Y cuando llegó a la esquina, Wells vio lo último que esperaba encontrar.

El canciller estaba delante del Muro del Recuerdo, un trecho de pasillo situado en la parte más antigua de Walden que, con el paso del tiempo, se había convertido en un monumento en memoria a los muertos de la colonia. Los nombres más antiguos habían sido tallados a navaja con grandes letras por los seres queridos que habían dejado atrás.

Con el paso del tiempo, conforme el espacio en el muro empezó a escasear, los nuevos nombres empezaron a cubrir los viejos de tal modo que, a día de hoy, había tantas rayas en la pared que casi todos resultaban indescifrables.

Wells no atinaba a imaginar qué hacía su padre allí. Solo lo había visto visitar el muro con motivo de alguna ceremonia oficial, cuando acudía a presentar sus respetos a algún miembro fallecido del Consejo. Que Wells supiera, jamás acudía solo.

En aquel momento, el canciller estaba alargando la mano y repasando el contorno de un nombre. Con los hombros hundidos, irradiaba una tristeza desconocida para Wells.

El chico se puso como un tomate. No pintaba nada allí, espiando lo que obviamente constituía un momento privado. Sin embargo, cuando se disponía a dar media vuelta sin hacer ruido, oyó la voz de su padre.

—Sé que estás ahí, Wells.

Este se quedó helado, casi sin aliento.

—Perdona —se disculpó—. No debería haberte seguido.

El canciller se volvió a mirarlo y Wells descubrió sorprendido que no parecía enfadado, ni siquiera decepcionado.

—No pasa nada —dijo con un suspiro—. Ya va siendo hora de que te cuente la verdad.

Un escalofrío recorrió la espalda de Wells.

—¿La verdad sobre qué?

—No me resulta fácil hablar de ello —empezó su padre. Le temblaba ligeramente la voz. Carraspeó—. Hace mucho tiempo, antes de que tú nacieras, antes de conocer a tu madre siquiera, me enamoré... de una waldenita.

Wells lo miró de hito en hito, estupefacto. Que él recordase, su padre nunca había pronunciado siquiera la palabra «amor» en su presencia. Era una persona tan poco emotiva, tan entregada a su trabajo... Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Sin embargo, el dolor que reflejaban los ojos de su padre bastó para convencer a Wells de que hablaba en serio.

Con voz entrecortada, el canciller le explicó que la había conocido siendo él un joven guardia, en el transcurso de una patrulla. Se habían visto varias veces y se habían enamorado, aunque él había ocultado la relación a su familia y amigos, sabiendo que les habría horrorizado descubrir que amaba a una waldenita.

—Al final, me di cuenta de que estaba haciendo el tonto —concluyó el padre de Wells—. Si nos hubiéramos casado, habríamos provocado un gran sufrimiento a nuestras familias. Y en aquel entonces el Consejo ya estaba considerando la idea de admitirme entre sus filas. Debía asumir mis responsabilidades al margen de mis deseos, así que decidí romper la relación —suspiró—. A ella no le habría gustado esa vida, habría detestado estar casada con un canciller. Hice lo correcto —guardando silencio, Wells esperó a que continuara—. Y, entonces, pocos meses después, conocí a tu madre y comprendí que había encontrado a la compañera que me convenía. Alguien que me ayudaría a convertirme en el líder que la colonia necesitaba.

—¿La seguías viendo? —preguntó Wells en tono de reproche, sorprendido de la dureza de su propia voz—. ¿A esa... waldenita?

—No —su padre sacudió la cabeza con vehemencia—. Desde luego que no. Tu madre lo es todo para mí —volvió a carraspear—. Tu madre y tú lo sois todo para mí —rectificó.

—¿Y qué le pasó? ¿A la mujer de Walden? ¿Se casó con otro?

—Murió —replicó el canciller, lacónico—. De vez en cuando, acudo a presentarle mis respetos. Y no hay más. Ahora ya lo sabes todo.

—¿Y por qué lo guardas en secreto? —insistió Wells—. ¿Por qué procuras que nadie te vea?

El semblante de su padre se endureció.

—Hay cuestiones relativas al liderazgo que un chico de tu edad no puede entender —el canciller dio media vuelta y echó a andar hacia Fénix—. Ahora, demos por concluida esta conversación.

En silencio, Wells observó cómo su padre se alejaba a grandes zancadas. Sabía muy bien que, cuando se sentaran a cenar aquella noche, ambos se comportarían como si nada hubiera pasado.

Volvió la vista hacia el muro para buscar el nombre que su padre había acariciado con tanta ternura. Melinda. Intentó descifrar el apellido, pero lo tachaban otros nombres. Por lo que podía distinguir, empezaba por B.

Melinda B. La mujer muerta a la que su padre amó en otro tiempo, cuyo recuerdo lo llevaba al muro una y otra vez. La mujer que, en otras circunstancias, habría sido la madre de Wells.

Se abrochó la chaqueta y echó a andar hacia Fénix, decidido a dejar atrás los fantasmas de su padre.

—El minicanciller la ha cagado bien —decía Graham—. A saber qué hará la próxima vez.

—No sé —intervino Lila—. A lo mejor...

—Ya basta —los interrumpió Wells—. Os lo pondré fácil. *Me marcharé.*

—¿Qué? —Saltó Kendall, horrorizada—. No, Wells, no queremos que te vayas.

—Habla por ti —le espetó Graham—. Por mí, encantado. Estamos mejor sin él.

Wells se preguntó si Graham tendría razón. ¿Le había pasado lo mismo que a su padre en el pasado y había cometido un error de juicio por culpa de una chica? ¿Qué diría el canciller si estuviera allí?

—Espero que sí —les deseó Wells, y se sorprendió al darse cuenta de que lo había dicho de corazón y sin un ápice de resentimiento.

Sin mirar a nadie a los ojos, dio media vuelta y se dispuso a preparar la mochila por última vez.

Capítulo 25

Bellamy

Las escaleras iban a dar a una enorme puerta metálica encajada en una pared de piedra. Contaba con un inmenso candado circular que parecía imposible de forzar, pero la puerta propiamente dicha estaba entornada.

—Un poco descuidados, ¿no? —Bellamy señaló el hueco entre la hoja y la pared de roca.

—En realidad no —apuntó Clarke. Se adelantó para mirar por la rendija—. Hasta hace muy poco tiempo, no había más seres humanos en todo el planeta. ¿Por qué iban a cerrar la puerta?

—¿Ves algo? —preguntó él, tratando de disimular la inquietud que sentía.

Había albergado la esperanza de descubrir al aire libre a los terrícolas que habían secuestrado a Octavia. Por muy desesperado que estuviera por rescatar a su hermana, Bellamy sabía que solo unos idiotas se meterían en la boca del lobo en plena noche. Por desgracia, cuando a Clarke se le metía algo en la cabeza, no había modo de hacerla cambiar de idea, y ni en sueños la dejaría entrar allí sola.

—Aún no —Clarke se volvió a mirarlo y su expresión se suavizó cuando vio la mirada atemorizada de Bellamy—. Gracias —dijo en voz baja—. Por hacer esto. Por estar aquí conmigo.

Bellamy se limitó a asentir.

—¿Estás bien?

—Da un poco de yuyu.

Clarke le apretó la mano.

—¿No estás emocionado? Por fin vas a conocer gente que entiende ese

argot terrestre tan raro.

Él consiguió esbozar una sonrisa, pero habló en tono grave de todos modos.

—Entonces, ¿crees que nos esperan?

—No, no es que nos esperen exactamente, pero Sasha me dijo que estarían encantados de ayudarnos.

Bellamy asintió, tragándose el miedo. Sabía que si aquella noche les pasaba algo malo, nadie volvería a verlos nunca.

—Vamos, pues.

Clarke empujó la puerta y se encogió cuando el chirrido de los goznes oxidados rompió el silencio nocturno. A continuación se deslizó por la abertura y le indicó por gestos a Bellamy que la siguiera.

Reinaba la oscuridad en el interior, pero no completa. Brillaba una extraña luz de ambiente, aunque Bellamy no alcanzaba a ver de dónde procedía.

Clarke le tomó la mano y avanzaron despacio por lo que parecía un túnel excavado en la roca. Tras unos cuantos pasos, el terreno empezó a descender tan abruptamente que tuvieron que aminorar la marcha para no perder el equilibrio y caer rodando al fondo. Hacía mucho más frío allí dentro que fuera y el aire desprendía un olor distinto; a humedad y metal en vez de a madera y plantas.

Bellamy se obligó a respirar profundamente y a controlar sus movimientos. Las semanas que había pasado cazando habían cambiado su manera de moverse; ahora, avanzaba tan sigilosamente que sus pies parecían flotar sobre el suelo. Clarke hacía lo mismo de forma natural.

De repente, ella tropezó. Ahogó un grito y Bellamy la estrechó contra su pecho.

—¿Te has hecho daño?

El corazón del chico latía con tanta fuerza que temió que el ruido delatase su presencia en la guarida de los terrícolas.

—No —susurró Clarke, aunque no lo soltó—. Es que... hay peldaños aquí.

Una empinadísima escalera de caracol había remplazado el suelo de piedra.

Procedieron a bajar despacio por aquellas escaleras que se internaban en la tierra dando vueltas y más vueltas. La escasez de luz les impedía afirmar, pero tenían la sensación de estar penetrando en una enorme caverna. Había humedad en las paredes de piedra y el frío aumentaba a medida que bajaban.

Mientras descendían, Bellamy meditó la información que Clarke le había proporcionado sobre Mount Weather. Intentó imaginar qué habrían sentido los supervivientes cuando corrían como alma que lleva el diablo hacia la seguridad de un búnker subterráneo, qué sensación debieron de tener cuando se despidieron del sol, del cielo y del mundo tal como lo conocían para internarse en la oscuridad. ¿Qué ideas los asaltaban mientras bajaban por aquellos peldaños? ¿Se felicitaban por su buena suerte o lloraban por aquellos que dejaban atrás?

—¿Tendrán que subir y bajar estas escaleras cada vez que salgan? —susurró Clarke.

—Puede que haya otra entrada —sugirió Bellamy—. En caso contrario, ¿por qué no hemos visto a nadie aún?

Cuando llegaron al fondo, Clarke y Bellamy guardaron silencio; el eco solitario de sus pasos resultaba mucho más elocuente que cualquier comentario.

La escalera desembocaba en un espacio inmenso y vacío, más parecido a una cueva que a un hogar donde los humanos hubieran vivido durante siglos. Bellamy se detuvo en seco y agarró a Clarke del brazo cuando un eco rebotó en la oscuridad.

—¿Qué ha sido eso? —cuchicheó a la vez que miraba a ambos lados—. ¿Viene alguien?

Clarke le apartó la mano con suavidad y dio un paso adelante.

—No... —su voz reflejaba más asombro que miedo—. Es agua. Mira las estalactitas —repuso, señalando las abruptas rocas del techo—. La humedad se condensa en la roca y luego cae a una especie de tanque. Supongo que así obtenían el agua durante el invierno nuclear.

—Sigamos —ordenó Bellamy, agarrándole la mano con firmeza.

Arrastró a Clarke a través de una abertura en la roca y la guio por un pasillo de paredes metálicas, parecido a los antiguos corredores de Walden. Largas hileras de luces recorrían el techo y numerosos cables asomaban por

la grietas del revestimiento de plástico.

—Bellamy —dijo Clarke sin aliento—. *Mira.*

Una caja de plástico colgaba de la pared, parecida a las que alojaban los tableros de control en la colonia. Aquella, sin embargo, en vez de una pantalla o botones, albergaba un cartel. Arriba del todo se veía un águila rodeada de un círculo que sujetaba una planta con una garra y un puñado de flechas con la otra. Las palabras LÍNEA DE SUCESIÓN presidían dos columnas. La columna de la izquierda contenía una larga lista de títulos: Presidente de los Estados Unidos, Vicepresidente de los Estados Unidos, Presidente de la Cámara, etc.

Junto a cada título aparecían las palabras: A SALVO, DESAPARECIDO... y MUERTO.

Alguien había marcado con tinta negra la palabra «muerto» de los primeros seis títulos. El Secretario de Interior aparecía como A SALVO al principio, pero luego lo habían tachado y habían rodeado MUERTO con tinta azul.

—Podrían haber quitado esto después de tanto tiempo —observó Bellamy, pasando el dedo por la caja de plástico.

Clarke se volvió a mirarlo.

—¿Tú lo habrías hecho? —preguntó con voz queda.

Bellamy sacudió la cabeza, suspirando.

—No. Lo habría dejado.

Siguieron recorriendo el pasillo en silencio hasta que llegaron a una intersección. Allí había otra señal, solo que no estaba protegida por un plástico.

AHOSPITAL

BTRATAMIENTO DE AGUAS RESIDUALES

BCOMUNICACIONES

ASALA DEL GABINETE

AGENERADORES

ACREMATORIO

—¿Crematorio? —Leyó Bellamy en voz alta, reprimiendo un estremecimiento.

—Supongo que es lógico. En la Tierra no puedes flotar a la gente y, desde

luego, no los puedes enterrar en roca viva.

—¿Pero dónde *viven*? —preguntó él—. ¿Y cómo es posible que no hayamos visto a nadie?

—A lo mejor están durmiendo.

—¿Dónde? ¿En el crematorio?

—Sigamos —ordenó Clarke, pasando por alto el chiste.

A la derecha, una luz roja empezó a parpadear.

—No creo que eso sea bueno —observó Bellamy, y agarró la mano de Clarke con más fuerza por si tenían que echar a correr.

—Tranquilo —dijo Clarke, aunque ya se estaba alejando de la luz—. Seguro que es un temporizador o algo así.

Se quedaron helados cuando oyeron carreras a lo lejos.

—Me parece que viene alguien —apuntó Clarke, mirando a Bellamy y al fondo del pasillo alternativamente.

Él la protegió con el cuerpo, alcanzó el arco que llevaba al hombro y buscó una flecha.

—Para —cuchicheó Clarke, apartándose—. Tienen que saber que venimos en son de paz.

Los pasos sonaban más cerca.

—No pienso arriesgarme —replicó Bellamy, y volvió a colocarse delante de ella.

Aparecieron cuatro figuras al final del pasillo. Dos hombres y dos mujeres. Iban vestidos más o menos como Sasha, de negro y gris, aunque aquellos no llevaban pieles.

Y empuñaban armas.

Durante un momento angustiosamente largo, miraron a Clarke y Bellamy de hito en hito.

Luego gritaron algo y echaron a correr hacia ellos.

—Clarke, *vete* —ordenó Bellamy mientras tensaba el arco y apuntaba—. Yo los entretendré.

—¡No! —jadeó ella—. No hagas eso. ¡No les dispaes!

—¡Clarke! ¡Corre! —gritó Bellamy, que ahora intentaba empujarla con el hombro.

—Bellamy, *tira el arco* —Clarke estaba frenética—. Por favor. Tienes

que confiar en mí.

El chico titubeó, lo suficiente para que Clarke se colara por debajo de su brazo y se situara delante de él con los brazos en alto.

—Traemos un mensaje de Sasha —gritó Clarke. Hablaba en tono alto y firme, aunque le temblaba todo el cuerpo—. Ella nos envía.

No tuvieron tiempo de comprobar si aquel nombre significaba algo para los terrícolas. Un extraño zumbido cruzó el aire y Bellamy notó un pinchazo por encima del brazo.

Luego todo se oscureció.

Capítulo 26

Glass

Cientos de cuerpos se apiñaban en la plataforma de despegue y cientos más los empujaban desde la rampa. En total, habría más de mil personas apretujadas al fondo de la nave, impregnando el aire de una mezcla de sudor, sangre y miedo.

Glass y Sonja habían llegado a la plataforma, aunque por pelos. Aguardaban su turno al final, embutidas contra la rampa. Sonja no podía apoyar el pie, así que Glass la rodeaba con el brazo, aunque no era necesario. La afluencia era tal que Sonja podría haber perdido el equilibrio y de todas formas se habría mantenido en pie.

Cada pocos instantes, el mar de cuerpos se desplazaba en una u otra dirección, de tal modo que los nerviosos habitantes de Fénix, Arcadia y Walden parecían poco más que una marea de carne y hueso.

Poniéndose de puntillas, Glass atisbó a la gente que intentaba por todos los medios abrirse paso hasta una de las seis cápsulas que quedaban. En el interior no cabía ya ni un alfiler y los cuerpos salían despedidos en cuanto entraban.

Glass parpadeó para volver a contarlas a través de las lágrimas. Seis. En teoría, había siete cápsulas. Una ya se había marchado, claro, aquella que había transportado a Wells y a los demás prisioneros a la Tierra y de la que Glass había escapado pero ¿dónde estaba la séptima?

Ni aunque hubiera una docena de cápsulas conseguirían la madre y la hija abandonar la colonia, a menos que se abrieran paso a empujones hacia delante, pero Glass no se sentía con fuerzas. Cada vez que se movía, notaba su cuerpo hecho trizas por el dolor que le provocaba la expresión asqueada

con que la había mirado Luke. Y los trocitos de corazón que tanto se esforzaba en mantener unidos se le despegaban sin que pudiera evitarlo.

Sin embargo, cuando se volvió a mirar a su madre, Glass supo que no tenía elección. No podía ponerse a pensar en lo sucedido con Luke, no en aquel momento. El corazón de Sonja se había roto también en su día, solo que ella no se había molestado en recoger los pedazos. Glass lo había hecho en su lugar. Sin Glass, su madre no haría el menor esfuerzo por conseguir una plaza en la cápsula, y ella no pensaba permitirlo.

Apretó con más fuerza la cintura de Sonja.

—Venga. Sigamos avanzando. Poco a poco.

No quedaba ni un centímetro libre y sin embargo, de algún modo, Glass y Sonja se las ingeniaron para colarse entre los hombros y los codos apretujados.

Glass dio un respingo, pero no bajó la vista cuando pisó algo blando. Siguió mirando al frente y agarró la mano de su madre con decisión mientras se abrían paso entre el muro de cuerpos.

Se apretujaron junto a una mujer que llevaba el vestido manchado de sangre. Por su manera de sujetarse el brazo, Glass supuso que había recibido el disparo de un guardia. Estaba pálida y se mecía adelante y atrás, aunque no había sitio donde caer.

No te pares.

Glass reprimió un sollozo cuando empujó a la mujer y notó la manga ensangrentada contra su brazo desnudo.

No te pares.

Un hombre sostenía a una niña con una mano y un hatillo de ropa con la otra. El pobre abultaba demasiado como para sortear la multitud. *Tira el hatillo*, quiso decirle Glass, pero guardó silencio. Su único objetivo era llevar a su madre hasta la cápsula. No podía preocuparse por nada más.

No te pares.

Había un niño pequeño sentado en el suelo, demasiado abrumado y asustado como para hacer nada más que lloriquear y agitar los bracitos regordetes en el aire. ¿Se habría caído de los brazos de sus padres? ¿O lo habían abandonado en un momento de pánico?

Notó un tirón en el pecho, una sacudida en aquel hueco, detrás del

corazón, que nunca había sanado del todo. Glass agarró a Sonja con más fuerza y alargó el otro brazo hacia el niño. Sin embargo, antes de que pudiera rozar siquiera la manita tendida, el impulso de la multitud cambió y Glass fue arrastrada en otra dirección.

Ahogó un gemido y recuperó el equilibrio como pudo. Cuando buscó al niño con la mirada, descubrió que había desaparecido entre la marea de cuerpos.

No te pares.

Cuando por fin llegaron al centro de la plataforma, la cápsula más cercana estaba invadida de pasajeros, muchos más de los que podía acomodar. La gente ocupaba hasta el último centímetro disponible, tan apretujada que apenas cabía alrededor de los asientos. Glass sabía que viajar de ese modo resultaba tremendamente peligroso; las personas que no llevaran arnés se estamparían contra los costados de la nave durante el descenso. Morirían sin duda, y era muy probable que mataran también a algunos de los pasajeros que viajaban sentados, pero nadie les impedía entrar en la cápsula ni obligaba a bajar a los viajeros sin asiento. No había ningún oficial al mando.

Un nuevo sonido se unió al coro de llantos y gritos. Al principio, Glass lo atribuyó a su imaginación, pero al mirar por encima del hombro avistó al músico que había visto un rato antes de pie en lo alto de la rampa. Se había encajado el violín bajo la barbilla y deslizaba el arco por las cuerdas. Puesto que lo separaban casi mil personas de la cápsula más cercana, debía de haber comprendido que no lo conseguiría y, en lugar de sucumbir al terror, había decidido pasar los últimos instantes de su vida haciendo lo que más amaba.

El hombre tenía los ojos cerrados, ajeno a las miradas confusas y los abucheos de la gente que lo rodeaba. A medida que la melodía se fue diseminando, los semblantes se suavizaron. La cadencia agrídulce de la música barría consigo el dolor que aplastaba el corazón de los presentes. El miedo demoledor se convirtió en una carga común y, durante un momento, tuvieron la sensación de que podían compartirlo juntos.

Glass miró a ambos lados, buscando a Luke con desesperación. Como se había criado en Walden, Luke nunca había asistido a los conciertos del Día de la Conmemoración, y quería que oyera la música. Si Luke iba a morir aquella noche, Glass necesitaba saber que algo que no fuera su corazón

partido presidiría aquellos últimos instantes.

Una estrepitosa alarma rompió el hechizo de la música y la puerta de la cápsula más distante empezó a cerrarse. Las pocas personas que aún intentaban entrar renovaron sus esfuerzos, desesperadas por colarse en la nave antes de que despegase.

—¡Esperen! —gritó una mujer, abalanzándose contra la puerta—. ¡Mi hijo está ahí dentro!

—¡Deténganla! —gritó otra voz.

Unos cuantos intentaron agarrar a la mujer. Demasiado tarde. Se coló en la esclusa, pero no llegó a la cápsula. Cuando comprendió lo que había pasado, se dio media vuelta y golpeó la puerta de la cámara con frenesí. Sonó otro pitido y luego silencio.

A su espalda, la cápsula se desprendió de la nave colonial y se precipitó hacia la esfera grisácea de la Tierra. Un coro de exclamaciones horrorizadas brotó de la multitud.

La mujer flotaba al otro lado de la ventana con el rostro contorsionado por un grito que nadie podía oír. Desesperada, agitaba los brazos y las piernas ante sí, como si pensase que podría aferrarse a la nave y volver a entrar. Al cabo de pocos segundos, dejó de moverse y su rostro adquirió un tono violáceo. Glass apartó la vista, pero no a tiempo. De reojo, atisbó un pie hinchado y grotesco antes de que la mujer se perdiera de vista.

Sonó otra alarma cuando la segunda cápsula se dispuso a despegar. Ya solo quedaban cuatro. El delirio de la multitud se multiplicó; la muerte y el dolor atronaban en la plataforma de despegue.

Apretando los dientes, Glass arrastró a su madre hacia delante, pero el mar de cuerpos las empujó hacia la rampa. La tercera cápsula se desprendió de la nave y partió. Una cabeza pelirroja pasó por su lado dando tumbos y solo cuando la hubo perdido de vista Glass se dio cuenta de que se trataba de Camille. ¿Significaba eso que Luke estaba cerca? Se dispuso a llamarlo, pero el grito murió en su garganta.

—Glass —oyó la voz de su madre a su espalda. Tenía la sensación de que había transcurrido una eternidad desde la última vez que Sonja había hablado—. No lo vamos a conseguir. No si seguimos juntas. Tienes que...

—¡No! —exclamó Glass.

Atisbó un hueco en la multitud y se dirigió hacia él. Mientras lo hacía, vio que Camille empujaba a un chico delgado fuera de una cápsula y ocupaba su lugar. El lamento angustiado de la madre del chico resonó en la plataforma cuando la puerta se cerró con un sonoro chasquido.

—¡Háganse a un lado! —gritó una voz en tono autoritario.

Glass se dio media vuelta y vio que un grupo de guardias trotaba rampa abajo. Sus botas golpeaban el suelo al unísono mientras escoltaban a unos pocos civiles a la plataforma de despegue. El vicecanciller estaba entre ellos.

Nadie obedeció las órdenes de los militares. La masa de cuerpos seguía empujando hacia las cápsulas restantes. Los guardias, no obstante, se abrieron paso de mala manera, golpeando a la gente con las culatas de sus pistolas para despejar el camino.

—¡Muévanse!

Arrastrando a los civiles con ellos, pasaron junto a la zona donde se encontraban Glass y Sonja. Mientras caminaba, los ojos del vicecanciller Rhodes se posaron en Sonja y una expresión que Glass no supo descifrar cruzó su semblante. Se detuvo, le susurró algo a un guardia y señaló a la mujer.

El gentío se apartó cuando tres militares se precipitaron hacia ellas. Antes de que Glass comprendiera lo que estaba pasando, las agarraron a las dos y las empujaron hacia la última cápsula.

Glass escuchó en la lejanía violentos gritos de rabia. Apenas distinguía nada que no fueran los rápidos latidos de su corazón y el tacto de la mano de su madre, que aferraba la de Glass con desesperación. ¿De verdad lo iban a conseguir? ¿Les había salvado la vida el vicecanciller?

Los guardias empujaron a Glass y Sonja a la última cápsula junto con Rhodes. Todos los asientos, excepto los tres primeros, estaban ocupados. El vicecanciller les indicó por señas que lo siguieran. Caminando como en sueños, Glass acomodó a su madre junto al hombre y por fin ocupó el último asiento.

Por desgracia, un dolor amargo empañaba el alivio que empezaba a invadir a Glass: la certeza de que difícilmente encontraría a Luke en la Tierra. Cabía dentro de lo posible que el chico hubiera embarcado en alguna de las naves que habían despegado anteriormente, pero no lo creía. Había tan pocas

probabilidades de que Luke le atizase un mamporro a alguien para quitarle su sitio en la nave como de que permitiese que ejecutaran a un amigo por un crimen que él había cometido.

Cuando la cuenta atrás se inició, Sonja apretó la mano de Glass. A su alrededor, la gente lloraba y murmuraba oraciones, despedidas y disculpas a aquellos que dejaban atrás. Rhodes ayudó a Sonja a colocarse el arnés mientras Glass forcejeaba con el suyo.

Antes de que sus temblorosas manos pudieran cerrar la hebilla, apareció un guardia en la puerta de la nave. Abriendo unos ojos como platos, miraba de lado a lado con expresión enloquecida. También empuñaba un arma.

—¿Qué cree que está haciendo? —gritó Rhodes—. ¡Fuera! ¡Nos va a matar a todos!

El guardia disparó al aire y todo el mundo guardó silencio.

—Ahora escuchen —empezó a decir el guardia mirando a su alrededor—. O uno de ustedes me cede su sitio o muere todo el mundo —sus aterrorizados ojos se posaron en Glass, que aún no se había abrochado el cinturón. Dio unos pasos adelante y la señaló con el arma—. Tú —escupió—. *Levántate* —le temblaba tanto el brazo que prácticamente arañaba la mejilla de Glass con el cañón.

Una voz incorpórea flotó en la cápsula.

—Un minuto para la partida.

Rhodes hizo ademán de quitarse el arnés.

—Soldado —rugió en su tono más autoritario—. ¡Firmes!

El guardia no le hizo caso y agarró a Glass del brazo.

—Levántate o disparo. Te lo juro por Dios.

—Cincuenta y ocho... cincuenta y siete...

Glass estaba paralizada.

—No, por favor —sacudió la cabeza de lado a lado.

—Cincuenta y tres... cincuenta y dos...

El guardia le apretó el cañón contra la sien.

—Levántate o me cargo a todo el mundo.

Glass no podía respirar, no veía nada, pero de algún modo se las arregló para ponerse de pie.

—Adiós, mamá —susurró, y echó a andar hacia la puerta.

—Cuarenta y nueve, cuarenta y ocho...

—¡No! —gritó su madre. De repente, se levantó también—. Quédese con mi asiento.

—No —sollozó Glass, empujando a su madre de vuelta a su sitio—. ¡Para, mamá!

El hombre agitó la pistola para señalarlas a ambas.

—Será mejor que una de las dos se largue ahora mismo u os disparo a las dos.

—Yo me voy. No dispare, por favor —suplicó Glass, que había obligado a su madre a sentarse y ahora se dirigía a la puerta.

—¡Basta!

Una figura que conocía bien apareció como una exhalación y saltó a la nave en el último instante.

Luke.

—Treinta y cinco... treinta y cuatro...

—Tire el arma —gritó Luke—. Suéltelas a las dos.

—Apártate de aquí —escupió el guardia, que ahora intentaba empujar a Luke.

Rápido como el rayo, Luke se abalanzó sobre el militar desde atrás y, rodeándole el cuello con el brazo, lo tiró al suelo.

Un chasquido ensordecedor resonó en la nave cuando el arma se disparó.

Todo el mundo gritó. Todos menos una persona.

—Treinta... veintinueve...

La madre de Glass yacía en el suelo. Una mancha de color rojo oscuro se extendía por la pechera de su vestido.

Capítulo 27

Clarke

Durante unos instantes, no pudo recordar dónde estaba. Clarke había despertado en tantos lugares distintos a lo largo de las semanas pasadas... La celda que había ocupado durante los últimos días de confinamiento, el atestado hospital de campaña en el que Thalia había exhalado el último suspiro, acurrucada junto a Bellamy bajo el cielo estrellado. Parpadeó y aguzó los oídos; luego esperó a comprobar si distinguía algo. Las oscuras siluetas de los árboles. El aliento regular de Bellamy.

Nada. Solo oscuridad y silencio.

Intentó incorporarse, pero se detuvo, abrumada al descubrir que el más mínimo movimiento le provocaba un terrible dolor de cabeza. ¿Dónde estaba?

De repente, lo recordó. Bellamy y ella se habían colado en Mount Weather. Aquellos guardias les habían dado el alto. Y entonces...

—Bellamy —exclamó con voz ronca, y miró a ambos lados haciendo caso omiso del dolor. Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, empezó a distinguir el entorno. Estaba en una habitación pequeña y vacía. Una celda—. ¡Bellamy!

Él había apuntado con el arco a los centinelas. ¿Habrían decidido ellos que Bellamy constituía una amenaza excesiva? Se le retorcieron las tripas cuando recordó las armas que empuñaban.

Alguien gimió a pocos metros de donde ella estaba. Clarke se puso a cuatro patas y se arrastró hacia el lugar del que procedía el ruido. Una figura larguirucha yacía en el suelo de piedra.

—Bellamy —volvió a decir Clarke, con la voz rota por el alivio.

Se sentó en el suelo y acunó la cabeza del chico en su regazo.

Él gimió y parpadeó varias veces antes de abrir los ojos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Clarke, retirándole el pelo de la frente—. ¿Recuerdas lo que ha pasado?

Él la miró de hito en hito, como si no entendiera nada de lo que le decía. De repente, se levantó tan deprisa que Clarke estuvo a punto de caer de espaldas.

—¿Dónde están? —gritó, y miró a su alrededor, enloquecido.

—¿De qué hablas? —le preguntó Clarke, pensando que Bellamy aún no se había despertado del todo de su pesadilla.

—De esos cabrones que nos han dejado inconscientes —se palpó el cuello—. Nos han disparado dardos tranquilizantes o algo así.

Clarke se tocó la zona del cuello. De repente, la confusión cedió paso al miedo cuando desentrañó el sentido de lo sucedido. Aquellos terrícolas, en teoría pacíficos y civilizados —el pueblo de Sasha—, habían dejado a Bellamy y Clarke inconscientes y luego los habían arrastrado a la oscuridad de una celda.

—¿Tú te encuentras bien? —En la penumbra, Clarke atisbó cómo la expresión furiosa de Bellamy mudaba en preocupación. El chico la atrajo hacia sí y le dio un besito en la coronilla—. No te preocupes —murmuró—. Saldremos de aquí.

Clarke no respondió. Ella tenía la culpa. Había sido ella la que había insistido en que bajaran allí, la que le había suplicado a Bellamy que la acompañara. No se podía creer que hubiera sido tan idiota.

Sasha había mentado sobre Asher. Había mentado sobre Octavia. Aún peor, puede que estuviera al corriente de lo que le iba a pasar a Priya. No existía ninguna «facción rebelde». Debía de haber inventado aquella historia para conseguir que los cien confiaran en ella, para tenderles una trampa a Clarke y los demás. Sasha no había ofrecido más que respuestas vagas cuando le preguntaron por los primeros colonos, por el «incidente» que había obligado a los terrícolas a expulsarlos. Clarke debería haber sospechado que algo iba mal.

Cerró los ojos y recordó las tumbas del bosque. ¿Acabarían allí Bellamy y ella cuando los terrícolas los liquidasen? ¿O permanecerían sus cuerpos en

aquel búnker para siempre?

Solo la respiración de Bellamy y los latidos frenéticos de su propio corazón rompían el silencio. De repente, otro ruido llegó a sus oídos, el inconfundible eco de unos pasos.

—Vienen —susurró Clarke.

Oyó un repiqueteo metálico y, al momento, una luz brillante la deslumbró. Protegiéndose los ojos con la mano, Clarke vio el contorno de una persona en el umbral.

La figura dio un paso adelante y la silueta se dibujó. Era Sasha.

A Clarke se le pasó el miedo de golpe. Solo sentía asco y rabia.

—*Mentirosa* —exclamó, y se abalanzó sobre ella—. ¡Confíe en ti! ¿Qué diablos quieres de nosotros, eh?

—¿Qué? Clarke, no —Sasha fue tan descarada como para parecer apenada cuando esquivó a su atacante—. Wells me dejó marchar. He venido lo antes posible. Quería asegurarme de estar aquí cuando llegaras.

—Claro, y dejarlo todo arreglado para que nos drogaran y nos encerraran —escupió Bellamy.

Sasha se encogió de hombros, compungida.

—Lo siento mucho, pero pensaron que les ibais a disparar con el arco —dio un paso adelante para posar una mano en el brazo de Clarke y adoptó una expresión afligida cuando ella se apartó—. Los centinelas solo hacían su trabajo. He venido en cuanto me he enterado de lo sucedido. Ahora ya está todo aclarado.

—Si esto es lo que entiendes por estar todo aclarado, no me gustaría nada estar aquí cuando reine la confusión —le espetó Bellamy con una voz más fría que la humedad de la celda.

Sasha suspiró y abrió la puerta de par en par.

—Acompañadme. Mi padre quiere hablar con vosotros. Lo entenderéis todo después de hablar con él.

Clarke y Bellamy se miraron. Ninguno de los dos creía a Sasha, pero no tenían más remedio que obedecerla si querían salir de la celda.

—Muy bien —accedió Clarke, agarrando a Bellamy de la mano—. Te acompañaremos, pero luego tendrás que llevarnos a la salida.

—Claro que sí —asintió Sasha—. Prometido.

Clarke y Bellamy la siguieron por un pasillo en penumbra. Casi todas las puertas que lo flanqueaban estaban cerradas. Cuando por fin pasaron por delante de una abierta, Clarke se detuvo para echar un vistazo.

Parecía una especie de clínica. En el interior, había un equipo parecido al que tenían en Fénix; reconoció un aparato de electrocardiograma, respiradores y una máquina de rayos X. Sin embargo, unas mantas muy raídas, cada una de un color, cubrían las camas, e incluso había una tapada con pieles.

Aún le sorprendió más el hecho de que estuviera vacía; no se veían médicos, ni enfermeras, ni tampoco paciente alguno. De hecho, conforme Sasha los guiaba por una serie de pasillos, Clarke se dio cuenta de que no había nadie por ninguna parte.

—Me dijiste que había cientos de personas aquí. ¿Dónde se esconde todo el mundo? —preguntó cuando la curiosidad superó el recelo.

Bellamy no se distraía tan fácilmente.

—Seguro que están fuera secuestrando gente.

Sasha se detuvo para mirar a Clarke.

—Aquí no vive nadie desde hace cincuenta años. Ahora el búnker solo se utiliza para guardar los generadores y el equipo clínico, cosas que no podíamos trasladar a la superficie.

—¿Y dónde vivís? —quiso saber Clarke.

—Enseguida lo veréis. Venid.

Sasha giró un recodo, cruzó otro vestíbulo repleto de jaulas de metal que en su día debieron de albergar animales (o eso esperaba Clarke) y se detuvo ante una escalera de mano que ascendía hasta la superficie.

—Detrás de vosotros —los invitó Sasha, señalando los peldaños con un gesto.

—Y un cuerno vamos a subir delante —replicó Bellamy, y tomó a Clarke de la mano.

Sasha miró primero a uno y luego al otro, apretó los labios y empezó a trepar por la escala con movimientos ágiles. Subió tan deprisa que prácticamente había desaparecido cuando les gritó que la siguieran.

—Tú primero —le dijo Bellamy a Clarke—. Yo iré justo detrás.

Parecía muy fácil cuando lo hacía Sasha, pero no lo era. O puede que a

Clarke le resultase difícil porque temblaba tanto que tenía que agarrarse con todas sus fuerzas para que las manos no le resbalasen de los travesaños.

La escala desaparecía en una especie de pozo de ventilación, prácticamente un túnel vertical. Era tan estrecho que Clarke notó el roce de la pared de roca en la camiseta. Cerró los ojos y siguió subiendo, imaginando que se encontraba en la colonia o en algún otro espacio despejado, no bajo toneladas de piedra que parecían aplastarla y machacarla hasta arrancarle el aliento. Le sudaban las manos e intentó secárselas en la tela por miedo a caer encima de Bellamy en cualquier momento. Se obligó a sí misma a respirar con normalidad.

Por fin, tras algo así como una eternidad, atisbó la luz del día en lo alto.

Cuando se agarró al último travesaño, alguien le tendió la mano. Clarke estaba tan agotada que la aceptó sin dudar y dejó que Sasha la arrastrase a la hierba.

Mientras Clarke recuperaba el aliento y se incorporaba sobre sus temblorosas piernas, Sasha le tendió la mano a Bellamy.

—¿Subes esta escalera cada día? —jadeó el chico, que se había llevado las manos a las rodillas y ahora inspiraba hondo el fresco aire matutino.

—No, hay un camino mucho más fácil para entrar y salir, pero he pensado que os gustarían las vistas desde aquí —repuso Sasha, sonriendo.

Habían ido a parar a la cima de un monte con vistas a un valle sembrado de cabañas de madera. Había docenas de casitas con pequeñas chimeneas de las que surgían volutas de humo, una estructura más grande que debía de ser una sala de asambleas y unos cuantos cercados que albergaban animales pastando.

Clarke no podía apartar la vista de aquellas gentes. Estaban por todas partes: transportando cestas llenas de verduras, arrastrando inmensos montones de leña en carretillas, caminando por las calles y saludándose los unos a los otros. Los niños, riendo, jugaban en el camino que discurría entre las casas.

Se volvió a mirar a Bellamy, que lo observaba todo tan impresionado como ella. Por una vez, se había quedado mudo.

—Vamos —propuso Sasha, y echó a andar colina abajo—. Mi padre nos está esperando.

Aquella vez, ninguno de los dos protestó. Bellamy tomó a Clarke de la mano y ambos siguieron a la terrícola por la ladera.

Antes de que llegaran al valle, decenas de personas se habían vuelto a mirarlos. Y cuando por fin enfilaron por uno de los caminos, parecía como si todo el pueblo se hubiera reunido para echar un vistazo a Clarke y Bellamy.

Casi todos los observaban con expresión de sorpresa o de curiosidad, aunque unos cuantos mostraban franca desconfianza, algunos incluso ira.

—No os preocupéis —dijo Sasha en tono alegre—. Se les pasará.

Vieron a un hombre alto a lo lejos, de pie entre dos mujeres que obviamente discutían entre sí. Él las escuchaba a las dos, asintiendo de vez en cuando e interviniendo muy poco. Llevaba el pelo rapado casi al cero y lucía una barba gris en un rostro delgado de pómulos marcados. No obstante, a pesar de su aspecto algo adusto, el hombre irradiaba fuerza. Cuando divisó a Sasha, Clarke y Bellamy, se disculpó con las dos mujeres y se acercó a ellos con zancadas largas y decididas.

—Papá —Sasha se detuvo delante de él—. Estos son los colonos de los que te hablé.

—Soy Clarke —la chica dio un paso adelante y le tendió la mano sin pensar. Aún no sabía si podía confiar en aquella gente, pero el hombre transmitía algo que inducía a ser educado—. Y este es Bellamy.

—Max Walgrove —se presentó él mientras estrechaba la mano de Clarke con firmeza. Luego se volvió hacia Bellamy para compartir el saludo también.

—Estoy buscando a mi hermana —le espetó el chico sin ambages—. ¿Sabe usted dónde está?

Max asintió con el ceño fruncido.

—Hace algo más de un año, unos cuantos miembros de nuestra comunidad se escindieron, pensando que vivirían mejor bajo sus propias reglas. Fueron ellos los que se llevaron a tu hermana; y, por desgracia, los que mataron a esos chicos.

De pie junto a Bellamy, Clarke notó la sensación de impotencia que se apoderaba de él. El chico abrió y cerró los puños, y cuando volvió a hablar, su expresión traicionaba los esfuerzos que hacía por no alzar la voz.

—Sí, Sasha ha mencionado varias veces a esa otra «facción» que corre

por ahí. Por desgracia, nadie me ha dicho ni una palabra de cómo demonios se supone que voy a encontrar a mi hermana —se cruzó de brazos y observó al líder de los terrícolas con los ojos entornados—. ¿Y cómo sé que no fueron ustedes los que se la llevaron?

Clarke se crispó y le lanzó a Bellamy una mirada de reconvención. A pesar de todo, parecía que, más que sentirse molesto, al padre de Sasha le había hecho gracia el tono acusador de Bellamy. Por encima del hombro, echó un vistazo a un campo rodeado de un cercado. En el extremo más alejado, un grupo de niños jugaba al pilla-pilla. Max levantó la mano y todos echaron a correr hacia ellos.

Cuando el grupo se acercó, Clarke se dio cuenta de que no todos eran niños. Había una chica mayor con ellos, que corría entre risas por el prado con la melena flotando al viento.

—¡Octavia!

Bellamy salió disparado hacia ella y, un segundo después, ya la tenía entre los brazos. Clarke estaba demasiado lejos para oírlos, pero a juzgar por los movimientos de los hombros de ambos, debían de estar riendo o llorando. Seguramente ambas cosas al mismo tiempo.

Mientras observaba el encuentro, una extraña mezcla de sentimientos se apoderó de Clarke. Se alegraba muchísimo de que Octavia estuviera sana y salva, pero, en su fuero interno, le entristecía pensar que ella nunca protagonizaría una escena parecida.

Parpadeando para alejar las lágrimas, se volvió a mirar a Max y Sasha.

—Gracias —dijo—. ¿Cómo la encontraron?

Max le explicó que habían enviado una patrulla a vigilar a los rebeldes. Al descubrir que habían secuestrado a uno de los colonos, organizaron un ataque para liberarla.

—La rescatamos ayer por la noche —explicó—. Pensaba acompañarla en persona hoy mismo a vuestro campamento, pero vosotros os adelantasteis —movió ligeramente la comisura del labio, como si hiciera esfuerzos por no sonreír.

—Nunca se lo agradeceré bastante —declaró Bellamy, que ya se acercaba con Octavia—. Le han *salvado* la vida.

—Nos lo puedes agradecer manteniendo a tu grupo alejado esta vez y

quedándote con ellos en vuestro campamento. Sasha me ha dicho que sois buenas personas y que la habéis tratado bien, pero no puedo correr el riesgo de que se repita la tragedia.

—¿Qué pasó la última vez, exactamente? —preguntó Clarke con cautela. Se moría por preguntar por sus padres, pero antes necesitaba oír toda la historia.

—Hace poco más de un año, un módulo de pasajeros se estrelló en el bosque, a unos diez kilómetros de aquí. Siempre habíamos sabido que existía la colonia, pero no teníamos modo de establecer comunicación con ella, así que la llegada de unos extraños procedentes del espacio fue... chocante. A pesar de todo, estaban en malas condiciones e intentamos ayudar a los supervivientes lo mejor que pudimos. Les ofrecimos comida, refugio, cuidados... todo lo que les hacía falta. Los habían enviado a esta zona porque la colonia conocía la existencia de Mount Weather y tenía la esperanza de que encontraran techo y comida.

—¿Sabe por qué los enviaron a la Tierra? —preguntó Clarke—. La expedición se llevó a cabo en secreto. Ninguno de nosotros sabía nada de aquella misión hasta que Sasha nos lo dijo.

Max asintió.

—Los enviaron para que comprobaran los niveles de radiactividad de la Tierra. Debían determinar si el planeta podía volver a albergar vida humana. Nosotros les facilitamos el trabajo en ese aspecto, claro.

—¿Y quiénes eran? —lo interrumpió Clarke—. ¿Voluntarios, científicos o convictos como nosotros?

Max frunció el ceño al oírla insinuar que el grupo actual estaba formado por criminales pero, con un gesto que le honró, respondió sin hacer preguntas sobre ese detalle.

—En general, parecían reacios a hablar de su pasado, pero deduje que no tenía delante a un grupo de ciudadanos ejemplares precisamente. No pensé que fueran criminales, porque en ese caso los habrían ejecutado. O *flotado*... como decís vosotros —se estremeció y después continuó—: Más bien debían de ser personas que podían desaparecer sin atraer demasiada atención.

Clarke asintió mientras asimilaba toda aquella información.

—¿Y qué pasó tras su llegada? —Lo azuzó.

—Con el accidente, perdieron la posibilidad de comunicarse con la colonia. Ninguno de ellos se había imaginado que tendría que despedirse de la nave para siempre. Supongo que eso puso nervioso a todo el mundo. No teníamos pensado convertirlos en miembros permanentes de nuestra comunidad, ni ellos contaban con quedarse aquí eternamente —se interrumpió, y su expresión se endureció—. Sigo pensando que lo que pasó con el niño fue un accidente. Pero no todo el mundo opinó lo mismo, por desgracia. Solo sabían que uno de nuestros hijos, un niño pequeño, se había llevado a unos cuantos colonos a pescar. El niño se ofreció a mostrarles nuestro mejor estanque, orgulloso de serles útil, pero cuando volvieron al atardecer... —Max hizo un gesto de dolor al recordarlo—. Transportaron el cuerpecito entre varios. El pobre se había ahogado —suspiró—. Jamás olvidaré los gritos de su madre cuando lo vio.

—Fue un accidente —apuntó Sasha con voz ronca—. Sé que fue un accidente. Tommy resbaló en una roca, pero ninguno de los colonos sabía nadar. Hicieron *cuanto pudieron* por salvarlo. ¿No te acuerdas de que llegaron empapados? Dijeron que la mujer rubia estuvo a punto de ahogarse también cuando intentó rescatarlo.

—Es posible —continuó Max—, pero su historia tenía algunos cabos sueltos. En vez de pedir perdón, se pusieron a la defensiva. Y fue entonces cuando empezaron los problemas. Algunos de los nuestros (la familia del niño, el mismo grupo que la tomó con vosotros en cuanto aterrizasteis) se negaron a compartir la comida con ellos y dijeron que se las tendrían que arreglar ellos solos. Supongo que los colonos se asustaron, pero reaccionaron de la peor manera posible. Empezaron a robar provisiones e incluso amenazaron a la gente con usar la violencia. Al final, no hubo más remedio. Fueron condenados al destierro.

»Fue una... sentencia difícil de ejecutar. Yo sabía que casi todos eran buenas personas. Y también era consciente de que no tenían demasiadas posibilidades de sobrevivir por su cuenta. Sin embargo, jamás pensé que, cuando les comunicase la decisión, nos atacarían. Después de eso, como es natural, tuve que defender a mi pueblo. No tenía elección.

—¿Y murieron todos?

—Todos excepto la pareja de médicos. Se marcharon antes de que las

cosas se pusieran feas. Dijeron que no les parecía bien cómo se estaban comportando los colonos. Y decidieron viajar, salir a explorar el planeta.

—¿Médicos? —repitió Clarke, pronunciando la palabra con esfuerzo.

Se había quedado sin aliento. Buscó un punto de apoyo y encontró a Bellamy a su lado, que la sostuvo con firmeza.

—Clarke, ¿te pasa algo? —preguntó el chico.

—¿Eran...? ¿Recuerda cómo se llamaban? —Clarke cerró los ojos, sin atreverse a mirar la expresión del padre de Sasha cuando oyera la pregunta—.

¿Su apellido no sería Griffin, por casualidad?

Tuvo que mirar. Cuando abrió los ojos, el líder de los terrícolas estaba asintiendo.

—Sí. David y Mary Griffin, me acuerdo muy bien.

Clarke se echó a reír. Notó humedad en la cara; se la palpó y se dio cuenta de que estaba llorando. No estaba sola en la Tierra.

Sus padres seguían vivos.

Capítulo 28

Glass

No oía la cuenta atrás.

No oía los gritos.

Solo escuchaba el resuello agónico de su madre.

Glass estaba en el suelo, acunando la cabeza de la mujer mientras la sangre que se desplegaba en el pecho de Sonja teñía su camisa de un rojo intenso, ese tono que Glass siempre había buscado sin dar nunca con el tinte adecuado.

El guardia demente le gritaba algo, pero Glass no entendía lo que decía. Atisbó un movimiento borroso cuando Luke aferró al hombre por el cuello y lo sacó de la nave a rastras.

—Todo va bien —susurraba Glass mientras las lágrimas surcaban sus mejillas—. Te pondrás bien, mamá. Llegaremos a la Tierra y entonces todo irá bien.

—¡Se agota el tiempo! —gritó alguien.

Sin prestar mucha atención, Glass se dio cuenta de que la puerta estaba a punto de cerrarse, de que la cuenta atrás rondaba ya los treinta segundos, pero era incapaz de procesar lo que significaban esos datos.

—Glass —le dijo su madre con la voz ronca—. Estoy muy orgullosa de ti...

Glass no podía respirar. No podía hablar.

—Te quiero, mamá —Glass pronunció las palabras con esfuerzo y apretó la mano de su madre—. Te quiero muchísimo.

Sonja le devolvió la presión, solo un momento, antes de exhalar el último suspiro.

—Mamá —resolló Glass cuando un sollozo se abrió paso por su garganta —. No, por favor...

Luke reapareció junto a Glass. A continuación, todo sucedió como en sueños.

Las últimas palabras de su madre aún resonaban en su cabeza. Más altas que los gritos y los aullidos que se elevaban al otro lado de la nave. Más altas que las alarmas. Más altas que el frenético latido de su corazón destrozado.

Eres tan fuerte, tan valiente.

Estoy muy orgullosa de ti.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó Wells, mirando el reloj con ademán nervioso —. No me había dado cuenta de que era tan tarde.

Glass alzó la vista. Casi habían dado las doce. Aunque corriera, no llegaría a casa antes del toque de queda. Tampoco pensaba hacerlo; correr era un sistema infalible de atraer la atención de un guardia.

—No te preocupes —lo tranquilizó Glass—. A ningún guardia le importa que te saltes el toque de queda, siempre que no tengas pinta de estar tramando algo.

Wells sonrió cariñosamente.

—Tú *siempre* estás tramando algo.

—Esta vez no —replicó Glass, y guardó la tableta en la mochila antes de ponerse de pie —. Solo soy una empollona que ha perdido la noción del tiempo haciendo los deberes de mates.

En los viejos tiempos, antes de que su padre se marchara, Glass nunca se habría quedado estudiando hasta las tantas. En aquel momento, en cambio, las horas de estudio le brindaban una buena excusa para ver a Wells. Y, por raro que pareciera, empezaba a tomarle el gustillo a eso de empollar.

—Querrás decir que has perdido la noción del tiempo viendo cómo yo te hacía los deberes de mates.

—¿Lo ves? Por eso necesito tu ayuda. Eres un *crack* de la lógica.

Se encontraban en la salita de Wells, que estaba aún más ordenada que de costumbre. Habían vuelto a ingresar a su madre, y Glass sabía que Wells quería asegurarse de que la vivienda luciera impecable cuando volviera a casa.

Wells acompañó a su amiga a la puerta, pero vaciló antes de abrirla.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe a casa?

Ella negó con un movimiento de la cabeza. Si pillaban a Glass saltándose el toque de queda, la cosa no tendría mayores consecuencias. En cambio, si pescaban a Wells, su padre le retiraría la palabra durante semanas y eso era lo último que el pobre necesitaba en aquel momento.

Glass se despidió y se internó en el pasillo, desierto y silencioso. Se alegraba de haber

pasado un rato con su amigo, aunque fuera para estudiar. Ya casi nunca se veían. Cuando no tenía clase, Wells acudía al hospital a hacerle compañía a su madre o estaba entrenándose con los demás aspirantes a oficial. Aún lo vería menos cuando terminara la formación y se convirtiera en un cadete a tiempo completo.

Rauda y sigilosa, Glass bajó las escaleras en dirección a la cubierta B, que debía cruzar para acceder a su unidad residencial. Se detuvo un momento al pasar ante el salón Edén. La Fiesta de la Conmemoración estaba al caer. Se había obsesionado tanto con el vestido (le estaba costando horrores encontrar algo ahora que su madre y ella tenían que contar los puntos de racionamiento) que no se había molestado en buscar pareja. Todo el mundo daba por supuesto que iría con Wells. Si ninguno de los dos salía con nadie para entonces, acabarían por asistir juntos, pero solo como amigos. La idea de besarlo le parecía tan impensable como la de mudarse a Walden.

Por otro lado, Glass nunca había perdido la cabeza por besar *a nadie*. Le parecía mucho más divertido ver cómo los chicos se morían por besarla a ella. Escoger un vestido que dejase a los chicos con la boca abierta la motivaba más que la idea de que le babeasen la cara, como había hecho Graham cuando la había acorralado en la fiesta de cumpleaños de Huxley.

Glass estaba tan absorta pensando en el vestido que llevaría el Día de la Conmemoración que ni siquiera vio a los guardias hasta que los tuvo delante. Eran dos, uno de mediana edad con la cabeza afeitada y otro más joven; un chico, en realidad, solo unos años mayor que Glass.

—¿Todo en orden, señorita? —preguntó el veterano.

—Sí, gracias —repuso Glass con una calculada combinación de educación y arrogancia, como si no tuviera ni la más remota idea de por qué se lo preguntaban y tampoco le apeteciese averiguarlo.

—Ya ha sonado el toque de queda —prosiguió el hombre, mirándola de arriba abajo.

La mirada del tipo la incomodó, pero Glass procuró que no se le notase.

—¿Ah, sí? —preguntó con su sonrisa más deslumbrante—. Lo siento. Se me ha ido el santo al cielo. Estaba estudiando con un amigo, pero ya me voy a casa.

El guardia veterano bufó.

—¿Estudiando? Ya, ¿y qué estudiabas? ¿Lecciones de Anatomía con tu novio?

—Drake —intervino el guardia más joven—. Vale ya.

Su compañero no le hizo caso.

—Eres de las que se creen que las normas no van con ellas, ¿verdad? Pues será mejor que te lo pienses dos veces. Como dé parte de este incidente, empezarás a tenerlas muy presentes, te lo aseguro.

—De verdad que no es el caso —se apresuró a decir Glass—. Lo siento muchísimo. Le prometo que no volveré a saltarme el toque de queda, jamás, por muchos deberes que tenga.

—Ojalá pudiera creerte, pero me parece a mí que eres de esas que se despistan cada vez que les viene en gana.

—Basta ya —ordenó el guardia más joven en tono autoritario.

Glass descubrió sorprendida que el mayor guardaba silencio. A continuación, el

veterano entornó los ojos y observó:

—Con el debido respeto, *señor*, pero precisamente por este tipo de cosas no nos gusta que los miembros del cuerpo de ingenieros patrullen los pasillos. Puede que sea usted un experto en paseos espaciales, pero no sabe gran cosa de orden y disciplina.

—En ese caso, tendrá usted que asegurarse de no volver a coincidir conmigo en su turno de vigilancia —el guardia más joven hablaba en un tono tranquilo, pero echaba fuego por los ojos—. Creo que por esta vez bastará con una advertencia, ¿no le parece?

El otro esbozó una sonrisilla burlona.

—Lo que usted diga, *teniente*.

El título pesaba más que el tono sarcástico del veterano. Saltaba a la vista que el joven lo superaba en rango.

El guardia amable se volvió a mirar a Glass.

—La acompañaré a casa.

—No hace falta —protestó Glass, que se había sonrojado sin saber por qué.

—Creo que será mejor que sí. No queremos que tenga que volver a pasar por esto otra vez dentro de cinco minutos.

El otro saludó a su compañero con un gesto de la cabeza y echó a andar junto a la chica. Puede que fuera por su condición de guardia, pero Glass estaba pendiente de cada uno de los movimientos de su acompañante mientras recorrían el pasillo: cómo acertaba sus largas zancadas para adaptarse a su paso, el roce de su manga contra el brazo de Glass cuando doblaron la esquina.

—¿De verdad camina por el espacio? —le preguntó Glass, por llenar el silencio.

Él asintió.

—De vez en cuando, aunque no hacemos ese tipo de trabajos a menudo. Requiere de muchos preparativos.

—¿Y qué se siente ahí fuera? —A Glass siempre le había encantado mirar por los pequeños ojos de buoy de la nave mientras se preguntaba qué se debía de experimentar cuando uno se internaba en las estrellas.

Él se detuvo y la miró; la miró de verdad, no como solían hacerlo los chicos cuando buscaban algo con ella; más bien como si pudiera leerle el pensamiento.

—Paz y terror al mismo tiempo —respondió él por fin—. Como si de repente conocieras la respuesta a preguntas que ni siquiera se te habían pasado por la cabeza.

Llegaron a la puerta de Glass, pero ella se dio cuenta de que no le apetecía nada entrar. Juguetó torpemente con el escáner.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al guardia cuando la puerta se abrió por fin.

Él sonrió, y Glass comprendió que las mariposas de su estómago no tenían nada que ver con el rango de aquel chico.

—Soy Luke.

Luke no le soltó la mano. No cuando la cápsula se desprendió de la plataforma con una violenta sacudida que arrancó gritos a casi todos los

viajeros. Ni cuando la alarma y los bandazos cedieron paso a un silencio sobrecogedor. Tampoco cuando la Tierra se fue aproximando, cada vez más cerca, hasta que la ventana se llenó de nubes grises.

—Lo siento muchísimo —dijo, levantando las manos entrelazadas de ambos a la vez para besar los dedos de Glass.

Glass se limitó a asentir con un movimiento de cabeza, temiendo que, si hablaba, se echaría a llorar otra vez. Aquel dolor era una sensación tan reciente, tan cruda, que apenas podía imaginar qué forma adoptaría o qué clase de cicatrices dejaría tras de sí. Ni si le seguiría ardiendo el pecho como ahora durante el resto de su vida.

Pese a todo, *tenía* una vida por delante. Una vida repleta de árboles, flores, ocasos y tormentas. Y, lo mejor de todo, a Luke. No sabía lo que pasaría cuando llegaran a la Tierra pero, fuera lo que fuese, podrían afrontarlo, siempre y cuando lo hicieran juntos.

La cápsula empezó a chirriar y Luke apretó la mano de Glass con más fuerza. A continuación, la nave al completo se sacudió y se inclinó a un lado, lo que provocó un torrente de gritos.

—Te quiero —declaró Glass.

Le daba igual que Luke no pudiera oírla. Él lo sabía. Pasara lo que pasase, él siempre lo sabría.

Capítulo 29

Wells

Después de hacer el equipaje, Wells caminó en silencio hacia el pequeño cementerio para presentar sus respetos a los difuntos. Ya había anochecido y las flores derramadas sobre las lápidas resplandecían. Wells se alegraba de que a Priya se le hubiera ocurrido decorar las tumbas con plantas vivas. Como se habían criado en la nave, ninguno de ellos había conocido la noche cerrada y, de ese modo, a los muertos siempre les llegaría algo de luz.

Pese a todo, cuando se acuclilló junto a la lápida de Priya, se estremeció. ¿Habría presentido ella que muy pronto se reuniría con los demás?

Se puso de pie para encaminarse a la tumba de Asher. Al llegar, pasó los dedos por las irregulares mayúsculas talladas en la madera. Se quedó un rato allí, preguntándose por qué le sonaban de algo. La caligrafía variaba de una lápida a otra, pero estaba seguro de haber visto mayúsculas como esas en alguna parte.

—Adiós —susurró Wells antes de echarse la mochila al hombro e internarse en el bosque.

Cruzó el lindero y aspiró una buena bocanada del fresco aire boscoso. La idea de partir a solas le infundía una sorprendente tranquilidad. De hecho, se sentía mejor en aquel momento que a lo largo de toda la mañana en el campamento. El viento que susurraba entre las hojas le parecía un bálsamo después de todos aquellos susurros malintencionados.

Había fantaseado otras veces con la idea de huir pero, en esas ensoñaciones, Clarke siempre estaba con él. O, más recientemente, Sasha. Le dio un vuelco el corazón cuando se la imaginó regresando al campamento y descubriendo que él no estaba. ¿Qué pensaría cuando los demás le dijeran

que se había ido? ¿Volvería a verla alguna vez? ¿Y qué pasaría si su padre acudía a la Tierra? ¿Buscaría a Wells o lo daría por perdido?

—Wells —lo llamó una voz desde la oscuridad. Se dio media vuelta y parpadeó mientras la pequeña silueta de Kendall se definía entre las sombras—. ¿Adónde vas?

—Aún no estoy seguro. Lejos de aquí.

—¿Puedo ir contigo? —le preguntó ella con una mezcla de temor y esperanza, como si ya presintiera cuál sería la respuesta.

—No creo que sea buena idea —repuso él con cautela—. Estarás mucho más segura si te quedas con el grupo.

Kendall avanzó unos pasos hacia él. La luz de la luna apenas se filtraba entre las hojas de la espesa fronda y, sin embargo, los ojos grandes y luminosos de Kendall brillaban con tanta intensidad que Wells reprimió un escalofrío.

—¿Vas a buscar a Sasha?

—No... Ni siquiera sé adónde ha ido.

En la oscuridad, Wells se dio cuenta de que Kendall asentía.

—Mejor. Es peligrosa, ¿sabes? Tú acuérdate de lo que le hicieron los terrícolas a Priya.

—Sasha no tuvo nada que ver con eso —replicó Wells, no muy seguro de por qué la estaba defendiendo.

—¿Qué clase de persona haría algo así? —siguió hablando Kendall, como si no le hubiera oído—. ¿Colgar a alguien de un árbol? ¿Grabarle un mensaje en los pies? Solo alguien muy decidido a que su mensaje cale a toda costa.

Su voz había adquirido un tono extraño, casi cantarín. Un escalofrío bailó por la espalda de Wells.

—No se puede confiar en los terrícolas, recuérdalo —la chica caminó un poco más, hasta detenerse a menos de un metro de Wells—. Ya sé que es muy guapa, esa chica. Pero no es uno de nosotros. Ella no te entiende. No hará todo lo posible por mantenerte a salvo.

Wells empezó a jadear cuando una idea escalofriante se fue apoderando poco a poco de su mente. De eso le sonaba la caligrafía de la tumba de Asher. Las mayúsculas... se parecían a las que Priya llevaba grabadas en los pies.

¿Y si los terrícolas no la habían matado? ¿Y si...?

—Nos vemos —se despidió Kendall con una sonrisa, y se alejó dando saltitos hacia el campamento.

Wells se quedó helado. ¿Debía seguirla? ¿Avisar a los demás? El temor que le encogía el estómago..., ¿era una advertencia o mera paranoia?

Una ramita se rompió a su espalda y Wells se giró de golpe, con el corazón desbocado. *Seguro que es algún animal*, pensó. Ojalá no hubiera sido tan orgulloso y le hubiera pedido a Bellamy que le enseñara a disparar. Ni siquiera llevaba una lanza consigo.

En aquel momento, las sombras que se movían en el camino se perfilaron hasta adquirir la forma de tres figuras humanas. Con todo el cuerpo en tensión, Wells miró al suelo en busca de algo que pudiera usar como arma. Un palo largo o una piedra. Podía luchar cuerpo a cuerpo de ser necesario (había sido el mejor de su promoción en tácticas de combate), pero no creía que pudiera contener a los tres si se abalanzaban sobre él al mismo tiempo.

Encontró una piedra puntiaguda y se agazapó detrás de un árbol, listo para usarla. Y, de repente, mientras los extraños se acercaban, una *risa* llegó a sus oídos.

—¿Clarke? —gritó estupefacto, dejando caer la piedra.

El reflejo de la luz lunar creaba una especie de halo alrededor del cabello de Clarke e iluminaba su radiante sonrisa. Bellamy estaba con ella, y... ¿Octavia?

Cuando vieron a Wells, los tres sonrieron y corrieron hacia él, hablando todos a un tiempo. Poco a poco, el chico fue desentrañando lo sucedido: la captura de Octavia, la visita de Bellamy y Clarke a Mount Weather y todo lo que el padre de Sasha les había contado.

A Wells le dio un brinco el corazón al oír el nombre de la terrícola.

—Entonces, ¿habéis visto a Sasha? ¿Está bien?

Clarke lo miró a los ojos. Despacio, se le encendió una bombilla. Siempre había tenido una habilidad especial para reparar en los pequeños detalles, para darse cuenta de las cosas antes que los demás; el hecho de que fuera tan buena doctora se debía en parte a ese sexto sentido, comprendió Wells. Clarke le dedicó una sonrisa cargada de significado y Wells captó el mensaje: sabía lo mucho que le importaba Sasha y le parecía bien.

—Sasha está bien —dijo en voz baja—. Vendrá a visitarnos muy pronto,

cuando haya convencido a los demás terrícolas de que no suponemos ningún peligro para ellos —se interrumpió un momento, como si estuviera decidiendo cuánta información debía compartir—. Creo que tiene ganas de verte.

—¿Ibas a alguna parte? —le preguntó Octavia, estirándole la mochila.

Bellamy y Clarke intercambiaron miradas cuando Wells les contó lo sucedido por la mañana, que todo el mundo se había puesto furioso al descubrir que había dejado marchar a Sasha y que él había decidido largarse antes de que lo echaran.

—Qué absurdo —gruñó Bellamy, más indignado por Wells de lo que cabría esperar—. No te puedes marchar *solo* porque Graham y unos cuantos más se hayan cabreado. Te necesitan. Te necesitamos.

—Por favor, Wells —le rogó Clarke—. Todo irá bien. Sobre todo cuando les digamos que tenías razón sobre Sasha. Si no la hubieras dejado marchar, jamás habríamos recuperado a Octavia.

Echó una ojeada a la joven, que ya descendía por la ladera, ansiosa por hacer su entrada triunfal.

—Supongo... —Wells se cambió la mochila de hombro y se volvió a mirar a Bellamy—. Felicidades, tío. Me alegro mucho de que la hayas encontrado. Nunca te diste por vencido y has demostrado que tenías razón —miró a Clarke y luego otra vez a Bellamy—. Todos tenemos mucho que aprender de ti.

Este se encogió de hombros.

—La verdad es que no sé vivir de otra manera. Siempre he cuidado de ella. O sea... no nacemos para nosotros mismos. Hay que cuidar de los demás.

Wells alzó la vista de repente.

—¿Qué acabas de decir?

Bellamy había hablado sin pensar, como si la gente pronunciara esa frase cada dos por tres. Sin embargo, Wells nunca la había oído en la Tierra. De hecho, hacía años que nadie la pronunciaba en su presencia, aunque él la recordaba a diario.

Hay cosas que nunca se olvidan.

Capítulo 30

Bellamy

Bellamy observó a Wells de hito en hito, preguntándose si al final tanta presión le habría ablandado los sesos. ¿Por qué lo miraba con esa cara?

Se encogió de hombros.

—Mi madre siempre lo decía para referirse a Octavia y a mí. Decía que éramos afortunados de tenernos mutuamente, y que era mi responsabilidad cuidar de ella —bufó cuando los recuerdos amargos se agitaron en su memoria—. *Mi* responsabilidad, porque ella, desde luego, no pensaba mover ni un dedo —guardó silencio un instante—. Creo que era una frase de mi padre, aunque él la usaba para explicar por qué nunca venía a vernos.

Wells palideció al oír esas palabras.

—Eh... ¿Te pasa algo? —le preguntó Bellamy, y le lanzó una mirada a Clarke para comprobar si a ella también le extrañaba la conducta de Wells.

Antes de que Clarke pudiera decir nada, Wells prosiguió:

—Tu madre... ¿no se llamaría Melinda, por casualidad?

La palabra se estrelló contra el pecho de Bellamy como un puñetazo. Hacía años que nadie pronunciaba el nombre de su madre. No desde el día que los guardias entraron en la vivienda y la encontraron tendida en el suelo, fría e inmóvil.

—¿Cómo... cómo lo sabes? —preguntó Bellamy con voz ronca, demasiado sorprendido como para dar a su voz una nota de hostilidad o desconfianza.

En un tono apagado, Wells compartió con Bellamy el pasado secreto de su padre, la aventura con la mujer waldenita y su decisión de no casarse con ella.

—No vivimos para nosotros mismos... Eso decía siempre mi padre para justificar todos los sacrificios que hacía, como el hecho de no pasar más tiempo con mi madre y conmigo... o de no haberse casado con la mujer que amaba. Nunca supe que habían tenido un hijo juntos.

El mundo empezó a girar en torno a Bellamy hasta fundirse en un borrón de sombras y luz que se mezclaban en su cabeza. Solo el tacto de la mano que Clarke había posado en su brazo lo mantenía de pie en el suelo. El canciller —el hombre que había recibido un disparo por su culpa— ¿era su *padre*? No podía hablar. Ni respirar. Pese a todo, notó que Clarke lo rodeaba con el brazo e inspiró hondo. Cuando exhaló, el entorno volvió a definirse. La silueta oscura de los árboles, los retazos de cielo estrellado, la expresión atónita de Clarke, el semblante nervioso del chico al que Bellamy había creído odiar una vez, pero que de repente se había convertido en... algo totalmente distinto.

—Eso significa que eres...

—Tu hermano —Wells dejó caer la palabra definitiva entre ambos, como si los dos precisasen tiempo para examinar su forma antes de reclamarla como propia—. Supongo que Octavia y tú ya no sois los únicos de toda la colonia.

Una risa brotó de los labios de Bellamy sin que pudiera reprimirla.

—Mi hermano —repitió. Hizo un gesto de negación—. Qué locura —siguió meneando la cabeza y, con una sonrisa, le tendió la mano a Wells para estrechársela—. Hermanos.

Capítulo 31

Clarke

—Medio hermanos —dijo Clarke, seguramente por vigésimo novena vez aquella noche.

Alargó la mano y acarició la mejilla de Bellamy con un dedo, como si buscara alguna señal en sus rasgos del parentesco que le unía a Wells, algo que hasta entonces hubiera pasado por alto.

Bellamy sonrió y, apartándole la mano con suavidad, se la llevó a los labios y la besó.

—Increíble, ¿verdad? Yo soy *muchísimo* más guapo —su sonrisa se extinguió—. ¿Te resulta muy raro?

Clarke se volvió a mirar a Wells y Sasha, que había regresado al campamento aún antes de lo que esperaban. Estaban sentados al otro lado de la hoguera, algo separados del resto del grupo. A través de las inquietas llamas, veía a Wells sonriendo a la terrícola, que parecía algo ruborizada. Unas cuantas personas los observaban con recelo, pero ahora que Octavia había vuelto les había costado muy poco convencer al grupo de que la chica había dicho la verdad sobre los terrícolas rebeldes y casi todos habían perdonado a Wells por haberla liberado.

Clarke suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de Bellamy.

—Pues verás, tu parentesco con mi exnovio no es, ni mucho menos, el rasgo más raro de tu personalidad.

Bellamy le pasó un brazo por la cintura y le hizo cosquillas en la barriga. Ella se rio y alargó la mano para vengarse, pero Bellamy se incorporó de sopetón. Algo había captado su atención al otro lado de la hoguera.

—¡Es verdad! —Oyeron gritar a Octavia, que se apartaba de la cara la

oscura melena. Llevaba varias horas obsequiando al grupo con historias de Mount Weather.

—¿Y cómo sabemos que no has vuelto para espiarnos? —preguntó una voz.

Clarke se crispó cuando vio que Graham avanzaba hacia Octavia a grandes zancadas. La luz del fuego proyectaba sombras inquietas sobre la maliciosa sonrisa del chico.

Graham había empleado un tono de perdonavidas hostil, pero Octavia ni se inmutó. Inclino la cabeza a un lado y clavó la vista en él por debajo de sus negras pestañas.

—Puede que te cueste creerlo, Graham, pero en la Tierra hay cosas mucho más interesantes que tu ridícula colección de lanzas. Si tuviera que espiarte, me quedaría dormida.

La gente que estaba sentada alrededor de Octavia se echó a reír y Clarke advirtió sorprendida que Graham sonreía también aunque atisbó, a pesar de la oscuridad, frialdad en sus ojos.

—Ya, bueno, créeme, mis lanzas se bastan y se sobran para lo que voy a hacer con ellas —arguyó él.

Octavia soltó una risita burlona.

—¿Le atizo ahora o más tarde? —gruñó Bellamy.

—Más tarde —repuso Clarke—. Estoy muy a gusto aquí sentada.

Hacia pocos minutos que se había reunido con el grupo, después de pasar una hora en el hospital asegurándose de que Molly, Félix y los demás se recuperarían en cuanto sus organismos hubieran expulsado el veneno. La expresión de alivio que se había extendido por la cara de Eric cuando Clarke había ayudado a Félix a ponerse de pie por primera vez desde que cayera enfermo había bastado para hacerle olvidar que acababa de recorrer casi veinte kilómetros andando.

Cambió de postura para apoyarse contra Bellamy, que le rodeó la cintura con los brazos y se echó hacia atrás. Se quedaron tendidos de cara al cielo. El rugido del fuego ahogaba las voces de sus compañeros y, con los ojos puestos en las estrellas, tenían la sensación de ser las dos únicas personas sobre la faz de la Tierra.

Clarke se preguntó si sus padres estarían contemplando aquel mismo

cielo, si se sentirían como se sentía ella en aquel momento. Aquel día, Bellamy le había prometido que, en cuanto Octavia se recuperase de su calvario, ambos la acompañarían a buscar a sus padres. Hacía casi un año que los Griffin habían partido, pero daba igual, dijo Bellamy. No pararían hasta encontrarlos.

La idea le resultaba emocionante y aterradora a un tiempo, casi excesiva para asimilarla. Así que, de momento, Clarke se contentaba con quedarse allí tendida, contra el pecho de Bellamy, dejando que el latido del corazón del chico ahogase el resto de sus pensamientos.

—Mira eso —le susurró Bellamy al oído.

—¿Qué?

Él le tomó la mano, le extendió un dedo con cuidado y señaló un destello de luz que atravesaba el firmamento.

—¿Alguna vez pediste un deseo a un meteorito cuando estabas en Fénix? —le preguntó, soplando el aliento cálido contra la piel de Clarke—. ¿O ya tenías todo cuanto querías?

—No tenía todo cuanto quería, claro que no —murmuró Clarke, acurrucándose contra su pecho—. Aunque ahora mismo estoy a un paso.

—¿Entonces no quieres pedir un deseo?

Clarke volvió a alzar la vista. El rastro de luz se desplazaba a toda velocidad, incluso para ser un meteorito. Se incorporó.

—No creo que sea una estrella fugaz —dijo, incapaz de evitar una nota de miedo en su voz.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué va a ser si no? —En aquel momento, Clarke notó cómo el chico se crispaba tras ella, cuando el sentido de aquella luz se apoderó de sus huesos—. No creerás que...

Dejó la frase en suspenso y la abrazó con más fuerza.

No tuvieron que decirlo. El grupo seguía bromeando alrededor del fuego, ajeno a lo que pasaba, cuando Bellamy y Clarke adivinaron la verdad. La pincelada de luz no era una estrella... sino una cápsula de pasajeros.

Los cien pronto dejarían de serlo.

El resto de la colonia estaba a punto de aterrizar.

Agradecimientos

Estoy profundamente agradecida a todo el equipo de Alloy por haber formado parte de esta aventura. Jamás me habría colado en esta cápsula sin todos vosotros.

Abrazos espaciales a mis fantásticos editores, la inteligentísima Joelle Hobeika y la infinitamente creativa Katie McGee por su incansable dedicación a esta serie. También es un gran privilegio trabajar con Josh Bank, Sara Shandler y Les Morgenstein; gracias a su visión, cualquier narrativa alcanza alturas insospechadas.

Mi más profundo agradecimiento a Elizabeth Bewley por su amable orientación, y a los magos editoriales de Little, Brown por su duro trabajo y entusiasmo por *Los 100*.

Hace falta una gran tribu para mantener cuerdo a un escritor durante el proceso de redacción y por ello estoy eternamente agradecida a mis amigos por su constante apoyo. Gracias por el café, por los mensajes de ánimo, por las glamurosas fiestas ante la tele y por recordarme que disfrutase de la experiencia en los momentos en que yo a duras penas me acordaba de hacer la colada. Y un especial agradecimiento a mis colegas de Scholastic por convertir la oficina en una fuente constante de inspiración, sabiduría y dicha lectora.

Por encima de todo, doy las gracias a mi familia. Cada una de las palabras que escribo bebe de las historias que habéis compartido conmigo, relatos que se amontonan en nuestros libros, que brillan en nuestras cinéfilas sesiones golfas y que ruedan entre coros de estrepitosas carcajadas. Mi amor por vosotros es más grande que todas las estrellas de la galaxia.



KASS MORGAN. Nació en Nueva York y actualmente reside en Brooklyn. Estudió Inglés e Historia en la Universidad de Brown y Literatura en Oxford. Trabaja como editora a tiempo completo y escribe solo los fines de semana. Es conocida por sus novelas juveniles de ciencia ficción. Con *Los 100* logró un gran éxito tras su adaptación en forma de serie de televisión.